

El Reino Del Polvo

PIOTR MASZTALERZ



Una triste historia acerca de la felicidad

El Reino del Polvo

Piotr Masztalerz

El Reino del Polvo
Piotr Masztalerz

© 2020 **Piotr Masztalerz**

Publicado por: Wrocław Aikikai
Traducción al español: Felipe Cabrera, Diego Musiet
Diseño de Portada: Piotr Masztalerz
Fotografía: Katarzyna Masztalerz

El Reino del Polvo fue publicado en polaco en 2018. Este es un libro acerca de ser un uchideshi, un alumno interno a tiempo completo, acerca de construir un Dojo de tiempo completo, y acerca de la naturaleza de la relación entre maestro y estudiante.

Para nosotros, es también otra forma de ayudar a nuestro hogar, el Dojo, durante la pandemia del Covid.

[Apóyenos aquí. Su porte es valioso](#)

¡¡Y disfrute el libro!!

Contenidos

<i>Introducción</i>	10
CAPÍTULO UNO “ANTES”	13
¿Por qué?	14
Niuniek	21
Aikido	26
Sensei	32
El Camino a La Perdición	38
Dinero	43
CAPÍTULO DOS “UCHIDESHI”	47
Chiba	48
Uchideshi	52
La Olla a presión (Kocioł)	57
No es un deporte, no es una recreación, es una locura	69
Dolor	75
Lesiones	80
Silencio	91
Agotamiento	97
Sueño	105
Seiza	110
Zazen	117

El veneno y la medicina	131
Shomen	138
Dar Vida al Arma	149
¿Y Qué Podría Cambiar Esto?	156
Contacto	161
La cocina	169
Comida	180
Hambre y supervivencia	186
Bebida	193
Policías y ladrones	201
La Responsabilidad	208
El Interés del Maestro	213
No Eres Nadie Especial	220
En conflicto	227
Tiempo y lugar	235
Murashige	242
Hugo	251
¿Qué Edad Tienes?	256
¿Cuál es tu nombre?	261
Pesca	269
Volviéndose Viejo	276
Serpientes	281
¿Dónde orinan los monjes?	288



“ Estuve en Breslavia como uchideshi¹ por seis meses. Viví en el Dojo² y durante este tiempo dediqué setecientas horas al entrenamiento. Aparte de Aikido³, armas, Iaido⁴ y Zazen⁵, tuve que practicar Ju-jitsu brasileño⁶, Krav Maga⁷, Yoga y Karate. Mi nariz fue rota en dos oportunidades. Mi codo y rodillas sufrieron daño. Cada día nuevos hematomas aparecían. Ocasionalmente tuve contusiones. Por muchos días tuve problemas con mi movilidad debido a un permanente dolor. Sensei me hizo hacer una sesión de crioterapia. Tuve que caminar semidesnudo dentro de un pequeño cuarto en el cual la temperatura era de -125 C°. Hicimos Ayuno por cuatro días, tomando sólo agua. Ya que Sensei sabía de mi temor a las alturas, me ordenó que escalara cuerdas sostenidas entre dos árboles, muchos metros por sobre el suelo. Él me dejó solo en otras ciudades para que yo tuviera que encontrar el camino de vuelta. Estuve en Inglaterra, Alemania y República Checa, incluso en algunos países en que entraba ilegalmente ya que mi visa ya había expirado. En una ocasión, unos nacionalistas polacos me confundieron con un árabe y me amenazaron de muerte. Nunca en mi vida estuve tan cansado, odié tanto, fui tan feliz y me sentí tan vivo. Fue la peor y más bella época de mi vida, y quería todavía más.

-Diego (Chile), seis meses como uchideshi en Polonia.

¹ Uchideshi - En japonés. Un estudiante que vive dentro del lugar del Dojo y que está comprometido solamente a entrenar.

² Dojo - En japonés. Literalmente significa “el lugar de la vía”. Un lugar de práctica y entrenamiento, ya sea una habitación, hasta un edificio completo.

³ Aikido – Un arte marcial creado por M. Ueshiba (1883-1969).

⁴ Iaido – El arte de desenvainar la espada.

⁵ Zazen – Práctica de meditación.

⁶ Ju-jitsu brasileño – Versión deportiva del Ju-jitsu desarrollado en Brasil.

⁷ Krav Maga – Un sistema de autodefensa israelí.

Introducción

Primero murió Sensei Murashige⁸, un año después, Sensei Chiba⁹. Le conté una historia a uno de mis estudiantes y confundí el lugar, fecha y las personas que estaban conmigo. El tiempo enreda todo, confunde las memorias. Yo temía que lo perdería todo, así es como comenzó, desde escribir unas pocas historias importantes y conversaciones.

Este no es un libro de Aikido ni tampoco será un libro acerca de Sensei Chiba. No tengo el derecho de escribir acerca del Aikido porque es diferente para cada uno de nosotros. Tampoco es posible describir a Sensei Chiba, porque este hombre pasó casi sesenta años en el tatami¹⁰. Su vida en sí es un gran libro, un volumen lleno de historias acerca de los miles de personas que encontró en el camino. Hubo muchos que lo conocieron mejor como profesor que yo, hubo quienes pasaron por más cosas con él, sus experiencias siendo más intensas, más bellas y mucho más terroríficas. Esta es una historia subjetiva acerca de qué cosas hicieron treinta años en

⁸ M- Murashige Shihan (1945-2013) 6° Dan, Profesor japonés de Aikido en San Diego Aikikai

⁹ T. K. Chiba Shihan (1940 – 2015) 8° Dan, Profesor japonés de Aikido y fundador del Birankai Internacional.

¹⁰ Tatami – Colchonetas, lugar donde se realiza el entrenamiento dentro del Dojo.

el tatami en mí. Una historia acerca de tratar de seguir nuestra pasión lo más fuertemente posible. Pero, por sobre todo, es una historia acerca de qué pasa cuando en el camino en frente tuyo se encuentra un maestro real.

Comienzo describiendo lo que aprendí con Sensei Chiba. Yo solía sentarme en una cafetería con una tasa de café y comenzaba a escribir. Las palabras fluían por sí solas. La historia se desenvolvería por unas pocas páginas y luego moría. El fin. El café y las memorias se acababan. Me permití el escribir de forma orgánica y así es cómo mis historias cobraron vida. Después de un tiempo, las releí y me di cuenta de que, para una persona que no entiende el contexto, ellas no tenían sentido. Era como si describiera el pico de una montaña sin la historia de las semanas gastadas escalándola. Así es cómo llegué a entender que debo escribir de mí mismo.

He tratado de escudarme contra esta clase de exhibicionismo tanto como he podido, pero sin esto, las historias acerca de ser un profesor perderían completamente su sentido y fuerza. El progreso es la confrontación con nuestras propias debilidades, o al menos reconociéndolas. Así es cómo debes estudiarte; calmadamente y sin misericordia.

El momento de un simple entendimiento infantil puede venir de leer un manuscrito antiguo, así como también puede aparecer en un manual de un taladro. Esta es la razón de que el significado subyacente de cada una de los siguientes capítulos sea tan variado. Pero esto no es importante mientras que lleven al lector a incluso un momento de reflexión.

Estoy usando iniciales debido a que lo que pasamos fue una travesía personal y no tengo el derecho de compartir nombres reales o apellidos. El mundo de las artes marciales es un mundo de ambiciones, pasiones y emociones. Me disculpo a todos quienes puedan ofenderse con mis palabras. Mucha gente puede recibir la misma experiencia de forma completamente diferente. Podemos vernos

igual y hacer lo mismo, pero nos sentimos y vemos las cosas de forma distinta, filtrando todo por nuestra educación, valores, religión. La mayoría de lo que ocurrió existe más en mi cabeza que en la realidad. Pero así son las cosas.

CAPÍTULO UNO

ANTES

¿Por qué?

Estuve revisando mis libros hace un tiempo atrás y me di cuenta de que la mayoría de ellos son memorias de insurgentes, descripciones de guerras, relatos de campos de exterminio y biografías de las más grandes escorias de la historia. Todos son acerca de personas determinadas o derrotadas. Todos son acerca de tiempos que son a la vez relevantes y terribles. Es como si estuviera inconscientemente buscando por las respuestas a preguntas que no puedo dejar de lado, que me persiguen.

¿Qué le sucede a una persona que lucha, no por amor, por un automóvil nuevo, o incluso por su patria, sino por un simple respiro?, ¿Qué le pasa por la mente a una madre cuyos hijos le son arrancados de sus brazos?, ¿Qué sucede dentro tuyo cuando te encuentras paralizado por miedo, cuando los peores horrores, los que sólo has conocido en tus pesadillas, se convierten en realidad? ¿La sangre realmente tiene un sabor metálico y tú puedes realmente ahogarte con esta?

¿Tengo la fuerza dentro mío para saltar de un tren que corre a través de cientos de kilómetros de bosques congelados¹¹, o estaré sentado en una esquina del carro quejándome y chillando de miedo

¹¹ Autoridades Rusas y Soviéticas exiliaron muchos polacos a Siberia entre los siglos XVII y XX.

por lo que vendrá, esperando como un cerdo en el matadero?

No lo sé.

Yo y sólo yo. Somos la primera generación de huérfanos de la guerra¹². Somos la primera generación libre de esos sufrimientos, sin sangre, tragedia, exilio, conspiraciones, filipinka¹³ y barricadas. Somos la gente a las cuales la vida no les ha dicho si van a ser un héroe o un traidor. ¿Tenemos la fuerza para sacrificarnos a nosotros mismos o el miedo, el dolor y el hambre nos cambiará en una sombra de una persona temblando en una esquina?

Ellos incluso quitaron el servicio militar de nosotros, por lo tanto, crearon una legión de niños que ahora no pueden, bajo ninguna circunstancia, ser arrastrados a la adultez. Alcanzamos el fin de la ley marcial, y con un entusiasmo salvaje corrimos a las calles. Como resultado, lo peor que podía pasar era una patada en el trasero, e incluso más, la mayoría de lo que estaba pasando lo exagerábamos dentro de nuestras cabezas. Por un tiempo tuvimos un enemigo; él era el malo, y nosotros los buenos.

Imbuidos por Katyn¹⁴, Húsares¹⁵, escudos de armas, los jóvenes de Lwow¹⁶, dedicamos toda nuestra vida en búsqueda de nuestro tiempo, nuestro momento de brillar, la época del blanco y negro.

¹² Segunda Guerra Mundial.

¹³ Una filipinka era una granada de mano producida por el Armia Krajowa (ejército de resistencia polaco) en la Polonia ocupada por nazis durante la Segunda guerra mundial.

¹⁴ La masacre de Katyn fue una serie de ejecuciones en masa de cerca de 22.000 oficiales militares y de inteligencia polacos llevadas a cabo por la Unión Soviética.

¹⁵ Los duros húsares polacos de la mancomunidad polaco-lituana formados alrededor del año 1500.

¹⁶ Los aguilucho de Lwow (del Polaco: *Orlęta lwowskie*) es un término de afecto referido a adolescentes polacos que defendieron la ciudad de Lwow (del Ucraniano: L'viv), en Galicia del Este, durante la guerra entre Polonia y Ucrania (1918–1919).

Los años pasan y todo es gris. Nadie es enteramente malo o enteramente bueno. En algún lugar adentro nos sentimos como animales salvajes. Estamos esperando por este momento como si fuera nuestro destino, pero nunca ocurre. En vez de sangre y viudas afligidas, tenemos nuevas hipotecas y automóviles. Los debiluchos que serían aplastados por el primer soplo de una guerra ahora viven con sus madres o son nuestros jefes en bancos, corporaciones o agencias de seguros. ¿Quién sabe si cien años atrás me habría ahogado en un pozón detrás de un granero? ¿O quizás me habría comido una cabra o muerto por escorbuto o tuberculosis? En cualquier caso, los canales¹⁷ y bombas de gasolina han sido reemplazados por horas sin sentido estando boquiabiertos frente a una pantalla y comiendo comida chatarra. Estamos calefaccionados en invierno y refrescados en verano. Tenemos aire acondicionado en nuestros automóviles nuevos y el internet se encuentra en cada posible lugar. Lobos que mastican bocados de hierba pretendiendo ser vacas. O quizás no son lobos, quizás ellos son, y serán, ovejas. La guerra, el sufrimiento y el miedo son malos. Entonces, ¿por qué estoy tanto fascinado como acechado por esto? ¿Por qué no puedo dejar de pensar en ellos? ¿Por qué escarbo dentro mío buscando por remanentes de miedo? ¿Por qué, cuando soy consultado para presentar mi ticket en el tranvía, me veo sobrecogido por culpa incluso cuando, de hecho, tengo un ticket válido? Tengo miedo de ZUZ¹⁸, la oficina de impuestos y cartas oficiales. ¿Soy un lobo o un conejo? Quiero saber quién soy y cuánto valgo. Quiero creer en mí mismo. Sólo en ese momento me liberaré de esa tenaz incertidumbre. Entonces seré libre.

¹⁷ Durante la rebelión de Warsaw en 1944, los miembros del Armia Krajowa y civiles usaban canales del alcantarillado para escapar. *Kanał* es también el nombre de una película de Andrzej Wajdas de 1957.

¹⁸ ZUZ es la Institución Polaca de Aseguradoras Sociales, una agencia gubernamental.

Quizás esta travesía es un reto terapéutico al ponerme en una posición donde no me puedo esconder. No fue una decisión consciente, pero últimamente, mirando atrás puedo ver que esto podría explicar todo lo que me ha sucedido en los últimos treinta años. El hecho de que me tropezara con el Aikido fue solo una coincidencia. Quizás también se convirtió en una víctima de esta terapia. El pobre encajaba perfectamente con quien era entonces y con lo que estaba buscando; iba junto con la lista de mis complejos y sueños. Es imposible de entender mi historia completa sin unas pocas palabras acerca del lugar donde comencé mi travesía. No soy nadie especial y no he alcanzado nada particularmente extraordinario, pero esta travesía es todo lo que tengo. Nací y fui criado en una Polonia diferente. Era mucho más simple, gris y cruda. Todo se hacía más lento y los resultados nunca era como uno quería. Sin teléfonos celulares, sin automóviles, cada kilómetro tenía que ser pagado con dolor en tus pies y con aburrimiento perpetuo. Cada decisión debía ser pensada múltiples veces y significaba todo un viaje a la ciudad más cercana: un kilómetro a través del campo y una hora en tranvía.

El invierno era duro y el verano era caluroso; el alivio venía sólo con un chapuzó en el pozón. Cuando venía el frío quemábamos carbón, tan pronto como pude cargarlo en una cubeta, llevaba carbón al sótano con mi madre. En las frías mañanas, negociaba con mi vejiga por cada minuto que podía pasar bajo la cobija. No teníamos teléfono y en nuestra cuadra había sólo un teléfono de línea fija. No obstante, esto no era importante, ya que no teníamos a nadie a quien llamar. Todos vivían en las cercanías.

Crecíamos en grupos de niños, corriendo por el vecindario. Había de todo: lugares secretos para esconderse, partidos de fútbol en la calle, narices con moco, cestas de frambuesas, brazos rotos, tirando pepas de cerezas a los autos que pasaban, pesca de espinosos... la primera vez que fui fuera del país fue en la Universidad Agrícola.

Era 1986, y fuimos a la RDA¹⁹, donde el secretario Honecker²⁰ todavía era el rey. Nuestro trabajo consistía en clasificar las papas podridas de la cinta transportadora de la fábrica. En frente mío colgaba un retrato del secretario salpicado de caca de mosca. Para nosotros era como tocar un mundo diferente. Las tiendas estaban llenas de dulces y latas coloridas de refrescos. Llevamos kilos de gelatina y moledores de café de vuelta a Polonia. También teníamos calefactores ambientales, pero no recuerdo si los estábamos comprando o vendiendo. El ejército Spetsnaz²¹ estaba estacionado en la villa vecina de la nuestra. Puedo recordar el compartir con los soldados. Se sentaban con nosotros en nuestros cuartos, mostrándonos fotografías de ellos rompiendo ladrillos en llamas con sus cabezas. Es difícil explicar las represiones de mi generación a los jóvenes, y los ancianos no necesitan explicación alguna.

Una generación criada en una gris estabilidad. Donde, incluso con la obvia falta de una perspectiva colorida, había ahí certezas fiables: la educación garantiza el trabajo, el país provee el mínimo de tus necesidades básicas, no morirás de hambre, no vale la pena destacarse, no te permitas soñar mucho porque es ridículo.

En cada familia había un borracho, un sacerdote, o ambos. Nadie era ni muy rico ni muy pobre. Yo sé que lo que escribo sólo se aplica en mí. Dentro de mi cabeza he creado una jaula hecha de mis complejos, inseguridades, falta de confianza en mí mismo. Esto era el resultado de esos tiempos y de aquella gente. Había muchos de nosotros así y muchos de nosotros continuamos siendo así, a pesar de que en el entretiem po todo a nuestro alrededor cambió comple-

¹⁹ RDA, Alemania del Este, oficialmente la República Democrática Alemana, fue un país que existió desde 1949 a 1990.

²⁰ Erich Ernst Paul Honecker fue un político alemán que fue Secretario General del Partido Socialista Unificado de Alemania.

²¹ Comandos de fuerzas especiales de élite militares y policiales de la actual Federación Rusa.

tamente. ¿O quizás sólo fui yo?

Vivíamos en una especie de villa en los suburbios en Breslavia. Allá en la ciudad había gente elegante con automóviles y apartamentos limpios. En los bloques de la época post-soviética, construyeron una vida para sí mismos en apartamentos de murallas rectas y muebles hermosos. Ellos vestían a sus niños en uniformes de inteligente y conducían en automóviles Fiat 126²². Nosotros, por el contrario, no teníamos nada recto o limpio.

La vida en Polonia es segura. Nada va a comerte. Cuando es invierno tú puedes dormir en el bosque; es difícil morir de hambre aquí o llegar a perderse en la naturaleza. Es suficiente con caminar por unas horas en línea recta y encontrarás gente o un paradero de bus. Para sobrevivir aquí, no necesitas las habilidades de un Be-duino²³ o de Dersu Azala²⁴ en Siberia. Esta mediocridad segura se nos vierte sobre nosotros y nos vuelve suaves. Por supuesto, tenemos ebrios, pobreza y rigor; teníamos oponentes, tuvimos ocupantes, ladrones e informantes. Todos estos, sin embargo, son enemigos internos. Cada polaco tiene dentro de sí un héroe, un ebrio y un traidor. Estas semillas están plantadas muy en lo profundo adentro, pero la crianza es lo que las riega y las nutre en algo específico. Al menos, tengo que creer esto. Esta grisura es mi maldición y mi fuerza. El pequeño asustadizo fue, y estará viviendo dentro de nosotros.

Cada Septiembre²⁵ le pregunto a los niños dónde fueron en las

²² El Fiat modelo 126, un automóvil de cuatro pasajeros con motor trasero, fue el automóvil más popular en la Polonia de la post guerra.

²³ Árabes nómadas que habitan en los desiertos de Arabia Saudita, Palestina, Siria, Jordania, Irak e Israel.

²⁴ Derzu Azala fue un cazador ruso retratado en una película ruso-soviética de 1975 del mismo nombre dirigida por Akira Kurosawa.

²⁵ En Polonia, la temporada de vacaciones de verano es entre julio y agosto

vacaciones. Un niño de siete años me responde: “Tarnobrzeg²⁶ o Turquía, no puedo recordarlo”. Yo puedo recordar cada día que pasé en la RDA cuando tenía dieciséis años. Cada viaje que hago ahora es experimentado por el niño hambriento de siete años que vive dentro de mí. Mi corazón está hecho de polvo post comunista y nunca tendrá suficiente. Aprecio a Tony Halik²⁷ y sus historias locas. Gracias a él, el hambre de viajar vive dentro mío. Creo profundamente que, a pesar de que he visto la mayor parte del mundo, el poder que me impulsa y me da pasión es la grisura y las cenizas de la infancia en la cual crecí.

²⁶ Tarnobrzeg es una pequeña ciudad al sudeste de Polonia

²⁷ Tony Halik es un camarógrafo Polaco-Argentino realizador de documentales, autor de libros de viaje, explorador, viajero y políglota.

Niuniek

“ Es mejor no aprender nada que aprender de un mal maestro.
- T.K. Chiba

No puedo recordar mucho. Una parte de un edificio en Breslavia que fue una vez una escuela ahora alberga un gran centro de testeo de laboratorio. En la mitad de los años ochenta albergó una Universidad Técnica Agrícola. Olía a grasa de maquinarias y estaban esparcidos por ahí restos de antiguos tractores soviéticos. Los edificios estaban descuidados, ocupados por cientos de adolescentes pasando el rato vestidos con imitaciones de jeans. La mayoría eran chicos de las aldeas cercanas. Niños, rústicos como pan con queso de cerdo. También había algunos chicos como yo de Breslavia quienes nunca podrían ingresar a una universidad normal o a cuyos padres no les interesaba de todas maneras.

Eso fue en una época diferente en un mundo distinto. Estábamos creciendo bajo el comunismo, calladamente aceptando la vida en gris y la impotencia. En la educación no vimos nada más que la extensión de la niñez. Tú tenías que ir a la escuela secundaria, y postulabas para ir a la universidad para evitar ir al servicio militar. Todo era más simple y controlado. Estudiábamos sólo lo justo para aprobar y pasar, y las calificaciones altas traían más vergüenza que orgullo. Aprender un nuevo idioma no era útil y, como asignatura, no era más importante que aprender las complejidades de vaciar

un pozo negro. En este mundo oxidado de colinas, esparcidores de estiércol y pasantías en la PGR (granjas agrícolas estatales) era Niuniek a quien más temíamos.

No recuerdo su nombre completo, todos solamente le decíamos Niuniek. Un prefecto incluso vino una vez a la clase a entregar un registro dirigido al “Profesor Niuniek”. Él era un profesor de historia, se ubicaba en el primer piso, y supimos de él desde el primer día de escuela. En el mundo de herreros, instructores de conducción de tractores, y profesores de tornería, él era el más terrorífico. Físicamente, el me recordaba a un joven Marek Kondrat en *Playing With The Devil*²⁸.

Su homosexualidad era incuestionable. Su carácter era tan fuerte que incluso en este austero mundo agrario, donde la aceptación era inaudita, nunca se hablaba de aquello. Había rumores de que llevó a su novio a los viajes escolares. No lo sé, ya que nunca lo atestigüé, pero para mí, se ajustaba a su carácter. El compartía con profesoras mujeres tomando café filtrado de un vaso alto y llevaba consigo un morral de cuero tipo cartera. Sus gestos afeminados y voz aguda no se ajustaban a nuestro sistema. Para la mayoría de nosotros él fue el primer homosexual que alguna vez vimos.

El habría revisado nuestras insignias y la limpieza de nuestros uniformes antes de que entráramos a la clase. Después de un test inicial, de acuerdo a las calificaciones, separaba nuestra clase²⁹. Los que obtenían un “2”, los más bajos del grupo, se sentaban a la izquierda; los que tenían un “3” y “4” frente a él. Los “4” y “5” más altos se sentaban a lado derecho de la sala. A los mejores de nosotros se les llamaba “expertos” y se sentaban en una esquina detrás

²⁸ *Playing With The Devil* (1979) fue una producción televisiva y teatral de Jan Drda. Fue muy popular en Polonia.

²⁹ El sistema educacional de calificación de Polonia se basaba en una escala de 5 a 2, donde 5 es la mayor nota y dos la peor. Más aún, los estudiantes podían ser calificados con signos adicionales de + y -.

de los antiguos y enormes mapas que colgaban de las paredes, bendecidos con el privilegio de sentarse en sus lugares y hacer lo que quisieran. Había sólo una condición: si, durante una de las horas de clases del terror, alguien no supiera la respuesta, Niuniek golpearía el mapa con su vara de madera y gritaría “¡Respuesta Experta!”, si el experto en cuestión le fallaba tres veces al profesor, perdería su puesto.

Yo tuve un sólido cuatro; la posición de experto estaba fuera de mi alcance. Después de cada test cambiábamos de puestos de nuevo. Estableciendo la primera división de la clase, Niuniek hablaba a los “segundos” y a los débiles “3”: “estoy hablándoles por última vez. No hay posibilidad de que pasen esta clase, así que no gastaré esta voz de ruiseñor en ustedes”. Él les daba la espalda y nunca miraba nuevamente en esa dirección. Se dirigía la clase mirando a los otros estudiantes. Al comienzo de cada clase, él seleccionaba cinco estudiantes para tomar un test oral. El prefecto de la clase estaba excusado, ya que se encontraba preparando los mapas para la clase. Niuniek abría el registro de la clase y pasaba su dedo arriba y abajo por la lista de nombres. “¿Quizás el menú marino esta vez? Oh, no he visto hace tiempo a esta persona en La Scala Restaurant”. Aquí el gritaría algún apellido, después un segundo, después a un cuarto y a un quinto. Cuatro de ellos eran llamados a escribir las respuestas de las preguntas en la pizarra, mientras que el quinto tenía que responder oralmente al lado del escritorio de Niuniek.

Niuniek era despiadado y malicioso. Su sentido del humor era fenomenal, perverso y sin misericordia. Era un hombre inteligente del tiempo del comunismo blanco-negro, aplastado por el sistema por su obvia y distinguible homosexualidad. Fue, o bien consumido por la ruina o convertido a la amargura. Su salvación fue la enseñanza y su pasión por la historia. Él sabía que había terminado en una escuela deplorable donde nadie se preocupaba por ese tema, pero dentro de ella él había creado su propio pequeño mundo

controlado. Nosotros éramos todavía unos niños, y para nosotros, tal carisma y fuerza eran igualmente fascinantes y atemorizantes. Incluso los más duros y rudos chicos de las villas estatales le temían.

Niuniuek dividía la comunidad que era nuestra clase en grupos sencillos y después iba a regañar a ciertos individuos. Él sabía de su aura de fascinación con respecto a los hombres y la incomodidad que la acompañaba para nosotros, pero lograba desarmarla burlándose de sí mismo. Él nos ordenaba limpiarnos, cepillar nuestro pelo, lucir inteligentes. Para aquellos que ya estaban bendecidos con bello facial, la expectativa era que llegaran a su clase prolijamente afeitados. Uno de nosotros era siempre, a pesar de sus calificaciones, nombrado el chico más bello de la clase. Mirándolo ahora puedo ver que, entre el mar de caras anónimas, cientos aprendiendo en clases en clases atiborradas de gente, él fue el único que construyó una relación viva. Quizás era ridículo y tóxico, pero al menos era personalizado y consistente.

- “¿Qué significa esto?”- un estudiante fue azotado con esta pregunta durante su interrogatorio ritual de las mañanas.

- ¿Qué significa qué, profesor?

- ¿Tú dijiste, idiota, que tu nombre es Lichtenstein?

- Si...

- ¿Qué significa eso? En polaco. ¿Qué significa Lichteinstein?

- No lo sé, es tan sólo mi apellido.

Recuerdo que Niuniek lo echó de la clase, demandándole que lo averiguara inmediatamente. No era la época de celulares, así que el estudiante tuvo que correr a la cabina telefónica y llamar a sus padres para averiguar la respuesta.

- “¡Piedra brillante!”- él exclamó mientras corría hacia la clase, jadeando.

En otra ocasión un amigo llamado Pawel, quien llegó a la clase sin afeitarse, fue enviado de vuelta a su dormitorio. El regresó con su

cara cubierta con pequeños pedacitos de papeles sangrientos.

Muchos de nosotros teníamos apodos. No recuerdo casi ninguno de éstos. En el segundo grado yo era “Oso Hormiguero”, no recuerdo por qué. Quizás fue por mi nariz grande, la cual tenía el hábito de escarbar.

En tercer grado, durante una de sus lecciones, Niuniek se dirigió a mí.

“Oso Hormiguero, para la siguiente clase me gustaría una carta de tu madre confirmando de que está al tanto de que por tres años has llegado a tu clase de historia con el cabello despeinado”.

En mi casa, los niños tenían que estar lo suficientemente limpios para que nuestros padres nos distinguieran. Ellos no tenían altas expectativas estéticas. En este campo soy y siempre seré una cruza entre un cerdo salvaje y un tejón. Estaba sorprendido por su solicitud y asumí que era una broma. La clase siguiente él inmediatamente me preguntó por la carta y consecuentemente me echó de la clase. Después de que esto pasó por tercera vez, fui donde mis padres, más entre risas que vergüenza. Me escribieron la carta.

¿Por qué estoy escribiendo todo esto? Personalmente no tengo un gran vínculo con Niuniek. Me gustaba los temas que enseñaba, pero para él, no era nada particularmente especial. El no demostró un gusto extraordinario hacia mí, pero él fue la razón de que estudiara historia y, subsecuentemente, llegara a ser profesor. No sé si le importaría. Mis amigos me contaron, unos años después de que dejara la escuela, que él murió de SIDA.

Aikido

“ Cuando hablo de victoria, hablo acerca de la victoria sobre nuestra mente. Una mente calmada y abierta es una meta a la cual siempre deberías aspirar.

- M. Ueshiba

Antes de que continuemos, mi querido lector, te propongo que te familiarices con los principios y prácticas de este arte marcial. Debes entender unos pocos conceptos básicos, porque sin ellos, más tarde estarás perdido. He dedicado toda mi vida a practicar Aikido. Por todos estos años el tatami me recuerda las cosas que eran constantes y seguras para mí. He cambiado mis trabajos, lugares de entrenamiento, amigos. Cientos de estudiantes se han transformado en un mar de nombres. Sólo la práctica era constante.

Aikido es un arte marcial japonés. Nació a finales de los años cuarenta, creado por el legendario Morihei Ueshiba, a quien llamamos O´Sensei, el gran maestro. Lo basó en la esgrima japonesa y antiguos sistemas de combate mano a mano y jujutsu.



Practicamos usando keikogi, una vestimenta tradicional de entrenamiento (gi: ropa; keiko: práctica). Tradicionalmente usamos solamente cinturón blanco o negro (obi: cinturón). Aquellos quienes son avanzados usan adicionalmente un tipo de pantalón ancho oscuro (Hakama). Usamos armas de madera, las cuales incluyen una espada (bokken), un bastón (jo) y un cuchillo (tanto).

Posterior a la muerte de O´Sensei, la división principal de la organización es la escuela Aikikai, establecida en Tokio. Su Centro principal (Hombu Dojo), está liderado por un descendiente de O´Sensei, quien es llamado Doshu³⁰.

El lugar donde prácticas, a pesar de si es un salón rentado en una escuela o un lugar exclusivamente dedicado a esta función, lo llamamos un Dojo, el lugar del camino. En su centro está el Kamiza, el cual puede ser simplemente una fotografía de O´Sensei o una completa construcción dentro del Dojo, el cual está basado en tradiciones del budismo o del Shinto. Llamamos Sensei al profesor. El entrenamiento comienza y termina con un ritual (ceremonia). Los estudiantes se sientan en una fila y junto al profesor hacen un saludo, sentados de rodillas en una posición japonesa (seiza), primero reverenciando al Kamiza y luego entre sí. Posterior al calentamiento (aikitaiso), practica de caídas (ukemi), las formas de moverse (ashi sabaki) y caminar de rodillas (shikko), se procede a la parte principal del entrenamiento, la práctica de técnicas. El Aikido está basado principalmente en proyecciones, inmovilizaciones y llaves, los cuales, la mayoría del tiempo son practicados en pareja. Quien ataca es llamado “uke” y quien lleva a cabo la técnica se llama “tori”. Eso es todo, no tenemos peleas, peleas de práctica o competencias. Tú puedes llevar a cabo una comparación con la meditación o Yoga en parejas.

³⁰ Doshu; se traduce como la cabeza (o líder) del camino. Título honorífico y hereditario para referirse al presidente del Aikikai.

El principal concepto Ueshiba era el dirigir el poder del atacante contra sí mismo. El preservó las formas tradicionales de ataque de los sistemas originales; principalmente agarres (“dori”) y ataques basados en cortes con espada (shomen uchi, yokomen uchi) o estocadas con cuchillo (tsuki).

El aspecto estético del Aikido atrae a mucha gente. Los movimientos son amplios, llevados a cabo con la espalda recta, y en su totalidad dan la impresión más de un baile elegante que de una confrontación mortal. Como practicantes de un arte marcial, estamos atados a seguir un conjunto de reglas en el entrenamiento. Por sobre todo, silencio y obediencia al profesor.

Comencé a practicar en un gran grupo en 1988 en AZS AWF (Universidad Deportiva), en Breslavia en la ya no existente calle Zielinkiego. El grupo estaba liderado por gente joven veinteañera bajo el ojo de Sensei Daniel Brunner, quien los visitaba dos veces en el año desde Lausana en Suiza. Fue este hombre, quien, mediante el fuego de su compromiso, sacrificando su tiempo y dinero, apoyó, salvó y nos condujo por más de treinta años.

Recordando el gran salón, la completa generación de Judoka y Aikidoka, están llenas de nostalgia. El libre mercado y el capitalismo fueron la última razón para su cierre, y los grupos de entrenamiento fueron convertidos en pequeños clubes con fines de lucro alrededor de la ciudad.

El Aikido sobrevivió esta transformación político-económica mucho mejor que el Judo. Parecía que el Judoka estaba acostumbrado al sistema, por lo que quedó perdido en un mundo de pagar el entrenamiento y la electricidad. El Aikido nunca fue apoyado, nunca fue un deporte, estaba financiado por asociaciones aficionadas. Para nosotros, no había diferencia entre los sistemas de economía. El Internet y los videojuegos se acarrearón a la gente joven agotando su necesidad de participar, y pronto los grandes grupos se convirtieron en pequeños ambientes cerrados.

En 1997, fresco de mi examen de cinturón negro³¹, establecí un grupo en una universidad en el distrito Kozanow de Varsovia. No estaba muy entusiasta por iniciarlo, ya que estaba aterrizado por la jungla de las oficinas de impuestos y el papeleo, pero no tenía opción ya que tenía que comer algo mientras estudiaba.

En aquellos tiempos tú enseñabas Aikido, no por dinero, sino por necesidad de cumplir una misión. Hasta ahora estoy avergonzado, profundamente, por el dinero que obtuve, incluso pensando en que sé que esto es ridículo. Me gradué de mi universidad y me fui por un año horrible, difícil y agotador en Londres donde fui invitado por Sensei Minoru Kanetsuka, quien era residente del Aikikai England. Por la mayoría de mi tiempo ahí viví de forma ilegal, como una rata, como miles de otros lo hicieron. Era un trabajador de la construcción, un portero de cocina. Dormía en apartamentos de gitanos. Practiqué lo más que pude, pero no pude arreglármelas para hallarme en este sistema. Desilusionado con la falta de contacto directo con el profesor y mi inhabilidad de entender su mensaje, regresé a Polonia, donde, en el intertanto, Sensei Daniel había estado intentando establecer un sistema de Aikido que había sido enseñado por T.K. Chiba Shihan³².

Fuimos llevados en una especie de sistema sin nombre de diferentes profesores de los círculos del Aikikai. Ningún profesor japonés vino a Polonia imponiendo su interpretación de la forma de aproximarse al entrenamiento. Por muchos años nos arrojamos a distintos sistemas de entrenamiento y seminarios tratando, con gran esfuerzo, de unir elementos de los distintos sistemas. A pesar de nuestro gran optimismo dimos a luz a un hijo de Frankenstein, cuyas manos y piernas se movían independientemente unas de otras, todas en direcciones distintas. Sensei Chiba lideró una es-

³¹ Nivel de estudiante: kyu; nivel de maestro: dan.

³² Nivel de Profesor. Fukushima: profesor asistente, mínimo 2° dan; shido-in: profesor, mínimo 4° dan; shihan: profesor de profesores, mínimo 6° dan.

cuela, no una organización. Era un grupo pequeño (en comparación con otros sistemas) hecho por gente que lo seguía ciegamente, y uno que enseñó de una forma que nunca había visto antes. Esta es la historia acerca de cómo entré en este mundo y qué me ocurrió ahí.

Sensei

“ Nuestros ojos se encontraron por primera vez: ifue un momento que nunca olvidaré! No sabía qué hacer así que hice una reverencia tan profunda como pude. O´Sensei me dijo: “Las artes marciales son muy difíciles. ¿Puedes hacerlo? Yo dije: “si Sensei”.

- T.K. Chiba

Veinte años atrás, como joven instructor instalé mi primer grupo. Todavía era un estudiante. El Aikido era popular, y algunos posters alrededor de la ciudad llevaron cerca de cincuenta personas al salón de gimnasia en Kozanow, Breslavia. La mayoría de mis estudiantes no eran mucho más jóvenes que yo; muchos de ellos eran de mi edad. Tiempo atrás, mi experiencia en la vida me arrojó en el mundo de forma turbulenta así que no sabía mucho acerca de ser un profesor consciente. Después de uno de los entrenamientos un joven se acercó a mí mientras doblaba mi hakama. El hizo una reverencia y me dijo “Sensei, enséñeme. Quiero ser su estudiante”.

Todos estallamos en risas. Me reí de eso por muchos días y, hasta ahora, cuando pienso en ello no puedo evitar el sonreír un poco. Gracias a Dios no le arruiné la vida a nadie con mi acercamiento

juvenil y, en este caso, el joven resultó ser un literal loco. Sin embargo, la historia completa demuestra cuán diferente puede ser el entendimiento sobre el rol de un profesor.

“Sensei” es un profesor, doctor y un abogado. Entre los japoneses es sólo un título cortés, nada más. La transferencia de esta palabra y las connotaciones simbólicas que le entrega a nuestra cultura le dieron un significado místico, uno de gran poder. Hay muchos quienes no quieren ser llamados con este nombre y hay igualmente muchos que quieren ser llamados, pero no deberían serlo. Es un poder por sobre las almas de las personas y una gran responsabilidad. Es una cruz que llevar, una carga, combustible para el ego.

Es el primer paso para estar congelado, inmortalizado como un monumento y un símbolo. Te hace considerar quién eres; demanda que tomes responsabilidad por todas las cosas que haces tanto dentro como fuera del tatami. Sensei es un profesor, alguien a quien le permites serlo para ti. Sensei es alguien a quien tú puedes referirte sólo de esta forma, porque nada más le encaja. Cuando, muchos años después de graduarme de la escuela secundaria, en la fila para las compras de alimentos te encuentras con tu antiguo profesora y le ayudas a llevar sus compras escalera arriba, le llamas Srta. Profesora. Esta es la única forma que encaja y que es apropiada. El lenguaje polaco es mucho más conveniente aquí que el inglés, en el cual todos son llamados como “*you*”³³, en este caso la palabra “Sensei” crea una distancia porque requiere que se use en tercera persona. La casi obsoleta forma de dirigirse a tu madre o tu padre en tercera persona ha renacido en el Dojo y parece natural para todos.

- Puede el Sensei decirme... - un joven pregunta, y su padre abre su boca, incrédulo y con envidia.

³³ Se hace referencia a que “*you*” se usa independientemente del contexto de formalidad o cercanía (tú-usted). En este caso, el polaco es similar al español para diferenciar la referencia a otra persona.

Había este tipo, Grzesiek, quien comenzó entrenando conmigo cuando él tenía siete años de edad. Su padre entrenaba también, él era también un futuro profesor, y mi amigo. Diez años pasaron, marcando el tatami con gotas de sangre y sudor y, finalmente Grzes tuvo 18 años. En la cocina del Dojo él, junto a mí y su padre, tomó su primera cerveza legal. Después, en una hazaña de curiosidad en cómo se desarrolla el alma humana, extendí mi mano a Grzesiek.

- Eres un adulto ahora, llámame Piotrek³⁴

Inicialmente él extendió su mano, pero se detuvo a medio camino mirándome, e inclinó su cabeza. Hizo una mueca, suspiró, como si algo no encajara.

- Noooo – gimió dubitativo- preferiría que no.

El estudiante escoge a su profesor, no el profesor al estudiante. Así es. Eres un Sensei o no eres un Sensei. Si lo quieres o no. Para la mayoría de mis estudiantes no soy un profesor, sólo soy un instructor pagado. Ocasionalmente uno de ellos madura lo suficiente para una relación más seria. No puedo hacer nada. Todo el proceso ocurre de su lado. Mi deber sólo consiste en ser consistente y honesto. Eso ya es lo suficientemente difícil.

Hay aquellos que niegan esta relación. Veinteañeros al inicio de su camino me llaman “tú”. Los miro a sus ojos, y habitualmente respondo:

- Creo, señor, que está equivocado, porque no estoy acostumbrado a ser tratado de “tú” por pequeñas mierdas.

Había una señorita en la escuela secundaria, quien pudo, por mis comentarios irreverentes, responder de una forma similar: “no estoy acostumbrada a entrar en una discusión con gente que usa

³⁴ Piotrek, un apodo de Piotr, lo cual denota cercanía o confianza.

papelitos para afeitarse³⁵”.

Recuerdo eso hasta el día de hoy.

En la otra mano, la necesidad de autoridad es genial. Las personas están buscando por una palabra que no sólo muestre respeto, sino que establezca distancia. En su propia forma, te pondría definitivamente en un pedestal y crearía un modelo a seguir. Puedo recordar uno de los primeros entrenamientos en la universidad, cuando uno de los estudiantes quien había sido impactado por un fuerte nikkyo (una desagradable inmovilización en la articulación aplicada en la muñeca), cayó de rodillas y gritó: “¡duele, Profesor!”.

La palabra “Sensei” es un recipiente conteniendo un secreto, el cual el estudiante no ha crecido para conocer, y por esta razón, le da al profesor una gran cantidad de crédito cuando se trata de confiar. Es un acuerdo mutuo, gracias al cual, ambos lados pueden esculpir un monumento en común. Muchas veces la gente se compromete tanto en este tipo de relación que el monumento artificial se convierte en algo más real que el humano mismo, un humano, que con sus defectos, no podría soportar.

Estoy escribiendo estas palabras en un hotel en Varsovia. A medianoche, en un cuarto vacío. En el piso de abajo se hospeda Waka Sensei, el nieto de treinta y seis años de O´Sensei. Le llevamos aquí hoy a una conferencia con setecientas personas para celebrar los cuarenta años de Aikido en Polonia. Como representante de una de sus escuelas, me siento aquí ahora, como aquellos, junto con un grupo pequeño de quienes cuidan de él y su Otomo, un joven uchideshi de los cuarteles del Aikikai en Tokio.

Como cenamos temprano, dediqué todo el tiempo observando a este pequeño, todavía relativamente joven hombre, quien ya se había convertido más en un símbolo que en un humano. ¿Cuánto le

³⁵ En referencia a un preadolescente que no sabe afeitarse y se corta por accidente. Comentario irónico hacia Sensei.

cuesta esta carga? ¿Cuánto de esta deshumanización lo aprieta como zapatos pequeños y ajustados? Hay sinceridad en sus ojos, sin embargo, como si fuera un papa o un presidente, está condenado a conectarse con otros mediante conversaciones casuales sobre temas sin importancia hasta su muerte. Este es un ejemplo extremo de sacrificar la propia vida en el nombre de un símbolo.

Tratar de “Sensei”, en sí, es mucho más simple. Desconozco cuando aparece. En el principio, “Sensei” me hizo sentir incómodo. Era muy joven y no se sentía natural. Posteriormente, se convirtió en algo que me daba alivio. Quizás era porque comencé a tener la edad de los padres de mis estudiantes, y “Sensei” se convirtió en un sustituto para “señor” o “profesor”. Este mundo deshumaniza, nos recuerda el rol, la obligación y, por sobre todo, limita las relaciones personales. Para un instructor es una prisión, y para un profesor es una libertad. En la relación con Sensei Chiba era completamente natural y sucedió por sí sola. Para nosotros, él era Sensei.



El Camino a La Perdición

Él tenía quizás veinticinco años; su nombre era Willy. Nos conocimos en un campamento de Aikido en Polonia en algún lugar en el centro de un bosque cerca de un lago. Era, creo, 1995. Nos invitó al sur de Francia, donde, en cuestión de meses, iría Sensei Chiba. Desconozco qué nos atrajo, ni yo ni mi novia habíamos estado tan lejos de Polonia. No teníamos nada de dinero o idea de la escuela de Sensei Chiba. Había recientemente obtenido mi cinturón negro y ella estaba un paso detrás mío. Nos complementábamos, y en nuestra relación, el Aikido era posiblemente más importante que nosotros.

Fue de esta manera que, en ese verano veinte años atrás, un par de veinteañeros partió pidiendo aventón desde Szczecin a algún lugar cerca de Aviñón. Hasta este día, pienso en este viaje, durmiendo, durante una tormenta en un campo de maíz, sobre una pila de basura, en una estación de gasolina cerca de Nuremberg; el hedor del miedo, cigarros y agotamiento. Fue la primera vez que estábamos tan lejos; ambos teníamos miedo y estábamos tan pobres como ratones de iglesia. Llegamos a nuestro destino un día antes y, por muchas horas, esperamos en Aviñón, escondiéndonos del insoporrible calor en el parque Rocher des Doms. Bebíamos agua de la fuente y nos terminamos los últimos bocados de las latas que lle-

vamos desde Polonia. Esta mezcla de agotamiento, ansiedad y admiración por la belleza alrededor nuestro siempre será determinante.

Así como *Un Bárbaro en el Jardín*³⁶, quince años después, como un profesor designado por Sensei Chiba, estaría impartiendo clases ahí. Él y yo estaríamos yendo a Aviñón por un café y un helado, viajando en un auto con aire acondicionado. En esa época, era un mundo al cual temíamos, y uno que no podíamos sostener, mentalmente o económicamente. Nos sentíamos como campesinos caminando con zapatos sucios por los corredores del Louvre.

Finalmente, llegamos a la pequeña ciudad donde se llevaría a cabo. Fue aquí donde vi a Sensei Chiba por primera vez. Más que su persona, fui sacudido por la atmósfera de su entrenamiento, la penumbra, la oscuridad y el sadismo. Así fue como lo vi, y no me gustó para nada. El Aikido, para mí, era un refugio protegiéndome del estrés y las pesadillas que me trajo la vida. Pero aquí nos situábamos en el tatami como un pedazo de carne sangrante. por primera vez vi a un profesor gritándole a un estudiante. Por primera vez alguien trataba de arrancarme el brazo y golpearme con él. En vez de vadear majestuosamente en una hermosa corriente rodeado por otros unicornios mágicos, estaba en una jaula con una manada de hambrientas hienas sarnosas a las que se les había tirado un pedazo de carne. Yo era ese pedazo de carne.

No me gustaba nada de lo que veía. El movimiento era áspero y preciso, el ukemi era ruidoso, la gente era sádica. Por sobre todo, no me gustaba el no saber nada y, con cada movimiento, cada técnica, esto se volvía más evidente, y no tenía la habilidad para ocultarlo. No podía realizar la caída después de recibir sus técnicas y posteriormente no podía soportar el dolor que estas causaban. No

³⁶ *Un Bárbaro en el Jardín* es un libro de ensayos escrito por Zbigniew Herbert sobre la cultura y el arte de Italia y Francia.

conocía las armas y no entendía su importancia.

Yo tenía veinticinco años de edad, armado con mi reciente cinturón negro y un ego enorme. En mi Dojo yo era el niño elegido, pero aquí resultó que el unicornio era, de hecho, un rinoceronte que pensó que era delgado. Estúpidamente fui al entrenamiento de cinturones negros. Sensei estaba enseñando la segunda parte del Sansho³⁷, el kata de “las tres victorias”. No mostró nada de movimientos básicos, el demostró toda la coreografía con un asistente, la cual duró alrededor de cuarenta segundos y no tuve nada de tiempo para procesar esto antes de que alguien tocó mi espalda. Yo era como un niño en la niebla. No tenía idea de lo que se suponía que debía hacer. El ego me llevó ahí y ahora estaba pagando por esto. Al poco rato Sensei se me acercó y corrigió la posición de mi muñeca y después mi pierna, y ahí su paciencia se agotó. No sabía qué hacer, así que le sonreí estúpidamente. En todas las prácticas anónimas, los profesores fueron amables y alentadores. Tu querías apoyo y una atmósfera de bienvenida. Tu pagaste por esto, aquí lo tienes. Aquí, el profesor³⁸ me miró nuevamente, entendiendo que era una causa perdida y que sólo estaba perdiendo su tiempo. Él frunció su ceño y se alejó sin decir una palabra.

Los años pasaron, y después de que regresé de Londres, cambiamos en dirección al Birankai, la cual era de organización de Sensei Chiba. Tenía mis dudas, después del primer encuentro mi ego estaba todavía herido, pero estaba inevitablemente absorbido por este sistema, aunque debo decir, que el fuego real había aparecido justo después de nuestro contacto directo. Fue en este momento que, en las montañas de Alsacia, en un pequeño pueblo Labaroche, en abril, se realizó un campamento de entrenamiento de alumnos de Sensei Chiba. Alrededor de cien o doscientas personas llegaron.

³⁷ Sansho. Corresponde a tres katas de Jo (bastón corto) desarrollados por Sensei Chiba.

³⁸ Se hace referencia a Sensei Chiba.

Por algunos años asistimos, aprendiendo lentamente el sistema. Fue quizás en 2001 cuando entendí que quería vivir del Aikido. Terminé mi carrera universitaria y traté de acomodar el entrenamiento con el trabajo. Después de algunos intentos, comprendí que nada me interesaba más que el tatami, y que en cada trabajo estaba simplemente vendiendo mi tiempo el cual podía estar usando en mi propio desarrollo.

Recuerdo la conversación que tuve con Sensei Daniel. Manifesté que quería convertirme en un profesor, y me miró y dijo “accederé a esto con una condición: que vayas con Sensei Chiba y te conviertas en su uchideshi y que te quedes hasta que él esté de acuerdo”.

No estaba sorprendido, pero estaba aliviado. Después de mi regreso de Inglaterra estaba desilusionado y perdido. No sabía qué hacer conmigo. Una tarde estaba caminando de vuelta a la casa de mis padres. Caminé por el parque Lesnicki y después de cruzar el puente bajé por un camino empinado. Aquí fue donde pensé en el legendario San Diego. En este enredado desastre de duda, arrepentimiento, desilusión y futuro incierto, la respuesta apareció. Un desafío. Un legendario infierno. ¿Por qué no? Era una decisión ideal.

Las clases de niños eran prósperas, así que tuve suficiente dinero ahorrado para el ticket de viaje y comida. Unos pocos meses después Sensei Daniel oficialmente me pidió que lo hiciera y la única cosa que faltaba por hacer era pedírselo a Sensei Chiba. No obstante, como si el destino lo hubiera previsto, unos pocos días después del próximo encuentro en Labaroche me quebré dos costillas en el tatami y me movía con gran dificultad. Sin embargo, igualmente fui ahí, y por una semana miraba el Aikido desde una silla seis horas al día. Amaba los entrenamientos, pero mirarlos de esta forma era de lo más aburrido que hay. En el tercer día me quedé dormido y me caí de la silla, una estúpida acrobacia que se convirtió inmediatamente en un chiste entre todos. En el cuarto, me puse ropa apro-

piada y fui a pedir mi inscripción como uchideshi. Los profesores vivían en una linda casa con jardín algunos de ellos estaban sentados en la mesa del patio. Alguien me dijo que sería difícil. De lo único que me avergonzaba era de que no podía entrenar así que no podía mostrarles de lo que era capaz. No les di el día exacto de mi llegada, porque todavía tenía que obtener mi visa. Fue dos años después que pude eventualmente hacerlo. Fui a la embajada en Cracovia probablemente cuatro veces rogando en una multitud de montañeses. Fue durante este periodo que terminé en Estrasburgo entrenando con Sensei Gabriel Valibouze, quien fue, tiempo atrás, uno de los más importantes profesores del sistema³⁹ en Europa. Finalmente, por algún tipo de milagro, obtuve mi visa, y en diciembre de 2003, fui por primera vez a San Diego, a vivir como uchideshi de Kazuo Chiba.

³⁹ En referencia al sistema Birankai.

Dinero

“ El dinero es tu sirviente si sabes cómo usarlo. Si no sabes, se convierte en tu maestro”.
- Publilius Syrus

Cuando sigues tu pasión, el dinero es tu principal obstáculo, y la mejor excusa. La innovadora autobiografía *Okrażymy świat raz jeszcze* (Daremos la vuelta al mundo una vez más) cuenta la historia de cómo, en el año 1926, dos veinteañeros de *Poznan* comenzaron una travesía alrededor del mundo, con unos pocos jarros de mermelada y pepinos encurtidos. Les tomaría cuatro años, y visitarían Suiza, Noruega, Holanda, Francia, Brasil, Argentina, Chile, Méjico, Estados Unidos, Cuba, Japón, China, Indochina, Malasia, Ceilán, Tanzania, El Congo, Senegal, Marruecos, España, Francia, Italia, Austria y Checoslovaquia. 1926. Con apenas algo de dinero. ¿Qué decir de las salvajes aventuras de *Kazimierz Nowak*⁴⁰? Un hombre que, en los años treinta, viajó alrededor de toda África.

⁴⁰ *Kazimierz Nowak* (1897-1937) fue un viajero polaco, corresponsal, reportero y fotógrafo.

ca en bicicleta, camello y canoa. De norte a sur y de vuelta nuevamente. Defendiéndose de los leones con el bombín de su bicicleta. Todo es posible si lo quieres. El dinero no es importante a menos que sea importante para ti; si lo es, sólo ahí las imposibilidades emergen.

La pasión esta medida por el precio que estás dispuesto a pagar por ella. Eso es todo. Para mí, el dinero siempre pudo encontrarse, porque las prioridades estaban establecidas. Cuando la gente de mi edad pide créditos hipotecarios para pagar por un apartamento, yo pagué un arriendo por una pieza. Cuando pedían prestamos al banco por un ostentoso automóvil nuevo, yo tomaba el tranvía. En mis años de perseguir el conocimiento y buscar por un profesor, no tenía ataduras deteniéndome. Un teléfono de prepago, todas mis posesiones en dos bolsos, sin préstamos. Encontrar a alguien para cubrir el próximo entrenamiento, y la semana siguiente podría estar en el otro extremo del mundo. Sin una esposa, sin hijos, sin créditos, sin deudas, sin contratos.

Por muchos años vivía en piezas arrendadas. Jugaba a ser un samurai, lo más caro que tenía era una espada. Unos pocos libros, un bolso lleno de ropa y las paredes cubiertas con espadas de madera, palos y arcos. Nada distraía mi atención del entrenamiento y viajar al extranjero a seminarios. No sé a cuánta gente he ofendido y he hecho enojar. No conocí a nadie fuera de este mundo. Ellos no me entendían, y yo no los entendía a ellos. A veces la vida nos amarra a un lugar con una red de telarañas. Como veinteañero podría irme lejos por medio año y nada pasaría. Ahora me toma tres semanas para prepararme para un viaje de dos semanas. Pilas de cuentas, docenas de llamadas. Para el profesor, el tiempo de la búsqueda abierta y estilo de vida gitano termina alrededor de los treinta años de edad. No puedo ser un niño eternamente porque es alrededor de este periodo en que las responsabilidades sobre otros comienzan a aparecer. Pagué por la mayoría de mis viajes por mí mismo. El

primer semestre en California fue caro, en la mitad de mi estadía mi dinero se acabó y mi ticket perdió su validez. Andaba por ahí fútilmente, preguntándome si los problemas se resolverían solos. Los sábados y domingos, trabajé un poco en una construcción, suficiente como para comer, pero no para volver a casa. Finalmente, uno de mis amigos de Chicago me contactó y por dos semanas fui a trabajar en la construcción de un edificio con otros polacos.

Liderar el grupo de niños me pagó lo suficiente para irme y, después de algún tiempo, Sensei Chiba no quiso tomar nada de mi dinero por vivir en el Dojo. Otros profesores también hicieron lo mismo cuando olían en mí una locura similar a la de ellos y tomaron una cantidad simbólica de dinero.

Por los últimos quince años he estado en Francia cuarenta veces, quince veces en Inglaterra, cinco veces en Suiza, tres veces en Austria, cuatro veces en Kenia, tres veces en Chile y seis veces en los Estados Unidos. Estuve un año en Londres y otro en San Diego. También estuve en Japón y Canadá. Ahora es más simple, voy como profesor y aquellos que me invitan cubren mis gastos. Sin embargo, al principio fue difícil. Por todos esos años de entrenamiento, hice alrededor de sesenta y cinco semanas de campamentos de entrenamiento. La mitad de estos se llevaron a cabo en el extranjero. El costo de una conferencia de una semana de duración en el extranjero era aproximadamente un mes de pago promedio en Polonia. Somos un país pobre y no tenía muy buena salud. Por años, fui a esos campamentos con sándwiches en mi bolso, sirviendo agua hirviendo en fideos instantáneos, y sentándome, haciendo durar dos horas a un jarro pequeño de cerveza.

Irse es adictivo. Lo tuve fácil porque había tomado mis alternativas, quería vivir de esa forma y ese era el precio. Para mis estudiantes es una pasión y diversión. Simplificándolo, hasta cuando tienen treinta años, ellos van con la corriente y gastan todo su dinero en seminarios y campamentos. Después de esto, la vida los alcanza y

lo dejan todo por créditos y préstamos. Los nuevos, llenos de pasión, toman su lugar.

El fuego real es sentido por gente con pasión, y son los únicos que valen la pena trabajar con ellos. Yo era pobre y estaba hambriento en el otro lado del mundo. Pero siempre había alguien que me ayudara porque sentían el fuego honesto dentro de mí. Ahora soy yo quien paga por el entrenamiento de mis uchideshi. Recientemente un amigo me contó la historia de cómo en los años ochenta, con sus sándwiches empacados, por medio de aventones viajó a Alemania con sus amigos a un seminario porque alguien les había dado tickets gratis de entrada. Toda la familia contribuyó y se las arreglaron para recolectar diez dólares. Perseguidos por toda Europa por pura pasión y hambre de aventura, llegaron a su destino. El profesor no aceptó su carta de recomendación y demandó que pagaran. Para ellos, era una cantidad inimaginable de dinero. En tan sólo unas horas, las personas que participaban en el entrenamiento se reunieron y pagaron por sus lugares.

CAPÍTULO DOS

UCHIDESHI

Chiba

“ Soy Hub McCann. Luché en dos guerras mundiales y en incontables guerras más pequeñas en tres continentes. Llevé a miles de hombres a la batalla; desde caballería y espadachines hasta artilleros y tanques. He visto las cabeceras del Nilo y tribus de nativos que ningún hombre blanco ha visto antes. Gané y perdí una docena de fortunas, maté a muchos hombres y amé a una sola mujer con una pasión que una pulga como tú no podría comprender. Ese es quién soy. Ahora, ¡Vete a casa Chico!

Robert Duvall as Hub McCann.

Para entender quién era Chiba, hay solo una cosa que necesitas saber: pertenecía al grupo de raras personas que se enamoran de una cosa y dedican su vida entera a ello. Todo su tiempo, toda su atención. Era un soldado, uno que servía al Aikido. Él creía en su misión y sacrificó todo de sí por ello. Por esto abandonó Japón. Bajo el comando de O'Sensei estuvo 10 años en la barbárica Gran Bretaña donde cocinaban demasiado el pescado y siempre llovía. Bajo las mismas órdenes, estuvo esos años construyendo las bases de la organización internacional en Tokio, y, siguiendo otro comando, se fue a pasar el resto de su vida en Estados Unidos. Todo porque cuando era joven en una pequeña tienda en Tokio se

cruzó con un libro acerca de Aikido y vio por primera vez el retrato de Ueshiba. Aparentemente este fue el momento en que comprendió que quería seguirlo. Hizo sus maletas y por tres días se sentó en frente del Dojo esperando la aprobación para entrar. La gente normal y serena se aterroriza ante estas personas; y deberían. Para él, el entrenamiento o estudio no eran un pasatiempo sino un sentido y el centro de su vida. El resto sólo fue efecto secundario, un matrimonio arreglado por Ueshiba, una casa cerca del Dojo. No había vacaciones, únicamente escuelas de verano, dormir era sólo un descanso del entrenamiento. Fue el anfitrión de la primera generación de uchideshi, por lo que incluso tuvo que renunciar a su privacidad. Su hogar y el Dojo estaban entrelazados: se entregó por completo a la gente. Es este tipo de personas que debes temer porque con cada gesto, cada palabra, te muestra que no estás haciendo lo suficiente.

Para la mayoría el Aikido es un lindo hobby, una interesante forma de pasar el tiempo. Él era un apóstol y un loco, y nosotros estábamos jugando con eso mientras él sacrificaba su vida. Como un niño que juega con la pistola de su insurgente padre. En otro tiempo y lugar, lo más probable es que se parara con un hacha, en la línea del frente del ejército, o fuera un piloto kamikaze⁴¹ o un terrorista suicida. ¿O quizás estoy en un error, y podría haber sido un monje? El Aikido fue lo que lo definió. Fue apartado de Japón, sin embargo, lo llevó a todas partes del mundo con él. De esta manera, después de miles de años tenía más del viejo Japón dentro de él que lo que le quedaba en su tierra natal. Arrancado del campo de batalla 300 años atrás, esta era la forma en que hablábamos sobre él. El arte por el que sacrificó su vida no era su máscara, era solo él. Por eso no pudo desempeñar el papel de maestro pacífico.

⁴¹ Kamikaze (viento divino); división militar de la segunda Guerra mundial, en la cual pilotos japoneses eran asignados para realizar ataques suicidas.

Así era su vida: complete, natural, honesta y orgánica. Él vivía con fascinación e ira. Con mucha paciencia y ataques de rabia. Para nosotros era el dios del Aikido. Un dios preocupado que acepta el trabajo duro en silencio sin elogios y, por las faltas nos castigaba con rabia divina. Rompió huesos, gritó y golpeó.

Era un hombre vivo, sin máscaras. Una leyenda, uno de los pocos estudiantes vivos de Ueshiba. Después de años pasados con el fundador, sabía lo que estaba haciendo, y nadie podía desafiar esto. Dentro de él tenía una verdad última que todos tuvieron que aceptar. Lo que estaba haciendo era hermoso, terrorífico y verdadero. Alrededor de su núcleo, como alrededor del ojo de un ciclón: manos rotas en círculos, cirugías de rodilla, moretones, dolor, estrés, miedo y un mar de sudor. Chiba fue honesto y abierto con cualquiera. Cualquiera podía entrar al interior si lograba enfrentarse a lo que sucedía fuera.



Uchideshi

“ Mientras Jesús caminaba junto al mar de Galilea, vio dos hermanos, Simón, llamado Pedro y su hermano Andrés. Estaban echando una red al lago, porque eran Pescadores. “Ven, sígueme”, dijo Jesús, “y te enviaré a pescar personas”. Enseguida dejaron sus redes y lo siguieron”.
- Mateo 4: 18-22

En Japonés, el término “Uchideshi” significa estudiante viviendo dentro del Dojo (deshi- estudiante; uchi- dentro), como opuesto a Sotodeshi, un estudiante regular que vive en su propia casa y viene sólo por entrenamiento. Uchideshi es los restos de una relación primordial y muy personal con el maestro. En nuestra cultura equivale a un jornalero o un escudero.

Imagine esto, mi querido lector: un joven aparece en la puerta de un taller de zapatero y es recibido en el trabajo. Duerme en una pila de sacos en un cuarto trasero, limpia, hace las compras, sirve a la familia de su maestro. A medida que pasa el tiempo, comienza a realizar trabajos sencillos, que no requieren mucha habilidad. Luego recibe tareas singulares y más complicadas. Se traslada del

sótano a una pequeña habitación. Llega a conocer al maestro con todas sus virtudes y defectos. Soporta el humor y la malicia. A medida que pasa el tiempo, abre y cierra el taller. El maestro le da una parte de sus propios deberes, el mismo, quedándose sólo para supervisar el trabajo. Finalmente, un día, después de años viviendo juntos, el joven recibe el título de maestro y la aprobación para establecer su propio taller, o tal vez incluso se haga cargo del taller del propio maestro. Todo este proceso lleva años y se entrelaza con la maduración física y la transfiguración de un niño a un hombre. Este modelo existía principalmente en cada cultura. La transmisión de un oficio, de artesanía y de habilidad, se produjo en una relación de uno a uno. De corazón a corazón, como solía decir Sensei.

El uchideshi vive en el Dojo, el abre en las mañanas y cierra por las tardes. Él limpia, hace mantenciones y arreglos; es responsable del Dojo. Toma parte en cada una de las clases. Está constantemente cansado, somnoliento y hambriento. Él congela su vida, no tiene una relación, no trabaja, no estudia. El Dojo, para él es una mezcla de monasterio y prisión donde se apunta por sí mismo. Usualmente viaja desde muy lejos. Los uchideshi viajan de distintos países, y hablan diferentes lenguajes. Como Rob Cole, el héroe de *El Médico*, un libro de N. Gordon, quien tuvo que viajar por todo el mundo descubierto en ese entonces para seguir su verdadera vocación. Muchos uchideshi tienen que aprender un lenguaje extranjero, vender la mayoría de sus pertenencias y emprender el viaje de su vida. Como el salmón contra la corriente: en nombre de la existencia y la muerte. La importancia de este mensaje se condensa en un símbolo, la mano impresa de Chiba Sensei, un sello colgado en cada Dojo controlado por él.

Este modelo es, por supuesto, entrelazado con la relación entre padre e hijo y este aspecto no puede ser ignorado. Un maestro como sustituto de un padre es la fuerza vinculante. El fenómeno

del uchideshi que realmente me interesa no tiene nada que ver con el de ser estudiantes. Se aplica a un tipo de personas muy específico y compararlos con estudiantes normales sería perjudicial para ambos lados.

La relación Sensei-Uchideshi es especial y personal. Despierta emociones extremas ya que la relación con el profesor trasciende los roles tradicionalmente aceptados de alumno y profesor. En muchos casos, la relación personal con una persona en particular es mucho más importante que el oficio que se enseña. El uchideshi comienza con la sensación de hambre, la sensación de “no es suficiente”. Desde la conciencia de que lo que estás haciendo no es suficiente. Ser uchideshi es un estado mental en el que el sueño toma el control de la realidad. El uchideshi está haciendo lo que realmente quiere hacer, no lo que le conviene. Es el momento de enfrentarse a sí mismo y asumir la responsabilidad de su fracaso. Un joven empaca su mochila y se aleja para encontrarse a sí mismo. ¿Quizás ésta es la razón por la que, durante todos estos años, entre cientos de estudiantes, encontré solo una persona de Breslavia que quería ser uchideshi en su propia ciudad?

La verdad última de ser uchideshi nace de la elección inicial. Esta necesidad no prospera en todos los suelos. Un adolescente que mastica la pulpa de la televisión, para quien sus padres son una aspiradora en su habitación, no es apto para ello y no estaría de acuerdo. Este es un programa para aquellos que están aplastados, agotados, insatisfechos con la vida.

Deja todo y sígueme; ven conmigo. Vive en el polvo, en el dolor, el agotamiento, sin dormir y el descontento constante contigo mismo. Verás puertas; te las mostraré; los atravesarás si encuentras la fuerza dentro de ti. Si lo logras, nada volverá a ser igual. No mejor, sino diferente, más profundo, verdadero.

Dentro de veinte, treinta años, durante una cena con tus tías con el pelo mal teñido junto a algún tío gordo Janusz⁴², sobre un plato de Golabki o Bigos⁴³, estará presumiendo que en su juventud practicó Judo, pero lo dejó por su esposa, trabajo, lesiones y así sucesivamente. Que pudo haber sido bueno, que si hubiera seguido adelante entonces... Lo único que te puedo garantizar es que miras entonces a tu hijo y él sabrá que fuiste hasta el final y no te arrepientes de nada. Eso es lo que vale la pena para mí.

⁴²Janusz – Nombre polaco, en la jerga polaca también es usado para referirse a un “campesino”, persona de poca educación, conservadora y de estilo antiguo.

⁴³Gołabki, Bigos – comida tradicional antigua, típicamente consumida en Polonia en reuniones familiares.



La Olla a presión (Kocioł)⁴⁴

Cada Dojo es un hormiguero diferente con roles sociales estrictamente definidos. Hay un instructor, hay un macho alfa, algunos aspirantes, algunos buenos, algunos escaladores sociales. El Dojo a veces también genera un payaso, al más lindo y algunos amigos. Un poco como un salón de secundaria. Sólo a través de semanarios o grandes campamentos de verano se reúnen sobre doscientas personas de veinte Dojos diferentes. Todos los roles sociales caen como máscaras. Todas las personas aceptan ser reconocidos por otros, perdiendo sus poderes de invisibilidad. Las posiciones construidas a través de los años se borran. Todo el mundo luce igual y un principiante puede bloquear una técnica de un maestro avanzado con barriga cervecera. En algún lugar, bajo la superficie del aprendizaje de las técnicas, se genera una súbita prueba de establecer rápidamente una nueva jerarquía.

⁴⁴El título original para este capítulo es Kocioł, apodo polaco para la parte más activa de los estadios de fútbol donde se encuentran los más fanáticos y hooligan (hinchas británicos que producen disturbios). Olla a presión es una Buena traducción, pero también es un apodo del dojo de Chiba Sensei en Fairmont Avenue en los 90s. El autor nunca entrenó en este lugar.

Sensei Chiba era consciente de esto, y tengo la impresión de que su presencia era capaz de limitar este estúpido comportamiento. Así es como funciona la naturaleza humana. Por supuesto, siempre ocurren situaciones similares, pero en comparación con los seminarios masivos de participantes anónimos, tuvimos mucho menos de eso.

Cada uno ve lo que quiere ver a través del filtro de su propia experiencia. Nuestra relación con Chiba fue especial y primordial, y era lo más importante para nosotros en ese momento. Como en Maslov⁴⁵, la necesidad básica es salvar tú propio trasero. Era primitivo y a la vez adictivo. Llamé a esto la olla a presión, como el lugar más peligroso en las gradas del estadio. Justo al lado del Kamiza⁴⁶, cerca del profesor hay mucho espacio. Los principiantes se esconden tímidamente en los rincones, los viejos maestros o los perezosos también corren desde ahí. Es un lugar para alimentar tú ego y poner en riesgo tú salud. Aquí es donde se sienta el maestro y donde descienden los leoncillos. El antiguo y actual uchideshi, el joven y el talentoso, uke a tiempo completo. Todos ellos colindan aquí y comienzan a hervir. Me encanta este lugar.

Tenía alrededor de 35 años; era grande y fuerte. Rígido, pero no había alcanzado el límite de mis habilidades. Podía ser más rápido, fuerte; más peligroso. Dejábamos el entrenamiento casi a cuatro patas. A veces debíamos tomar uno o dos ibuprofenos después de terminar. Tradicionalmente, cada día debíamos establecer de nuevo la jerarquía primitiva entre nosotros. Sensei se sentaba en

⁴⁵A. Maslov (1908-1970). Psicólogo americano quien fue conocido por crear la conocida jerarquía de las necesidades de Maslov.

⁴⁶Kamiza – Tiene su origen en la tradición Shinto, es el lugar central del dojo. En Aikido se está compuesto frecuentemente por el retrato de O'Sensei y la caligrafía con la inscripción 'Aikido' o el nombre del dojo.

un zafú⁴⁷, bajo el Kamiza y pretendía no vernos. Cuando dos teníamos conflictos, la mayoría de las veces desviaba la mirada y esperaba hasta que el problema se resolviera por sí solo. A veces se levantaba de un salto e intervenía en los casos de exceso de violencia, frecuentemente con más violencia.

Muchos no entendieron el mensaje. A través del efecto básico de conocer tus propios límites y un duro entrenamiento que irradiaba violencia estaba enviando la fuerza de su propia escuela al mundo. Sólo los jugadores pueden jugar el juego. No hubo rencor entre nosotros. De hecho, había envidia, a veces ira por la violencia innecesaria. Sin embargo, esto era como el viento, el cual pasaba y lo único que quedaba era el respeto por el trabajo del otro y la disposición a medirse con los mejores. Cuanto más sudor, más respeto. Sensei construyó esta atmosfera y fue el actor principal de la obra. La mayoría de nosotros conocía los roles y jugábamos instintivamente. La principal herramienta aquí era su reputación y el miedo. Todos los que practicaban Aikido habían oído hablar de él. Entre las docenas de maestros que estaban activos en esa época y habían aprendido de Ueshiba, Sensei Chiba ocupaba un puesto especial. Pudo unir su pasado, el tiempo que paso como uchideshi con el mismísimo fundador, con su duro carácter y su devoción única y mortalmente seria por la esencia de este arte. En un mundo sin rivalidades, sin antagonistas, creció para convertirse en Darth Vader y su Dojo era la Estrella de la Muerte. Los relatos de su brutalidad e imprevisibilidad lo precedieron, había oído hablar de esto a muchas personas que nunca lo conocieron. Crecí escuchándolos y le temía antes de conocerlo.

Aikido, en su forma más pura, cumple los sueños del arte marcial sin violencia innecesaria, que puede ser practicada por cualquiera.

⁴⁷Zafú – Almohada usada para sentarse durante meditación.

Atrae a las personas que quemen a las formas con mucho contacto, o por convicciones propias, eligieron un arte que les ofrece una consciencia limpia, simplemente por el mensaje ético que mantiene. Sin embargo, todos deben sentir que lo que hacen tiene sentido. Sensei Chiba, con la mirada de un Samurai, violencia y manos rotas, validó no solo su propia práctica, sino a todos aquellos que practican un suave y acogedor Aikido. Ellos lo necesitan para mostrar a todos el potencial de la violencia que hay en el Aikido. Que también podrían hacerlo de esa manera, pero deciden hacerlo de forma diferente. Sensei lo sabía y usó este hecho para construir su legendaria reputación. Por supuesto, hubo muchos que rechazaron su enseñanza. Sin embargo, de su lado tenía el haber sido uchideshi para Sensei Ueshiba y un inmenso respeto por parte de sus estudiantes. Los japoneses se apoyaron mutuamente y a pesar de las significativas diferencias en lo que enseñaban, su lealtad subyacente fue lo primero.

Obviamente, lo que muchos pensaban acerca de la brutalidad y la violencia eran una absoluta tontería. Fue una mezcla de carácter difícil y una formación psicológica de la propia imagen. Un poco como el jefe de la familia mafiosa, estaba construyendo su reputación y su escuela.

Funcionó bastante bien en el mapa de diferentes familias mafiosas que hicieron lo mismo usando su imagen para bien o para mal. Su carácter nunca permitiría el crear una masiva ola con cientos de clubes u organizaciones locales. Él destruyó todo lo que construyó, y nunca se detuvo en probar los límites de la resistencia, la lealtad y el estándar de su gente. Era su hogar. Con el tiempo, obligó a los más cercanos y los mejores a huir. En este nivel usó a las personas como peones en una partida de ajedrez. Cambiaba de tácticas, poniendo unos contra otros. Un trozo de carne, no un pastel de crema, esto es lo que a menudo venía a mi mente cuando lo observaba. Una práctica real, no una máscara o un juego artificial.

Carne cruda en el mostrador, no un postre endulzado artificialmente.

“Lo pequeño es hermoso”, solía decir. No pudo construir una gran organización porque tenía que supervisar todo. Esta ruptura entre la ambición de crear un imperio y destruir todo lo que no estaba controlado definió su comportamiento. Por un lado, quería ser uno de los maestros más destacados y populares; grande, famoso, en el centro de la atención. Por el otro lado, sabía que únicamente un grupo pequeño y controlado puede trabajar en el nivel que garantice el progreso coherente con su definición. Al final, se quedó atrapado en algún punto intermedio.

El Aikido es un mundo de soñadores aficionados. No es un deporte con una estructura establecida que pueda verificarse mediante competición y evaluarse mediante una puntuación. Tampoco es un culto o una familia mafiosa; en la mayoría de los casos uno está siguiendo un pasatiempo o un sueño en su tiempo libre.

Tanto como quieras y cuando quieras. El lenguaje a través del cual transmitimos el mensaje necesita adaptarse al grupo objetivo; así es como se construye un imperio; en un mensaje simple, en un trasfondo, y sobre todo, una segura y anónima ambigüedad. Es un simple relacionador público corporativo que está envuelto por un tipo de marca mitológica. En este mundo donde el maestro es un símbolo, una imagen corporativa para cientos de clubes, organizaciones y miles de estudiantes, el contacto personal sería absurdo. Esta es la única forma en que Chiba pudo hacerlo. Cuando aparecí en la organización, él conocía personalmente a todos los cinturones negros y a mucha gente con cinturones blancos. En todos los países que el visitó, su gente siempre estaría ahí. Recordó los nombres y las historias del pasado. “Pequeño es hermoso”, solía decir. Yo añadiría que también es aterrador. Anthony de Mello citó en una colección de cuentos una conversación entre dos sacerdotes:

-En este año nuestra comunidad se ha vuelto más cercana al creador.- dijo uno de ellos con orgullo.

- ¿Conseguiste más seguidores?

-No, ¡Perdimos cincuenta!

Nunca fuimos muchos en número. En su momento, en Estados Unidos, la organización creció a alrededor de sesenta clubes. En Gran Bretaña había tal vez veinte y en el continente europeo quizás quince. Dirigíamos clubes individuales en Chile, Kazajistán, Canadá, México y Kenia. No pudimos crecer porque Chiba quería operarnos como un ejército en tiempos de guerra. Odiaba la debilidad alrededor de sus seres más cercanos, a los que entrenaba intensamente. Al mismo tiempo, aceptó y recompensó con rangos a muchas personas que a menudo eran mediocres, pero sumisamente leales. Esta contradicción fue la razón del resentimiento de muchos cercanos, que lo acompañaron en el infierno del entrenamiento y la presión personal. Aquellos que no podían entender que otros obtuvieran gratis lo que ellos habían pagado con su vida y sangre. Al mismo tiempo, las personas que habían sido reconocidas por su rango a pesar de que eran de una organización diferente, y sin ninguna dificultad lograron acercarse a Sensei, aunque la mayoría de las veces recibían el mensaje incorrecto. Creían que el regalo recibido en tiempos de Guerra era algo ganado y bien merecido. Sin embargo, Chiba siempre estuvo en una guerra y adecuadamente a la situación, se enfrentó a mercenarios en los que no confiaba plenamente. Enredado en alianzas con otros maestros en el cuartel general y mortalmente leal a la familia Ueshiba, estaba dispuesto a morir en batalla.

Durante años lo vimos luchar en su batalla contra el mundo del Aikido. Lo vimos cuando comprendió que la Guerra solo tenía lugar en su cabeza. Cuando entendió que no hay enemigo, no hay ejércitos y nadie quería morir. Quizás esto es lo que explica su lenguaje. La forma en que quería liderar su grupo. Era una mezcla

de un jefe mafioso autoritario, un padre que criaba a sus hijos y un sacerdote. Sus palabras estaban saciadas de mesianismo y responsabilidad de mostrar un verdadero mensaje de O'Sensei a la siguiente generación.

Todo sonaba, para la gente fuera de nuestro círculo, anormalmente serio y absolutamente grandilocuente. Esto se debe a que la mayoría de nosotros tratamos al Aikido como una forma agradable de desestresarse, como cuidar peces o colecciones estampillas. Es casi como si el presidente de la Sociedad filatélica indujera a sus miembros a morir en nombre de una nueva serie de sellos decorados con jalea real o si te golpearan por rasgar la orilla del sello. El Aikido se convirtió en un pasatiempo, un producto (como el fitness, una marca registrada). Chiba no podía hallarse en este mundo porque este no era demasiado serio.

La ilusión vendió lo mejor. Se puso una máscara de bruto porque le daba libertad y alejaba a la mayoría de las personas débiles que intentaban construir su posición sin entrenamiento.

El 95% de los instructores son aficionados que trabajan a tiempo completo en otras profesiones. Dos o tres veces a la semana se ponen el keikogi, Hakama y suben al tatami. Hice esto durante años, pero en el fondo de mi cabeza siempre tuve el pensamiento de que era una fantasía. Si las artes marciales son una disciplina a la que debes sacrificar tú vida, ¿Cómo puedo enseñar si no lo he hecho? ¿Si, en realidad paso más tiempo en el retrete que en el tatami enseñando a otros; todo esto sin mencionar lo correspondiente a mi propia práctica?

Un hombre en una máquina corporativa es una cigüeña para una persona y una rana para otras. Aparte de esto está la diaria y sin sentido caza detrás del dinero. En Aikido él puede encontrar un refugio. El Dojo y el tatami se convierten en un escape de la monotonía, del trabajo duro, del papeleo interminable, la charla con los clientes. Se convierte en un santuario, un lugar en el que

interrumpes el día a día y haces algo especial que es sólo para ti. Adicionalmente, el instructor, a menudo parte del engranaje de una máquina corporativa, agotado por la cotidianidad y el estrés del hogar y/o el trabajo, encuentra un lugar donde es medio dios. Por unas pocas horas a la semana las personas lo escuchan, nadie se ríe de él, nadie lo reprende o discute con él, nadie lo va a corregir. El Dojo, un pequeño microcosmos le financia una terapia diaria. Si agregamos aquí una aparente supremacía física, tendremos una imagen completa del juego con el papel del maestro. Evidentemente, ser profesional no significa ser un mejor instructor. Conozco a muchos aficionados que son mejores que un profesional cansado y aburrido de su trabajo. Ciertamente para Chiba, asumir el papel de un maestro a tiempo completo era mucho más simple, ya que era un japonés entrenado por el fundador del Aikido. No se arriesgó a ser ridiculizado, porque nadie socavaría su experiencia. Era descendiente de una cultura que creó este arte marcial; entendió su origen y esencia. A diferencia de nosotros, era un sirviente de un mensaje verdadero, no un surfista sobre la ola de la ilusión.

Tenía una casita con un jardín en las afueras de San Diego a pocas cuadras del Dojo. Conducía un maltratado Toyota blanco y siempre conducía hacia algo. Como uchideshi, siempre estábamos arreglando espejos rotos o un parachoques. Recuerdo a uno de nosotros furioso después de un entrenamiento pesado, que bajó al estacionamiento, se paró junto al coche de Sensei e indicando a las numerosas abolladuras colapsó: “¿Y quién es el que no tiene conciencia espacial?”

Sensei conducía este coche como un maestro: sin preocuparse en absoluto por las reglas. Una vez, en medio de la noche, lo estábamos esperando en la calle, vigilando el lugar de estacionamiento frente a la casa de uno de los instructores. De repente apareció una figura negra, resultó que estaba conduciendo

sin las luces encendidas. Ninguno de nosotros tuvo el valor de decírselo.

Siembre me fascinó el fenómeno de la creación de la relación feudal que Chiba tenía con sus estudiantes. No toleraba la resistencia; era autoritario y a veces cruel. ¿Cómo funciona este papel en la vida cotidiana actual? Aparentemente, una vez mientras pescaba, cogió el muslo de un surfista con su anzuelo.

“Corta la línea”- el surfista gritó

“Saca el gancho”- gritó Chiba.

En este diálogo, como un koan⁴⁸, hay de todo. Cuanto más pienso en ello, más me aterroriza la simplicidad del mensaje.

Todo el mundo tiene que estar en una cola en la oficina de correos, pelear con ZUS⁴⁹ o cualquier otra cosa que tengan en Estados Unidos. En esos momentos, el papel de un gran maestro debe haber sido muy difícil para él. Sin embargo, todos los que lo conocieron confirman, no era una máscara, era él.

¿Tal vez, durante cincuenta años, creció dentro de él? ¿Cuándo sucedió esto? Después de todo, dejó Japón cuando tenía 26 años. Navegó en un barco a través del océano durante largas semanas, hasta la costa de Inglaterra. ¿Este chico ya era un maestro que todo lo sabe? Es un pensamiento estúpido. Era un niño con algún conocimiento crudo, que no estaba familiarizado con el idioma, sin dinero, probablemente siempre hambriento y asustado. Un mundo extraño y extranjero, una religión y una cultura diferentes. Nos dijo que no podía soportar el clima y la comida demasiado cocinada. Extrañaba el pescado fresco y odiaba las charlas inglesas sobre nada. ¿Era este chico, perdido en el cosmos, pero con la misión de

⁴⁸Koan – a partir del budismo zen. Un ejercicio en la práctica de la meditación. Una pregunta aparentemente ridícula que hace el maestro y que induce a la reflexión.

⁴⁹ ZUS corresponde a agencia de Gobierno en Polonia.

popularizar un arte que amaba como a una mujer, ya un maestro entonces?

Una vez, los dos estábamos sentados en un pequeño café frente a un Dojo en Adams Avenue ⁵⁰. Después de medio año de entrenar cinco, seis horas diarias, quería darle las gracias. Le pedí cinco minutos y me invitó a tomar un café. Eso en sí mismo fue una gran broma. Como uchideshi durante seis meses tuve una prohibición completa de beber café. Ahora, al final del entrenamiento Chiba me invitó a una cafetería y, mirándome directamente a los ojos, pidió un espresso doble. Tomé una especie de té de hierbas picante, que me dio diarrea por todo el día. En este tiempo, ya había dirigido un Dojo en Polonia que entrenó a cien personas, y había otros cien en el grupo de niños. No estaba listo, quería más. Por primera vez en mi vida sentí que estaba bebiendo de la fuente correcta. Necesitaba más y más. No quería volver, no quería engañar a la gente que veía a un maestro en mí. Se lo dije.

"Nunca estarás listo." Me miró seriamente. "Cuando salí de Japón, tenía 26 años. ¿Crees que sabía mucho? Todo lo que sé ahora lo aprendí mucho más tarde".

Volviendo a la olla a presión, estaba burbujeando con la juventud y la ambición. Había una profunda necesidad en mí de mostrar mi compromiso con Sensei.

"Tienes que decidir si quieres ser sargento o general". Me lo dijo una vez después de un entrenamiento pesado donde había estado luchando por la vida. "¿Cuánto tiempo vas a fingir que eres un adolescente?", Continuó.

Sabía lo que quería, pero dentro de mí todo se estaba rebelando contra él. Quería hacerme un líder, un instructor. Un director de una orquesta. Sin embargo, no estaba listo para eso. ¿Quizás nunca

⁵⁰Dojo San Diego estaba ubicado en la Avenida Adams, el edificio solía ser un banco.

lo quise? Cada uno de nosotros tiene su objetivo, su propia razón para ir al tatami. Cada uno de nosotros lucha con su propia suciedad, cada uno es diferente.

Conocía a gente que sólo estaba interesada en abrir las puertas a su demonio interior. Tenían el potencial de ser mucho mejores técnicamente. Sin embargo, para eso tendrían que construir una jaula a partir de la técnica y, al menos por un momento, domar su agresión y otras emociones, y esta no es la razón por la que estaban allí.



No es un deporte, no es una recreación, es una locura

“ (...) Es necesario saber que el arte marcial está espalda con espalda con la muerte. Sin embargo, la muerte potencial está en un inevitable equilibrio de tensión con el deseo instintivo de sobrevivir. Este hecho se sostiene sólidamente en la mente y el cuerpo del buscador en el proceso de entrenamiento, al tiempo que enfatiza vívidamente la dignidad existencial y el respeto de la vida propia y de los demás.
- *T.K. Chiba*⁵¹

El entrenamiento era duro y peligroso. Éramos jóvenes y todos los días éramos más fuertes y ágiles. La sangre estaba hirviendo dentro de nosotros y la dinámica que irradiaba Sensei era como una luz verde para tus propios experimentos. Aikido se trabaja sobre técnicas repetitivas. No hay peleas de entrenamiento,

⁵¹T.K. Chiba, Foro de Aikido, Victoria Aikikai, 1985, [online:] <https://aikidosphere.com/kc-e-beware>

competiciones oficiales, concursos, temporadas de entrenamiento, picos de las habilidades, equipos o representación. Esta es la mayor belleza y, por igual, una maldición de lo que hacemos. Una bendición para toda una vida de trabajo y una excusa para la complacencia y el descuido.

En judo o en lucha libre, durante la primera mitad del entrenamiento practicas tranquila y pacientemente las técnicas. Nadie está bloqueando y se practica con una pareja. Toda la tormenta de emociones está esperando la segunda mitad: el combate de entrenamiento o la pelea. Aquí es cuando botas todo lo que hay dentro de ti, bloqueas, tiras, dominas y trabajas a través de las olas de todo lo que llega a tu cabeza en los tiempos del agotamiento extremo.

El Aikido tradicional rechaza el entrenamiento de la lucha y se basa únicamente en la repetición de las formas. No hay enfrentamientos y peleas, en teoría tampoco hay rivalidad. Es sólo una verdadera ilusión, ya que la irresistible necesidad de un restablecimiento constante de jerarquía dentro de un grupo se encuentra dentro de la naturaleza humana. Por esa razón, todo un mar de emociones se ve en algún lugar bajo la superficie en casi todo lo que hacemos.

El uchideshi vive en un Dojo, entrena entre cinco y siete horas todos los días. Limpia, come y duerme. Esto es todo. Todo lo que hace está relacionado con el entrenamiento. El hombre debe cocinar en este entrenamiento. Debe practicar Aikido, respirarlo, amarlo y odiarlo. Debe quedarse en el Dojo todo el día. Debe, en todo momento golpear su cabeza en la pared de sus propias limitaciones. Debe estudiarlas sin fin. Debe intentar hacer algo cientos, miles de veces, algo que ni siquiera pudo hacer ayer. Se preocupa de todo el Dojo: limpieza, agua, gas, electricidad y los baños son su responsabilidad. No hay excusas y no hay escapatoria al trabajo, a la escuela, a los amigos. La responsabilidad, la falta de

privacidad y un lugar para escapar física y mentalmente caracterizan este tiempo.

He practicado muchos estilos diferentes y la escuela de Sensei Chiba fue la única que utilizó una terminología tan extrema. Entrenando al límite, rozando la muerte, aquí y ahora, la conciencia del lugar, el tiempo y el peligro. Todo esto suena increíblemente dramático y, para la mayoría de nosotros, es simplemente divertido. La línea clásica del arte se diluyó y la formación es, sobre todo, una búsqueda de ocio y una forma de desestresarse. Se basa en el refuerzo positivo y en llenar la demanda con la oferta. Esta manera ha creado una imagen de un sistema seguro y sin rostro, en el que nada es “demasiado”. Puedes aprender un poco, cansarte un poco, relajarte un poco. Para Sensei Chiba nada era “un poco”. En la relación con él nada era cómodo ni simple. En un gimnasio se puede correr en una cinta acompañado de buena música y aire acondicionado. Puedes ver chicas bonitas y desfilar con tu ropa de diseñador. Un instructor se para a tu lado y alimenta tu ego con cumplidos. Sensei, muy probablemente, correría frente a ti descalzo con una mochila llena de rocas, gritándote todo el tiempo.

Pero, tal vez, ¿fui el único que lo vio así? Tenía una fantástica sensibilidad con las personas y se acercó a todos de una manera diferente. A algunos gritó incesantemente, a otros nunca alzó la voz, había aquellos a quienes ni siquiera hablaba. Estoy tratando de encontrar palabras para expresar lo que más me llamó la atención de Sensei Chiba. La única palabra que me viene a la mente es “verdadero”. El Aikido puede ser una ilusión, como el patriotismo o el amor, entonces es sólo una nube de ideas, es más un sueño que una materia tangible que se puede sopesar y medir. ¿Cuándo empezó a ser así? Parece el concepto único de evitar la violencia, que fue introducida tangencialmente por el carismático O'Sensei y encontró un suelo fértil en el occidente superficial.

Conocer un arte marcial es, principalmente, una necesidad masculina, que no tiene nada que ver ni con la auténtica situación de peligro ni con la realidad de nuestros tiempos modernos. Esto es aplicable a cualquier disciplina. Todos los profesionales lo saben, independientemente del estilo que enseñen. Estas escuelas son sistemas cerrados, la mayoría de las veces imposibles de comparar. Con el paso del tiempo, se vuelven herméticos al crear un sistema interno de rangos, títulos y jerarquía. Microcosmos pequeños y un modelo simplificado del mundo.

Desde la introducción de las armas de fuego, la dominación física se dejó de lado. Para la mayoría de las personas el conocimiento de las artes marciales se convirtió en otro atributo y un diente de tigre en el cuello del macho alfa. El instrumentalismo de este fenómeno es a la vez divertido y aterrador. En general, elegimos una disciplina que se adapte a nuestro tipo de personalidad y a nuestra forma de percibirnos a nosotros mismos. En el proceso de creación de la autoimagen de un campesino blanco típico, el entrenamiento de MMA será tan importante como una cadena dorada, un tatuaje o un pitbull. Un intelectual sobrecalificado, si fuera a entrenar en absoluto, elegiría Aikido, tai-chi o algo que encaje en su lista individual de sueños y cualidades imaginarias. Por supuesto, hay excepciones. Las artes marciales evolucionaron de sus propósitos educativos y prácticos a convertirse en un deporte que se centra en la puntuación, la afición o un servicio de negocios puro.

El Aikido no es un deporte y el entrenamiento se basa en la práctica constante de las mismas formas de una manera similar. Durante meses, años. Aikido, para la mayoría de nosotros es un hobby y no una profesión o primera prioridad. Es una forma de desestresarse, una pasión, como coleccionar sellos o mantener peces en un acuario. Dura años y para muchos es una razón de orgullo y sentido de una vida feliz.

El entrenamiento es realmente relajante. Da fuerzas para trabajar, paciencia para soportar los gemidos del jefe, la madre o la esposa. Todo esto es cierto, sin embargo, para mí, siempre fue poco. En algún lugar de la parte de atrás en mi cabeza tenía la sensación de que todo era sólo una broma, que no es lo suficientemente serio y que no estoy haciendo uso de las herramientas que llevo. Aparte de esto, estamos operando con terminología que no se aplica en absoluto a la realidad de nuestros tiempos. Pronunciamos palabras sobre la práctica dentro y fuera del tatami, sobre metas distantes y cambiar la vida. Sobre un viaje a la perfección, la práctica constante y miles de repeticiones; sobre una evolución del cuerpo y el espíritu. Estamos operando con el lenguaje de películas como *Karate Kid*⁵² y *Star Wars*⁵³. No hay una gran diferencia entre la percepción común de la relación entre el maestro y el estudiante en artes marciales y una conversación de *Yoda* con los jóvenes *padawan*⁵⁴. De hecho, esta es una de las mayores enfermedades de las enseñanzas modernas de las artes marciales: la imagen del maestro fue tomada por la cultura pop, molida y aturdida. Se convirtió en una máscara fija que, por un lado, es buscada por personas que creen en esta imagen de un estudiante, por otro, por profesores que se la están poniendo y que están vendiendo lo que los clientes quieren comprar. Todo este camino hacia la iluminación me ha llevado a muchos lugares y grupos. Todos ellos eran más o menos iguales, herméticos y seguían un conjunto similar de reglas. Todos ellos, sin excepción, creían en su propia excepcionalidad. Todos ellos, antes de convertirme en un uchideshi

⁵² *Karate Kid* (1984); película dirigida por John G. Avildsen sobre un joven debilucho que aprende karate de un maestro.

⁵³ *Star Wars*; saga de películas (y otros medios) de ciencia ficción. Relata las experiencias de personajes situados en una galaxia ficticia.

⁵⁴ De saga *Star Wars*; *Yoda* es un antiguo maestro *Yedi*. *Padawan* es un nivel de jóvenes aprendices a *Yedi*.

de Sensei Chiba me decepcionaron con su falta de verdadero compromiso. Es difícil de explicar porque realmente no me considero excepcionalmente talentoso, no me gusta mi propio Aikido y no me gusta enseñar a la gente con una construcción física similar a la mía. Esta fue, sin embargo, la primera escuela y un estilo que estaba buscando valor en un intento de descubrir y atacar los propios errores. Fuimos nuestros mayores enemigos. Sensei no permitió un vano aplomo de singularidad. Todos unidos por miedo a su evaluación, también por un control real de nuestro desarrollo. Era una escuela viva.



Dolor

“ Sal en nuestras heridas, todo un carruaje de sal,
Para que nadie pueda decir que no duele.
- Rafał Wojaczek

El dolor es lo que separa la ilusión de la verdad, el sueño de la realidad. Muchos de nosotros nos apegamos tanto a la ilusión que huimos del dolor y lo tratamos como inútil. Pero, de hecho, hay un buen y un mal dolor. Dolor físico, dolor de impotencia, dolor de ira y dolor del resentimiento; de experiencia, dolor por la partida de alguien y el dolor presente en el nacimiento de una nueva vida. La cáscara se rompe y algo muere en agonía para que algo más pueda nacer en el dolor.

Viviendo en un mundo de antiinflamatorios, motivación, asertividad, y buscando lo positivo, nos alejamos cada vez más de experiencias desagradables. Todo tipo de dolor que consideramos malo. Fue hace sólo unos años que todas las noches regresábamos del patio de recreo o de la escuela con las rodillas raspadas, los codos y ojos negros, quemado por el sol, golpeados por el viento, con las mejillas mordidas por congelación, con alergia por una

ortiga, picado por abejas y avispas, pegajosos por el jugo de nueces. Un niño de diez años tenía una navaja suiza y todos, de vez en cuando, eran golpeados con un palo o al menos una pequeña roca. En la época de mi infancia todo el mundo se quedó atrapado en una rueda de bicicleta. El dolor, más pequeño o más grande, nos acompañó siempre y conocíamos muchos sabores de él. Quemaduras, cortes, moretones, roces. Todos en un momento se durmieron con los dedos en un vaso de agua fría o calmaron sus quemaduras con leche. El dolor era parte de crecer y nadie tenía resentimiento contra él. Te duele el diente antes de ir al dentista y el dentista duele aún más.

El dolor como advertencia y como consecuencia. El dolor como algo inevitable. Dolor en los talones raspado por zapatos que eran demasiado apretados y el dolor de una astilla mal arrancada. Dolor de pequeñas agujas de vidrio y las semillas de rosa mosquetas. Como en la Matrix⁵⁵, elegimos una vida de dolor para nosotros y nuestras familias. Cada dolor en nuestra garganta, cabeza o músculos que combatimos con analgésicos. Los niños se sientan dentro de las casas, frente a los televisores y lloran cuando son mordidos por un mosquito. Es un letargo mágico, como después de unas horas de ver la televisión; es cálido y el aire acondicionado en la casa, el garaje y en el trabajo nos hace vagar por la vida como en un sueño agradable.

El buen dolor es el dolor de romper este sueño. Dolor de frío, hambre, miedo, peligro. Perder el control. A veces me parece que la herramienta principal de Sensei Chiba era precisamente sacar a una persona de este caparazón. Las personas que viven en la ilusión del agradable Aikido, donde se supone que nada duele, creen que lanzar un golpe unos a otros durante el entrenamiento

⁵⁵ Matrix (1999-2003); saga de películas (y otros medios) de ciencia ficción dirigida por las hermanas Wachowski.

debe hacerse con una sonrisa en la cara. Esa gente le picaba a Sensei Chiba como una hemorroide en el trasero. En estos momentos tenía una expresión de puro disgusto en su rostro y evitaba a estas personas como a la peste. Si tales situaciones se llevaban a cabo en nuestros seminarios, sabíamos que le esperaba la más alta "hospitalidad" de nosotros, familiarizándolo con la realidad local. Vi esto tantas veces que ya no me sorprende la estúpida reputación de esta escuela.

Invisibles para el ojo no entrenado, vivíamos en un terror de juegos de palabras, presión política y fricción mutua. No había espacio para ninguna ilusión porque cada uno de nosotros estaba ocupado con las pruebas de supervivencia u olvidarse de lo que estaba sucediendo en el tatami. Si el entrenamiento es el proceso de crianza, nuestro pequeño viaje a la edad adulta tiene que consistir en todas las rodillas raspadas, perderse en el supermercado y narices congestionadas. Si va a ser una granja de pollos con esteroides separado del aire fresco y la comida real, será un viaje a la ilusión. No sería diferente al deslizamiento de ensueño, en el mundo impersonal con aire acondicionado. Hacemos malabares con las imágenes de la cultura pop, como si después de armar un gabinete de IKEA alguien se llamase a sí mismo un carpintero. Tal vez esta sea la razón por la que esas multitudes van por Yoga, Zumba y otras tonterías anónimas. Allí puedes mantener tu burbuja, nadie te toca, nadie te da dolor, nadie te tira, te mantienes a salvo en tu propio mundo. Incluso si te rompes en sudor o te dejan jadeando, lo haces en tus propios términos y tanto como quieras.

El dolor y el cansancio fueron las primeras experiencias que la gente tuvo en la escuela de Chiba. Esas eran las puertas de un magnífico jardín. El jardín era hermoso y amenazante. Lleno de todo el desorden que te puede comer, cortarte o quemarte, pero aun así hermoso.

El dolor de un cuerpo cambiante. Dolor muscular, la sensación de dolor y rigidez de los músculos, dolor de ser arrancado lejos de la tumba del estancamiento, dolor de cansancio. Cada mañana me despertaba y me acostaba un rato sin mover los dedos (hay una canción Voo Voo⁵⁶ que está pintando un cuadro: "Levanto una mano, levanto la otra mano, levanto una pierna, levanto la otra pierna... Estoy vivo)⁵⁷. En algún lugar del camino casi siempre había dolor que me esperaba. A veces eran simplemente músculos adoloridos, un esguince o un hematoma. A veces era algo más serio. En el mundo del dolor cotidiano, el dolor malo y grande es realmente grande y malo. Caigo al suelo, derribado por la ola de sufrimiento paralizante. Me siento mal y me encuentro en una posición fetal rodeado de gente a la que ahora odio, sólo quiero que se vayan y me dejen en paz sólo por un minuto. Tengo 45 años y durante los últimos quince años algo me duele todos los días. No puedo ver el final de esto porque el cuerpo está envejeciendo y tarda mucho más en sanar. El diablo del dolor me rodea, tratando de salir de manera diferente cada vez. El mal dolor de una rotura o fractura, la columna vertebral tensa o la rodilla siempre me aterroriza. Es un retroceso. Cortes, lesiones de hombro o incluso un brazo roto no es nada. Puedo vivir y enseñar con ellos. Lo que más me temo es la parte inferior de mi columna vertebral y mis rodillas. Esto significaría hambre y el fin del Dojo.

Un deportista tiene su carrera. Cuando tiene 30 años el tiempo de trabajo duro, dieta extrema y dolor muscular constante termina. Puede convertirse en entrenador, alejarse del deporte o jugar en actividades de ocio. Yo podré hacerlo al final de mi vida. En nuestra industria no hay jubilación. Por las mañanas, cuando tenga setenta u ochenta años, tomaré un conjunto de dentaduras postizas

⁵⁶Voo Voo – Banda de rock polaca.

⁵⁷Voo Voo *Ja Zyje* del álbum *Sno-powiazalka*, 1987

baratas de un vaso y voy a ir al tatami a las seis de la mañana. Posiblemente tendría que levantarme mucho antes para tratar de orinar. Estoy condenado a estar a la vista de los jóvenes para ver debilidad en mí.

Un joven mocoso que pateaba una pelota en un club de segunda liga tendrá un trasplante de ligamentos y rehabilitación sólo dos días después de una lesión. Vivimos en un mundo de centros médicos locales. Nadie se preocupa por nosotros, y una rodilla arrancada te pone sólo en la cola para ganar un tratamiento en medio año y después pasar otros cuatro en rehabilitación. El sistema te comerá y te escupirá, el más fuerte prevalecerá. Muchas personas renunciaron, no porque ya no les gustara el entrenamiento, sino porque tenían miedo de nuestra atención médica. Vi a Sensei Chiba cuyo caparazón físico comenzó a deteriorarse rápidamente y a envejecer. Vimos esta ira y rabia hacia sí mismo. Que este es el final, que el dolor comienza a comerte todos los días. Se pone cada vez peor. Las lesiones sanan más lentamente y el cuerpo comienza a endurecerse implacablemente. El dolor ya no aparece; está ahí para quedarse. Decenas de lesiones más pequeñas y grandes, inofensivas, ignoradas, a veces nuevas, a veces aterradoras. "Si te despiertas un día y nada te hace daño, estás muerto" dicen. Este dicho vuelve a mí todo el tiempo, haciéndome menos feliz y más triste.

Lesiones

“

¿Por qué gritas? ¿Qué, tu pierna?

Le arrancaron la cabeza a este tipo y no grita, y tú te pasas por una cosa tan insignificante.

- Józef Pilsudski⁵⁸ a sus soldados heridos.

Las más pequeñas eran los peores: un rasguño en la muñeca no era una excusa para perderse el entrenamiento. Después de unos días, el corte sudoroso e infectado crecería para que tuvieras que ponerle un vendaje. En lugar de secarse, se inflamaba. El vendaje se frotaba contra él, y después de un par de semanas de un pequeño rasguño se convertiría en una herida grave, llena de pus. Lo mismo sucedía con las rodillas rasgadas. Siempre cuando volvía después de un descanso al rigor de ser uchideshi, sufría de una inflamación de los nervios en mis codos. Esta incomodidad irradiaba hasta los dedos pequeños. En la noche me despertaba un dolor que

⁵⁸J. Pilsudski (1867-1935) estadista polaco y jefe del Estado. Es visto como un padre de la Segunda República Polaca restablecido en 1918.

hacía que ambas palmas de mis palmas se sacudieran. Desaparecería después de una semana más o menos.

Practicábamos descalzos y cada uno de nosotros, después de algún tiempo, se acostumbró a diferentes tipos de hongos que crecían en el tatami. Los franceses prefieren utilizar colchones envueltos en mantas ásperas, que son ligeramente más suaves que el tatami plástico. Después de sólo dos horas de entrenamiento en ellos la piel entre mis dedos de los pies comienza a agrietarse y sangrar. Siempre en los mismos puntos: bajo el dedo pequeño del pie izquierdo y justo a lo largo de la uña de mi dedo gordo del pie, invariablemente por más de 15 años. Lo trato con antibióticos, pero siento como si este demonio fúngico se sentara en algún lugar dentro de mí, esperando a que pusiera mi pie en el tatami, entonces ataca rasgando la piel. No se puede vendar ni ignorar.

En el caso de lesiones más graves el escenario es el siguiente: un estudiante cae gravemente y se disloca el hombro. Si nadie en el Dojo lo restablece, va al médico. El doctor le ordena que deje de entrenar durante dos meses. Sensei lo ve y dice: un mes. Un mes de sentarse en el tatami en seiza y ver el entrenamiento durante 5 horas todos los días. Una hora en seiza es un dolor puro, cinco es una pesadilla. Los trucos no ayudan, los calcetines dobles, retorcerse inquieto, estarse quieto, inclinado, cruzar los pies. Nada ayuda. Después de dos semanas, el estudiante informa que se siente bien y que puede practicar. Así es como en el Dojo se puede curar un hombro dislocado no en dos meses, sino en dos semanas.

Había leyendas entre los estudiantes sobre nuestros predecesores. Los cuentos de titanes magnificados por la época que eran reconfortantes e inspiradores. Los cuentos que se puede seguir entrenando con un hombro dislocado, lo aseguras con un tubo de una bicicleta. Las palmas magulladas e hinchadas que necesitaban frío, pero no con hielo, sino con paquetes de guisantes congelados porque se ajustan perfectamente a la forma del cuerpo. Los cortes

en la cabeza por las armas de madera deben ser vendados con la membrana de debajo de la cáscara de un huevo. Cuando la membrana se seca, parchea mejor la piel que las banditas. Vivíamos en un mundo hermético, condenados a remedios naturales más que a los antibióticos y los rayos X. El polaco, el mexicano, el albanés, el colombiano, todos los raros de los países del segundo y tercer mundo. Sin dinero, sin seguros. Recuerdo cómo en el examen en San Francisco mi rodilla, que no se recuperó después de la cirugía, se desencajó en la articulación por un movimiento. La sensación era horrible, pero como uchideshi no podía salir del tatami y dejar de atacar. Yo era Uke⁵⁹. No recuerdo quién estaba siendo examinado ni para qué grado, pero arruiné el examen de este pobre tipo. Sufrí hasta el final de mi turno y me senté en seiza con mi rodilla simplemente destruida. No podía irme así que me senté allí, como un idiota, con una pierna dolorida haciendo todo lo posible para controlar mi esfínter. Después del entrenamiento rápidamente la cubrí en hielo. El mismo día, Sensei me envió con un hombre gordo de 50 años con un peluquín. Lo llamaban Doctor Fu y era médico en los Navy Seals. Me clavó tres agujas en la rodilla, sin analgésicos, cinco centímetros de profundidad, y las enchufó en una corriente de electricidad. Al día siguiente caminé sin cojear. También usamos Moxa, quemando incienso tan grueso como un pulgar, para poner en los puntos con dolor. En la habitación había un armario lleno de vendas, órtesis, teníamos bastones e incluso una vieja silla de ruedas. Había aparatos de cuello, una nevera llena de compresas de hielo y podías comprar una pomada de árnica en la oficina. Una lesión era parte de la práctica y lidiar con ella era una prueba, una oportunidad

⁵⁹Uke – persona que está atacando u recibe la técnica con una caída o una recepción de la técnica por una caída o rodando.

para probarse a sí mismo. Las poses y técnicas estudiadas eran sólo una ilusión si el dolor te destruía y simplemente caías al suelo.

Algunas de las formas, especialmente las en las que usas armas, estaban inevitablemente conectadas al dolor y eran una prueba de fuerza de voluntad y determinación. Recuerdo Kiri Otoshi⁶⁰ con dos compañeros. Atacas la cabeza de tu oponente con una espada de madera y él sale de la línea y corta con su espada, una y otra vez. De vez en cuando se golpea la mano. La ola de dolor va directamente a la cabeza y la mano se abre. No puedes parar porque la otra persona ya está esperando el ataque, así que comienzas a cometer errores. Los golpes ahora vienen con más frecuencia, y el lado exterior de la mano comienza a hincharse como una pelota. A menudo, la piel se desgarrar y comienza a sangrar. Cada golpe ahora duele mucho más. La debilidad se apodera del cuerpo y cada samurai se transforma en un niño tembloroso. A medida que pasa el tiempo aprendes a observar este proceso y a notar cuando empiezas a perder el control. La forma funciona cuando dejas de temer al dolor. Dejas de temer el dolor cuando te acostumbras a él o cuando te vuelves indiferente. Esta es una diferencia entre el arte y el deporte: no entrenamos a las personas para que ganen. Los preparamos para morir, dignos y sin remordimientos.

¿Cómo practicar para que no se convierta en una banalidad? Después de todo, sabemos que nadie va a morir aquí. La gente ha estado practicando Aikido durante casi ochenta años y, creo que nadie ha muerto en el tatami. Una vez leí sobre un hombre que, durante una práctica en la sede de Yoshinkan, una de las líneas de Aikido, cayó después de una técnica y nunca se levantó. Sin embargo, sufría algún tipo de enfermedad terminal y su familia

⁶⁰Kiri Otoshi – una técnica de la escuela de Chiba Sensei practicada con una espada de madera – bokken

estaba preparada para un acontecimiento tan doloroso y repentino. Especialmente significativa fue la reacción de su esposa que se acercó a los instructores y les dijo:

“Estoy feliz que murió aquí. Amaba este lugar; fue una buena muerte”.

Una vez estaba regresando medio consciente de una cirugía de rodilla. Recuerdo que estaba en un elevador de vidrio cuando el doctor me dijo:

"Para ti, el deporte ha terminado. De ahora en adelante es sólo pasear”.

Ni siquiera fue una cirugía seria. Artroscopia de rodilla: tres pequeños agujeros y resección del menisco. Se “arrastraron” alrededor de la rótula y eso fue todo. A las personas les trasplantan los ligamentos o a los huesos rotos perforados se agregan tornillos para luego volver a hacer la actividad sin la cual no pueden vivir. Acababa de terminar mi primera estadía de seis meses en San Diego. Era fuerte y creía en lo que vi allí. Sabía que soy yo quien es el dueño del cuerpo, dueño de la rodilla y no al revés. Fue mi primera lesión grave y recuerdo que me preocupé después de la conversación con mi médico. No le creí, pero estaba preocupado. Sabía que seguiría practicando y nada iba a cambiar eso. Sentí que lo que hay dentro de mí es mucho más fuerte que mi cuerpo, mi caparazón, que este cuerpo, esas lesiones, están allí para cumplir su propósito. Ahora, después de muchos años, sé que ni la lesión ni la cirugía fueron lo suficientemente graves como para detenerme. No entonces, no ahora. Esto es precisamente lo que separa a los locos de los aficionados. No podemos parar porque es lo único que nos hace lo que somos. No tenemos nada más.

Mi rodilla se rompió un martes por la mañana, el jueves por la tarde tuve un tratamiento, el sábado me dieron el alta y el lunes tuve cinco entrenamientos. Ya he dirigido clases con las costillas fracturadas o rotas, con conmoción cerebral, dedos rotos, nariz

rota, he dirigido clases con fiebre alta, con conjuntivitis viral, durante años he estado curando nuevos tipos de pie de atleta. Me he roto el pie en la parte media, roto ligamentos claves y muslos, cojeé alrededor de la sala de entrenamiento apoyado por un bastón cuando tenía ciática. Una vez estuve acostado en el tatami durante doce horas cuando mi disco se había deslizado. De caminar por las montañas con el grupo de jóvenes se me generó una hemorroide en el trasero, que era del tamaño de una pelota de ping pong. Durante una semana entrené sin caídas, con un metro de cuerda en el trasero. Nada de esto detuvo mi entrenamiento por más de dos días. Había tanto de esto que a veces ni siquiera sé si algo me pasó a mí o a alguien más. Cuando el entrenamiento es el objetivo, no hay nada especial en eso. Cuando la meta es algo diferente, el dolor te detendrá. No quiero idealizar este enfoque porque también hay algo enfermo, pervertido o torcido al respecto; pero la fuerza que hay dentro de esto es notable.

Stevie de Inglaterra fue golpeado en la nariz con un arma de madera mientras estaba en el medio con Sensei, delante de todo el mundo. Corrió al vestuario, la colocó en su lugar, puso tampones en sus fosas nasales y regresó para continuar entrenando. Michał, mi estudiante, fue golpeado en la cara por mi codo justo antes de su examen. Corrió para recolocar su nariz sangrante, justo delante de los ojos de su madre, regresó y aprobó un hermoso examen. Rompí uno de los huesos en el antebrazo de Krzysiek cuando hacía kote-gaeshi⁶¹; él ni siquiera lo sintió, pero todos los principiantes en el entrenamiento gimieron. Lo envié directamente a la asistencia pública y regresó con la mano en un yeso para ver el resto del entrenamiento en seiza. Roo en San Diego se perforó el talón con una

⁶¹Kotegaeshi – una técnica para Aikido que se basa en la flexión de la muñeca.

espada afilada mientras hacía un hermoso salto con shomen⁶². Ella misma fue al hospital, donde le pusieron puntos. Volvió a tiempo para ayudarnos a preparar la cena para Sensei. ¿Más? Hay más de eso. Se podría hablar de ello durante horas, ya que la atmósfera correcta da a luz un verdadero e ilógico fuego. En el lugar donde se hace de verdad. En el lugar donde realmente está sucediendo.

"¿Pasa algo malo?", preguntó Sensei cuando intentamos levantar nuestros cuerpos de un charco de sangre.

"Estoy bien" era nuestro mantra.

Esto no es nada especial. No te compadeces de ti mismo. Los otros lo tienen mucho peor. Es sólo un hueso roto. En algún lugar, a lo largo de los años de esta locura, aparece la capacidad de ignorar asuntos triviales. Internet está lleno de ello: boxeadores con hombros dislocados, un corredor de esquí que gana con la pierna rota.

Un síndrome de renunciar al dolor, esconderse detrás de una enfermedad es algo natural. Una lesión despierta compasión, piedad, voluntad de ayudar. Por un momento estamos en el centro de atención. Es una adicción y conozco algunas personas, incluso entre los avanzados, que eran adictas a estar enfermas. No es una hipocondría normal, sino un tipo de Aikido perverso. Las personas se esconden en una o cientos de enfermedades, llegando constantemente con nuevos síndromes de piernas inquietas o un oído alterado.

Estoy entrando lentamente en una edad en la que comenzaré a pagar por mi estupidez. Por entrenar con un hombro dislocado o matar mis rodillas sin calentar. Como respuesta a una pregunta que Sensei me hizo después de mi lesión, dije con jactancia, que mis rodillas han sobrevivido a la cirugía como si no fuera nada.

"Tuve suerte", le dije.

⁶²Shomen uchi – espada básica cortada desde arriba de la cabeza.

"No la tienes", respondió tristemente, "Tu cuerpo es fuerte, pero perderás esos músculos alrededor de los sesenta. Luego todas las lesiones volverán una vez más, pero mucho peor. Todos los codos fracturados, los dedos, los hombros y las rodillas, todos te golpearán de una vez o una tras otra. Con reumatismo, dolor y Dios sabe qué más. Estás escribiendo un libro que, eventualmente, leerás..."

Obviamente, a ninguno de nosotros nos importaba eso. Nos fascinó la atmósfera y el poder de esa gente. Mientras estaba en medio del tatami, Gabriela, una periodista de gran altura de Australia, golpeó a Sensei Chiba con una espada de madera. La piel de su frente se abrió y se fue por un tiempo para detener el sangrado. La chica se congeló, aterrorizada por la idea de lo que va a pasar ahora. Sensei salió de su oficina con una sonrisa en los labios, apuntando a su frente.

"¡Excelente Shomen, justo en el medio!"- dijo sonriendo.

Nunca lo mencionó de nuevo y para nosotros el mensaje era claro. Nadie es perfecto y todos sangramos, lo único que importa es si lo hacemos con clase y dignidad.

La historia más conmovedora para mí es una que escuché de un tercero, así que ni siquiera sé si era completamente cierto, sin embargo, se convirtió en una inspiración para mí durante muchos años y en varias ocasiones me dio fuerza para ganar la batalla con los gemidos de mi cuerpo. Uno de los profesores franceses se sometió a una cirugía renal. La recuperación se complicó, ya que se infectó, así que tuvieron que abrirlo de nuevo. Las complicaciones habían paralizado su cuerpo: el hombre estaba en el hospital, pesando no más que la piel y los huesos. Todo el mundo estaba aterrorizado y poco a poco comenzó a decir sus despedidas. El mensaje de Sensei Chiba era simple. Expresó su simpatía y luego dijo:

"Mueve tu trasero y mejora porque alguien necesita cuidar del Dojo. La cirugía es la cirugía, pero ¿por cuánto tiempo te quedarás aquí?"

No sé lo cierto que es, pero para mí es una herramienta poderosa. En este preciso momento, estoy sentado en mi oficina después de cinco horas de entrenamiento. Mis estudiantes del grupo avanzado hacen pull-ups en una barra, algunos están lanzando cuchillos a un objetivo. Tengo hielo en la rodilla que se hinchó ayer sin razón aparente, y ahora es el doble de grande que la otra. Hace dos semanas me crujó la espalda por lo que no pude reverenciar durante cuatro días, luego me golpeó la gripe. Hubo un tiempo en que las lesiones no sanaban durante años. Como un pequeño diablo viscoso, daban vueltas dentro de mi cuerpo, royendo algo nuevo cada día.

Después de algún punto dejas de preocuparte. Sensei Chiba llevaba vendas y soportes como medallas, orgullosamente. Lo entendí más tarde. Era un símbolo que incluso con un hombro dañado o un vendaje, goteando sangre, no detienes tu viaje, no te escondes, no dejas el tatami. Nos enseñó lo que era importante. Después de algo así, ninguno de nosotros podía salir corriendo de la sala de entrenamiento con un dedo magullado.

Me pregunto si alguna parte de esas manifestaciones no fueron puestas en escena. Probablemente lo eran. Yo mismo he hecho cosas similares muchas veces. Quién puede soportar más, quién es más fuerte. La lucha tonta y juvenil puede convertirse en una herramienta brillante para construir un grupo y endurecer a las personas. Como cuando, en una escuela de verano en el sur de Francia, Davinder que era entonces, creo, un 4º dan, atrapó su dedo en una puerta. La sangre corrió debajo de la uña y el dedo se hinchó. Estábamos durmiendo en tiendas de campaña en el lado norte de una colina que durante todo el día era maltratada con

viento mistral⁶³. En una pequeña casa vivía nuestro anfitrión Michael, un viejo fenómeno que mantenía un campo de marihuana bastante grande. Estábamos sentados en una mesa en el jardín, el viento soplando incesantemente en él. Ante los ojos de los estudiantes perforamos el dedo de Davinder con un alfiler de seguridad al rojo vivo. Chorros de sangre sobre todos. La presión del dedo bajó y al día siguiente pudo entrenar normalmente. En Labaroche⁶⁴ cortábamos las ampollas de los estudiantes que habían aparecido en sus palmas después de agarrar las espadas. Los estudiantes pensaban que éramos lunáticos, nos miraban como si fuéramos locos, pero sabíamos que era mejor a que vieran debilidad en nosotros; entonces esta relación basada en la admiración a la vez moriría.

¿Cuándo termina el frente artificial de poder? ¿A medida que despiertas solo por la mañana, sin público y los grandes y pequeños dolores comienzan a rodearte? No es cáncer, te dices a ti mismo. Pasaré. No eres nadie especial. Un boxeador puede manejar más. Sin embargo, un boxeador, si es bueno, gana mucho dinero en lo que hace, y luego se retira. Tengo 45 años y no veo ningún fin. Moriré en la esquina del tatami como un perro: con micosis y Dios sabe qué más. ¿O tal vez, como el luchador interpretado por Rourke⁶⁵ en una película, tomaré los puños llenos de analgésicos y terminaré cada entrenamiento cubierto con paquetes de hielo?

⁶³ Mistral es un viento del Noroeste, que sopla de las costas del mediterráneo hacia el mar, entre la desembocadura del Ebro y el Génova.

⁶⁴ Labaroche - Comuna en el departamento de Haut-Rhin en Grand Est en el noreste de Francia. Ubicación para Birankai Spring Camp durante muchos años.

⁶⁵ El Luchador (2008); película estelarizada por Mickey Rourke acerca de un luchador envejecido y en decadencia.

Cuando una joven, una uchideshi, se dañó el codo después de un entrenamiento, di un discurso motivacional sobre mis lesiones. Empecé con una conmoción cerebral, luego cubrí el tema de las narices rotas y finalmente hablé de fracturar mi pie. Los miré y en lugar de preocupación vi sonrisas en sus rostros. Les pregunté por qué estaban sonriendo y empezaron a decirme, uno tras otro, sobre cada una de sus heridas. Como si de las sombras, todo regresara. Quién llevó a quién a urgencias; fracturas abiertas, llevando a la gente a una ambulancia en colchón. Una chica que recibió una patada en la cara, que luego cubrimos de nieve ya que no había hielo, aprobó un examen para el 4° kyu al día siguiente con once puntos de sutura.

Una vez más la vida me golpeó en la cara. No eres especial. Esas personas siguen este camino como tú, pagando por el aprendizaje con sangre y dolor. Aun así, están aquí. Es fácil caer en la trampa de compadecerse de uno mismo o convertirse en un megalómano. Trabajar con dolor fue, en las enseñanzas de Sensei Chiba, algo muy básico como que el sufrimiento físico es, definitivamente, un opuesto a los sueños y la ilusión. Creo que la pelea con una imagen ingenua de Aikido fue algo que lo torturó durante toda su vida. Para él esa era la puerta que sólo podía ser abierta por aquellos con los que quería trabajar. Aquellos a los que no quería se estrellarían contra esas puertas. Dolor, sangre, lesiones – esto es lo que hace que el entrenamiento sea real. Arranca la máscara y te saca de la Matrix. Ya no eres un elfo imaginario retozando con una espada brillante alrededor de un prado. Tienes sobrepeso, la espada no es brillante, y tienes caca de perro entre los dedos de tus pies.

Silencio

“ Cuando un postulante para trabajar comienza diciéndome cómo la cocina de la costa del Pacífico lo estimula y lo inspira, veo que los problemas se avecinan. Mándenme cuando sea otro lavador de loza mejicano. Puedo enseñarle a cocinar. No puedo enseñar carácter. Preséntate para trabajar puntualmente por seis meses consecutivamente y hablaremos acerca de pasta de curry rojo y lemongrass. Hasta entonces, tengo cuatro palabras para ti: “Cállate la puta boca”.

-Anthony Bourdain, Kitchen Confidential

“ El viejo maestro acostumbraba a enseñarnos: rechacen todos sus deseos, sean como cenizas secas y flores marchitas, cierren sus labios y no los abran hasta que estén cubiertos de moho.

-D.T. Susuki, Introducción al budismo Zen

Existe la necesidad de hablar dentro de todos nosotros. Enviamos palabras vacías, las cuales son el intento de llamar la atención de otros, esta es la característica de la cultura occidental. Nos recuerda una cena familiar italiana o una

conversación casual estadounidense. Tenemos la necesidad de llenar el vacío con palabras. El silencio, desde nuestra concepción, sólo alimenta un círculo vicioso de pensamientos y despierta la ansiedad. Es un largo proceso, pero el Zazen enseña cómo hacer las paces con el silencio. La primera cosa que despierta es una corriente de pensamientos, sueños, y varios caminos que uno pudiera tomar para escapar. También percibimos una interacción con la otra persona de forma muy verbal. En el caso del profesor, esto serían largas horas en un auto, un avión, en una estación de trenes o aeropuertos.

Sensei Chiba acostumbraba decir que a través de los años que pasó con O Sensei, durante cientos de horas de viajes acompañándolo, sólo habló con él unas pocas veces. La comunicación entre Sensei y Otomo toma lugar en un nivel no verbal. Lo que viene de forma natural y es universalmente entendido en la cultura japonesa para nosotros trae una de las más grandes disonancias. Muchas horas de silencio entre las personas, para nosotros, parece como una forma antinatural de cubrir un conflicto. Como los niños, estamos constantemente enviando señales de verificación. El rol del estudiante es simple. Ellos entregan respuestas y preguntan sólo cuando es necesario. Ellos adivinan las cosas que deberían estar haciendo y las realizan.

La primera vez que Sensei Chiba visitó Polonia fue increíblemente estresante para mí. No podía creer que él pudiera querer venir. En los tiempos en que era su uchideshi, él contó muchas historias acerca de sus viajes. Después él siempre se giraba en mi dirección y decía: "Nunca iré a Polonia. ¡Es muy frío ahí!"

Unos pocos años después organizamos un campamento de verano en Breslavia que tuvo lugar justo después de que Sensei estuviera en Inglaterra. Escribimos una invitación extraoficial, no para enseñar sino para visitar Polonia por placer. Después de unos pocos días recibimos una respuesta: "Estaría feliz de ir a por todo".

Por toda la semana estuve corriendo alrededor de él con otros, tratando de adivinar cada uno de sus deseos y bombardeándolo con palabras. Recuerdo una conversación con uno de los profesores de Londres. “Silencio”, me dijo. “Recientemente lo conduje en mi auto por cuatro horas y a propósito no le dije una sola palabra. Él espera eso, no fuerces nada”.

Un año pasó. Antes del próximo campamento de verano, lo llevé a pescar en un cúter (embarcación) y por un crucero por el mar Báltico. Había una docena o algo así de nosotros. Capturamos cincuenta peces, de un kilo cada uno, los cuales algunos de nosotros pusieron en hielo y ortigas para llevarlos a Breslavia para ser ahumados. Tomamos un vuelo desde Gdansk, sólo los dos, hacia Breslavia pasando por Varsovia. Fui con él hasta el aeropuerto, y resultó que el vuelo fue cancelado. El próximo era en siete horas. Estuve a solas con él. Volvimos al apartamento y teníamos todo este tiempo por delante, sólo los dos. Luego me acordé de las palabras del británico. Silencio. Me sentí culpable por el retraso y tuve la impresión de que él tenía rechazo hacia mí, pero el silencio me dio calma y una deferencia hacia la presión. Súbitamente encontré seguridad en ella y un lugar para mí. Nos sentamos todas esas horas en silencio. Volvimos al aeropuerto en silencio y, así también, sin una palabra, volamos hasta Varsovia y posteriormente a Breslavia. Durante todas estas horas, puede que le haya ofrecido café un par de veces.

Sensei contó historias de sus viajes con O'Sensei. De cómo se enteró de que en una hora irían a otra ciudad. Él tuvo que empacar y llamar a un taxi en ese tiempo. O'Sensei se subiría en el auto y después se iría directo al tren. Mientras tanto, él tenía que acompañarlo, aplastado por el equipaje, tenía que despejarle el camino, comprar el ticket y reservar un lugar en el carro. O'Sensei actuaba como si simplemente no lo viera.

Cuando aterrizamos en Breslavia, Sensei fue a la salida, donde fue recibido por nuestros profesores. Me detuve frente a la salida. Si abandonaba la recepción, no podría recoger el equipaje.

“Podemos irnos”, dijo Sensei.

“Esperemos a Piotr”, dijeron los profesores, “Él no tiene automóvil y tiene que ir a recoger el equipaje”.

“No hay necesidad, él estará bien”, dijo, ni siquiera girando su cabeza en mi dirección. Y se fue. Ellos se fueron juntos al automóvil y me dejaron en el aeropuerto con el equipaje.

De vuelta en San Diego, una vez se confesó: “Mi padre solía decir que un hombre de verdad muestra sus dientes sólo en unas pocas ocasiones”. No hay sonrisas, andar bromeando conversaciones superficiales, carcajadas, o incluso una sonrisa sin sentido.

Y, aun así, nuestra comunicación está basada en estas señales. Como niños, llamamos a nuestros padres como pollos, piando constantemente, buscando el contacto. De esta forma nunca nos dejan solos y no aprendemos a ser adultos. Es una lección para mí y que estoy todavía descubriendo. En culturas cercanas a la naturaleza un padre toma a su hijo y viajan a través de los matorrales, taiga, desiertos, en silencio. Están callados por horas para que no ahuyenten presas o atraigan predadores. Están observantes, alertas, un poco asustados. En nuestra segura realidad, esto se ha perdido en algún lugar. Puedo recordar algo de esto en mi infancia; antes del otoño e invierno cada dos días mi padre me llevaba con un trineo por leña. Estábamos en busca de leña seca o madera descartada. Con una sierra larga cortábamos todo durante horas y, alternando entre tirando y empujando, arrastrábamos todo de vuelta a la casa. No había mucha conversación en ese entonces. Había silencio. Tiempo atrás había muchos arbustos salvajes y bosques que no le pertenecían a nadie. Arbustos crecidos en exceso y árboles caídos en los campos post PGR. Posteriormente, toda el área fue domesticada, ahora todo se

encuentra podado, rastrillado, perteneciendo a alguien. Estaba avergonzado por esos viajes por leña. Nadie más lo hacía y me sentía como un mendigo. La mayoría de mis amigos compraban un par de toneladas de carbón y nosotros, como indigentes, recolectábamos ramas alrededor del vecindario. Ahora veo atrás y atesoro este tiempo, quizás a lo largo de los años he idealizado esta memoria y mi trasero ha olvidado cuán helado estaba. En silencio y con frío llegué a conocer el sonido del jadeo de mi padre, el olor de su sudor y respiración. En los miles de momentos de desesperación, ira y agotamiento, construimos algo más profundo que con una conversación vacía.



Agotamiento

“ Llevamos a cabo el siguiente experimento: pusimos una rata en un acuario y, subsecuentemente, después de cinco minutos pusimos una segunda rata en un acuario diferente. De esta forma, en dos acuarios teníamos ratas nadando. Después de diez minutos observamos: en el acuario a mi izquierda, la rata ya estaba comenzando a ahogarse. Se vuelve débil. Puedes notar claramente que su respiración se desvanece. Tú puedes ver burbujas de aire que vienen de las fosas nasales de la rata, las fosas que se encuentran justo sobre la superficie del agua. Puedes ver ahora, subsecuentemente, la rata se debilita, y la rata se ahoga. Mientras, en el acuario a mi derecha podemos ver a la rata que fue puesta cinco minutos después. Una rata que está nadando y que va sobre una plancha de madera fácilmente. En estos momentos, la rata descansa. Incluso puede respirar un poco. Pusimos nuevamente la rata en el acuario de la derecha. La rata nada nuevamente...

... La décima hora del experimento ha pasado. La rata continúa nadando. Puede verse que a menudo la rata vuelve a la plancha de madera que fue puesta anteriormente...

... La quinceava hora del experimento pasa. La rata, que estuvo nadando por casi quince horas, se ahoga.

- De la Película Szczurołap.

Recuerdo que, casi treinta años atrás, uno de mis primeros profesores destacó que el Aikido es algo que tú estudias, no ejecutas. Es una práctica, no un entrenamiento. El punto no está en quedar cansado, sudar, tener músculos adoloridos. Lo que cuenta es el entendimiento, no la repetición sin sentido. Practicábamos tres veces por semana en un salón gigante en la calle Zielińskiego. Antes de nuestra práctica estaba la sesión de entrenamiento de Judo. Kruszyna⁶⁶, Kubacki⁶⁷, Bałach⁶⁸ y otros: sudorosos, enormes y musculosos Judoka se retiraban del salón medio muertos. En el pasillo había docenas de nosotros esperando. Esqueletos con gafas, adolescentes, y delgados intelectuales. A pesar de que, en comparación con ellos, nosotros éramos sólo un grupo de aficionados, nuestro entrenamiento incorporaba muchos elementos de fitness general, entrenamiento de fuerza o acrobáticos. No porque nosotros supiéramos la importancia que tenían estas cosas, simplemente no había buenos profesores de Aikido o bagaje en entrenamiento, así que la mitad del entrenamiento lo robamos del Judo, Karate, Lucha, y Gimnasia Europea. Al mismo tiempo, adoctrinados por los instructores y nuestro propio orgullo, creíamos que lo que estábamos haciendo era, en términos de desarrollo, más avanzado y mejor. Ahora que el

⁶⁶ Beata Elżbieta Maksymow-Wendt es una judoka polaca conocida como “Kruszyna”. Compitió en los Juegos Olímpicos de verano de 1992, 1996 y 2000. Tiene 23 medallas de los Campeonatos de Polonia, 18 medallas de los Campeonatos de Europa y del Mundo. Fue tres veces campeona de Europa y dos veces campeona mundial de judo.

⁶⁷ Rafał Andrzej Kubacki es un deportista polaco que compitió en Judo. Ganó tres medallas en el Campeonato Mundial de Yudo entre los años 1989 y 1997, y ocho medallas en el Campeonato Europeo de Yudo entre los años 1989 y 1998

⁶⁸ Wiesław Błach es un deportista polaco que compitió en yudo. Ganó una medalla en el Campeonato Mundial de Yudo de 1985, y tres medallas en el Campeonato Europeo de Yudo entre los años 1986 y 1990.

tiempo ha pasado y ahora, teniendo cuarenta y tantos años tomo clases privadas de Judo y Ju-jitsu. La única razón es para verdaderamente entender mi Aikido. Como un niño, justo bajo mi nariz tuve lo mejor del Judo polaco, y no hice nada al respecto. ¿Quizás es como debería ser? Para entender algo, el círculo necesita cerrarse.

Conozco personas que, en sus años de entrenamiento, nunca sudaron. La falta de una pelea abierta y una atmósfera fácil de manejar te permite esconderte en las esquinas sobreintelectualizadas, aquí es donde los maestros gordos y el parloteo vienen en lugar del entrenamiento. Sensei T. K. Chiba estuvo construyendo una atmósfera en su Dojo basada en el miedo. Autoridad, su pasado invirtiendo tiempo en compañía de O´Sensei, conocimiento, rango; todo esto está basado en una implacable sensación de miedo. Quienquiera que contradiga esto se encuentra mintiendo. El miedo de que Sensei Chiba podría herirte incluso si fueses un principiante, e incluso un tipo más interesante de miedo: que lo desilusionarías. Es un fenómeno que, incluso desde la muerte de Sensei, nos une, a la gente que fue tocado de cerca por su mano. Despierto cubierto de frío sudor en medio de la noche porque pienso que llegaré tarde al entrenamiento.

Cuando el Aikido llegó a Europa y a los Estados Unidos, como una hierba salvaje, se propagó por el mundo sin comparación. Inicialmente en Europa, después en Estados Unidos, se propagó en muchas ramas diferentes, mezclas salvajes de nuestras tradiciones, mentalidad y deseos y de las japonesas. Como una nube sin forma de ideas que no podía distinguirse, estas peculiaridades florecieron por todos lados con infinitos colores y concentraciones de toxinas. Sólo puedo imaginar qué sintieron los Shihan japoneses de los estudiantes de Ueshiba (O´Sensei) cuando vieron lo que germinó de esas semillas lanzadas al viento. Ellos definieron las enseñanzas de Ueshiba de forma completamente diferente, desde la

físicamente demandante militarista escuela Yoshinkan hasta el sistema sin contacto en que el principal objeto de estudio es la legendaria energía llamada Ki. Sensei Chiba basó su sistema en un contacto físicamente muy fuerte y una presión que impones sobre tu compañero. En el Aikido tradicional, en contraste con los deportes, el bagaje físico y la habilidad no son una parte integral de la práctica.

El entrenamiento consistía en un calentamiento, el que duraba unos pocos minutos, y el resto eran repeticiones de formas con un compañero. Eso era todo. Sensei construyó, en el mundo del Uchideshi, un culto del cuerpo fuerte. El entrenamiento era físicamente agotador si querías que así fuera. Siempre habría una forma de escapar a un ritmo más lento o doblar las reglas levemente, pero el estrés y la presión de su lado era constante. Durante mi primera visita a San Diego, un grupo pequeño de gente estaba preparándose para sus exámenes de dan⁶⁹ (cinturón negro). Como parte de la preparación, cada viernes, por un par de meses, todo el grupo tomaba exámenes simulados que duraban dos horas y media. Yo participaba del kenshusei (entrenamiento para instructores) y, por supuesto, como Uchideshi participaba también de estas prácticas. Recuerdo uno de esos entrenamientos en particular: dos horas y media en suwari waza⁷⁰, técnicas realizadas de rodillas. Mi primer compañero de práctica se llamaba Ben y sólo puedo recordar que tenía una gran cabeza calva. Inicé dinámicamente con shomenuchi, un golpe hacia la cabeza desde

⁶⁹ En el sistema de Aikido, los practicantes jóvenes son grados Kyu (desde 5° a 1°) y los avanzados son grados dan (desde 1° en adelante). Los practicantes con grado Kyu usan un cinturón negro. Las personas con grado dan usan cinturón negro y un pantalón ancho llamado hakama. La hakama en ocasiones puede ser entregada a personas con grado Kyu.

⁷⁰ Suwari waza; técnicas de Aikido llevadas a cabo desde una posición de rodillas.

arriba, pero él no controló mi mano y golpeé su cabeza. Algo crujió y un momento después caí con mi codo sobre su ojo. La zona del hueso de la ceja fracturado, la sangre derramada. Alguien le cubrió con hielo y yo fui regañado por uno de los asistentes de Sensei Chiba.

“¿Qué sucedió?! ¿Por qué estás sentado?! ¡Ve y encuéntrate otro compañero!”

La siguiente fue Roo, de grado más alto y mejor que yo. Luchamos juntos hasta el final del entrenamiento. Durante este tipo de clase tú luchas por tu sobrevivencia. Es crucial el imponer tu ritmo sobre tu compañero. No es una pelea, no puede terminar prematuramente. El tiempo es predecible. Durará por dos y media horas, a pesar de lo que hagas durante este tiempo. Lo más importante, entonces, es imponer tu ritmo físico en el compañero, ajustado a tu propio cuerpo, longitud de la respiración, técnica y resistencia. Los primeros diez minutos son, la mayoría de las veces, suficientes para cansar a tu compañero lo bastante para ajustarse a este ritmo. Ese día Roo y yo luchamos por la dominación hasta el final. Ella me dio un ojo morado y yo ni lo supe. Sensei se sentó bajo el Kamiza, mirándonos a todos como si se estuviera alimentando de la vida esfumada en el aire. Muchas veces atravesamos lo que los corredores de maratón llaman un muro, una crisis. No sé cuántas veces me levanté, no creyendo que continuaría. En un punto, Sensei se levantó, se acercó a nosotros y corrigió algunos errores que cometíamos. Yo era joven, fuerte, y todavía no tengo idea de qué estaba hablando. Estábamos separados por una niebla; no podía ver nada a través de ella. Estaba simplemente agradecido de que me pudiera sentar. Repentinamente, me di cuenta de que nunca me había relajado tanto. Literalmente, sentí que mis órganos internos estaban colgando de la fascia. Nunca me senté tampoco de forma tan profunda en seiza. “Supongo que, finalmente, he relajado mis

músculos”, pensé. En ese momento, en los vapores del cansancio, algún tipo de cofre se abrió dentro de mi cabeza con un gran crujido. Recordé que, aparentemente sólo el esfínter rectal está tenso durante toda nuestra vida. Relajé todo, probablemente también el esfínter, me murmuraba a mí mismo. Instantáneamente, por supuesto, decidí tensarlo nuevamente. Estaba tan cansado que no sentía nada. Siguiendo, posteriormente, un natural patrón de lógica, llegué a la conclusión de que evidentemente había relajado mi esfínter. Me tomó un tiempo el unir los hechos. Sensei Chiba estaba diciéndonos algo, situado a un metro de mí, y sólo pensé una cosa, “estoy seguro de que me cagué, solo que estoy muy cansado para darme cuenta todavía”. La conclusión hacía sentido porque estaba goteando por el sudor. El siguiente paso fue el comprobarlo organolépticamente. Lentamente comencé a bajar mi mano, la cual puse por el corte lateral de la hakama y seguidamente en la dirección a mi trasero. Ahí la mantuve por un rato. Después, lentamente, llevé mi mano en dirección a mi cara, fingiendo contemplación y profunda concentración en las palabras de Chiba, las que no pude siquiera escuchar. Probablemente me veía como un estudiante fascinado por una lectura. En realidad, estaba oliendo mis dedos, revisando si mi esfínter funcionó. En el límite de perder la conciencia, esos humos de tontería desprovistos de lógica son una poderosa y temible herramienta. Únicamente un profesor consciente de su potencial puede usarlo.

¿Qué recibes de este tipo de entrenamiento? De una forma primitiva te muestra cuánto puedes llegar a hacer. Es un mensaje básico. Después de sobrevivir tres horas de hacer caídas, no te puedes quejar de una hora de entrenamiento. Tú sabes entonces que sólo es una excusa. Solía decir a mis jadeantes estudiantes en la universidad: “Un estudiante cansado es aquel que me odia tanto que quiere abalanzarse sobre mí, pero no lo hace porque sabe que

no puede hacerlo porque no tendrá la fuerza para levantarse. Y se desmaya después de un intento fallido de escupirme. Eso es cansancio, caballeros. Por ahora, ustedes tan solo están respirando agitado”. Aquella persona que corre una maratón nunca verá una carrera de diez kilómetros como un logro en la vida. El sentimiento de confianza y seguridad en sí mismo con menos miedo aparece. A nivel de grupo, la cohesión nace y es esculpida por un esfuerzo y experiencia común. Vivimos en una zona de confort. Ya sea que lo quieras o no, la mayoría de nuestras decisiones de la vida nos sirven para no ir más allá del nivel tolerado de cansancio, hambre, dolor y sufrimiento físico y mental. Sin embargo, la fuerza del humano es creada por los intentos de sobrepasar esos límites y extender este nivel. Ceremonias absurdas de iniciación, tortura en los campos militares, patadas en el estómago durante los entrenamientos de karate, son todos intentos de presionar más allá de este nivel de confort. Observarse a sí mismo en estos momentos es un tesoro, y es lo que crea las fortalezas de una persona en el mundo de las artes marciales. La técnica se convierte en una herramienta para sobrepasar el límite del agotamiento y dolor, así como correr es una herramienta para millones de aficionados que sueñan con una maratón. Cada vez: un metro, dos metros más. Cada vez con más habilidad, ellos atraviesan la ola del agotamiento, los muros de la crisis.



Sueño

“ Tan solo quería comer y dormir. Eso era todo. Siempre cansado, agotado. Siempre hambriento. Nunca descansado. Era tan importante para mí dormir, incluso por diez, quince minutos.
- Sensei Chiba sobre ser un uchideshi⁷¹.

En cualquier lugar y en cualquier momento. Incluso solo por diez minutos. Como un perro, acurrucarse en un paquete, amasando la hierba alrededor, quedarse dormido. Dormir es un escape del stress, miedo, a veces del hambre. El sueño es mío.

“Un Uchideshi es capaz de utilizar incluso cinco minutos para dormir”, Sensei solía decir. “Un Uchideshi siempre está cansado, hambriento, o somnoliento. Más frecuentemente, todas esas cosas simultáneamente”.

Nos dormíamos en cualquier parte: en los pisos, alfombras, colchonetas, bancos. Como sea. Solo en París, en una multitud. Yo siempre necesité silencio para eso y el haber alcanzado un cierto

⁷¹ Del escrito por Sensei Chiba en Hampshire College en Amherst, Massachusetts, en 2000.

nivel de cansancio: el parloteo del resto me perturba. No obstante, cuando cruzas un cierto punto, esos problemas dejan de existir. Colapsarás en cualquier parte. Cuando el cuerpo y la mente entienden que este loco caos de entrenamiento diario no finalizará pronto, lo que te espera es un proceso de colapso. La fuerza que trajiste desde tu hogar se agota después de tres días; la próxima crisis te golpeará luego de tres semanas. La energía se acaba y el cuerpo, en pánico, busca por nuevas fuentes para reponerla. El tercer mes de una batalla diaria pasa y todo colapsa. El automóvil se enlentece, y todas las luces se atenúan y se desvanecen. Sientes como si tú todavía estuvieras yendo rápido, pero, de hecho, lo único que te mantiene en movimiento es la inercia. Lesiones leves y más graves aparecen, el cuerpo está somnoliento y el espíritu letárgico y ausente. Esto dura y dura. Inconscientemente buscas por una disciplina para comer, dormir más y entrenar más suavemente. De una forma natural el cuerpo encuentra su propio ritmo, la forma de obtener energía aparece. Un proceso de evolución comienza de forma fascinante en lo físico tanto como en cualquier otro ámbito. Aquí el sueño es uno de los elementos más básicos. Aprendes a respetarlo, en cada oportunidad, cada quince minutos disponibles. Aquí aparece esta primera noche donde súbitamente el Uchideshi se levanta y le pide a todos el irse porque debe irse a dormir. El sueño es alerta y ansioso. Todas las preocupaciones del día aparecen en él y tú estás como un animal cazado que reacciona ante cualquier crujido. Sin embargo, cada cierto tiempo este cuerpo cansado cae en un profundo y petrificado sueño y tú no te despertarás incluso si un tren pasa sobre ti. En este punto, la disposición atávica de regresar a ser un animal es omnipresente. Una vez les pregunté a unas madres que conocía si no temían el poder aplastar a su bebé con su cuerpo cuando estuvieran durmiendo. Todas me sonrieron y dijeron que esto no sería posible. Sensei Chiba, según se dice, fue capaz de despertarse

cuando O´Sensei iba caminando en dirección a su cuarto. Siempre. Creo en esto, debido a que conozco el cómo duerme el corzo que levanta sus orejas. Un animal salvaje vive en tanto no sea llevado a este estado de sueño tan profundo. Como los gansos del Capitolio⁷². ¿O quizás, como los pequeños hijos de padres alcohólicos, quienes pueden escuchar los pasos de su padre en las escaleras desde su sueño?

Un tiempo después de su infarto, Sensei Chiba se encerró en su casa. Por unas pocas semanas no vino al Dojo. Los estudiantes avanzados me llamaron y me ordenaron que, como el solitario uchideshi, fuera a su casa y le ayudara con su jardín. Las malezas estaban creciendo mucho, y en poco tiempo los vecinos estarían llamando a las autoridades. Disfruté ir ahí y no le veía ningún problema, así que accedí. Sin embargo, había un problema. Chiba lo había prohibido, y no quería que nadie le ayudara. Aquí es cuando entendí que no sería fácil. Me enviaron hacia un hombre que estaba encerrado en una casa pequeña, armado hasta los dientes con cosas que ni siquiera necesitaba para quebrar mi cuello. Un hombre que no me quería allí y, adicionalmente, que podía sentir cuando alguien se estaba acercando mucho. Fui en la mañana, con la ilusión de que todavía estaría despierto.

Las ventanas estaban cerradas y cubiertas desde el interior con mantas y la hierba cubría hasta sus ventanas. Lucía como la cabaña de algún loco anciano de las películas norteamericanas para adolescentes. Arrancaba manojos de hierba, los colocaba en una pila, y cada cierto tiempo me asomaba para ver si las persianas se habían abierto. Lentamente me acercaba a las ventanas. Finalmente, me quedaba solo una pila de hierba faltante. Recogí una piedra plana y vi una larga serpiente posada ahí con su lengua

⁷² Leyenda italiana sobre cómo el ejército romano refugiado en el templo de Juno fue despertado por gansos al detectar la presencia del ejército galo.

afuera. Era gorda y con un final abrupto como si hubiera sido cortado con una pala, lucía un poco como un pulgar. Era un día soleado, y su piel estaba resplandeciente. Nunca había tocado antes una serpiente como esa, y con una estupidez infantil acerqué mi palma en su dirección. Mi mano proyectó una sombra sobre su cabeza y la joven serpiente de cascabel traqueteó y se deslizó hacia la última mata de hierba en pie. Y así, por un lado tenía a un diablo que estaba seguramente mirándome desde el espacio entre las gruesas mantas y, por el otro, una joven y aterrorizada serpiente escondiéndose en las matas. Cuando arranqué la hierba hasta la última brizna, ya había desaparecido. Debió haberse escapado.



Seiza

“ Todo dolor es malo, no obstante, no todos los dolores deben ser evitados.”

Epicuro. Carta a Meneceo

Seiza es dolor. Seiza es una debilidad y una pelea contigo mismo. Seiza les duele a todos. Es una de las posiciones más naturales para un infante, que se arrodilla sobre sus pies. En la historia del Japón, fue el resultado de estar frecuentemente en el tatami, la posición fue también pasada a las artes marciales, desde el karate hasta el Judo, Kendo o Aikido. Es una posición ceremonial que significa el estar preparado para pelear. Una posición con la cual es fácil para pararse mientras las manos permanecen libres. Seiza es una posición formal en la cual las personas se sientan ceremoniosamente al inicio del entrenamiento (keiko) y también mientras el profesor muestra una técnica. Para la gente de occidente, esta posición es dolorosa después de solo unos minutos. Tú pierdes sensibilidad en las piernas, sientes calambres, tus pies sufren. Mientras más tiempo permanezcas quieto, el dolor es más grande. Es proba-

blemente por esto por qué, para Sensei Chiba, esta posición fue una de las herramientas básicas de enseñanza. Cada campamento de verano concluía con una sesión de preguntas y respuestas, lo cual era odiado por los uchideshi. Cien o doscientas personas sentadas en seiza sobre suelo de madera alrededor de Sensei (el tatami ya estaba sobrepoblado) y él, por una hora o dos, contaba historias y respondía preguntas.

“Siéntense cómodamente”, él diría después de algún tiempo, sonriendo.

Los invitados de fuera de nuestra escuela y practicantes principiantes confiadamente cruzaban sus piernas y se sentaban cómodamente. Los antiguos intercambiaban sonrisas amargas, ya que el juego estaba por comenzar. Las personas más cercanas a él se sentaban justo al lado suyo y hacían lo que podían para no moverse. Parecía que él podía notar cada movimiento de incomodidad. Cada vez que me apoyo recuerdo aquellas sesiones atravesando una nube de nauseabundo dolor. Puedo recordar todas las veces cuando el calambre me derrotaba y por un segundo me sentaba de piernas cruzadas, temblando con satisfacción. Dios sea mi testigo que sus ojos instantáneamente me atrapaban como un buitre hambriento. Recuerdo el dolor al borde del desvanecimiento o vomitar. Después de una semana de caer y proyectar por cinco, seis horas cada día, todo duele el doble.

Fue, quizás, en Michigan, durante uno de los últimos campamentos de verano. Nos sentamos a su alrededor, temblando de dolor. Chiba se veía estoico y su seiza era completamente natural. Entonces noté un truco que era aplicado por los japoneses y algunos americanos que acababan de regresar de Tokio. Después de cada broma de Sensei, se inclinaban hacia adelante, casi tocando el suelo frente a ellos, riendo vigorosamente. En este momento ellos cambiaban sus piernas y las estiraban ligeramente. “Tramposos”-pensé, pero en la siguiente broma yo también estaba casi al borde

de caer de frente al suelo. Al lado mío estaba un tipo que no era de nuestra escuela. Se sentó todo el tiempo con sus piernas cruzadas, encorvado como Gollum⁷³. Repentinamente, se enderezó, se sentó en seiza, y levantó su mano.

“¿Cuáles son los significados del triángulo, el cuadrado y el círculo⁷⁴?” Preguntó cortésmente.

“Te odio pedazo de mierda”, pensé para mí mismo, en algún lugar profundo en mis tierras de dolor.

Sensei lo miró y comenzó a explicar.

“El triángulo significa estabilidad. ¿O quizás era el cuadrado? No, creo que era el triángulo...” se rascaba la cabeza. “O´Sensei lo explicó muchas veces pero, ¿saben qué? Tenía que sentarme en seiza y estaba tan adolorido que ni siquiera le escuché”.

El dolor de seiza es un dolor especial. Tú puedes aguantarlo confortablemente por alrededor de cuarenta minutos. Después las cosas repugnantes empiezan a suceder. Generalmente, pierdes la sensación en tus piernas. Hay una teoría que asegura que no debieras moverte porque si lo haces la sangre comenzará a circular nuevamente y el dolor es insoportable. Te puedes desvanecer, vomitar, puedes hacer cualquier cosa, mientras te mantengas en seiza. Una teoría inmortal de “estaré bien” se confirma perfectamente aquí.

Las colchonetas de lucha americana son probablemente las peores al respecto. El pie es posicionado horizontalmente, los dedos de los pies están aplastados contra el suelo en alguna extraña manera, y después de un punto puedes ya sentir los calambres que paralizan. En una de las escuelas de verano, me senté en primera fila durante la charla y no había posibilidad de que cambiara de posición.

⁷³ Personaje de la saga de libros (y otros medios) “El Señor de Los Anillos”, escritos por George R.R Martin.

⁷⁴ El círculo, cuadrado y el triángulo; conceptos originados en la tradición Shinto que eran comúnmente usados en el Aikido para ilustrar el aspecto físico de la práctica así como también el teórico.

Estaba retorciéndome tremendamente y, súbitamente, en un momento tuve un calambre en mi pie derecho. Fue la primera y única vez que decidí, en una ola de energía y determinación, enfrentar esta mierda, y me mantuve sentado. Casi me desvanecí pero lo hice. Resultó que lo que funcionó fue una tensión total del cuerpo completo. Pensé que iba a estallar, pero la ola de dolor repentinamente se detuvo.

¿Cuánto tiempo puedes sentarte así? Aparte del infierno de Ichikukai⁷⁵, en que por cuatro días te sientas de esta forma por alrededor de treinta horas, lo peor para mí son los exámenes. Pueden durar hasta por cuatro horas, y como líder no puedes esperar que tus estudiantes superen el dolor si tú no eres capaz de eso. Al mostrar debilidad, les permites hacer lo mismo. Y forzarlos a hacer algo que tú mismo no haces, cometes el pecado esencial de un profesor. No envías a un estudiante en una travesía que tú mismo no pudiste acometer. Seiza es una señal física de un orden y disciplina.

“No eres nadie especial”, les digo a mis estudiantes. “Cuando realmente duele, mira a la persona a tu izquierda y luego a tu derecha. Les duele de igual forma. No eres alguien especial. Tampoco lo es tu dolor. Es este cuadrado del tatami antes de ti se sentaron docenas de otros, que pelearon con el dolor como lo haces tú ahora”.

Odio sentarme en seiza porque sé que es necesario. Porque duele, duele y seguirá doliendo. Porque me envía a las profundidades y todos los días es mi espejo. Seiza es estúpido, incómodo e innecesario. Esta es una explicación para aquellos que perdieron la pelea contra este dolor. Una vez me senté en seiza durante los exámenes llevados a cabo por una enorme organización. Duraron

⁷⁵ Ichikukai; un centro legendario en Tokio por la práctica de la purificación mediante misogi. La iniciación comprende cuatro días de estar sentado en seiza por muchas horas.

alrededor de dos horas, y la única gente que se sentó en esta posición era yo y un tipo japonés. Lo conocía porque era de los círculos de Sensei Chiba. Había sobre cien personas en esa habitación y todos se sentaban como querían.

Aquí es cuando noté cómo nuestra posición física influencia a la disciplina general. Seiza es orden: te sientas derecho y mantienes tus palmas sobre tus muslos. Eso es todo. No hay inclinaciones al frente, conversar está técnicamente restringido, debes girarte para hablar con alguien. En una atmósfera sin una posición determinada todo se desmoronó y se perdió. Al principio las personas se sentaban de piernas cruzadas, pero sin el zafu⁷⁶; después de un tiempo, la mayoría de ellos comenzó a reposar desparpamadamente por el tatami. Podían inquietarse, entonces comenzaron a inclinarse los unos a otros para hablar. Al principio tímidamente, calladamente; posteriormente, sin represiones, sin vergüenza, comenzaron a parlotear libremente. En la negra masa de entrenamientos Birankai serías expulsado en un destello por tal comportamiento. Detrás de mí, literalmente como en una playa, una pareja estaba recostada. El tipo estaba conversándole a una chica, contándole sus historias de vida. Miré al señor japonés y él pretendía que no veía nada de esto.

Recuerdo el culto del seiza en el Hombu Dojo en Tokio, niños de cuatro años se sentaban inmóviles por largos minutos hasta aproximadamente cuarenta y cinco minutos. Una disciplina, silencio y una posición física. La relación educativa con estos elementos se perdió en algún lugar; no tengo absolutamente ninguna idea cómo puedes darles cualquier significancia lógica y explicar a la gente polaca sobre de qué se trata. Principalmente sigo el juego con el reto dado de superar el dolor porque tal reto funciona para la mentalidad polaca. A medida que pasa el tiempo,

⁷⁶ Zafu; cojín redondo utilizado para prácticas de meditación.

el entendimiento a través esta herramienta aparece. No obstante, más que todo, necesito forzarme, sin misericordia, a sentarme en seiza. Cada día.



Zazen

“ El cuerpo ha obtenido un equilibrio. Respira hondo e inclínate a la derecha y a la izquierda. Concéntrate, siéntate inmóvil y el pensamiento se volverá impensable”.

- Dogen⁷⁷

La sesión de zazen comenzaba a las 6 de la mañana. Sensei a veces venía a las 5 de la mañana y se sentaba en su oficina, nadie sabía por qué. Tenía miedo de que me atrapara durmiendo, así que me levantaba justo después de las 4 de la mañana. Tomaba siestas en un sillón plegable con mi cara dirigida a la puerta de cristal que daba al estacionamiento. Cuando entraba, las luces del coche me despertaban y podía saludarlo en la puerta. Me las arreglé para hacerlo muchas veces, cada vez me miraba como si fuese un loco. Preparábamos los zafu y los zafutón⁷⁸ cuadrados

⁷⁷ Dogen Zenji fue el fundador de la escuela Soto de Zazen. La cita es de Funak Zazengi, przel. M. Karnet, Cracovia: Editorial A 2003, S.51.

⁷⁸ Zafutón: el zafutón es un cómodo cojín acolchado que se utiliza en la meditación debajo del zafu.

para sentarnos. Zazen duraba una hora y media con descansos. Como uchideshi, era el primero en el tatami y tenía el derecho de elegir mi lugar. Siempre me sentaba en la misma esquina, al lado del botiquín.

A través de una ventana veía un poco del pavimento y un árbol. En California ya hay luz a las 6 de la mañana, y durante largos meses, alrededor de las 6:50 de la mañana, cada día vi a una mujer de mediana edad corriendo por el pavimento con su pelo amarrado de una manera divertida. Unas cuantas veces vi colibríes volando cerca del árbol. A ninguno de nosotros nos gustaba el zazen, y a los que no tenían que venir no lo hacían. Unas diez o quince personas siempre aparecían, pero eran diferentes a aquellos que trataban de arrancarse la cabeza todas las noches. La mayoría de los tipos duros huyeron a menos que Sensei Chiba, de alguna manera, los convenciera mediante extorsión, ordenándoles o mediante otras formas.

Al principio me gustaba el zazen. Tan pronto como me di cuenta de que era capaz de sentarme sin moverme durante una hora y media, decidí, dejando a un lado el dolor de las piernas y la columna vertebral, que no era tan malo. Nadie te golpea, nadie grita, nadie te pisotea. Es seguro. Me había sentado con regularidad antes, durante el invierno en Francia. En ese dojo, sin embargo, había cinco grados y me sentaba justo después de que me arrastraba fuera de mi saco de dormir. Una pesadilla de mocos fríos y helados. Era diferente aquí. El olor de la mañana en California: flores, sol, incienso. Silencio. Zazen en San Diego fue como un viaje al cielo, al menos al principio. Me senté en postura de medio loto⁷⁹.

⁷⁹ En la práctica del zazen te sientas en silencio sobre una almohada con las piernas cruzadas. Ambas rodillas deben tocar el suelo. Dependiendo de tu flexibilidad, puede sentarse con una pantorrilla encima de la otra; esto se llama medio loto, o en una posición más difícil con cualquiera de los pies estirados en la rodilla opuesta, que es loto completo.

En muchas partes de mi cuerpo soy rígido como Pinocho; sin embargo, tengo piernas con una inusual elongación para realizar loto.

Zazen durante los primeros meses fue un escape de la presión para mí. Me sentaba derecho, con la cara hacia la pared, encerrado en mi cabeza. Mis piernas, como un reloj, comenzaban a adormecerse alrededor del vigésimo tercer minuto después de tomar la posición, así lo que esperaba durante una sesión eran sólo siete minutos de un ligero dolor y mi propio oasis. Después de unos tres meses, Sensei vino a mí y forzó la parte lumbar de mi columna vertebral hacia adelante. Por el amor de Dios, no pude soportar esta posición por un momento. El hechizo se rompió y zazen lentamente perdió su encanto. Dio el golpe final después de algún tiempo. En el silencio de la mañana, en medio de una sesión, sus palabras y su voz husky entraron en nuestras cabezas como un cuchillo oxidado en la garganta.

“¡No te sientas seguro! ¡Cuando inclinas la cabeza hacia atrás, sé que estás soñando, cuando te inclinas hacia adelante, sé que te estás quedando dormido!”

Y así es como mató toda la diversión. A veces, en medio de una sesión, cuando el silencio se empapaba en nosotros, las palmas se volvían pesadas e hinchadas de sangre y nuestras gargantas se secaban. Cuando el corazón se desaceleraba y la respiración se hacía más larga, cuando ocasionalmente la realidad y el sueño se entrelazaban es cuando soltaba un rugido furioso: '¡DESPIERTA!'. Su voz era ronca y me sentía como si alguien me hubiera sacado de un agujero de aire jalándome del cabello. Mis palmas temblaban y mi corazón palpitaba. Los viernes, después de una semana de golpearnos la cabeza con palos y treinta horas de ukemi, teníamos una hora extra de zazen por la noche. Estaba cansado como el

infierno; el silencio y la oscuridad eran sólo un incentivo para que me durmiera. En gran medida, sufría a través de esta hora, cayendo en un nuevo sueño cada pocos minutos.

Una sesión de zazen no es nada. Cualquiera puede soportarla, incluso todos los días. La verdadera diversión comienza cuando haces sesshin⁸⁰. Sensei hacía a los kenshusei hacer uno o dos sesshin cada año. Además, una vez al año, en el monasterio en Seattle, agotadores ocho días de estar sentado⁸¹ se llevaban a cabo. Participé en un sesshin por primera vez en San Diego en abril de 2003. Volé desde Chicago después de dos semanas trabajando en un edificio en Jackowo⁸².

Arrastrado lejos de la tierra de los polacos y reubicado en el mundo de Aikido, me metí inmediatamente en el comienzo del sesshin. Le di a la señora Chiba todo lo que había ganado para cubrir los gastos de los meses siguientes y de inmediato me uní al grupo en un zafu. Había tal vez treinta personas en la habitación. El sesshin fue dirigido por un monje que había sido invitado por Sensei. Nos sentamos en dos filas uno frente al otro. Exactamente frente a mí se sentó Misa, un poco a la derecha Sensei Chiba. Era viernes por la tarde. Nos sentamos en una sesión que duró 40 a 60 minutos, hasta alrededor de las 9 pm, y luego el sábado de 5 am a 1 pm y de 3 pm a 10 pm, según recuerdo. El domingo de 5 am a 4 pm más o menos.

⁸⁰ Sesshin- Una práctica zazen de varios días que consiste en muchas sesiones consecutivas de meditación que comienzan temprano en la mañana y terminan tarde en la noche. En San Diego comenzaba el viernes por la noche y continuaba hasta el domingo por la tarde.

⁸¹ Rohatsu Sesshin – Un sesshin de ocho días realizado alrededor del inicio de diciembre de cada año para conmemorar la iluminación del Shakyamuni buda, que ocurrió cuando vio una estrella al amanecer en el octavo día de estar sentado.

⁸² Jackowo; barrio polaco en Chicago.

Las sesiones se entrelazaron con sutras de canto, comidas ceremoniosas en silencio, y samu (trabajo meditativo). Durante tres días me senté inmóvilmente con la conciencia de que Sensei Chiba me miraba constantemente. Se sentaba como una roca, orgulloso y recto. Recuerdo cómo en una de las sesiones de la mañana los rayos horizontales del rojo sol iluminaban la cara de Misa. La estaba mirando cuando sus ojos empezaron a lagrimear, y por primera vez vi a una persona llorando en la quietud. Yo era joven, fuerte y físicamente soporté esos pocos días con facilidad. Abordábamos todo como un gran desafío. Hacíamos esas cosas considerándolas el precio de estar con Sensei Chiba. Recuerdo a un monje que nos advirtió: 'No lo hagas sólo porque alguien te lo dice'. Tenía razón, pero los jóvenes tienen su derecho a la estupidez, y en ese entonces teníamos otras prioridades.

Durante el sesshin se llevan a cabo conversaciones obligatorias con un monje. El monje se sentaba en la habitación oscura de Sensei y frente a la entrada de la sala se colocaba una enorme campana. Durante las horas designadas nos alineábamos frente a esta campana. Uno tras otro caminábamos y golpeábamos la campana antes de hablar con el monje. Un buen líder, incluso antes de que la conversación haya comenzado, puede reconocer el estado de ánimo y tal vez incluso el carácter de la persona por la forma en que toca la campana. Me metí en la cabeza que el monje me preguntaría algo y yo respondería con lo que se me viniera a la cabeza. Estaba un poco avergonzado, pero no había otra opción, y después de tocar la campana entré en la habitación de Sensei. Me senté frente al monje en silencio, esperando una pregunta. Duró un tiempo hasta que me preguntó, con bastante impaciencia:

"¿No tienes alguna pregunta?"

Me confundí un poco y rápidamente inventé una pregunta sobre tener un apuro en la cabeza. Este fenómeno había aparecido cuando traté de centrarme demasiado en mi respiración. Fue

horrible. Sentí que el mundo giraba y yo estaba retrocediendo, sin fin. También hubo una sensación de náuseas leves. Había oído hablar de personas con trastorno del laberinto repentino y describieron exactamente lo mismo. Sólo lo experimenté durante el zazen cuando cerraba los ojos y contaba mis respiraciones. Cuando aparecía la sensación, duraba incluso media hora después de que había abierto los ojos. También sentía que mis palmas, los dedos en particular, eran gordos como salchichas o globos inflados. Parecía que mi cabeza estaba en el cielo y mi trasero colgaba justo encima del suelo, como si estuviera a 10 metros de altura y me balanceara con el viento. No recuerdo lo que me contestó. Probablemente que pasaría con el tiempo. E imagina esto, pasó. Escuchamos docenas de historias divertidas sobre esas conversaciones. Una de las chicas se despegó de su asiento en el segundo o tercer día y entró en la habitación del monje.

“¿Qué es un shomen⁸³?” le preguntó.

En un engaño entre el sueño, el dolor y la realidad, oyó lo que oyó. Se inclinó hacia adelante y golpeó al monje severamente en la cabeza. El aire temblaba con un shomen modelo.

Otra historia legendaria es sobre un profesor de Francia. Entró en la habitación del monje durante el Rohatsu de ocho días. Este es otro nivel. Días y noches se fusionan en un espejismo sin fin. El lunes sufres, el martes estás en el infierno, el miércoles y durante la mitad del jueves vuelas como un pájaro. Por la noche vuelves a caer en el infierno del dolor... Y así sucesivamente. No sé en qué estado estaba este hombre al entrar en la habitación oscura en la que se sentaba el monje, iluminado por la luz de una vela solitaria.

"¿Qué es ikkyo⁸⁴?", preguntó el monje.

⁸³ Shomen (uchi); corte aéreo, un ataque básico en un entrenamiento de espada.

⁸⁴ Ikkyo; “Primera técnica”, básica de Aikido.

El profesor de francés se había prometido antes que haría lo primero que se le ocurriera. Y lo hizo. Se lamió los dedos y apagó la vela. Oscuridad total, silencio total. Se sentaron así por un tiempo, hasta que el monje dijo en voz baja:

"Bueno, sí, pero esta es mi vela..."

También puedo recordar una historia bastante divertida de una sesión de zazen más corta de un día. Durante una sentada vi a A, un deshi albanés haciéndome señas. Entré en la cocina en silencio. Aquí se generó un poco de drama. A y M, un estudiante en el dojo que era de México, estaban preparando trozos de pastel y té verde que se suponía se servían durante los descansos entre las sentadas. Como uchideshi, yo también era responsable de esto. Resultó que no teníamos té verde. Nos estábamos quedando sin tiempo y sabíamos que estábamos jodidos con esto. Vertimos agua hirviendo sobre té dulce en polvo de fresa y fuimos con una bandeja al dojo. En teoría, uno de nosotros debería emerger ahora con dignidad de detrás de una cortina y golpear dos trozos de madera dura (taku) dos veces. El problema era que el taku había sido dejado en el kamiza a espaldas de Sensei.

Ahora, un mexicano, un albanés y un polaco son una combinación que sólo pudo improvisar. En general, todos esos países funcionan al estar unidos con alambre, cuerda y cinta adhesiva. Cada uno de nosotros estamos programados con un ajuste predeterminado para resolver problemas en un minuto. No recuerdo quién apareció desde detrás de la cortina cubriendo al otro de los ojos de Sensei Chiba y que orgullosamente golpeó los taku juntos que habían encontrado en algún lugar. Derramé el té de fresa, y hasta el día de hoy recuerdo la mezcla de sorpresa y furia que apareció en la cara Sensei de Chiba cuando lo probó.

Mi segundo sesshin lo hice en Japón, muchos años más tarde. El fin de semana antes habíamos sobrevivido a la pesadilla del misogi,

y el fin de semana siguiente se suponía que debíamos sentarnos durante dos días enteros.

El lugar donde esto ocurrió es el dojo de Ichikukai. Este tenía un piso para el ritual sintoísta de misogi, y la planta superior para la práctica budista de zazen. Mientras esperábamos al monje líder y a sus asistentes (un grupo de adolescentes afeitados) nos alineamos en dos filas frente a la entrada del monasterio. Había entre veinte y treinta personas allí, la gran mayoría de Japón, algunos búlgaros, mexicanos, sij⁸⁵ y yo. Ninguno de los gaijin⁸⁶ hablaba japonés. Estaba exhausto. Había perdido mi voz después de cuatro días de gritos, había dañado las terminaciones nerviosas en mis pies y ni siquiera podía sentir agujas insertadas en ellos (sí, lo intenté). Se suponía que Sesshin en Japón era mucho más difícil que el estadounidense. Estábamos en la patria de esta práctica y yo esperaba el infierno. Supuestamente, el keisaku se rompería en nuestras espaldas en cada sesión.

Un keisaku (o kyosaku, en la tradición Soto zen) es una pieza plana de madera, en traducción 'un palo de despertar' o 'un palo alentador'. En nuestra tradición, si no puedes concentrarte en la práctica o estás luchando por no dormirte, puedes pedir ayuda al líder. Te inclinas y unes tus manos en el gesto gassho⁸⁷. Te inclinas hacia adelante e inclinas la cabeza y para ayudarte un monje te golpea con el palo hacia abajo sobre los músculos entre el hombro y la columna vertebral.

He oído hablar de un lugar en Tokio donde los keisaku están alineados en una barra de madera bajo el techo y los monjes los rompen en la espalda de una persona si se mueven ligeramente, y

⁸⁵ Persona que sigue la religión del sijismo, originaria de india.

⁸⁶ Gaijin; literalmente persona del extranjero. Término común utilizado en Japón.

⁸⁷ Gassho; en budismo es un gesto de levantar las palmas dobladas en el aire. Significa gratitud o respeto.

que no necesitas pedir ayuda; todo el mundo está tan ansioso por ofrecértelo que el keisaku de madera no es capaz de soportar esta cantidad excesiva de cuidados.

Aquí, la sala era grande, y nos sentamos en dos filas uno frente al otro. Los extranjeros estaban en una línea, los japoneses en otra. El monje líder se sentó en la plataforma, un podio de aspecto divertido que habíamos arrastrado el día anterior. Estaba totalmente agotado físicamente, lo que hizo que esta práctica fuera mucho más difícil. Mi cabeza y mi cuerpo acababan de regresar de un viaje al infierno, y sentarme en quietud durante los próximos tres días era lo último que quería hacer. También parecía que para los lugareños zazen no era una prioridad. El maestro entró, pasó por una fila de japoneses que llevaban sus kimonos ancestrales y se sentaban en el último zafu. Cantamos el Sutra del corazón⁸⁸ y después de algunos ejercicios de respiración sonó una pequeña campana que indicaba el comienzo de la meditación. Al mismo tiempo, todos los japoneses simplemente se durmieron, empezando por el líder, que inclinó la cabeza hacia adelante y después de un momento comenzó a roncar de manera bastante explícita. Durante un tiempo fingimos que no vimos esto, y más tarde nos miramos los unos a los otros, lentamente encogiéndonos de hombros. Ese día compartí con un amigo mi pesadilla de dormirme durante el zazen. El zazen no me hace daño y, cuando estoy cansado, me duermo fácilmente. Me despierto aún más rápido, pero luego me vuelvo a dormir. De esta manera puedo tener treinta o cuarenta sueños totalmente diferentes durante una sesión. Los odio, y me hacen sentir mal.

⁸⁸ Un extracto de las enseñanzas budistas, recitado durante la práctica del zazen.

"Compré tabletas especiales en la India", me dijo; "Después de una de estas no tendrás sueño en absoluto. No estarás estimulado como después de un café, simplemente no querrás dormir."

No sé qué me tentó a tomarlo. Ese día todos durmieron durante toda la sesión. Todos excepto yo. Me sentía como un idiota que se había despertado en una nave espacial durante la hibernación de toda la tripulación, a un billón de años luz del destino. Conté todos los tablones de madera en el suelo y el techo cinco veces. Giré círculos con los pulgares en una dirección y luego en la otra, cien veces cada sentido; espera un minuto, alguien más no estaba dormido. Era M., que estaba embrujado por lesiones de rodilla y espalda, y estaba pasando por una horrible y silenciosa batalla con el dolor. Decidí no mirarlo para no sentirme culpable. Temblaba en espasmos de dolor todo el día. Esa noche, durante un descanso, uno de los búlgaros ganó una apuesta contra mí. Dijo que mientras estaba sentado en su trasero con las piernas rectas, podía tocarse los dedos de los pies con la barbilla. Podía. Resultó que era simplemente una buena combinación de flexibilidad, pies largos y piernas cortas. Unos años más tarde, en el pasillo del dojo en la calle Hubska⁸⁹, presencié a uno de los jóvenes lamiéndose el codo. A partir de ese momento supe que todo era posible.

Al día siguiente el dolor vino a mí. En el espacio de un día mi cuerpo fatigado hizo un viaje a través de todas mis viejas lesiones. No recuerdo qué había exactamente, pero todos los esguinces, daños y fracturas vinieron a decir "hola". Durante unas cuantas sesiones sentí como si alguien hubiera apretado un cuchillo debajo de mi omóplato. Mi cuerpo temblaba de dolor. Cuando la sesión terminaba y dejaba de estar sentado, el dolor se disolvía, sólo para aparecer de nuevo después del descanso.

⁸⁹ Ubicación actual del dojo del autor.

En el segundo día el monje dirigió una conferencia interpretando una de las escrituras budistas. Cada uno de nosotros tiene un libro en kanji y en ciertos momentos volteamos las páginas, asintiendo con la cabeza la comprensión. En medio de la lectura de una hora de duración uno de nosotros se dio cuenta de que estábamos sosteniendo los libros al revés.

Uno de los recuerdos más fuertes que tengo de este sesshin es conocer a un anciano que entró en la habitación en medio del día. Sensei Hiruta nos dijo que lo observáramos. Estábamos sentados junto a las almohadas de zafu, estirando nuestras piernas cuando de repente entró. Se amontonó entre las filas de la gente, cojeando con la espalda encorvada. Tal vez tenía unos ochenta años, quizás un poco menos. El bastardo dentro de mí se despertó y susurró: '¿Qué hay que mirar?' El abuelo cojeaba hacia Sensei y con dificultad y gruñendo se sentó en seiza frente al líder que tal vez tenía la mitad de su edad.

Se inclinaron el uno al otro y el anciano comenzó su Vía Crucis de vuelta al otro lado de la habitación. Estaba gruñendo y jadeando; sentíamos el dolor de cada uno de sus pasos. Sensei esperó pacientemente hasta que llegó a su almohada. Finalmente, después de inclinarse derrumbó su trasero en el zafu. Hiruta Sensei golpeó la campana comenzando una hora de quietud. Aquí es cuando miré a ese viejo enfermo que, frente a mis ojos, se transformó como un colchón inflable. En unos pocos, tal vez una docena de segundos, se enderezó la espalda y sus rodillas cruzadas tocaron el suelo. Extendió la cabeza hacia el cielo: su rostro se convirtió en algo orgulloso y aterrador. Ahora no tenía más de cincuenta o sesenta años y tenía el doble de su estatura original. Su postura se iluminó con dignidad, vigor y calma tan grandiosos que, de inmediato, me sentí avergonzado por la lástima y el desprecio que había sentido hace un momento. Este hombre ni siquiera se estremeció durante una hora. Tenía la sensación de que sentado frente a mí era un

enorme tigre, listo para saltar. Más tarde me enteré que había pasado su juventud en un monasterio meditando durante largas horas todos los días. Se sentó así durante unas horas, tal vez tres o cuatro, y luego se puso de pie, de nuevo abrumado con su edad. Repitió su Vía Crucis, se inclinó y salió de la habitación. Nunca lo volví a ver, pero aún veo esa fuerza interior, dignidad, confianza, orgullo y calma.

Nuestro entrenamiento se basa en la relación con un compañero. Incluso cuando es intensivo y pesado, a menudo puede estar vacío y sin sentido. Puede alimentar tu ego, instintos básicos de dominación, un complejo de inferioridad o sentimientos de superioridad. En el microcosmos del dojo, tanto durante las clases como fuera de ellas nos bombardean impulsos externos. Sólo el silencio y enfrentarte a ti mismo puede dar profundidad a esta práctica. En zazen, como en iaido, sólo puedes engañarte a ti mismo. Estás solo y estás peleando contigo mismo. Luchas por ganar y perder contigo mismo. Esta es la razón por la que tanta gente no quiere hacerlo. Desde el principio, zazen te obliga a trabajar duro. La quietud duele física y mentalmente. Con las rodillas y espalda adoloridas, el cuerpo se rebela contra ti, pica, se encoge y se hincha. Pierdes por una mosca y un mosquito, por una gota de sudor en la espalda o en la nariz. La mayoría de nosotros, los grandes maestros sobrevalorados, no podemos permanecer de pie durante una hora. El círculo vicioso de los pensamientos es aún peor. Producimos numerosas rutas de escape desde el silencio y la calma y, al principio, las raras rupturas entre las nubes en el cielo nos aterrorizan más de lo que tranquilizan.

No soy un maestro de Zazen. Al igual que el trabajo con la espada, lo hago para fortalecer mi aikido. Es para mí como tomar un baño largo, uno con una espada en la mano, escondido bajo el agua. Después de regresar de San Diego no hice zazen durante algunos años. Tuve que madurar en ello. Lo intenté un par de veces, pero

parecía como si mi incertidumbre se extendiera entre la gente, porque después de unos meses me quedé solo en el tatami.

Recuerdo una mañana en uno de los lugares que alquilábamos para entrenar. Aquí nos sentamos frente a la pared como lo hacíamos en San Diego. Detrás de nosotros se encontraba una fábrica de tornos. Era de mañana, tal vez las 6:50 de la mañana y aparte de mí sólo había una chica sentada allí. En un momento, oímos el fuerte rugido de un motor y luego las paredes temblaron. El edificio se tambaleó y nuestras cabezas fueron rociadas con polvo de yeso. En ese momento recordé el derrumbe del edificio de la feria durante la exposición de palomas en Katowice⁹⁰ en 2006. Estaba paralizado en mi quietud y Dios sabe lo que la chica sentada a mi lado sintió. Las olas de la duda, el deseo de huir, una necesidad aún más fuerte de soportarlo todo, todo esto era fuerte y real. Probablemente fue el zazen más veraz que he hecho en mi vida. A partir de ese día, en momentos de duda, siempre visualizo este evento.

Después de la sesión miramos hacia arriba. Precisamente, sobre nuestras cabezas, a unos 30 centímetros de la pared, una amplia grieta había aparecido a todo lo largo. Me di cuenta de que el techo se había separado.

90 El 28 de Enero de 2006, la sala de comercio de la feria internacional de Katowice, donde se estaba llevando a cabo la 56ª exposición nacional de palomas portadoras, se derrumbó bajo una fuerte nieve. De las aproximadamente 700 personas en la sala en el momento del colapso, 65 murieron al instante y unas 170 resultaron heridas. Más de 1.000 palomas sobrevivieron.



El veneno y la medicina

“ Sola dosis facit venenum⁹¹
- Paracelso

Tomado en exceso, una dosis de medicamento se convierte en veneno. Escuché a Chiba pronunciar esta sentencia muchas veces. Cuando quería llevar a mis estudiantes conmigo a Japón para un entrenamiento muy duro, se enojó.

"Como maestro, primero tienes que hacerlo solo", explotó, "¡para ver si para ti y tu gente esto será medicina o veneno!"

Cuando hablamos de sus antiguos estudiantes esparcidos por todo el mundo que no se mantenían en contacto con él y que enseñaban fuera de la organización, solía decir:

"Soy como la medicina. Si tienes una sobredosis conmigo, soy malo para ti. Tuvieron suficiente."

No lo entendía. ¿Quizás porque había estado buscando esta fuente por tanto tiempo? Ya estaba maduro; yo era un adulto, y ¿tal vez esta experiencia no me transformó de niño en hombre? Me

⁹¹ "Solo la dosis hace el veneno"; frase atribuida a Paracelso (1493-1541).

empapé en el veneno lentamente. No entendía cómo podías tener suficiente. Después de haber pasado unos años con él, finalmente me prohibió venir. Fue cuando empecé a buscar a los otros, esas personas que fueron objeto de las leyendas que nos contábamos en San Diego. Su conocimiento estaba dentro de ellos, lo quisieran o no.

Independientemente de lo lejos que se escapen, seguían siendo los más cercanos a él. Uno de ellos, que estaba particularmente cerca de Sensei, me aceptó como uchideshi pero me exigió que le pidiera permiso a Sensei Chiba. Me sorprendió porque sabía que se mantenía fuera de la organización y que ya no hablaban entre ellos. Chiba sólo se rió:

"Si no hablas con tu hijo, ¿deja de ser tu hijo? Por supuesto que puedes ir."

Empecé a notar un patrón. Los más cercanos, que se asaron en su fuego más intensamente, finalmente huyeron y se escondieron en las esquinas. Lideraron sus propios grupos según su estilo de Aikido, pero, al mismo tiempo, no se mantuvieron en contacto con él, no contribuirían al crecimiento de su organización. Una parte de esto fue el resultado de su incapacidad para entender la visión, para aceptar los dobles estándares que Chiba aplicaría al construir su escuela.

Imagínate una familia sin madre, donde un hombre cría a los niños. Muy temprano, el hijo mayor comienza a ayudarlo. El padre sigue siendo extremadamente duro y exigente con él. Lo castiga por cada error y no muestra signos de calidez. Para los niños más pequeños, por otro lado, es un poco más como un abuelo, dándoles más libertad y aprecio. Así es como lo veo: cuando el hijo crece, quiere establecer su propia familia y ya no necesita un contacto tan fuerte con su padre. La dinámica padre-hijo es una clave para entender la relación. Tradicionalmente, en las artes marciales lo llamamos una relación maestro-estudiante. No nos engañemos. El

fenómeno de uchideshi se basa, en su totalidad, en la sustitución de un padre exigente. Cada uno de nosotros tiene una profunda necesidad de una relación madura con su padre que nos presentará al mundo y será un asesor crítico en lugar de un socio de apoyo. No es una coincidencia que este lugar reuniera a tantos personajes coloridos de países extraños: mexicanos, albaneses, kazajos, en la generación más antigua chipriotas, incluso había un medio egipcio, medio inglés.

Gente cuyas culturas valoran una figura paterna fuerte, el hombre de la casa. Un padre que te presenta a la edad adulta en lugar de mostrar perdón y cuidado. Durante mis viajes a África, lo vi muy claramente. En la dinámica tribal, el padre es a quien hay que temer: Padre te golpeará si cometes un error. La próxima vez tú error costará más. En lugares donde la vida sigue siendo dura y peligrosa, el papel del padre sigue siendo primordial. En la cultura africana, las primeras etapas de la crianza de un niño pequeño son controladas por la madre. El niño indefenso vive en el mundo de su cercanía. El padre está casi ausente. Aparece más tarde, cuando el niño está listo para aprender a cazar, a trabajar en el campo, a luchar. Después de un acto simbólico del primer corte de pelo (un acto ritual en un rito de paso) se pone bajo la supervisión del padre. Este modelo funciona en diferentes versiones en varias referencias culturales. Además, la iniciación del aspecto también es crucial, siendo una transición simbólica a la edad adulta. Se trata principalmente de hombres, y es evidente en la mayoría de las culturas que abarcan desde los legendarios rituales de la antigua Esparta hasta el sistema de admisión de los servicios militares modernos de élite. Los restos de esta necesidad atávica de verificación permanecen a nuestro alrededor en las iniciaciones de las casas de fraternidad y bautismos por fuego. El papel del padre es ser un ejemplo y enseñar. La dureza, la violencia y la dominación física son una parte intrínseca de este modelo. De esta

manera, el camino hacia la edad adulta se conduce a través de un período de una confianza total junto con una plena dominación por parte de un padre, a través de un tiempo en el que el niño copia el comportamiento del adulto hasta el período de rebelión y el rechazo de las restricciones. Lo que sigue, al final, es una separación natural y el establecimiento de una familia por sí mismo. Aunque este patrón simplificado describe específicamente un camino de educación humana, también podría ser una definición de un verdadero aprendizaje de cualquier cosa. Constituye la base de los famosos escenarios pasados al estudiar muchas artes japonesas: shu, ha y ri⁹², a las que Sensei Chiba se refería a menudo. Antes de mí había docenas de otros; después de mí, había unos cuantos más. Cada uno de nosotros fue tocado de una manera diferente y recibió esta experiencia de manera diferente. En nosotros mismos, hay una comprensión mutua. Sin palabras, porque no puedes describirlo con palabras, aunque sigo intentándolo.

La vida me sigue dando vueltas por todo el mundo y en varios lugares me siento en pubs con una pinta de cerveza junto a la gente que tocó a Chiba antes que yo. Una verdadera relación se puede sentir inmediatamente. En un vistazo, en silencio, en un profundo sentimiento de culpa por haberlo defraudado. Lo que también aparece es resentimiento como hacia una mujer que te ha roto el corazón, llegando tan profundamente pero sin respeto.

Las personas con pasión actúan instintiva e ilógicamente. Quizás vio a una persona más como una criatura con debilidades.

"Sensei Chiba encontrará tu punto débil y te romperá. Te destrozará en pedazos y te verá armarte. Te ayudará, si es necesario, pero no lo hará por ti. Si no tienes suficiente fuerza para

⁹² Shu, ha, ri: concepto japonés de alcanzar la maestría en un arte. Las etapas son Shu: copiando la forma; Ha: rompiendo la forma y Ri: trascendiendo la forma.

recoger las piezas, te dejará destrozado y se irá. El mundo está lleno de personas a las que rompió y que aún viven en el pasado". Esto es lo que me dijo su primer uchideshi. "¿Sabes por qué nuestra relación es tan intensa?", preguntó. "Porque nunca, durante todos esos años, lo dejé entrar, nunca le di el todo. Lo sabía, lo sentía, y lo volvió loco".

Sensei era como una persona que buscaba ámbar en la playa. Entre miles de trozos de vidrio y granos de arena quiere encontrar un ámbar brillante. Agarra cientos de guijarros y perdigones en sus manos, frotándolos, apretándolos; de vez en cuando se encuentra con una piedra brillante. Mientras tanto, rechaza los desperdicios sin valor, otros los convierte en polvo. En nuestro anhelo sin fin por la plantilla perfecta de un humano, no dejamos espacio para la debilidad. Nadie es perfecto, y esto es lo que más a menudo buscamos en una fabricada relación con un maestro. Una etapa de idealización y fascinación, como en el amor, se apodera de la verdadera percepción, y sólo cuando se termina se puede tomar una decisión real, porque sólo entonces puedes ver a una persona real. Sensei murió. Se convirtió, para aquellos que no bebieron su veneno, sólo en un símbolo. Un icono al que ahora haremos malabares como hacemos con nuestra imagen de O'Sensei. Para mis estudiantes sólo será un apellido, una placa en mi hombro. Para mí es una cicatriz y algo que espero nunca dejar ir.

Estoy sentado en una pequeña cafetería en un vecindario turco en Londres. Es domingo por la mañana y se sienta frente a mí. No me permite llamarlo Sensei, pero lo hago de todos modos, por mí más que por él. En un minuto iremos al dojo, que se encuentra en el sótano de una iglesia de cuatrocientos años. Estamos sentados uno frente al otro, y él no deja de contarme historias. Habla todo el tiempo, como si todo estuviera hirviendo dentro de él. Soy un buen oyente, y lo disfruto, así que eso es lo que hago, sólo añadiendo algo de vez en cuando.

Vio a Chiba por primera vez en Inglaterra en 1983, y después de dos años de ahorrar dinero se fue a San Diego. Hoy en día, él es parte del grupo de tres o cuatro personas que más experiencias tuvieron. Han pasado veinte años y todavía no habla de otra cosa. Lo encuentro cada pocos meses en Polonia, Inglaterra o Escocia, y después de cinco minutos de charla siempre flotamos hacia el tema del hombre que nos sacudió a los dos. Lo escucho y veo claramente lo mucho que trata de descubrirse a sí mismo en él. Cuánto trabajo pone en raspar las capas de ilusión del mito. Cuán bello ve a un humano en un maestro, no lo que le gustaría ver. Para mí, todavía es demasiado pronto. Además, tal vez, no herví lo suficiente en este caldo.

Es una gran pregunta. Como niños que crecen a la sombra de un padre famoso, que tratan de medirse a la sombra de él toda su vida, nos perdemos en esta comparación. ¿Cómo encuentras tu verdadero yo en él?



Shomen

“ El Rey no luchó con el nudo por mucho tiempo. "No importa", dijo, "de qué manera lo deshaces." Y con una espada cortó todas las cuerdas. De esta manera o se burla del oráculo o lo ha cumplido.⁹³

Kiri-otoshi es una forma especial. Una variedad de esta técnica se puede ver en "Los Siete Samurai". Kurosawa presenta el personaje Kyuzo, un tranquilo guerrero japonés. Kyuzo lucha con una espada de madera. El oponente se le acerca, él sale de la línea, casi invisiblemente, y lo atraviesa. Entonces él explica con calma que era más rápido, y ganó. En esta escena, el enemigo funciona como un símbolo de impaciencia y confianza en sí mismo. Está luminoso con la agresión, renunciando a admitir su derrota. Insiste en la repetición de la técnica usando espadas reales y lo matan.

⁹³ La historia del nudo gordiano, narrada por Quinto Curtius Rufus (parafraseado por el autor basado en Historia Aleksandra Wielkiego [La historia de Alejandro Magno el grande] editado por L. Winniczuk.)

Esta escena de la película explica un concepto japonés de una expresión completa de la técnica física, la conciencia y el enfoque; sincronizar en el momento adecuado. La ejecución de la técnica dura literalmente un segundo. Este segundo contiene largos años de entrenamiento, meditación que conduce al control total, aceptación de la muerte a la que nos exponemos conscientemente. Toda la vida, el pasado y el futuro, todo explota en un segundo, como una supernova.

Para mí, kiri-otoshi es una definición de la escuela de Sensei Chiba. Es la esencia de su vida, carácter, deseos. Un segundo de magia, pesadilla y verdad. Nos ponemos uno frente al otro. Nuestras espadas se tocan en la punta y a través de este contacto siento el más mínimo movimiento de los músculos del contrario. Con mi pie izquierdo doy un paso adelante. Para mantener la distancia, él da un paso atrás. Ambos levantamos nuestras espadas sobre nuestras cabezas. Yo para exponer mis manos; él, para atacar y usar la abertura. El oponente cierra la distancia y, mientras da un paso adelante con el pie derecho, corta verticalmente a través de mis manos y cabeza. Corta para matar. El poder de su corte proviene de cientos de miles de repeticiones. Es el legendario corte shomen (sobre la cabeza) que repetimos durante años y que se repite a través de todo lo que hacemos: iaido, aikido, armas. Cuando el corte cae, doy un paso atrás sin retirar mi cuerpo. Giro mi cadera y la espada no alcanza mi cabeza por unos centímetros. Al mismo tiempo, hago mi propio corte. Siguiendo casi la misma trayectoria, la espada se encuentra con la espada de mi oponente y se desliza hacia abajo a lo largo de ella. La diferencia de los ángulos desvía su corte. Al final, mi hoja golpea fuertemente en la tsuba (guardia de la mano) en la base de la hoja. La espada del atacante cae a un lado y su cuerpo está completamente expuesto. Un hombre que realiza cualquier forma se llama "Shidachi" y el atacante, "Uchidashi". "Uchidashi" trabaja en el corte, tiene que ser real y honesto. La

mayoría de nosotros, a pesar de años de experiencia, tiene miedo de golpear o cortar a otra persona. Sólo teniendo plena confianza en las habilidades de un compañero se puede llegar a la etapa de una forma que está viva. Shidachi necesita exponer sus manos y cabeza para un corte. Necesita cumplir su tarea de una manera que le permita mantenerse a una distancia prudente sin escapar. Cuando la técnica se realiza bien, literalmente se puede sentir la brisa en la cara cuando la espada del compañero corta el aire junto a su cabeza. La forma en sí tiene tantos detalles técnicos que es suficiente con verlo una vez para reconocer el nivel de los practicantes. Como en Iaido, no hay manera de hacer trampa; nada sucederá por casualidad. La base de todo esto es el mágico y maldito shomen, un simple corte vertical.

Shomen significa corte en la cabeza. Es un ataque dinámico básico en el Aikido, que se refiere al trabajo primario con la espada. Puedes reconocer a una persona por sus shomen, así como reconoces a un caballo por sus dientes. Sólo tienes que levantar tu espada y luego bajarla. Eso es todo. Este movimiento se repite con el jo, con el bokken, la espada, y en las interpretaciones de la lucha mano a mano en las artes corporales. Miles de veces. En el linaje principal de nuestro arte, las armas se descuidan; debido a eso, las analogías con la lucha con espadas son puramente teóricas. Me inicié en este linaje, pero resultó que en el mundo de Sensei Chiba las armas a veces se tratan más en serio que el arte corporal. Es en el entrenamiento de armas donde se llega a conocer las letras y las palabras con el fin de escribir poesía a través del arte corporal. No puedes hacerlo al revés.

Sensei llegó a la comprensión primaria del movimiento exactamente a través de shomen. Lo repetíamos sin fin. En grupo, en solitario, con todas las armas posibles y sin ellas. Las reglas seguían siendo las mismas. Extensión, un gran movimiento y relajación de la parte superior del cuerpo. Fue mi maldición. Yo era

fuerte, pero mis hombros estaban apretados. Entrenando durante años con los hombros tensos, construí músculos alrededor de ellos. El cuerpo aprendió a esconderse en la fuerza de mis hombros; si no estaba controlado por un maestro, volvía a la repetición de errores una y otra vez. Al igual que la liberación maldita de una cuerda en un arco, como lo describe Herrigel⁹⁴, el corte tenía que suceder por sí mismo. La única manera de entenderlo son miles de repeticiones bajo la vista de un maestro. Los músculos aguantan todo el tiempo que puedan, pero finalmente se sueltan y una vez cada cientos de cortes, surgirá uno solo adecuado.

Estábamos de pie con las piernas separadas en un metro de ancho. En un círculo. Levantamos nuestras espadas sobre nuestras cabezas y al doblar las rodillas las dejamos caer, mientras que nuestra recta parte superior del cuerpo ponía más tensión en nuestros músculos estirados de las piernas. Cortábamos juntos, uno tras otro, contando hasta diez en japonés. Mi mano derecha estaba cubierta de cortes y mis hombros estaban levantados. El agarre era débil, y la línea del corte estaba torcida e insegura. Una sola técnica lo revela todo. Aikido, simplificado a un corte básico o un paso muestra tu debilidad y vacilación. Sin piedad revela la máscara falsa, la fuerza, el control, ridiculiza todo el movimiento, trucos y todas las decoraciones innecesarias que estúpidamente cuelgas en este árbol.

Pasaron los meses y repetía shomen cientos y miles de veces. Todos los días, me paraba en el dojo, solo, frente al espejo y sólo por mi tranquilidad hacía al menos quinientos de ellos. No fue mucho, pero al menos calmaba mi conciencia. No es cierto que de repente se puede comprender una técnica y luego repetirla sin problemas. A veces una ejecución adecuada brillará, pero durante la mayor

⁹⁴ Eugene Herrigel, el zen en el arte de la arquería.

parte del tiempo de entrenamiento se penetran muchas capas de pérdida de control.

Semanas, meses, años de pisar el mismo camino desgastado a través del cansancio, con los músculos adormecidos y fatigados por repetir el mismo ejercicio. La ira que sientes contigo mismo emerge. Entiendes el mecanismo básico que te impulsa. Todos los días te mueves confinado a los mismos pensamientos, saltando de uno a otro como en los témpanos de hielo. El cuerpo se hace fuerte. Cuanto peor es el shomen más fuerte físicamente es, porque un movimiento que se supone que sucede por sí mismo es sacudido por los músculos, como cuando se levantan las pesas en el gimnasio. Necesitaba más y más repeticiones para que los movimientos se hicieran naturales.

Fui a los Estados Unidos por unos meses (tanto como mi visa lo permitía). Más tarde regresé a Polonia para enseñar. Recuerdo una vez cuando volé a San Diego después de haberme ido durante un año y medio. El entrenamiento de Iaido acababa de empezar y como de costumbre estábamos de pie en un círculo. Shomen era mi obsesión; durante todos los meses que pasé en Polonia había practicado intensamente para finalmente entenderlo. Sensei caminó con un fukuroshinai ⁹⁵ blanco en su hombro y nos estaba observando. Había una docena de nosotros, cada uno contando en voz alta en japonés. Después de unas pocas repeticiones, cuando estábamos goteando sudor y jadeando fuerte, Sensei de repente se detuvo y me señaló. Me ordenó que fuera en el medio y mostrara shomen. El resto bajó sus armas y se sentaron, aprovechando al máximo este breve descanso. La débil creencia de que finalmente lo había conseguido se despertó en mí, mi obsesiva búsqueda de perfeccionar el corte que había durado más de dos años. Ya era

⁹⁵ Fukuroshinai es un arma hecha de bambú parcialmente dividido envuelta en cuero del largo de una espada. Se utiliza para practicar técnicas de contacto en algunas escuelas de espada.

hora de una señal del maestro de que había estado en la dirección correcta. Me dijo que me detuviera y se volvió hacia los demás.

"Este es el peor shomen realizado aquí durante mucho tiempo. Le dije que lo suelte y deje de controlar", se volvió hacia mí con un ceño fruncido de decepción. "Estás preocupado de la mano derecha y no haces nada con eso. Me haces perder el tiempo."

Tenía treinta años y era difícil ofenderme. El entrenamiento con Sensei curó rápidamente un ego inflado. Se transformó en agresión, energía en las formas y una competencia entre nosotros que estaba más o menos oculta. Por lo tanto, él podría decir cualquier cosa acerca de mi carácter, mi apariencia, Dios sabe qué más, pero no sobre mis shomen, tantas horas y miles de repeticiones... Me dolió, pero al mismo tiempo me di cuenta de algo, fue justo en ese momento que realmente vi el brazo derecho durante este corte, los hombros curvados y arrugados de forma antinatural. Me gustaría decir que a partir de este momento todo cambió, que mi shomen es bueno, pero no funciona así. La vida no es un cuento de hadas, y durante quince años me he seguido torturando a través de mis shomen, todos los días. Si no lo haces regularmente, te olvidas. Como Sísifo⁹⁶, que suelta la roca. Si dejas el tuyo ir, entonces tienes que mover el trasero e ir cuesta abajo, para empezar todo desde cero.

Hay una hermosa historia sobre un niño que fue enseñado por un cuentacuentos. El maestro le ordenó que aprendiera una historia y la contara todos los días. Nunca estuvo contento con el resultado, y

⁹⁶ El mito de Sísifo es un ensayo filosófico de Albert Camus, originalmente publicado en francés en 1942. Sísifo, dentro de la mitología griega, hizo enfadar a los dioses por su extraordinaria astucia. Como castigo, fue condenado a perder la vista y a empujar perpetuamente un peñasco gigante montaña arriba hasta la cima, sólo para que volviese a caer rodando hasta el valle, desde donde debía recogerlo y empujarlo nuevamente hasta la cumbre y así indefinidamente.

torturó a su estudiante haciéndole repetirlo cientos de veces. No aprobaba nada, y el estudiante finalmente se hartó y se fue, buscando un propósito diferente en la vida. Un día, hambriento y frío, se encontró en una posada que albergaba un concurso de narración. Sin tener nada que perder, contó la odiada historia. Ganó, y la multitud lloró de risa durante mucho tiempo. Todo el mundo estaba encantado; sin embargo, él sólo vio lo que estaba haciendo mal.

Esta hermosa fábula, aunque quizás un poco ingenua, tiene en sí misma una verdad primaria. Se trata de nuestras propias habilidades y limitaciones, no se trata de ser mejores o peores que otra persona. En este mundo, flotamos alrededor de banalidades que escuchamos a lo largo de toda nuestra vida pero de vez en cuando, en un instante de comprensión, realmente nos hablan.

El día que estoy recordando ahora me sentí fuerte y confiado. Mi pareja tenía mi edad; tenía una experiencia similar y estaba en un nivel similar al mío. Teníamos buenas armas, tsubas fuertes y estábamos sincronizados. Empezamos con cuidado y cuando nos sentimos más cómodos, practicamos más rápido y fuerte. No nos pusimos en peligro, y aunque las formas eran muy poderosas nadie resultó gravemente herido. Eso nos jodió aún más, así que aceleramos. Para mí ese fue un período de fascinación por el poder de la forma que poco a poco descubrí. Corté más y más fuerte y me llené de satisfacción. El poder y la certeza me hicieron feliz. Mi pesado y grueso bokken golpeó la tsuba de mi compañero con un fuerte golpe. No sé cuándo apareció Sensei Chiba frente a mí. Debe haber estado observándonos y vino a comprobar si había algo de verdad detrás de esta fachada. Sólo recuerdo que empujó a mi compañero y se paró frente a mí.

"Hazlo conmigo", dijo, mirando extrañamente.

Al principio pensé que quería mostrar la forma, pero él fue el que atacó. Estaba emocionado y listo. Levantamos nuestras espadas, y

en ese momento me di cuenta de que no tenía un tsuba. Las manos de Sensei Chiba estaban desprotegidas, y si hacía la forma la mitad de fuerte como antes, le rompería todos los dedos. Me atacó sin dudar. Completamente aturdido le di un golpe de lado, cometiendo un error básico. Me miró.

"No te preocupes por mí, icorta de verdad! Estaré bien."

El siguiente corte lo hice correctamente, pero definitivamente demasiado lento y demasiado tarde

"¡Más fuerte!", gritó, y levantó su arma.

A través de mi cabeza corrían docenas de pensamientos. Es mi maestro, no puedo pegarle, si le pego le haré daño. Tiene más de 60 años, no debo, ino puedo! Se puso de pie con la espada sobre la cabeza y con los ojos fríos y tranquilos me miró. Todo lo que había considerado una certeza y el poder hace dos minutos se desmoronó. El golpeó y lo arruiné todo. Me temblaban las manos, mi técnica se desmoronaba y volví a los ocho años. Se detuvo, me miró, hizo una mueca y se alejó. Durante un par de días, no pude dormir. Pasé todo el tiempo pensando en lo que debería haber hecho.

La idea de que un estudiante fuese capaz de dañar a su propio maestro es tan ilógica que ninguna explicación de este incidente tenía sentido para mí.

¿Tenía que exiliarse de su propia manada, como Akela⁹⁷? Estaba furioso conmigo mismo. Me aterrorizaba haber tomado una vía rápida desde un falso sentimiento de confianza a pasar a temblar como una gelatina, incapaz de dominar a un anciano. Pasaron los años y la espina siguió pinchándome: reviví este escenario cientos de veces. A veces, en mis pensamientos cortaba atterradamente

⁹⁷ En el libro de la selva de Rudyard Kipling, Akela es el líder de una manada de lobos que adoptaron a un niño humano. Cuando parte de la manada se une contra Akela para sacar al humano de la manada, Akela se va también y se convierte en un lobo solitario.

en serio; a veces salía del dojo lanzando mi bokken al kamiza. A veces sólo gritaba. Una solución racional no existía, pero en ese entonces no lo sabía.

Pasaron cinco años y fui a San Diego unos meses cada año. Mis visitas se hicieron menos frecuentes y más cortas a medida que pasaba el tiempo. Al final, Sensei accedió a visitar Polonia. Era el año 2007. Había doscientas personas en el tatami. El seminario ya llevaba un par de días cuando, durante una clase de armas, Sensei hizo lo mismo con uno de los profesores de Francia. Este tipo, exactamente como lo hice hace cinco años, se desmoronó por completo. En ese momento, estábamos practicando con fukuroshinai. Vi todo el colapso emocional del profesor francés desde la tercera fila, sentado en Seiza. Era una de las doscientas personas en el tatami. Mientras lo miraba, toda la historia volvió a mí: noches de insomnio, dudas e ira. De repente, todo se quedó en silencio y la gente que me rodeaba desapareció. Sentí que mi frecuencia cardíaca se aceleraba. Mi mano apretó involuntariamente el arma y la apretó tan fuerte que el bambú crujió. Sensei terminó con el francés y se volvió hacia la multitud. Todo dentro de mí estaba gritando: “Estoy aquí. Estoy listo. Ahora”. Estaba respirando profunda y tranquilamente, y estaba seguro de lo que estaba a punto de suceder, aunque no tenía ningún sentido. Miró a su alrededor en el mar de las cabezas durante mucho tiempo, como si buscara. Sabía que me estaba buscando. ¿O tal vez fue mi certeza lo que lo llamó? Me miró y asintió. Todo se deshizo como en un sueño. Sólo sé que estaba tranquilo, como si me estuviera mirando desde afuera. No había nadie aparte de nosotros, y entré para morir o matar. Normalmente, estando en el medio con él como uke, todos alardeamos a los otros, en mayor o menor medida. Posteriormente, durante mucho tiempo seguí pensando en lo que estaba sintiendo en ese entonces. Aparte de una disposición absoluta, también había

una tremenda indiferencia. Hice kiri-otoshi cuatro veces, golpeándolo en sus manos con mucha fuerza y precisión. Sentí calma y fuerza, pero no permití que me superara. Yo era totalmente indiferente a si me golpeó o yo le pegué. La forma era estable y bien ejecutada. No había ningún sentimiento de culpa, miedo o excitación en él. Viví un momento de verdadera armonía. Una pincelada a través de la verdad, y estaba siendo impactado por ella. Esa noche, durante la cena oficial para los profesores, Sensei Chiba se levantó y, con su vaso en una mano, se presentó a todos. Entre su dedo índice y su pulgar había un moretón masivo. Me señaló y me dijo:

"Hoy me cortó cuatro veces exactamente en el mismo lugar. Muy bien."

Había orgullo en los ojos de Chiba. No tiene lógica. Este tipo de experiencia excede la moral y la racionalización. La realidad de la relación con el maestro trasciende la sobreintelectualización. No tengo muchas experiencias como ésta. Destacan de cientos de entrenamientos con Sensei. Pasarán años antes de que entienda su significado, si hay una oportunidad de entenderlo en absoluto.



Dar Vida al Arma

“ Pon tu espada de vuelta a su lugar; pues todo aquel que sostenga la espada morirá por la espada.”
- Mateo 26:52

En el Aikido usamos algunos tipos de armas. Estas son: una espada de madera (bokken), un cuchillo de madera (tanto) y un bastón de madera (jo). Adicionalmente, en el sistema de Sensei Chiba ocasionalmente practicábamos con wakizashi, espadas cortas de madera. También nos hicimos nuestros propios fukuroshinai, tiras de bambú parcialmente cortado envuelto en cuero. Para Iaido, en el principio, usábamos espadas de práctica iaito sin filo. En el sistema marcial del Iaido, al menos en Europa, usar espadas afiladas está prohibido por razones de seguridad. Practicábamos koryu, estilos antiguos de Iaido como adición al Aikido; estábamos más allá del sistema de organizaciones de Iaido y no nos importaban estas reglas. Un activo y considerablemente grande mercado en el comercio de auténticas espadas japonesas funcionaba en los Estados Unidos. Fue impulsado principalmente por los botines de la segunda guerra mundial y posteriormente por

la gran corriente de importaciones después de la guerra. Así, prácticamente, cada kenshusei (profesor en entrenamiento) y la mayoría de los estudiantes avanzados practicaba con espadas que tenían cientos de años de antigüedad y que fueron hechas en el viejo Japón. Sensei Chiba fue un experto en espadas, y estudió este tópico por muchos años. Él era el que escogía las espadas para sus estudiantes, y la mayoría de las hojas pasaron por sus manos. Pobre de aquellos que no cuidaran bien sus espadas, en cuyas espadas Sensei notaba una tsuba⁹⁸ oxidada o una saya⁹⁹ agrietada. Para Chiba, entrenar con espada era igual de importante que el Aikido en sí. Por décadas se logró construir un sistema en el cual los elementos físicos de trabajo con la espada y cuerpo se entrelazaban y se influían mutuamente. Elementos similares eran encontrados en las técnicas con bokken y en las proyecciones. El concepto de relajación de los hombros y el trabajo dinámico de pies se repetía en todos lados. Entrenar con el bokken era profundizado con el trabajo con espadas tradicionales con filo, enseñándonos un corte real. En adición a esto, ocasionalmente practicábamos tameshigiri, cortando blancos hechos de esteras de caña enrolladas sumergidas en agua. Todo era coherente y despiadadamente consecuente. Cada error en las técnicas a mano desnuda hacía eco en todo lo demás: con el jo, bokken, o durante el entrenamiento con la espada.

Y, por otro lado, estaban estos momentos ocasionales de iluminación. Cuando finalmente entendías algo que había estado frente a tus ojos por muchos años. Estos momentos ayudaban a entenderlo todo.

Supongo que Chiba tuvo que luchar con la importancia de este entrenamiento. Le tuvo que otorgar un significado más profundo,

⁹⁸ Tsuba; pieza de la espada que sirve como protección para las manos.

⁹⁹ Saya; vaina o funda de la espada hecha de madera.

porque siempre rozaba con el peligro del estereotipo de la estética japonesa. Un grupo de gente adulta en pijamas, moviendo sus espadas sin sentido. Es una tendencia natural, solo la fuerte disciplina y el descubrir algún tipo razonable de definición de entrenamiento te salvará de flotar en esta dirección. Sensei Chiba escogió el peligro y la seriedad mortal. Él nos empujó en la responsabilidad por la herencia de sus ancestros, esa era la terminología que usaba.

¿Cómo evitas el estereotipo estético y creas una herramienta para trabajar con problemas reales a partir de cosas completamente desapegadas de la realidad? El entrenamiento con la espada era tan serio y atemorizante que, una vez comenzamos a hablar, resultó que a nadie le gustaba. Como ir al dentista. Miedo, dolor, peligro real.

No pretendíamos nada. Había narices rotas, contusiones, costillas y dedos fracturados. Nadie contaba los moretones o esguinces. La atmósfera no era agradable, y nadie le daba palmadas al hombro de nadie. Una vez, antes de mi tiempo, Sensei, furioso, persiguió a un pobre estudiante con una espada en su mano, y el tipo voló del dojo. Aparentemente, uno de los primeros uchideshi subió a las colinas por dos días vestido con keikogi. Esto, quizás, era porque teníamos armas reales. No las falsificaciones chinas. Junto con la espada tomabas una responsabilidad por ella y por el entrenamiento. Vi a gente que compraba espadas de doscientos o trescientos años de antigüedad, a menudo gastando hasta su último peso. Vivían en departamentos arrendados, cerca del dojo, dormían en colchones, y una espada era de las pocas que tenían en sus cuartos.

No podías descuidar el entrenamiento. El último elemento de las formas de Iaido es noto, guardar la espada. La historia ya sucedió, el cuerpo muerto yace a tus pies en un charco de sangre, y tú regresas la hoja a su vaina. Después bajas tu mano, la cual está

sujeta en la empuñadura. Este movimiento simboliza el tremendo estrés que experimentas después de quitarle la vida a otra persona. No eres capaz de abrir tu palma, la deslizas, todavía apretada contra la empuñadura. Pobre de aquellos que ignoraban estos detalles. Cuando practicábamos junto, una forma que representaba la asistencia en el ritual de suicidio, asumíamos un rol de ayudante que cortaba la cabeza de una persona que había abierto su estómago con su propia arma. Durante esta forma, los movimientos necesitan ser realizados silenciosamente y con el respeto demandado por el momento y el lugar. En el circo americano de versiones “McDonalizadas¹⁰⁰” de artes marciales, kimonos rosados, espadas plásticas, y todo a la venta, esto parecía un bastión de la lógica. El obtener la sensación de tsuki, una estocada con la espada, Sensei nos dijo que estudiáramos el ejemplo del asesinato del estadista de izquierda Inejiro Asanuma¹⁰¹. Mientras Asanuma hablaba en el podio, un joven entró y se las arregló para penetrar a su víctima con una estocada apoyada por el peso de su propio cuerpo antes de ser capturado por los guardias.

Tienes que cuidar tus armas de madera. Las mejores son hechas de roble japonés. Son tratadas como tesoros nacionales y, aparentemente, no puedes tomar trozos de su madera fuera de los límites de Japón, únicamente productos terminados. Varias escuelas prefieren diferentes modelos y perfiles de bokken. Nuestro sistema usa el alto contacto, de madera contra madera, así que muy

¹⁰⁰ En referencia a la cadena de comida rápida Mc Donalds.

¹⁰¹ El 12 de octubre de 1960, Inejiro Asanuma, durante un debate político transmitido en televisión, fue asesinado con un wakisashi (espada corta) por el joven de 17 años Otoyō Yamaguchi.

a menudo usamos bokkenes pesados de Iwama, presuntamente diseñados por el propio Sensei Saito¹⁰².

En una ocasión pusimos nuestros bokken en una canaleta llena de aceite de linaza por un par de semanas, a veces meses. Después, por el mismo periodo de tiempo, los envolvimos con telas secas y esperamos a que exudaran el exceso. Algunas personas perforarían en el arma con una fina broca y las perfundirían con aceite por muchos días de esta forma. El aceite se colaría por los anillos de crecimiento de la madera por todo el día hasta finalmente filtrarse hasta el centro de la espada de más de un metro de largo. Algunos hacían su propia tsuba de cuero. La salud de nuestras manos dependía de la protección ofrecida por la tsuba, y aquí había muchas ideas para sobrevivir. Desde enormes hechas de plástico a las estándar de plástico engomado, hasta las más caras, hechas con el cuero de la frente de un toro.

Me especialicé en hacer fukuroshinai a partir de bambú dividido en tiras y envuelto en cuero. Aprendí cómo hacerlo en San Diego y entonces, por algunos años, apoyé a mi dojo haciendo docenas de ellos para vender en Europa. Inicialmente, debes dividir los palos de bambú. El bambú es un tipo de pasto, así que es una labor relativamente placentera y simple. Posteriormente, debes envolver todo con una pieza de cuero. Perforas cientos de agujeros, por los cuales atas una tira de cuero, de una forma muy específica. Al final, tienes un arma liviana que es segura por ambos lados. El mayor problema era encontrar bambú de buena calidad en Polonia. Por algún tiempo, lo importaba desde el sur de Francia. Cortábamos las plantas en las montañas de Provenza cuando todavía estaban verdes. Después de ser cortados, debían realizarse diminutos

¹⁰² Saito Morihiro (1928-2002), uno de los estudiantes iniciales de O'Sensei, fue la cabeza del dojo principal de Aikikai en Iwama.

agujeros mientras todavía estuvieran verdes para que no se partieran cuando se estuvieran secando.

En ocasiones, durante los ejercicios, usábamos guantes de hockey, pero Chiba creía que nos sentíamos muy seguros con ellos y no éramos lo suficientemente cuidadosos. En mi dojo trabajo con ellos para que el miedo de herir a las personas no te restrinja en la búsqueda de tu propia fuerza. En zazen, cada uno de nosotros se sentaba con un bokken en frente. Sensei quería mantenernos cerca de esta arma, para acostumbrarnos a ella, forzándonos a alcanzarla.

Unos pocos años antes de que fuera a San Diego, dormí en un dojo en Estrasburgo. Había una docena de nosotros de Polonia ahí; habíamos vuelto de un campamento en las montañas de Alsacia y decidimos pasar dos días ahí. Era cerca de medio día; estábamos sentados solos en el dojo cuando Chiba entró caminando a la cocina. Estaba paseando por el jardín y posteriormente volvió adentro al ver la luz. Se sentó en una silla. Estaba portando una sucia y torcida ramita en su mano. Mientras nos miraba, hizo movimientos cortos con su muñeca, agitando el palito que trajo. Siempre trabaja con el arma. Incluso si son movimientos pequeños, procura siempre estar haciendo algo. Hasta que se convierta en parte de tu cuerpo. Estaba sentado ahí con un trozo de pera francesa como el abuelo de la villa. Nunca fue muy preocupado por sus ropas, y fuera del tatami parecía más un anciano, cansado por la vida.

La mayoría de nosotros dormía con un arma. Era ilógico y tonto, pero sucedía naturalmente. En el penetrante sentimiento de peligro, tener un bokken o un cuchillo a mano proveía, hasta cierto punto, una sensación ilusoria de seguridad. Incluso ahora, cuando duermo en el dojo pongo un machete bajo mi cama. Mi espada fue forjada en el año 1460, en la escuela Bizen. Hubo una vez en que era una larga hoja pero, en algún lugar en el camino, se acortó.

Luce terrible, como un viejo cuchillo carnicero. Tiene muchos rayones y fracturas. Por el repetido pulido, la capa de la superficie desapareció, y está muy lejos de ser un tesoro nacional japonés. Cuando muera, mi hijo se hará cargo de ella. Yo nací en 1971; mi padre en 1940; su padre en 1910; así y antes en 1880, 1850, 1820, 1790, 1760, 1730, 1700, 1670, 1460, 1610, 1580, 1550, 1510, 1480, 1480, 1450. Mi hijo representará la decimonovena generación de personas que fueron dueñas de este objeto.

Algo tan personal, que defiende la vida de alguien, y quizás se la quitó a alguien también, ahora yace en el primer piso en un block postcomunista de departamentos dentro de una cajonera de IKEA¹⁰³. Unos pocos cientos de años atrás alguien la tuvo puesta dentro del cinturón, cabalgando su caballo a través de pobres asentamientos japoneses, quizás un samurai, quizás un bandido. Toco la hoja, la limpio y me convierto en un fragmento de esta historia, tan real como ellos. Quizás incluso más, ya que la mellé con un tubo de aluminio de una carpa en algún tipo de campamento de jóvenes en una villa en Polonia. Un herrero japonés, viviendo en 1460, probablemente se agarraría la cabeza con incredulidad.

¹⁰³ IKEA; corporación multinacional con sede en Suecia dedicada a la fabricación y venta minorista de muebles y artículos del hogar.

¿Y Qué Podría Cambiar Esto?

“ Y cuando venga también por mí, el Relojero Púrpura de la Luz, a revolver la tristeza en mi mente, estaré esperando listo, y con la mente clara”¹⁰⁴.

En la película *Puente de Espías*, un viejo espía es capturado por agentes americanos. Incluso en el momento de su sentencia en el juicio él mantiene absoluta calma, lo que podría ser casi visto como aburrimiento. Cuando fue consultado por el protagonista si no estaba aterrizado o qué estaba le estaba sucediendo y si no estaba preocupado, su respuesta siempre fue la misma: “¿Y qué cambiaría esto?” Él mantiene la misma calma cuando se encuentra pintando transmitiendo información secreta, poniéndose su abrigo, y recibiendo una condena de cadena perpetua por espionaje.

¹⁰⁴ De la canción *Zegarmistrz światła* [El Relojero de la Luz], letra de B. Chorążuk, interpretada por T. Woźniak, 1972.

Meses de miedo e incertidumbre pasaron antes de que encontrara paz dentro de mí. Fui desde Polonia a San Diego hacia un hombre que era considerado como uno de los mejores. Él me aceptó como su alumno personal y cada dos por horas experimentaba sus clases. Toda la travesía que pasé para llegar allí fue para mí tanto una carga como una obligación, mi más grande miedo era que lo iba a desilusionar. La obligación era tan pesada que me tensaba físicamente y me restringía.

En Aikido no hay peleas de práctica o combates. La presión está escondida más profundamente, en algún lugar. Para nosotros, los entrenamientos ceremoniosos con Sensei Chiba eran como atrayente hoyo negro. No un curso de defensa personal sino una hora malabareando con explosivos. Después de un calentamiento y caídas llamaba a alguien, mostraba una técnica en ellos unas pocas veces, la cual posteriormente repetíamos. El problema era que Sensei no mostraba la técnica de antemano, y todos sabíamos eso. Sensei nos moldeó como arcilla, nos arrinconó como un gato. Esta primera vez mostraba tu calidad como uke. La técnica era realizada con total velocidad y fuerza. La respuesta sólo podía ser intuitiva. La mayoría de las veces era también pobre. Las formas que le seguían eran más predecibles y ligeramente más seguras. No se trataba de que aprendiéramos los pequeños pasos, sino que usar estas técnicas para asuntos más serios. Un yudansha, o cinturón negro, ya se sabe todas las técnicas, ya que en Aikido no hay tantas, ellas se transforman ahora en un objeto de estudio; nuestros miedos y necesidades lentamente pasan a través de ellas. Llegan a ser una ropa ajustada, un espejo. Más y más éstas reflejan quién eres y qué sientes. De esta manera, cuando él me llamaba a ser su uke me precipitaba con toda la carga de la responsabilidad y años de entrenamiento. Era joven, fuerte y físicamente muy capaz pero, al mismo tiempo, rígido y adormecido para cualquier contacto. Aparte del evidente miedo a una lesión, mi mayor problema era mi

exceso de entusiasmo. Era como un perro en un paseo, saltando alrededor suyo, moviendo mi cola. La verdadera relación en esta forma real es como la calma antes de la tormenta, y luego la explosión. Los lobos mirándose mutuamente en un silencio mortal antes del ataque. El aire se vuelve espeso, cada paso es consciente y firme. Las formas cortas, especialmente aquellas con armas, contienen la esencia de la vida y la muerte. La quietud antes del relámpago, luego la bengala y posteriormente, el estruendo del trueno. Hay una tranquilidad antes del ataque, la respuesta en el silencio y el sonido del cuerpo cayendo en el tatami. La solución resultaba ser la repetición y el entrenamiento duro.

A medida que pasaba el tiempo, me acostumbré al estrés antes de su llamada. Con admiración, miraba a algunos de los uke. Parecían no estar afectados por lo que estaba por venir y una calma se proyectaba de su postura física. Llegó con el tiempo; no hubo iluminación o un entendimiento repentino. Lo llamo el síndrome de “Al diablo, lo que será, será”. El zazen ayudó mucho, cuando repetidamente imaginaba formas de cómo él rompió mis manos o quebró mi cuello. Sensei chiba me dejó inconsciente dos veces, golpeándome en la cara. Magulló mis manos un trillón de veces con el jo y bokken, pero no fue nada serio. Para mí, la clave era una aceptación y la autorización para lo que estaba por venir. En este momento fui allí sin cargas y lentamente dejé de hablar, y comencé calmadamente a escuchar. El perro dejó de saltar, rogando para que le arrojaran la bola. El pinscher miniatura¹⁰⁵ gradualmente se transformó en un lobo. No digo que me haya convertido en un mejor uke. Quizás si un poco, porque el estrés de la anticipación tensaba mis hombros y antes de todo, ya no sentía contacto. La quietud que descubrí abrió mis ojos. “La peor cosa que puede

¹⁰⁵ Raza de perro pequeño originario de Alemania que se usaba originalmente para la caza de roedores.

sucedier es que me mate” me diría a mí mismo. Después caminaba, confiado y con calma. Una certeza física es distinto. Mantienes tu cuerpo derecho, no tienes miedo en tus ojos. Presuntamente, tú puedes darte cuenta si alguien está listo para la muerte por sus ojos. Ya no hay muchas emociones ahí. Unos pocos cientos de años atrás, cuando cientos de miles de caras sucias con barba, armadas con espadas y hachas, esperaban para la batalla, esto es lo que probablemente hayan estado pensando. Al diablo, lo que pase, pase. En un momento, las rocas caerán desde el cielo seguidas por una nube de flechas y en algún lugar por detrás de las colinas las caras velludas se abalanzarán. Será un milagro si sobrevives o si no tienes alguna parte de tu cuerpo mutilada. Será horrible y dolerá. Las únicas cosas que te pueden salvar son la fe o el entrenamiento. Uno o el otro, porque solo éstos te pueden preparar para la muerte. El agente soviético probablemente mantuvo la calma porque siempre tuvo la certeza de que eventualmente lo atraparían. Él lo aceptó como su destino hace mucho tiempo. Puedo imaginar que la única emoción que se permitió sentir fue una ligera sorpresa cada tarde. Quizás apagaba las luces, y cuando nadie moraba, levantaba su ceja ligeramente y murmuraba “sorprendentemente, me salí con la mía de nuevo”.



Contacto

“ Si los soldados son castigados antes de que generen apego hacia usted, ellos no se mostrarán sumisos.”

Sun Tzu¹⁰⁶

Contacto en todo nivel. Sensei Chiba basó la totalidad de su mensaje técnico en el contacto físico y mental en el tatami y fuera de él. Ubicuidad y alerta. Como una madre que observa a su bebé de reajo, no necesita mirarlo constantemente, sin embargo, ella sabe dónde está y qué hace. Control. Como un granjero que observa un cultivo en crecimiento. Esta comparación con un granjero es significativa para mí por distintas razones. Por sobre todo, estoy fascinado con el fenómeno de madurar para cambiar y estar listo para recibir una verdad. Un profesor es un hombre que planta la semilla, la riega con su propia atención, y espera. De vez en cuando, puede divisar un árbol joven que crece en la dirección incorrecta, tira de sus ramas, o lo endereza la estaca de soporte. No obstante, mucho del trabajo necesita ser hecho por la planta. Es

¹⁰⁶ Sun Tzu; en su libro El Arte de la Guerra

ella la que penetra la superficie del suelo, que pelea con el sol y la lluvia, que resiste los ataques de las plagas y, más importante, crece por sí misma.

Vi mucha gente que estaba demasiado preocupada con cada paso de sus estudiantes. Ellos los situaron en posiciones ideales, ajustando cada elemento del movimiento, entonces la forma en sí muere. Una persona que es corregida todo el tiempo no encuentra libertad en la forma, y eventualmente pierde todo interés en el entrenamiento. Una planta que es regada tan profusamente se pudrirá; si es tirada del suelo no se estirará o crecerá más rápido. Todo tiene su tiempo y duración. Esto es muy difícil para la generación YouTube de entender. Hay un tipo de conocimiento que accede profundamente y otro que fluye por la superficie, incluso si algo es escuchado miles de veces. Puedes golpear tu cabeza con un muro por años y nunca verlo.

Sensei Chiba se sentó frente al kamiza y nos observó. Incluso ahora, en mi memoria tengo la imagen de él sentado en medio loto, inmóvil y en silencio. Más que a nosotros, parecía estar mirando a través de nosotros. Para él, el dojo era como un campo donde crecíamos. Éramos golpeados por el viento; llovió sobre nosotros. En ocasiones las plantas irrumpían unas con otras, las ramas se rompieron con una explosión. Algunos resultaron ser hierba; otros crecieron altos pero no produjeron fruta, sólo sombra. Alrededor de algunos, no creció nada porque ellos envenenaron a sus vecinos con veneno tóxico. A veces se levantaba a ayudar. Sin embargo, en la mayoría de los casos, él solo se sentó allí y miró, permitiendo a la naturaleza hacerse cargo del progreso.

Un día un principiante apareció en la clase de Iaido, no era ni kenshusei ni uchideshi. Vino por los primeros meses, practicó la

forma básica, shohatto¹⁰⁷. En solitario masacró esta corta forma dos veces a la semana por noventa minutos. Mientras la ejecutaba, se encorvaba terriblemente y cometía errores básicos, ondeando y agitando su espada por doquier. Mirarlo era doloroso, Sensei Chiba no lo corregía en lo absoluto. Él nos torturaba, criticando cada pequeña cosa, sin embargo, no miró dos veces a la espalda encorvada de ese estudiante. El tipo agitó su espada como un mazo por muchas semanas, luciendo como una mezcla de Gollum y un troll. Después de tres meses, Sensei finalmente se levantó y se le acercó. Puso una mano sobre su frente y otra en la parte baja de su espina. Con un movimiento rápido, enderezó por completo la espalda del sujeto. Todavía recuerdo la mirada de sorpresa del estudiante. Nunca más se encorvó después de eso. Simplemente, maduró para este conocimiento y lo entendió. Súbitamente, todo el dolor en su espina que había acumulado por semanas de arqueamiento desaparecieron. La espalda recta le permitió trabajar con sus manos libremente. La postura apropiada resolvió otros cinco problemas. Sensei pudo haberlo forzado a enderezarse desde el mismísimo comienzo. El estudiante, sin embargo, no estaba listo para esto, porque todavía no tenía consciencia de su cuerpo. Tuvimos que observarlo menear su espada, como una persona joven que necesita salir y relajarse antes de sentar cabeza. De esta forma, en vez de criar artificialmente pollos de engorda, puedes criar un animal salvaje.

Como un granjero que observa su campo. ¿Cuán experto tienes que ser, cuán responsable? ¿Cuántas plantas se quebrarán o se marchitarán antes de aprender esto? El contacto y el control. La atención y consciencia constante. La relación con Sensei Chiba funcionaba más allá de las palabras, cuando el contacto físico se

¹⁰⁷ La primera de las formas de la serie Shoden en la escuela Muso Shinden Ryu. Se ejecuta en seiza.

quebraba, cuando todos nosotros regresábamos a nuestras ciudades o países, el contacto invisible todavía se mantenía. Estábamos incesantemente acompañados por el sentimiento de responsabilidad y miedo a desilusionarlo.

A veces tenías que escribir reportes; como si se sentara físicamente frente al kamiza, observando nuestro entrenamiento, él igualmente mantuvo una red invisible con sus estudiantes alrededor del mundo. Como el marionetista con sus dedos ampliamente esparcidos por el escenario, él actuaba grandes y pequeños dramas. Todavía no entiendo este aspecto. Él fue un hombre que quería controlarlo todo, pero actuaba en una escala que no puedes controlar. Pero aun así lo intentó. Él destruyó todo lo que aludía a esto, que crecía mucho. Que tuviera suficiente de este control. *Deru kui wa utareru*, el clavo que sobresalga recibe un martillazo. Este proverbio japonés describe perfectamente cuando perdía el control.

Tuvimos que escribir ensayos regularmente. Por cada examen de grado dan (cinturón negro) para obtener permiso para entrenar en algún lugar, y en otras ocasiones. La primera vez que hice Sesshin, tres días de zazen; un ensayo, describiendo las impresiones. La primera vez que hice Rohatsu, ocho días de meditación; un ensayo. Vas a aprender a un país distinto; un ensayo. Una, dos páginas con la descripción de tus observaciones y comentarios. Era importante no apresurarse en un análisis de tus propios problemas, sino enfocarse en un entendimiento individual del Aikido. Como uchideshi, odiábamos escribir. Éramos unas máquinas para limpiar y realizar caídas, no para contemplación sobreintelectualizada. Los mejores para escribir eran los que entregaban menos en las clases. Siempre estuvimos fascinados en la manera que alguien que estaba principalmente focalizado en perder el tiempo y esconderse en las esquinas del tatami tenía tan sabias reflexiones. Los ensayos de los uchideshi posteriores a

horribles sesiones de zazen fueron siempre predecibles y similares “lo hice porque debía hacerlo. Fue terriblemente duro y fue doloroso todo el tiempo. Todavía no sé por qué tuve que hacer esto, y si tuviera elección, no lo haría”. Sensei suspiraría sin poder hacer nada. La honestidad era tanto nuestra arma como nuestro escudo. Después de muchos años yo mismo requiero a los uchidechi reportes honestos cuando termina su tiempo de vivir en el dojo. En la mayoría de los casos descubro cosas que no sabía. Muy a menudo proyectamos nuestros propios pensamientos en alguien más hasta que, al final, no tenemos idea de lo que la gente alrededor nuestro piensa.

En muchas ocasiones escuché que debías escribirle a mano. Que no recibía correos electrónicos, no leería textos impresos o letras escritas con una máquina. Solamente las escritas a mano. Mucha gente me dijo eso, así que en el comienzo, eso fue lo que hice. No obstante, mi escritura a mano es terrible y la entrega hasta los Estados Unidos toma semanas, así que después de un tímido intento de enviar un correo electrónico a su secretaria, en adelante continué contactándolo de esa forma.

Cuando viví en el dojo, cada día notaba pilas de cartas. Reportes de pasantías, correspondencia privada, sus cuentas bancarias y cartas de queja de otros. Él estaba siempre quejándose de que la gente lo inundaba con una montaña de estas cosas. Esos eran los costos del totalitarismo. El poder absoluto, incluso uno constructivo, uno con cara humana, produce efectos secundarios. Denuncias, luchas por influencia, celos, y todas aquellas cosas que no van con la bella visión del Aikido. Él sabía de esto, y a pesar de que se quejaba acerca de la inconveniencia, tenía un problema incluso mayor con quienes no le escribían. Nunca escribí voluntariamente. Únicamente cuando me ordenaba enviar reportes o cuando tenía que solicitar su autorización para poder participar de un seminario. Sentí que debí escribir regularmente acerca de las cosas en las que

estaba cada pocos meses. Sin embargo, no estaba haciendo nada especial. Estaba en el tatami todo el día, practicando o enseñando, cinco a ocho horas al día. En ocasiones iba a un seminario a enseñar o a aprender. ¿Sobre qué escribirías? Él era una leyenda y yo vi esas montañas de papeles. No había pensado en nada que él no hubiera descubierto por sí mismo muchos años atrás. Ahora, después de muchos años, pienso que debería haberle enviado postales. Algo entre las líneas de: “Hola Sensei, estoy bien. Estoy cultivando mi campo, todo está creciendo. Saludos, Awatemono¹⁰⁸”.

Había un tipo en Francia. Muchos años atrás, cuando vivía en el dojo allá como uchideshi. Él se inscribió y yo era responsable por él. Recuerdo que, como un adolescente, hizo té para los profesores poniendo directamente las bolsas de té en el hervidor eléctrico. Los años pasaron y creció y maduró, y un hermoso aikido floreció en él. Era uno de esos talentos jóvenes y, al mismo tiempo, callado y modesto. Alcanzó segundo dan y su profesor lo envió a San Diego a aprender. Vivió en el dojo por unos pocos meses y Sensei estaba increíblemente feliz con él. El problema era que, no obstante, todo le salía espléndido. El proceso de enseñarle a un uchideshi donde Sensei Chiba estaba basado en generar un problema y desarrollarlo bajo las condiciones de estrés permanente. Forzándolo a hacer cosas imposibles. Te requería salir de las murallas de tus limitaciones por semanas o meses, para que eso te lleve a una pequeña o gran iluminación, si finalmente te las arreglabas para atravesar esa muralla. El joven francés era tan capaz que hizo bien todas las cosas que se le ordenaran. Le quitó una herramienta básica de las manos del profesor, y Sensei estaba perdido. Necesitaba una razón para ofenderlo. Necesitaba drama.

¹⁰⁸ Awatemono (Cabeza de Chorlito); apodo dado al autor por Sensei Chiba.

El tiempo pasó, y el tipo volvió a casa con elogios. Sensei estaba todavía hirviendo, buscando una excusa para construir una verdadera relación con él a través de emociones extremadamente intensas. Unos pocos meses pasaron y el joven no escribió una carta para agradecerle por la estadía. Era suficiente. Comenzó la avalancha, y después de un histérico ataque de Sensei, le prohibió volver nuevamente. Recuerdo cuando me contó esta historia y le respondí que nunca, después de cualquiera de las cinco veces que estuve ahí, escribí alguna estúpida carta. No lo necesitaba porque había generado suficiente drama cuando estuve allá, y yo simplemente no era tan dotado en mis movimientos. ¿O quizás estaba muy viejo para jugar este juego? Hacia el final de su vida, Sensei Chiba nos enseñó cómo morir y él lo hizo en su casa, dejó de responder a las cartas. Le envié cartas oficiales, en algunas ocasiones para pedir permiso para ir a un seminario, pero nunca respondió. Habiendo entrenado a través de dramas, cuando ya no estaba con nosotros, como profesores, comenzamos a generar pequeños y grandes conflictos por nuestra cuenta. La escuela comenzó a desmoronarse, incluso cuando aún estaba vivo. Como si hubiera sido solo un monumento, incapaz de existir sin su protagonista. Todo estaba basado en su encanto, y al final nosotros no éramos capaces de hablar entre nosotros.

Posterior a uno de estos dramas, recibí una orden de enviar un reporte a Sensei Chiba. Estaba involucrado en ese conflicto y recuerdo cómo me senté frente a una página en blanco preguntándome qué poner y qué no. Hice diez versiones de la misma carta.

Desde honestas y emocionalmente cargadas, a cortas y sólo descriptivas. Al final, envié una nota llena con algunos datos duros y una declaración de que no quería manipularlo como una persona que estaba directamente involucrada en la situación. Mi opinión personal, dije, la incluiría en una carta diferente. Por muchos

meses nada pasó y yo, por supuesto, estaba fanfarroneando. No quería escribirle a un hombre moribundo, a quien respeto, acerca de lo que realmente pienso del trabajo de su vida. Además, no había respondido mis cartas por años.

Después de tres meses recibí un correo electrónico de su secretaria: "Sensei todavía espera su opinión". Fui golpeado en la cabeza con un martillo porque me acorralé a mí mismo. Por tres días escribí la carta de mi vida. Ocho días criticando lo que ha hecho y lo que todos hemos hecho. No sé cuántas versiones eliminé, pero finalmente presioné "enviar".

Por un tiempo, esperé por el golpe. Sabía que me había convertido en el clavo que sobresalía. Si hubiera estado sano, probablemente dentro de una semana habría sido llamado de vuelta a San Diego. Conozco algunas historias así. Como un ejemplo: la secretaria llama a un profesor de vuelta desde Inglaterra a San Diego. Un antiguo uchideshi, dentro de dos días estaba en el aeropuerto en California, llama un taxi hasta el dojo y llega directo a la oficina de Sensei Chiba. Para empezar, es abofeteado en la cara, y después se entera de que ha sido expulsado de la organización y de que su profesor nunca más quiere verlo y que debe regresarse. Uno de los pobres tipos incluso pudo tomar el mismo taxi ya que el chofer todavía no había alcanzado a irse todavía.

No obstante, Sensei nunca me respondió. Quizás estaba muy viejo para jugar este juego o quizás lo que escribí no fue tan fuerte después de todo. O quizás, ni siquiera la leyó.

La cocina

“ Jola: Cuando aprobé mi examen para conducir mi profesor me dijo “Tienes que conducir como si todo el mundo quisiera matarte”. Szu: Tuviste un buen profesor.
- (Wielki Szu¹⁰⁹)

Cada día, después de la última clase vespertina, volvía corriendo a mi habitación. Tenía que ordenarme, limpiar la mesa y prepararla en caso de que Sensei quisiera quedarse con nosotros. Pondría cacahuetes o galletas japonesas en un bol. En el suelo, junto a la esquina de la mesa escondía un cenicero. Fumaba como una chimenea y estaba avergonzado por ello. Nos contó historias de cómo empezó a fumar cuando tenía cuatro años durante la guerra, recogiendo colillas de cigarrillos del suelo. Su madre lo atrapó y le dio tal castigo, no volvió a fumar hasta que era un adolescente.

¹⁰⁹ Wielki Szu, película polaca del año 1983 dirigida por S.Chęciński.

Los japoneses de su generación no tenían una definición clara de lo que era una adicción. Beber o fumar no era un signo de debilidad. Chiba bebía vino tinto, así que ponía un vaso cerca de él y tenía una botella a mano. Si se iba directo a casa, guardaba la botella.

Durante estas reuniones nocturnas nos sentábamos en zafus. La habitación era pequeña, 3 por 9 metros, pero podían caber hasta 15 personas.

Había una mesa japonesa de medio metro de altura. Al principio todo el mundo se sentaba de rodillas en seiza, luego se movían lentamente a posiciones más cómodas a medida que pasaba el tiempo. Mientras Sensei estuviera en la habitación nadie se encorbaba, se inclinaba hacia atrás o se apoyaba con las manos en el suelo. Con él apareció un ambiente de entrenamiento, tensión e incomodidad.

Invitados de todo el mundo se sentaron a su alrededor felizmente y jugaron una actuación repetitiva y verdaderamente aburrida una y otra vez. Vinieron allí por la misma razón que yo, para estar cerca de él durante unos días y luego para hablar de ello por el resto de sus vidas. A pesar de que es retratado de manera diferente, Sensei era un político habilidoso, un hombre que deseaba fama y aplausos. Como cualquiera que haya dedicado toda su vida a algo único y sólo haya estudiado eso, necesitaba la validación de la razón detrás de decisiones tan extremas.

Charlaron; él se reía alegremente y asentía con la cabeza. Para nosotros, la totalidad de esta actuación era superficial e incomprensible. Era similar a estar en la casa de un alcohólico que ha lavado y vestido a sus hijos y ahora está bromeando con algunos parientes cercanos lejanos, fingiendo ser una familia feliz. Los niños, sin embargo, saben lo que saben, e independientemente de este ambiente circense de felicidad no estarán dentro de la longitud de un brazo de su padre. Además, cuando los parientes más

cercanos no están mirando, les dispara dagas a través de los ojos como para decir: "Espera a que se vayan".

Los invitados se lo pasaban muy bien. Estaban sentados junto a un extremo de la mesa. Hablaban y podían hacerle preguntas, siempre las mismas. ¿Cómo empezó a practicar? ¿Qué clase de persona era Ueshiba? No importaba de dónde venían, todos se sentían incómodos en el silencio y aparentemente pensaban que tenían que matarlo con preguntas estúpidas. Él, por otro lado, siempre respondió, y mientras las preguntas no fueran increíblemente estúpidas, nos sorprendía con su paciencia. Dios no permita que uno de nosotros hiciera una pregunta. Esa no era la razón por la que estábamos allí, y lo único que podía hacer era gruñir: "¡Baka!" ("idiota" en japonés). Cuando los invitados desaparecían, el ambiente se volvía completamente diferente. Nos sentábamos en silencio toda la noche. Sensei podría atacar en cualquier momento, ya sea empezando a criticarnos a todos nosotros o a alguien específico. Cada uno de nosotros había oído esas diatribas antes, y después de algún tiempo ninguno tenía secretos. A menudo, involucraban algo personal, tan rápidamente que aquellos que realmente querían estar cerca de él crearon una piel gruesa. Obviamente, también podía ser amable y encantador, incluso para nosotros. Sin embargo, nadie confiaba en él, sabíamos que en algún lugar había un peligro a la espera. El alcohol afloja las lenguas. Después de un tiempo, algunas cosas comienzan a escaparse y luego el león saltaría a su garganta. La relación correcta entre el maestro y sus alumnos debe ser como una pieza de música no intrusiva. Suena silenciosamente en el fondo y a nadie le importa. Todo el mundo conoce su lugar en esta melodía y aparecen en momentos y con el volumen preciso.

En silencio se puede comer y beber durante horas. Cuando llega el momento de la relajación, para una broma o una pregunta, aparece por sí mismo, naturalmente. Nos gustaba el silencio porque había

quietud en él y un descanso del estrés del entrenamiento. Excepto que Sensei era como un volcán. Despreciaba el estancamiento y la sensación de seguridad; destruía todo si el polvo se asentaba en él. La música sonaba suavemente en el fondo, pero nadie se sentía seguro. A veces algo se escapaba. Alguien hacía o decía algo estúpido y una grieta rompería la armoniosa cadena de sonidos. Todo el mundo abría la boca y miraba al tonto con asombro. Lo que seguía era una explosión. O no, en ese sentido Sensei era impredecible. Una vez, en alguna ocasión formal, una cierta mujer mexicana trajo dos litros de helado de vainilla para la cena compartida, pero escapó ilesa. Los dulces estaban en la lista negra. Los dulces son forraje para la debilidad infantil, y Sensei luchó con nuestros hijos internos y los despreciaba con odio puro y profundo. Obviamente, tenía razón. Todos sabemos que el azúcar destruye los dientes, engorda el cuerpo y te engaña con una ilusión de poder falso. Obviamente, los dulces son malos, pero no le gustaban de todos modos. Los japoneses viejos tienen diferentes paladares. Los jóvenes ya han cambiado y han sido formateados por McDonalds y la televisión, pero los ancianos todavía comen pescado crudo y gachas de arroz para el desayuno. En el nivel pragmático de entender lo que se debe y no se debe hacer en la vida de un uchideshi, no había consistencia. Por un lado, nos prohibieron el café o los dulces, pero por el otro, nos atiborrábamos hasta altas horas de la noche, bebiendo mares de cerveza o lo que quisieras. Después de años dirigiendo mi propio dojo, ahora sé lo que quería hacer. En aquel entonces veía en él cierta consistencia racional: seguía su instinto, queriendo construir una relación natural con sus alumnos basada en la honestidad primitiva y la responsabilidad de uno mismo. Tantas veces lo comparé con el amor irracional hacia una mujer hermosa, pero no sabía que esta relación también tenía que ser natural, como una danza de tortolitos. Inexplicable, entendido sólo por aquellos que fueron tocados por esta

enfermedad. Estuvimos atrapados en un trance, encantados durante meses, algunos de nosotros durante años. La mesa y esas cenas eran una manifestación táctil de eso. Él, a la cabeza de la mesa, como el jefe de una tribu, un padre en una yurta mongola, un jefe de la mafia, un papa en el Sínodo, un cabecilla. El resto de nosotros, sentados según una extraña jerarquía nacida del instinto animal. Cuando estábamos al nivel de una manada de lobos tales cosas sucedieron naturalmente, y ofrecieron tranquilidad y un sentido de significado. Con este lenguaje nos llegó, independientemente de nuestra edad, sexo, nacionalidad, religión, pasado o nivel de avance en el arte. Brazo a brazo se sentó un francotirador de los Navy Seals, un constructor de México, un poeta-fontanero de California, un judío de Nueva York y un historiador de Polonia. Todos sentían lo mismo.

"La conciencia es mucho más importante que la religión", solía decir Chiba. Una vez alguien me dijo que nunca me sentara a su lado como un uchideshi. No sé por qué, pero esto realmente se me quedó en la memoria. Siempre me senté lejos, y nunca lo dejé fuera de mi vista. Durante todo ese tiempo, sólo dejé salir algo dos veces, y ambas veces pagué severa e inmediatamente. Con el tiempo se crea una sensación engañosa de seguridad, porque la rutina se vuelve predecible y segura. En ese entonces, tenía 32 años; él tenía 62. Se envejeció y se volvió gris. Sin un keikogi y un bokken, con una camiseta desgastada y jeans en mal estado, parecía un viejo tío - podría parecer que era amable y de corazón cálido. Sus ojos, sin embargo, estaban hechos de acero, y sentí que todo esto de ser "agradable" lo irritaba tanto que hubiera preferido arrancarlo de sí mismo y golpearlo con él.

Fue tal vez durante mi última estancia. Viví en el dojo con A, un albanés de Nueva York. Era un hombre tranquilo y centrado, marcado por una sencillez balcánica que le envidiaba. Parecía ser un hombre cuyos deseos, pensamientos y acciones estaban todos

unidos. Sensei sintió esta honestidad, y para mí su relación siempre fue un modelo de lo que la dedicación y la confianza pueden construir. En el tatami chocaron el uno con el otro como un martillo con metal al rojo vivo. Las chispas volaron por todas partes. Sensei le gritó, tratando de liberar aún más de esta honestidad. Él asintió con la cabeza e hizo lo mejor posible. Más tarde, nunca hablaron de ello, como si el fuego se hubiera extinguido en el tatami.

El día en que estoy pensando, los dos, junto con M, fuimos a la casa de Sensei a recoger una vieja mesa que debía reemplazar a la de nuestra habitación. Había estado en la sala de estar un par de veces, cuando me invitaron a cenar oficialmente o a comer algo después de trabajar en el jardín. Su casa era diferente al dojo. Gatos, nietos corriendo por ahí, un piano

. . . Naturalmente, apareció un ambiente de calidez familiar, y nos sentimos mucho más relajados. Sensei se sentó en su lugar, y también se comportó de manera diferente. Rara vez estuvimos allí porque, también para él, era mucho más difícil mantener su máscara y, en consecuencia, desempeñar su papel alrededor de montones de ropa o niños corriendo. Tomamos la mesa, la empacamos en la parte trasera de una camioneta y condujimos de vuelta al dojo. Recuerdo lo asustado que estaba, sentado atrás. Sostuve la mesa con mis manos y oré para que no nos detuviera la policía. En Tijuana, que estaba a 10 millas de distancia, familias enteras viajaban en carreteras en la parte trasera de los camiones, pero aquí todavía era Estados Unidos.

Las relaciones entre uchideshi eran fuertes y honestas, pero al mismo tiempo infantiles e inmaduras. Los tres éramos de unos 30 años, criados en la pobreza en Albania, Polonia o México; todos nos encontramos como estudiantes de un hombre que había crecido en el empobrecido Japón de posguerra. Y todos nosotros habíamos sido arrojados a la parte más rica de uno de los países

más ricos del mundo. De una manera infantil, estábamos compitiendo constantemente. Estar más cerca de él, o ser el más fuerte, o más valiente, o el que ya no le importaba. Es un cliché, pero estábamos luchando por la atención de un padre. Probablemente fue estúpido e inevitable, pero también algo que era más fuerte que la mayoría de las cosas que sentimos en nuestra vida.

Arrastramos la mesa al cuarto de los uchideshi y la dejamos apoyada contra la pared por un momento. Fue entonces cuando nos dimos cuenta *, en el lugar donde Sensei normalmente se sentaba, estaban escondidos debajo de la mesa, dos cables extendidos. Preparamos la mesa y empezamos a preguntarnos cuál era su propósito. No recuerdo quién resolvió el acertijo, pero en un momento dado todos tuvimos escalofríos cuando nos dimos cuenta: mantuvo su espada allí. En casa, mientras cenaba -debajo de la mesa de madera- almacenaba un montón. Exactamente cuando nosotros, distraídos por los niños, los gatos y ese piano ensangrentado, finalmente nos habíamos sentido seguros. Nos retorcimos las manos, como uno siempre lo hace cuando, después de muchos intentos, cualquier cosa que hagas parece inútil. Mientras bebíamos cerveza pasamos años tratando de colocar una espada corta en los cables de una manera que te permitiera cortar a un humano en un solo movimiento.

Unos días más tarde, estábamos sentados en la nueva mesa durante una cena oficial. Nos habíamos olvidado de toda la situación, y ninguno de nosotros tuvo suficiente valor para preguntarle al respecto. Sensei habló con algunas personas, y la música tranquila de nuestra dependencia sonó en sintonía. De repente, los tres oímos el ruido de alambres de madera y metal. De inmediato, entendimos lo que estaba pasando y lo miramos. Habitualmente había movido su mano debajo de la mesa, y se había encontrado con la espada que habíamos dejado

inconscientemente allí. Todos los demás seguían comiendo, sin saber lo que estaba pasando. Nos miró y entendió que lo sabíamos. Asintió con la cabeza, y sin mirarnos a ninguno de nosotros, se quejó con bastante enojo: "Veo que lo descubriste".

"Sólo nos preguntábamos si era por una espada o una escopeta recortada", dijo A en voz baja.

—Nunca lo sabrás —respondió Sensei—. Nunca volvimos a hablar de ello.

Por supuesto, todo fue una tontería. No era un jefe Yakuza ni un gánster. Era un juego; nunca mató a nadie. No tenía razones reales para mantener un arma debajo de una mesa. También vi que su cara de decepción en nuestro descubrimiento fue ensayada. Sin embargo, nada de esto tenía ningún significado. Lo importante era la verdadera atención. ¿Tal vez lo había hecho todo deliberadamente de principio a fin? ¿Tal vez nos había dado esta mesa con la intención de encontrar esos cables?

En la vida de un uchideshi, la distinción entre lo que realmente está sucediendo en tu enredada relación con tu maestro y lo que imaginas después de algunos meses cambia constantemente.

Muy a menudo tenía miedo de que lo que había imaginado mientras estaba sentado solo durante días no tuviera nada que ver con la realidad.

Renuncié a todo, vendí todo lo que tenía, dejé de pagar todos mis impuestos, ignoré cartas de los Ingresos, mis estudios, arruiné mis relaciones con mujeres y me fui a otra parte del mundo. Algo me llevó hasta aquí, algo que parecía hacer que todo valiera la pena. Aquí había alguien que pasó su vida como yo quería pasar la mía. Me enredé tanto que no tenía nada que perder. Me quedé sin dinero, mi boleto expiró. Dejé de pensar en ello y me agarré del entrenamiento. Ahora, parecía que cada uno de sus comentarios no era sólo una forma de mejorar mi técnica sino un ataque a toda mi vida y a las decisiones que había tomado. Recuerdo noches

solitarias en las que no podía dormir debido al cansancio y la plétora de pensamientos que corrían por mi cabeza. Las noches durante las cuales extraños pájaros se entrelazaban en una estera de caña en el suelo junto a mi cama cobró vida. Recuerdo cuando uno de ellos trató de volar con solo un ala sana, el resto de su cuerpo podrido, produciendo baba de la que asomaban huesos retorcidos. ¿Cuánto de todo esto nació en mi cabeza y cuánto pasó realmente?

Una de esas veces estaba dando vueltas en la cocina después de la clase. Como siempre, aparecí en la mesa por fin, desapercibido. Todos ya estaban comiendo y bebiendo cerveza. Me senté al final de la mesa de madera, frente a Sensei Chiba, que estaba hablando con alguien. Todo el mundo estaba ocupado, así que tomé una botella de cerveza, la abrí y empecé a beber en silencio. El ataque llegó de inmediato; no estaba listo para ello en absoluto.

"No bebas de una botella como un animal! ¡Usa un vaso!"

Me gritó por un tiempo y me di cuenta de que cuando había estado ocupado en la cocina no había oído la conversación pasando alrededor de la mesa. Aparentemente, estaba en el tema del uso de un vaso. Me regañaron, y no había nada especial en ello. No fue ni la primera ni la última vez. Vertí mi cerveza en un vaso, me disculpé y seguí bebiendo.

Pasaron unos años. Regresé a San Diego y de nuevo me encontré en el fondo de la cadena alimenticia en el dojo durante un par de meses. Fui el último en sentarme, de nuevo, frente a mi maestro que estaba conversando. En ese momento recordé la historia sobre el vaso. Miré a mi alrededor, desapercibido. Sensei bebía vino y todos los demás bebían cerveza de las botellas. Estaba sin palabras. Esto no tenía sentido. Recordé vívidamente la situación de hace unos años. Discusiones sobre beber una cerveza ensangrentada de un vaso ensangrentado. Y ahora toda esta gente, obsesionada con

él, están bebiendo; no, tragando cerveza directamente de las botellas.

Y allí, sentado al final de la mesa - el último tonto. El primer polaco que había venido a Estados Unidos a gastar dinero y no a ganarlo. Un idiota que se había endeudado de nuevo y rompió con una chica inocente. Y de nuevo, no tenía dónde vivir cuando regresó. Y por todo eso: tonterías, un juego insignificante de papeles. Tomé una botella y la abrí. Todo esto fue tan ridículamente triste. Le di toda mi vida a este circo y resultó ser una broma... El pequeño gnomo polaco en mi cabeza lo pasó muy bien. Ni siquiera sé de dónde tomé la fuerza. Al diablo con eso. No para él ni para ellos. Alguna consecuencia, algo importante para mí; de lo contrario, no hay nada dentro de ti que respetar. Me levanté, refunfuñando y fui a la cocina. Rodeado de charlas, vertí la cerveza en un vaso y la levanté. En todo este ruido, alrededor de los sonidos de las conversaciones y el ruido de las botellas, Sensei Chiba se sentó inmóvil al final de la mesa, mirando directamente a mis ojos. Bajé el vaso. Levantó la mano y me señaló. La charla se detuvo inmediatamente.

—Te acuerdas —dijo lentamente, sopesando las palabras—. "Y este es el momento. Esto es lo que cuenta."



Comida

“ El diablo le dijo: “Si eres el hijo de Dios, dile a esa Piedra que se convierta en pan”; Jesús respondió “está escrito: el hombre no vivirá solo de pan.”

- Lucas 4, 3-4

En el mundo de mi infancia, nadie estaba a dieta. Estábamos en las colas de los carniceros y el chocolate era sólo para Navidad. En el mundo de mi infancia la cena siempre se servía con sopa. Había salchichas ahumadas en cenizas y maíz molido hechos por la abuela a partir de una receta de Lviv. Una vez al año sacrificábamos un cerdo y el patio estaba lleno de cuencos de metal con trozos de carne que olían a sangre. La comida era un trofeo, y un hombre de verdad se lo comía todo. Ser quisquilloso con la comida era un signo de debilidad. Nadie era alérgico a nada; comías por hambre. Nunca dejábamos nada en el plato. Corríamos por el patio llevando un pedazo de salchicha. No había restaurantes italianos, ni cocina sofisticada. Había gustos exóticos, pero tampoco había hambre. Esto es lo que creó nuestro camino.

La comida era una herramienta y combustible, no un objetivo en sí mismo.

En San Diego, un libro de reglas de comidas escrito a mano colgaba en el dojo. Recuerdo que cuando lo vi por primera vez, lo pensé como un signo de debilidad estadounidense. Me inculcaron que la comida no importaba. Lo hiciste porque tenías que hacerlo. Eso fue todo. "Comemos carne para tener fuerza para nuestra práctica. Recibimos con respeto el sacrificio de seres que tuvieron que dar su vida. Sólo ponemos todo lo que podemos comer en el plato; no desperdiciamos alimentos."

Han pasado quince años y Polonia ha cambiado. Cadenas masivas de supermercados tiran toneladas de buenos productos todos los días. Los niños tienen todo en exceso y ya no saben del hambre. Leyendo este libro de reglas ahora, entiendo el intento de limitar el absurdo del consumo. En aquel entonces lo leí como una señal de deterioro capitalista: todo el mundo está a dieta. Durante una generación – de los niños que en la iglesia recibieron una abundancia de mantequilla salada y bloques de queso naranja insípido – nos hemos convertido en adultos que tienen más de lo que necesitan. La Navidad ya no huele a mandarinas, y el chocolate no es una recompensa. Como sucedió con muchas otras cosas que hizo Chiba, el propósito de controlar nuestra comida lo entendí sólo varios años después. Durante mi tiempo como uchideshi me pareció estúpido y culto. Creo que nunca me entregué por completo. Hice trampa, sobre todo con azúcar, lo que me daba la fuerza para al menos una clase. Al final de la semana estábamos muy cansados. Me escabullía a Adams Avenue, a la tienda de comestibles al lado del dojo, para comprar una barra de chocolate y leche saborizada. Aparte de la diarrea garantizada, me daba una patada para la primera práctica. Pero entonces tenía que eliminar el embalaje. Al principio lo tiré en un contenedor en el estacionamiento, pero luego, en algún momento, vi a Sensei Chiba

mirando nuestra basura. A partir de ese momento, lo tiré hacia atrás. Sensei revisó nuestra nevera y el cubo de basura en el dojo. Una vez a la semana cenamos todos juntos, para lo cual cada uno de nosotros tenía que preparar algo y luego explicar lo que estaba en el plato. La mayoría de las veces había un plato tradicional. Me las arreglé para cocinar caldo de pollo y una sopa de remolacha. Más tarde, se me ocurrieron comidas que eran seguras y baratas. Sin embargo, la mayoría de nosotros no pudimos mantener las reglas de comer. En nuestro tiempo libre devoramos dulces y bebíamos café.

El régimen oficial del dojo se basaba principalmente en las tradiciones japonesas. Comíamos un montón de pescado, arroz. También puedo recordar tiras de calamares asados, langostinos, soba (fideos de trigo sarraceno), rábano encurtido. No comíamos carne roja, ya que era demasiado cara. Mirándolo ahora, veo lo mucho que desperdicié la oportunidad de controlar mi propio cuerpo. Limitar la dieta y limpiar la forma en que comes puede cambiar toda tu vida. Un uchideshi vive en el mundo de las emociones extremas y al borde del agotamiento físico. Debido a eso, la comida se convierte en una de las formas naturalmente emergentes de autorecompensa. Una forma de consolar. Comida, sueño y alcohol. Cualquier cosa que pueda alejar tu mente del dojo, incluso por un tiempo. En los tiempos de O´Sensei, en el Japón de posguerra, los uchideshi siempre tenían hambre. Cada comida grande era una celebración. Sensei Chiba nos dijo que una vez estaba limpiando la olla después de cocinar arroz y vertió el agua, que todavía tenía algunos granos de arroz en ella. Luego vio a la esposa de O´Sensei recogiendo cuidadosamente esos granos sobrantes del barro. Del mismo modo, mi abuela estaba furiosa al ver que la comida se tiraba. Las personas que han sido tocadas por la pobreza, la guerra, los campos de trabajo y tales estarán felices con un trozo seco de pan hasta el final de sus días.

Un profesor quiere un estudiante serio. Ahora lo entiendo. No quiere dirigir clases dos veces por semana. No quiere enseñar a torcer el brazo, sino a mostrar el camino del autocontrol. Al hacer cumplir un régimen, Sensei estaba viendo cuánto podía interferir en nuestras vidas. La comida es un escape, si también regalamos eso, lo único que quedaba que era verdaderamente nuestro, era dormir. Esto es, por supuesto, sólo parte de la verdad. Lo más obvio es que durante el entrenamiento intenso tienes que respetarte a ti mismo y no comer basura. Que después de la carne roja el hombre es lento y se cansa fácilmente. Esa comida rápida es veneno y puede darte cáncer. Que tienes que controlar tu peso porque un maestro gordo es una vergüenza; muestra que no tiene control sobre su cuerpo. Estaba comiendo arroz integral sin refinar. Las cosas sangrientas tenían que ser hervidas durante casi una hora. Algunas personas no comieron nada más que eso durante una semana. En una lista de alardes pedí más detalles, pero al instante me prohibió:

"Eres de un país frío y necesitas carne."

Él creía que sólo se deben comer productos que crecen naturalmente en su área. El mundo se volvió loco y ahora en pleno invierno en Polonia se puede comer papayas, mangos y plátanos.

La dieta acompaña la práctica de la meditación tanto como solía acompañar a los monjes católicos medievales. ¿Tal vez necesites madurar? Pelear con la comida es una pelea con uno mismo. También es un medio de control. Desde un lado veo a Chiba como un maestro que trató de limitar su propia dieta, así como la de sus estudiantes. Era consciente del papel de la comida, de su influencia en la formación, de la autoconciencia. Le disgustaba la debilidad, la gula y la falta de atención de lo que estás consumiendo. Pero en el otro lado, había un niño hambriento viviendo dentro de él que había crecido en el Viejo Japón. El que corre en un par de sandalias zori demasiado grandes a través de las ruinas del Tokio de

posguerra. Le encantaba comer y beber. Comió cosas buenas, y podía cocinar. Se respetaba a sí mismo; sin embargo, estaba lejos de ser un mártir. Ahora, muchos años después, también tengo uchideshi, y puedo ver cómo la independencia y las habilidades simples, como cocinar, lavar la ropa, la responsabilidad de la limpieza, en la vida son tan valiosas como tener el corazón para el entrenamiento.



Hambre y supervivencia

“ Cuando tenía seis años, vi una vez una imagen magnífica en un libro sobre la Selva Virgen que se llamaba "Historias Vividas". Representaba una serpiente boa que tragaba una fiera... En el libro decía: "Las serpientes boas tragan a su presa entera, sin masticarla. Luego no pueden moverse más y duermen durante los seis meses de su digestión". Reflexioné mucho sobre las aventuras de la jungla y, por mi parte, logré trazar con un lápiz de color mi primer dibujo... Mostré mi obra maestra a las personas mayores y les pregunté si mi dibujo les daba miedo. Me contestaron: "¿Por qué un sombrero podría dar miedo?"
- Antoine de Saint-Exupery¹¹⁰

Sentí que debería comenzar lo que podría alcanzarme. Sentí que debía empezar a filtrar lo que se me presentara. No llevar nada, no comer, encerrarme y esconderme. Esperar por eso. Como un elefante moribundo o esa serpiente de *El Principito* que se había

¹¹⁰ Antoine de Saint-Exupery, El Principito. Traducción en <http://www.agirregabiria.net/g/sylvainaitor/principito.pdf>

llenado con mucho más de lo que podría necesitar. Cada pedazo de información nueva me rebota, no cabe. No comprendo lo que sé, la información se contradice a sí misma y no puedo ponerla en orden, encontrar un significado. Únicamente aquellos que han tenido que hacerlo, o quisieron hacerlo, adquirir mucho en un corto periodo de tiempo, entenderán esto; por cinco años tomas el conocimiento sin criticarlo, basado completamente en la confianza que escondes en el refugio de ser un estudiante. El conocimiento conlleva responsabilidad, tienes que llenarlo con vida. De vez en cuando, toma todos los puzles y enciérrate en un cuarto. No dejes que nadie entre mientras que te encuentras descifrando todo. Tira las piezas que no encajan y finalmente construye algo. Hubo un momento en que ciegamente escuchaba a cualquiera y entrenar en seminarios una y otra vez fue natural para mí. Era una esponja que absorbería cualquier cosa. Los años pasaron y cada palabra se mantuvo conmigo como una roca en mi mochila. En vez de correr, caminé, hasta que finalmente colapsé por todo el peso. Dejé de escuchar y comencé a reaccionar con agresión. Recuerdo seminarios en que tuve que salir y encerrarme en el baño por un rato. Había mucho de todo. Quería esconderme, cerrar mis ojos. Tomar una técnica, un movimiento, y dejar que trabaje. Poder ver dónde me llevaría. Sin gente, sin palabras, sin explicaciones y máscaras.

A mitad de la noche, me siento junto a mi hijo de cuatro años de edad, quien tiene una pesadilla y respira fuertemente, y pongo mi mano sobre él. Como un animal salvaje, él puede sentir la calidez y mi olor. Súbitamente comienza a respirar calmadamente y profundamente, y se relaja completamente. Se va a la deriva en un sueño profundo.

Así es como me sentí cuando me escondía en mí mismo. La batalla no puede ser eterna. Para mí y aquellos como yo, cada día es una batalla. La analogía con la comida es excepcionalmente acertada. En cada cultura, en cada religión la manera básica de tratar con la

glotonería o envenenamiento con comida es dejar de comer del todo. Como un animal hambriento, despertamos y cambiamos: de un perro a un lobo, de una cabra a un ciervo. Puedes oír más, puedes sentir más.

Hubo una vez en que decidí retarme a mí mismo, sintiéndome principalmente enojado por la falta de control con lo que estaba comiendo. Fue en Polonia, años después de ser un uchideshi en San Diego. Todos los doctores que conozco dijeron que el ayuno es un placebo, y que todas aquellas teorías acerca de quemar los depósitos de carne de cerdo alojada en nuestro intestino es el mismo tipo de tontería comparada con los “aikido plasters¹¹¹”. No obstante, ellos también dijeron: si te hace sentido, entonces hazlo. Había sólo una cosa que me interesaba: ¿Soy yo el que domina la comida o ella me domina a mí?

Cuando comenzamos, éramos cuatro personas. Uno de nosotros lo hacía cada año; el resto de nosotros nunca lo había hecho. Había un delgado uchideshi de Chile entre nosotros: él no quería, pero tenía que hacerlo. El primer día fue fácil. No me gusta el desayuno, y no me da hambre hasta el mediodía. Después se pone difícil. Como un adolescente regordete, caminaba por el departamento y mi esposa se reía de mí. Sabía que si me las arreglaba para ir a dormir, despertaría sin hambre al día siguiente. Lo he hecho muchas veces antes y sabía que era mi debilidad, jugar conmigo mismo. Sentía hambre que no estaba ahí. El segundo día fue lo mismo. Mi cuerpo tenía mucha energía, y cuatro horas de entrenamiento no influenciaron el nivel de hambre en lo absoluto. Bebía solamente agua. En la tarde pasé por el mismo circo de ir y venir hacia el refrigerador. El tercer día fue el peor, en un ataque suicida me forcé a realizar entrenamiento cardiovascular y

¹¹¹ Producto medicinal vendido por infomerciales que consta de vendajes que sanaban lesiones casi de forma milagrosa.

posteriormente terminar con dominadas en una barra. Pasé toda la tarde postrado de lado, soñando con un roll de sushi con semillas tostadas. Incluso pensé en sólo poner un poco en mi boca y chuparlo sin tragarlo. El despertar del animal sucedió de una forma teatral al día siguiente. Llevé a mi perro de paseo y yo estaba feliz. Era otoño. Podía ver los colores de las hojas y el cielo más hermoso y completamente. Podía apreciar los olores y el viento pasar entre los dedos de mi palma abierta. Es como cuando cambias a un hombre lobo y puedes oír el eructar de una hormiga. En algún lugar profundo en mi interior sabía claramente lo que estaba pasando, era mi cuerpo entendiendo que el proveedor no había encontrado comida por tres días, entonces necesitaba activar el programa de recolector-cazador. A pesar de esto, continuaba bebiendo sólo agua, y perdí un kilo cada día. El hambre había desaparecido completamente, encontré paz y ligereza. Era el cuarto día, el uchideshi que ya estaba adelgazando por entrenar treinta horas a la semana comenzó a desvanecerse. Su peso alcanzó los sesenta kilos. Lo dejamos atrás y continuamos, viendo envidiosamente cómo comía su primera zanahoria cocida con lágrimas en sus ojos. Continué perdiendo peso y el hambre no volvió. Lentamente mi entusiasmo y fuerza también desaparecieron. El cuerpo entendió que el operador había perdido su cordura y no estaba buscando comida. En esta etapa, comenzó a comerse a sí mismo desde el interior. Aparentemente, los músculos van primero. Tú estás viendo esto como un show de televisión, con la satisfacción de un niño que se quita la costra de una herida en su rodilla. En el quinto día comencé a tambalearme, así que compré dos botellas de jugo de remolacha, lo que era recomendado para dar un impulso. Las cacas comenzaron a aparecer instantáneamente en un terrorífico color a remolacha roja. Resultó que el jugo debía ser de remolachas cocidas, no crudas. En el sexto día me desvanecí dos veces, tuve que aliviar el entrenamiento

porque flotaba más de lo que caminaba. Llegué al final sin mayores problemas. Todo esto se mantuvo por veinte días. Al principio excluimos la carne, luego alrededor de cuatro días antes del ayuno comimos sólo vegetales cocidos. Luego, por toda la semana, nada. Vuelves a la vida por toda la semana sólo comiendo verduras cocidas. Mi primera comida, dos papas, una zanahoria, y medio manojo de perejil, casi me hicieron vomitar, una papa sería suficiente para todo el día, fácilmente. Como el infierno del Ichikukai¹¹², te das cuenta, más que nada, que lo que defines como hambre, limitación, no existe. De que no tengo que sufrir eso, que puedo hacer lo que sea. Con un estilo de vida relajado puedes sobrevivir sólo con agua por catorce días, supuestamente, incluso por veintiuno. Para liberarte de algo a lo que defines como una obligación. Como una serpiente, digiero todo lo que está dentro de mí. El elefante hecho de carne; el elefante hecho de información. Elimino todo lo que me envenena. Observo los anuncios durante el periodo previo a la navidad. Un anciano mira con avidez y tristeza un enorme codillo de cerdo. Su esposa, empujándolo suavemente con el codo, le dice que no debería hacerlo porque sufriría al día siguiente, que es muy grasoso para él. La voz de fondo responde, “no te preocupes, llena tu barriga y luego toma la medicina XYZ”. Aparentemente, el concepto de remediar el comer en exceso mediante el consumir todavía más cosas apareció junto con los anuncios publicitarios modernos del siglo XIX. La enseñanza de las artes marciales dicta rechazar tales ilusiones y máscaras y no coleccionarlas, decía Sensei Chiba. Consciencia, rechazo y aceptación, palabras claves. Para masticarlas. Él nos dijo que masticáramos cada bocado treinta veces en vez de saltar desenfrenadamente sobre una pieza de carne como un perro. Usábamos palillos porque los bocados en ese entonces eran más

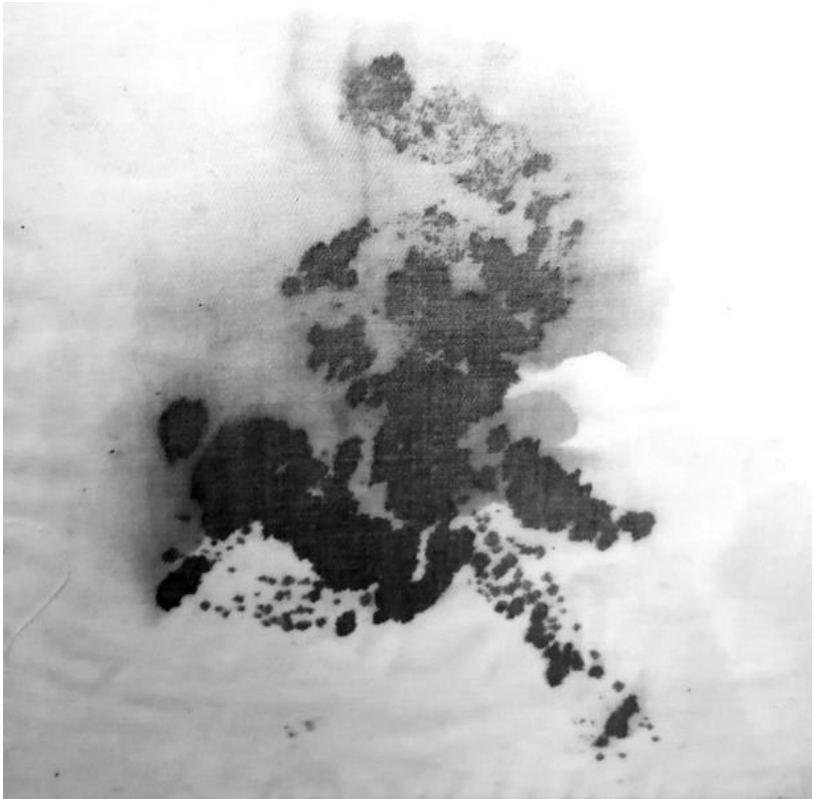
¹¹² Una sesión intensiva de misogi (purificación) en Tokio.

pequeños. Lo mismo se aplicaba al conocimiento. El periodo de trabajo en solitario sin estímulos desde el exterior fue un tranquilizante gradual. Aquí, no obstante, estaba escapando, porque dejé de sentir hambre, fue demasiado. En el mundo de explicaciones abstractas y peleas simuladas debes madurar lo suficiente para aceptar la verdad, así también como para rechazarla. Así como Oyama¹¹³, quien practicaba solo en las montañas; como Gonnosuke Musō,¹¹⁴ quien después de buscar a Miyamoto Musashi desapareció en las montañas por cuarenta días antes de usar el jo (bastón de madera) como un arma. En cada cultura, el aislamiento y el tiempo para ti mismo eran parte de las leyendas, creencias, e historias verdaderamente importantes. En algún lugar en lo profundo de nosotros reside lo mismo. La necesidad de recluirse en lo salvaje y del tiempo para organizar las cosas. No importa si es un japonés imitando a un viejo samurai. Puedes ser tú, buscando la fortaleza como Simeón el Estilita¹¹⁵, como Jesús en el desierto.

¹¹³ Masutatsu Oyama (1923-1994); el creador del karate kyokushin.

¹¹⁴ Gonnosuke Musō (siglo XVI/XVII); creador de la escuela jōjutsu Shintō-musō-ryu.

¹¹⁵ Simeón el Estilita (390-459); un monje y estilita, un ruso ortodoxo y santo católico que pasó cuarenta años en una columna de algunos metros, sentado en una plataforma que tenía alrededor de cuatro metros cuadrados.



Bebida

“¿Es eso vodka?” Margarita, respondió débilmente. El gato saltó de su asiento con indignación. “Ruego me disculpe, mi reina” dijo con voz áspera, “¿Alguna vez me permitiría ofrecer vodka a una dama? ¡Esto es puro alcohol!”
- M. Bulgakov¹¹⁶, El Maestro y Margarita.

Crecí, como muchos de nosotros, con el hedor del vodka digerido. No había nada especial en esto, porque el vodka era entonces parte de nuestra vida. De hecho, era mucho mejor que en cualquier otra parte, la verdadera oscuridad estaba situada fuera de nuestro hogar.

Durante toda mi infancia no hubo alcohol. Nadie de nosotros lo probó, ya que el problema vivía bajo nuestra piel, bajo la superficie de la tierra. Cada día palpitaba con grandes y pequeños dramas. Como en otras casas, la Madre Vodka estaba en la mesa, no estaba avergonzada de sus esclavos. Para nosotros ella era un secreto y un enemigo invisible. Esto era un mundo diferente. No había cientos

de variedades de cocteles; nadie consideraba a la cerveza como alcohol. No había whisky, ron o ponche de huevo. Este era un mundo de vodka, moonshine¹¹⁷, aguardiente, básicamente licor fangoso y de mala calidad de un almacén. No había alcohólicos, solo borrachos.

Ser un borracho era un estado mental, estatus social, y la definición de una persona. La marca final y una manera de esperar la muerte. La muerte en vida. Ser un borracho era el final de cualquier tipo de transformación. Mutaba como algún tipo de animal, de un infante a la carcasa de un adolescente y, posteriormente, de esto salía algo final. ¿Quién sabe qué? Un profesor, un cura, un oficial de policía, un miembro del partido comunista, la cabeza del PGR¹¹⁸, o la mujer de un carnicero. Algunos de ellos mutaban nuevamente y su forma final relucía: un borracho. En aquellos tiempos en mi área, todos tenían una televisión en casa, más o menos a color, un perro encadenado, y un borracho en la familia. Si no era el padre o la madre, era definitivamente alguno de sus hermanos. Teníamos de esos en cada casa en nuestra calle. Frente nuestro vivía la Sra. Packo con su hijo. No puedo recordar su nombre, pero él era uno de ellos. Él caminaba con dificultad en su traje a rayas y una camiseta. Ella, con una bufanda pequeña atada en su cabeza como toda mujer en aquellos tiempos, manejaba una cantina localizada en una casa en los suburbios construida en los tiempos de Hitler. Ocasionalmente, cuando nuestro grupo jugaba en la calle, nuestra pelota caía ahí por accidente y tomábamos turnos para escabullirnos para recuperarla. En su casa la Sra. Packo mantenía bolsas llenas de trigo y maíz, algunos adornos pequeños; en cajones almacenaba pilas de viejos relojes, anillos, y otras maravillas que eran traídas por sus esclavos. Ellos aparecían cada

¹¹⁷ Whisky destilado ilegalmente.

¹¹⁸ PGR; Una granja agrícola estatal era una forma de agricultura colectiva en la República Popular de Polonia.

tarde. Como zombis. A veces para comprar, otras para rogar, algunas veces con hostilidad y llorando ebrios. Lo vi desde mi ventana, su hijo era el primero en beber hasta la muerte.

Ella tenía un excepcionalmente vicioso gallo del cual estábamos aterrorizados.

Para mí, el alcohol era la sangre del diablo y una señal de enfermedad. Supe claramente que si lo probaba, me mancharía y traicionaría algo fundamental. Ahora sé que me sentí especial por aquello, y quería esconderme de esto más que para mostrar poder. Después de todo, diariamente veía víctimas del alcohol.

Nunca probé el alcohol hasta que entré en la universidad. Creo que tenía veinticuatro años de edad, y no me supo para nada agradable. Lo probé porque ya no podía recordar por qué no bebía. Quizás mis heridas habían sanado, quizás había madurado. Posiblemente era muy tarde para esto o, quizás, nunca fue de hecho una fruta prohibida, ¿algo más como a lo que culpábamos por el infierno de nuestra infancia?

El aikido polaco era distinto en ese tiempo. Muchos niños entrenaban y los instructores eran unos veinteañeros. La atmósfera era un híbrido de un grupo de jóvenes católicos, Boy Scouts, y un club deportivo. No había cigarrillos, tampoco alcohol. Había autoridad y una sensación de responsabilidad con la juventud. Quizás es por esto que me escondí en este mundo. El alcohol estaba domesticado por profesores del Oeste: con vino, la cultura del beber, lentes especiales. Beber por el gusto, no para quedar ebrio. El alcohol apareció en el grupo de los estudiantes mayores durante los campamentos de verano. Beber es parte de la cultura japonesa, como cualquier otra. Muchos japoneses, debido a un débil gen, quedan emborrachados rápidamente y de forma económica. Adicionalmente, en el mundo de una presión constante en el trabajo y el miedo histérico de perder las apariencias, ellos deben tener algún tipo de ventilación de escape. Probablemente, es por

esto que algunos de ellos trabajan como hormigas por veinte horas y después beben como cerdos por las horas restantes.

El tiempo destinado al alcohol es un tiempo de honestidad olvidada, el cual tú dejas atrás en un pub, en manchas de vómito. Nunca vi a Sensei Chiba realmente ebrio. El alcohol era parte de nuestra relación; sin embargo, incluso aquí todo era un campo minado lleno de reglas y trampas. En una relación con un estudiante, el alcohol ofrecía herramientas adicionales para sacar secretos y resaltar debilidades. Nunca dejó de ser un profesor. Era lo que él era, todo el tiempo. Ahora puedo ver lo importante que esto era. La mayoría de los uchideshi de larga estadía nunca bajaría sus defensas en su compañía. Bebimos cerveza porque sabía genial después del entrenamiento. Mientras él se mantuviera en el cuarto, nadie se volvía loco o se desbordaba bebiendo. Aparentemente, solía ser diferente. Los estudiantes antiguos nos contaron historias acerca de que tenías que huir del dojo antes de medianoche, porque si todavía estabas ahí cuando el reloj marcaba las doce, una botella de whiskey aparecía en la mesa, y hasta que no quedara una sola gota no había excusas.

En mis días, sólo vi a Sensei Chiba beber algo más fuerte que la cerveza unas pocas veces. En aquellos casos, usualmente uno de los estudiantes de mayor tiempo se ofrecía a llevarlo a casa. El alcohol en los Estados Unidos penetró la cultura de una manera distinta. Tú bebes en cualquier lugar, y la mayoría de la gente conducía después de unas pocas cervezas o incluso en cantidades mayores. Es el resultado de la falta de controles aleatorios en las calles. La democracia se metió en la cabeza de la gente, y mientras manejes en línea recta, y no le dispares a los transeúntes, nadie tiene el derecho de detenerte. No existe la práctica de redadas preventivas como en Europa del Este. Quizás esta sea la razón de por qué los uchideshi o los antiguos le ofrecían transporte. Era lo correcto por hacer. Sensei aceptaba normalmente estos ofrecimientos. Yo le

pregunté solo una vez, era tarde, y yo era el grado más alto y había construido precedencia en el cuarto. Se paró frente a la mesa con dificultad, así que me le acerqué dubitativo.

“Sensei, ¿lo llevo a casa?”

Resultó que, como no estaba tan cansado, o ebrio, súbitamente se me abalanzó con una yoko-geri (patada lateral) a la altura de mis costillas. Nunca había confiado en él en mi vida, siempre me le acercaba como si fuera una bomba de tiempo, así que me las arreglé para esquivar el ataque y su pie falló. Si no hubiera estado lo suficientemente alerta, me habría pateado y probablemente habría terminado sobre la mesa con las botellas y las sobras. Me pregunto si era lo que quería lograr.

“Buenos reflejos”, asintió, un poco decepcionado, “pero nunca me preguntes eso nuevamente”.

Hubo sólo una vez en que terminara realmente ebrio y fuera a entrenar al día siguiente. Bebimos en la escuela de verano en San Francisco. Estábamos en los pasillos estudiantiles de la universidad estatal. Todos los pisos estaban ocupados por nuestro grupo. Otro uchideshi y yo estuvimos con Sensei Chiba en el piso superior, el duodécimo, creo. Como el nivel más alto de la última película de Bruce Lee. Tenías que vencer a todos en tu camino para llegar a nosotros.

A mitad de la semana fui llamado por un profesor de Manhattan, a quien el año pasado habíamos emborrachado completamente de la forma más vergonzosa y poco caballerosa. Su revancha fue brutal, y sólo recuerdo pedazos sueltos de esto. Los vacíos los llené con ayuda de mi cámara, la que resultó ser usada por la mayoría de la gente esa tarde.

Y así es cómo, a medianoche, la policía irrumpió, ridículamente haciendo entender de que tomaban muy en serio la prohibición de

beber en los pasillos estudiantiles. Como Rejtan¹¹⁹, ebrio, caí en sus brazos, pidiéndoles sacarme una foto junto a la policía norteamericana. No accedieron a esposarme para esta fotografía, aunque realmente lo quería. Porque ¿qué persona con mi número de PESEL¹²⁰ no le gustaría tener una fotografía donde está siendo esposado por un policía en San Francisco? ¡La puta madre!, es como en las películas. La sesión de fotos siguió y siguió. La policía se fue, y fue solo en la mañana cuando me di cuenta de que esas fotografías salen mucho mejor cuando enciendes la cámara.

En la mañana fui al entrenamiento. Sobreviví la primera clase de Iaido con dificultad, era un uchideshi y había doscientas personas en la sala. A pesar de quien estuviera enseñando, siempre era llamado como uke. Recuerdo que, con una espada afilada bajo mi cinturón y una de madera en mis manos, trataba de repetir una forma sin vomitar en el viejo delante de mí y en medio de la multitud. Me las arreglé, pero la siguiente clase era Aikido clásico con el giro de las patitas y el alegre salto de las volteretas. Me senté cerca de las puertas y lejos del centro de la acción. Después de un calentamiento, la profesora llamó a alguien. Un tipo atacó y ella, con nerviosa emoción, se dio la vuelta y lo envió un metro y medio por el aire. Él voló muy bien, pero posteriormente se golpeó en el suelo, interrumpiendo su caída fuertemente. Las vibraciones recorrieron todo el cuarto y pude sentir el suelo a mi alrededor pulsando sutilmente y de forma para nada agradable. Después de la siguiente caída, corrí directo a unos arbustos exóticos y palmeras en las afueras.

¿Por qué estoy escribiendo esto? Esa fue la única vez en mis treinta años de práctica que estuve realmente ebrio y fui a entrenar y

¹¹⁹ Tadeusz Rejtan (1742-1780); un político polaco quien en una ocasión, para la partición del país en Prusia, Austria-Hungría y Rusia se desnudó el pecho y se tumbó en la puerta para evitar que nadie saliera de la cámara.

¹²⁰ Número PESEL; el número de identificación polaco.

perdí. El alcohol es parte del entrenamiento en las artes marciales. Todos beben. Beben y practican. A pesar de cuánto bebas, tienes que ir a clases. El alcohol es parte de esta leyenda, y es difícil juzgar esto. El alcohol es un escape al estrés, y una enfermedad que la gente atraviesa, como si en la historia de sus vidas tuvieran que beber una apropiada cantidad de esta basura. La mayoría de los profesores se detienen en algún punto, como si hubieran tenido suficiente. Por supuesto, hay muchos alcohólicos que colapsan porque en algún lugar en el camino son perseguidos por el monstruo de la adicción. Vi a algunos profesores que, tan pronto abandonaban el tatami, su asistente les entregaba sus sandalias y una cerveza.

Parece que las historias de moderación son también destinadas a quienes necesitan vivir sin esto de antemano. Debido a que nadie alcanzará algo si hacen todo con moderación. Estamos ahí para disfrutar del entrenamiento. “¡Moderación! ¡Moderación! Y luego murió”. Como los alcohólicos solían decir. El alcohol es parte de la mayoría de las culturas que Sensei Chiba conoció. No puedo recordar ningún musulmán, aparte de un profesor de Francia. Así también, nunca lo vi poniendo presión sobre los que no bebían; si es que apenas había alguno, siempre fueron respetados.

Muchos años han pasado, y miles han ido y venido en mi propio dojo. Entre ellos había policías, espías, ex convictos, soldados y guardias de seguridad. Ellos crearon la fuerza de este lugar, junto a ellos venía vida y validaron lo que yo decía y enseñaba. El dojo que he creado es para ser una fortaleza y un lugar seguro para todos. Es una estructura delicada; un profesor necesita escoger con pinzas a sus amigos y saber a quién le permitirá estar cerca. Saber a quién permitir influenciar la dinámica del grupo. Hasta ahora, todo funciona. Hasta ahora, todo crece.



Policías y ladrones

“ Dios mío, envíame una noche oscura para que pueda ir susurrando, y así poder robar dos caballos blancos...”
- Jerzy Ficowski¹²¹, *Song of a Gypsy Horse Thief*

Él era uno de esos turistas disimulados que venía a los seminarios para tener su pasaporte estampado con un nombre famoso. Ellos obtienen su fotografía con un profesor y, después, por varios años se jactan de esto con todos a su alrededor. Nosotros pagamos por cada momento con Sensei chiba con sangre, sudor y lágrimas. Ellos vinieron como turistas al zoológico en el cual estábamos en jaulas. Este tipo, adicionalmente, se inscribía por una charla privada. La regla era simple: en las tardes, aquellos que quisieran o tuvieran que hablar con Sensei Chiba ponían su nombre en una lista. Lo más común era que viniera a cada país sólo una vez al año, y muchos querían hablar con él en paz, para dar cuenta; unos pocos eran llamados a la oficina para dar excusas o

¹²¹ Jerzy Ficowski, *Cyganie w Polsce* (traducción del autor), Warszawa: Interpress 1989, p. 93.

explicaciones. Sensei Chiba aprobaba la lista y posteriormente nosotros nos hacíamos cargo de aquellas reuniones. No podía haber retrasos, teníamos que planearlo todo con perfecta sincronización, llevar algo para beber, algunas veces había que actuar de traductor. De esta forma nos enteramos de muchas historias personales irrelevantes; sin embargo, incluso más frecuentemente simplemente escuchábamos montones de lodo político.

Debo admitir que escuchar aquellas conversaciones me enseñó mucho acerca de ser un profesor. Las preguntas y las razones para reunirse nos mostraban lo que realmente la gente quería de su maestro. Gente seria, que nunca había visto a Sensei Chiba en persona, le preguntaba cosas privadas o decisiones personales. Estaba sorprendido por cuánto necesitaban, no de lo que era realmente, sino de lo que se pensaba de cómo era él. Algunas veces él jugaba este juego y para preguntas corteses devolvía respuestas apropiadas y políticamente correctas. Algunas veces no estaba de humor para esto y le estallaba a la otra persona. Era sólo un humano, se sentía más que nada halagado con esta imagen, pero estaba frecuentemente molesto con las etiquetas.

Ese día, un amigo-turista externo a nuestra escuela se coló a estas conversaciones, y entre muchas preguntas tontas hizo una interesante.

“Enseño en un centro donde tengo un grupo de jóvenes criminales. Están comprometidos, pero tengo mis dudas, quizás usen el entrenamiento para propósitos incorrectos”.

“No juzgues a la gente. Esos criminales son, la mayoría del tiempo, estudiantes más serios que los “normales”. Incluso si usan la violencia diariamente, se convierte en algo natural para ellos. Ellos practican más duramente porque esto es lo que esperan del entrenamiento. Si alguna vez arriesgaron su seguridad o su vida, es más fácil explicarles el entrenamiento con armas. El dojo es un

lugar de refugio. Un lugar donde un criminal y un policía se encuentran y entrenan juntos”.

No sé si lo entendí. Era como cuando Sensei Chiba nos dijo que el entrenamiento honesto y la consciencia eran más importantes que la religión. La gente que vivía al filo de la ley le atraía y le fascinaba. Creo que le imagen de sí mismo y el dojo que estaba tratando de crear era validado por ese tipo de personas.

Entonces, en vez de un grupo de especialistas en computación y ejecutivos sobrintelectualizados con manos transparentes, que lucen simplemente ridículos mientras hablan acerca del corte de una espada, él tuvo una mezcla. Mejicanos, marines, Navi Seals. El entrenamiento matutino era dirigido por un instructor de combate mano a mano del FBI.

Era 2003 cuando llegué allí. Unos pocos meses antes la policía mejicana había comenzado a desbaratar el horrible cartel de drogas de Ramón Félix¹²², donde uno de los estudiantes de Sensei Chiba había establecido un dojo.

El Chapo¹²³ estaba comenzando a convertirse en un rey, y todos estaban hablando de Los Zetas¹²⁴. Todo esto se llevó a cabo a unas pocas millas del San Diego Aikikai. En la primera década del siglo, en las ciudades mejicanas de Baja California, diariamente había sangre en las calles. Recuerdo mi primer viaje a Tijuana por el fin de semana, debías pedir permiso a Sensei, y su primera reacción fue de rechazo.

¹²² Ramón Arellano Félix (1964-2002); el líder del cartel de drogas de Tijuana.

¹²³ Joaquín Archivaldo Guzmán Loera, El Chapo (nacido 1954 o 1957); el líder más poderoso de los carteles mejicanos.

¹²⁴ Los Zetas; fue un cartel mexicano cuyas actividades delictivas van desde el narcotráfico, terrorismo, transporte de drogas, extorsión, secuestro, homicidios, tráfico de personas, hurto de combustible, robo a bancos, camiones de valores, lavado de dinero hasta delitos informáticos.

“Te arrestarán, y será un circo nuevamente”, gruñó. No obstante, pensó nuevamente en ello, y finalmente accedió. Me apuntó y le dijo a M: “obsérvalo en todo momento y no sean arrestados. No les pagaré la fianza”.

Tiempo atrás, un grupo de kenshusei fue a un bar en Tijuana en una noche de sábado. Estalló una pelea, y tipos rudos del dojo se enfrentaron con unos rufianes locales. Todo el alboroto fue obviamente un ardid, y la policía estaba esperando afuera por los estúpidos gringos. Uno de ellos se las arregló para escapar, y en el momento indicado sobornó al comandante. Así es cómo nuestros chicos llegaron a evadir el clásico truco del “fiscal”.

Un estúpido ebrio era arrestado por cualquier nimia causa y era informado de que el fiscal miraría su caso el lunes por la mañana. Para un aterrorizado blanquito, esto significaba 48 horas en una prisión mejicana, y en su mente aparecía la idea de que al menos terminaría siendo violado.

Debido a que este tipo de cosas había ocurrido en el dojo, aparentemente Sensei tenía miedo de que el idiota polaco se metiera en un problema similar.

El dojo en Tijuana estaba localizado en una de las calles principales. Fuimos allí muchas veces. El Aikido no era popular allá, el grupo era pequeño, y la gente era muy agradable. Recuerdo ver un agujero de bala en la ventana. En nuestros viajes, ellos siempre me sentaban en un asiento negro y ponían un sombrero en mi cabeza. Nunca tuve que conducir, porque aparentemente sería detenido inmediatamente por la policía, quienes intentarían extorsionarme por dinero. En aquella época, había enfrentamientos entre la milicia y los carteles, y la carretera al sur de Tijuana hasta Rosarito y todo el camino hasta Los Santos estaba custodiada por soldados armados. Ellos enterraban picos en las bolsas transportadas en los camiones yendo al norte a San Diego. Aparte de las drogas, su principal negocio era el tráfico de

personas. Mientras estuve trabajando en construcción en Chicago, conocí muchos polacos que habían cruzado la frontera con “coyotes¹²⁵”. En 2003 el precio era de 2.000 dólares. Chicago es una fascinación, una jungla polaca, donde nada ocurre legalmente. Una tierra americana de democracia y libertad resulta ser muy tolerante con aquellos que pagan impuestos. Mientras pagues, nadie revisa tu permiso para trabajar. Conocí gente que tenía compañías con quince camiones, con mucha gente contratada. Tenían ingresos, cuentas bancarias y tarjetas de crédito, pero habían estado viviendo en los Estados Unidos ilegalmente por años. Ellos no viajaron en avión o tomaron un bus porque se tomaría control de los pasaportes. Si alguien era descubierto de esta forma, sería echado instantáneamente del país y no había nada más para ellos que regresar nuevamente de forma ilegal.

Para los valientes, Méjico era bastante barato. No hay visas, así que es muy fácil llegar allá. Los contactos con contrabandistas mejicanos se realizan fácilmente porque los polacos trabajan muy cerca de mejicanos ilegales. Es sabido que nadie pone el yeso tan bien como ellos. En la mitad de la carretera desde San Diego a Los Ángeles, antes de la estación de control de pasaportes, hay señaléticas que no había visto en ninguna otra parte del mundo, ellas muestran una familia con un infante, corriendo. Esto es porque te puedes encontrar con personas que huyen de los controles. Esto era la realidad de San Diego. Una ciudad de ensueño con adinerados y floridos suburbios y casas que valían unos pocos millones de dólares.

La mayoría de las veces, vinieron al dojo personas agradables y disciplinadas. En general, el Aikido no atrae al elemento criminal, porque para alcanzar cualquier tipo de experticia tienes que

¹²⁵ Coyotes; grupo criminal que se especializa en trasladar personas desde Méjico a Estados Unidos.

zambullirte en los rituales, el difícil estudio de las caídas y ataques imprácticos. En términos de practicidad, para un criminal activo, en la mayoría de los casos, no es para nada atractivo. Sin embargo, para Sensei esto debía ser un lugar de refugio. Donde un convicto y un policía pudieran entrenar juntos. Un maestro debiera estar en algún lugar entremedio. Un dojo debe ser un purgatorio, un lugar entre el cielo y el infierno. Él creía en distintos personajes, simples de una bella forma. Ellos dicen que una vez encontraron un cadáver yaciendo en la entrada del dojo. No sé si el pobre tipo fue asesinado o si bebió hasta su muerte, pero aparentemente Sensei Chiba estaba contento.



La Responsabilidad

“ Mi mayor temor era el poder deshonrar la fama de O´Sensei debido a mi falta de apropiadas habilidades con las armas. No quería que la gente mirara a O´Sensei, que entonces era un artista marcial muy respetado, uno en un millón, establecido en una posición indiscutible como tal, y dijera: "Podrá ser un gran maestro, pero mira a su estudiante. ¿Es todo lo que tiene?"
- Sensei Chiba¹²⁶

Un profesor es responsable de transmitir el conocimiento. Ese día el entrenamiento fue interesante, y estábamos bien descansados. Los fuertes cuerpos comenzaron a jugar con la técnica, pero aparentemente no nos acercamos a la clase con la suficiente seriedad, ya que tuvimos que pagar por ello más tarde. Ya no recuerdo exactamente lo que Chiba dijo, pero terminó con un pomposo:

¹²⁶ T.K.Chiba, la posición del entrenamiento con armas en Aikido: una consideración de la unidad del cuerpo y la espada, 1999.

"O Sensei fue el primero, después yo, y ahora ustedes, ¡ustedes son los terceros!"

Mi primera reacción fue una sonrisa. O Sensei era una leyenda, como Genghis Khan o Leonardo da Vinci. Chiba era su estudiante, un icono, algo que me había asustado desde mi infancia. Y yo, yo era un tipo de Polonia, nadie especial en el tatami o fuera de este. Claramente, era un poco de ingeniería social utilizada para la construcción e integración del grupo. Años más tarde, sin embargo, comprendí que era serio. En el mundo de Aikido, su enfoque era totalmente individualista y especial. De hecho, aparte de los más cercanos a él, nadie lo entendió. La fachada que podía ser vista por la mayoría durante las grandes conferencias fue malinterpretada como violencia y distancia. Sólo a través del contacto cercano y el entrenamiento pesado se podía ver la integridad de su mensaje. En el mundo de los grandes nombres y celebridades que atraen a cientos de personas en el tatami, nuestra escuela era pequeña e insignificante. "Pequeño es hermoso", solía decir Sensei cuando se mencionaba este tema. Ser los terceros en la línea de este mensaje nos pareció ridículo y pretencioso. Especialmente porque la mayoría de nosotros no estábamos interesados en eso. Tal vez estábamos allí más para él que para el propio Aikido.

O Sensei había enseñado durante docenas de años. La gente lo había dejado, establecido sus propias escuelas y se referían sobre su mensaje. Habían pasado décadas, y cada vez aparecían más maestros y grados altos. Hoy, cincuenta años después de su muerte, los practicantes de quinto y sexto dan de varias organizaciones suman miles; su grado significa nada más que un lugar en una pequeña jerarquía específica. No hay lugar para la comparación. Las personas con altos grados casi no tienen posibilidades de conocerse, viviendo en comunidades cerradas. Todo el mundo se refiere a las ideas de O Sensei y utiliza la palabra "Aikido", cuyo significado ya se ha diluido. En boca de miles de

personas se recibe como algo completamente diferente. Cuando Sensei Chiba nos habló de la responsabilidad de transmitir el mensaje de Aikido, sabíamos del océano de interpretaciones y opiniones en las que este mundo se estaba ahogando. Precisamente por esa razón, lo que dijo fue un absurdo para nosotros. Necesité años y muchas conversaciones con mis propios uchideshi para finalmente entenderlo.

Soy yo, sólo yo soy responsable de mí mismo y de lo que creo. Para mí, Ueshiba es historia. No lo conocí; murió antes de que yo naciera. No sé japonés; no llegué a conocer la cultura lo suficientemente bien como para descubrir las raíces del arte marcial que he practicado toda mi vida. Mi guía en este camino ha sido mi contacto con un maestro. Este es mi Aikido.

Chiba no fue el único estudiante de O'Sensei. Como una esponja, estaba empapado de él, pero de una manera diferente a la de los demás. Vio en él algo más de lo que vieron sus amigos. Para algunos, el Fundador era un hombre cálido, amable, mayor; para los demás un maestro fuerte y sabio; para otros, un líder carismático digno de santidad. Para Chiba, O'Sensei era un hombre que sostenía sus demonios por el cuello. Era un hombre al que Chiba dejó entrar, un hombre para el que abrió la caja de Pandora. Ante él, se enfrentó a la maldad que surgía de su interior. Ueshiba fue una inspiración, un icono, una motivación y una constante punzada de culpa. Ueshiba ni siquiera tenía que saberlo. Así es simplemente como fue. Chiba conocía su olor, la sensación de sus manos, sus estados de ánimo. Lo reconocía por el sonido de sus pasos en el pasillo. Conocía a su esposa e hijos, vivían juntos. Era parte de su vida. Palpable y honesto.

Para Sensei Chiba, Takeda, el maestro de O'Sensei, era sólo un nombre y una leyenda, al igual que O'Sensei era para nosotros; fue Chiba y su mensaje el más importante. Él era el que conocíamos y nos fascinaba. Nos enseñó lealtad a la familia de O'Sensei y a la

Fundación Aikikai de Hombu Dojo, como un samurái enseña a los niños lealtad hacia un clan y una cresta. Y, como hicieron los estudiantes de O Sensei, cada uno de nosotros también vio algo diferente en nuestro maestro.

Cuando Chiba murió, miles de huérfanos de todo el mundo mostraron su retrato en su kamiza. No sé por qué, pero yo elegí una foto en la que me mira airadamente, como si quisiera decir, de nuevo: '¡Baka [tonto]!'. Muchas personas muestran fotos en las que parece orgulloso, contento, sonriendo. Nosotros también tomamos de sus enseñanzas sólo lo que queríamos. Sólo para lo que lo necesitábamos. ¿Cuánto Aikido había en esta enseñanza? No sé. Entré en su mundo, Chiba era un rey allí y quería servirle. Si me hubiese ordenado, en el marco de su comprensión del Aikido, que esquilara ovejas o coser zapatos, probablemente lo habría hecho. Porque con cada día veía su experiencia. Vi qué influencia tenían en mí las cosas que estaba haciendo, incluso si era algo completamente diferente que no encajaba en el concepto tradicional de entrenamiento. Ahora creo que no hay nada más que un mensaje que vino de él: un maestro, un padre, un artesano, un mentor. Incluso si era el centésimo en la fila para recibirlo. Para mí, él y la responsabilidad son las únicas cosas que cuentan. No soy nadie especial, no tengo derechos reservados a la palabra "Aikido", o incluso a las enseñanzas de mi maestro, éramos muchos. Nuestro destino es dar algo que sea totalmente nuestro a la gente, que lo entienda a su manera. Lo único que se repite en todos esos mensajes, lo único que los conecta, es la honestidad y un humano entregándose plenamente, confiando en el otro. Ni siquiera sé si lo que estoy haciendo sigue siendo Aikido, o si es una creación de diferentes tiempos y diferentes culturas. Podría nombrar docenas de personas mejores que yo. Que tenían más talento. Que tuvieron más paciencia y practicaban con más intensidad. Quienes lo entendieron mejor. El Aikido floreció en ellos, y en sus ojos se

podía ver el orgullo y la satisfacción de un trabajo bien hecho. Hoy en día, ninguno de ellos enseña; muchos ya ni siquiera entrenan, dejaron este capítulo de sus vidas cerrado, más o menos. Podría nombrar a docenas de personas que no eran físicamente capaces de hacerlo. No entendían lo que él quería de ellos y estaban al borde de una avería en cada entrenamiento. Gente a la que había echado, que luego regresó. Gordo, débil, rígido. Muchos de ellos todavía enseñan. ¿Por qué? Porque el sentimiento de responsabilidad por el mensaje no tiene nada que ver con un talento o potencial. No conozco a nadie que, después de años sin hacer nada, se sintiera repentinamente empujado por un sentimiento de obligación de abrir un dojo y empezar a enseñar. Lo tienes o no.

Después de mi regreso de los Estados Unidos, el jefe del Departamento de Deportes de la Universidad de Breslavia me llamó y me pidió una cita. Fui allí sin saber qué esperar. Un hombre al que nunca había conocido se sentó en su oficina y me pidió que dictara clases de Aikido en la Universidad. Lo miré, sorprendido.

- "¿Por qué yo? Hay muchos maestros".

- "¿Sabes mi nombre?", preguntó.

Me dio su nombre, y recordé a un tipo alto y rubio de hace 10 años. Recordé el nombre de su hijo, y resultó que, en aquellos tiempos, eso era suficiente. Estaba empezando a construir mi propio dojo en ese entonces, y después del primer entrenamiento sentí como si hubiera tocado los pies de Dios. La habitación estaba llena de hombres jóvenes y en forma que, fuera de muchas opciones, habían elegido Aikido. Estaba extasiado. Por cada 100 estudiantes que entrenaban una vez a la semana, tal vez tres o cuatro vinieron al dojo. Durante unos años les di la oportunidad de hacer una sesión de entrenamiento adicional de forma gratuita. En el transcurso de quince años, alrededor de cinco mil personas habían pasado por allí, y tal vez dos se habían ganado un cinturón negro.

El Interés del Maestro

“ Lo sé, el polokoktowcy no nos ama. Pero debemos amarlos hasta que finalmente lo hagan de vuelta.
- Nadszyszkownik Kiklujadek¹²⁷

A la mitad de mi primera estadía en San Diego, Sensei Chiba fue a Francia para una escuela de primavera en las montañas de Alsacia. Yo estaba viviendo en el dojo, y fue ahí donde fuimos informados que le había dado un infarto. No me sentí abandonado, quizás más bien agradado por la súbita calma en el dojo. Sin él, no había nada de aquel nervioso y penetrante sentimiento de un posible cataclismo. Viví en la creencia de que este hombre era inmortal, y no podía imaginar cómo un infarto podría matarlo. Todo volvió a la normalidad bastante rápido, no obstante, y hasta el final de mi estadía él continuó gritándonos mientras tratábamos de sobrevivir. Dos años más tarde, viajé desde Polonia a San Diego. Recuerdo cuando Chiba me llamó a su oficina en el primer día y dijo:

¹²⁷ Referencia a película de culto polaca de 1988 “Kingsajz”, dirigida por Juliusz Machulski

“Cuando estuviste aquí la última vez, tuve un infarto en la mitad de tu estadía, y me tomó un largo tiempo volver a la normalidad. No me preocupé lo suficiente de ti. Ahora esto cambiará”.

Efectivamente cambió. Fue allí cuando se me ocurrió un cierto lema de vida que todavía uso hasta hoy: lo único peor que la falta de atención del profesor es la atención del profesor. Usted debe entender, no había sufrido de falta de atención. Sensei probablemente se sintió avergonzado de su enfermedad y debilidad; culpable por ignorar a un hombre que había venido aquí desde el otro lado del mundo. Sin embargo, desde donde estaba, ya tenía más atención de la que podía soportar.

Esos dos meses fueron más intensos que lo que fueron los anteriores seis meses. Recuerdo especialmente Iaido. Un entrenamiento fue liderado por los profesores asistentes, estudiantes avanzados. Por algunas semanas, Sensei se quedaba durante estas clases y se sentaba en seiza detrás de mí en el suelo de madera. ¡Está mal!, me gritaba todo el tiempo. Eso fue una verdadera pesadilla: no me corrigió, solamente me gritaba que estaba mal. Los profesores estaban atemorizados con su presencia y nadie tuvo coraje suficiente para corregirme, así que luché por mí mismo. Uno de aquellos días, sólo hice el intento de desenvainar mi espada mientras estaba en posición seiza. Por más de veinte minutos intenté realizar el movimiento a la orden del líder, pero incluso antes de que me moviera, Chiba gritó su “¡Está mal!”.

Puedo también recordar una tonta historia de esa época, acerca de una mujer francesa. Ella era colega mía, en ese momento ella era una señora de cincuenta y ocho años que estaba visitando el dojo sólo por unas pocas semanas. No estaba viviendo en el dojo, sino que en la casa de alguien. Fue un periodo en el que Sensei estaba particularmente poniéndome la atención, así que traté realmente de hacer mi mejor esfuerzo, por lo que estuve bajo mucho estrés. Sensei me dijo que, ya que la conocía desde antes, era responsable

de ella. Lo que de hecho significaba que no sería apropiado golpear a una señora mayor por sus propios errores, pero yo sería un saco de boxeo humano. Ella realmente lo intentó, y nunca tuve ningún problema, excepto un día.

Todos nosotros estábamos impresionados de que sobreviviera al entrenamiento. En ese día, la clase de Iaido estaba por empezar, y yo llego al tatami y la vi sentada a un costado, vistiendo su ropa normal de calle.

“¿Qué estás haciendo aquí?”

“Tengo suficiente por hoy. Solo me sentaré aquí y veré Iaido”.

Le grité y le dije que corriera al camarín y se vistiera. Tenía diez minutos para salvar mi trasero. Ella trató de decir algo más, pero no la escuché, solo gruñí. Se cambió y entrenó hasta el final, y después de la clase se apresuró hacia su casa. Esa tarde, nos sentamos con Sensei en la cena y alguien comenzó a elogiarla.

“Sí, esa mujer tiene carácter”, Sensei Chiba reafirmó, diciendo animado: “Le dije que dejara el Iaido e incluso así, ella entrenó de todas formas. Es una mujer fuerte”.

Me tomó algunos años reunir el coraje para hablarle de ello.

La atención del profesor es un fenómeno fascinante. Es como un veneno, con el cual no debes tener una sobredosis. Mi dojo está lleno de gente que pasa desapercibida. Los que se mueven por el rabillo de mi ojo. Amables, bien portados, quienes hacen todo apropiadamente y a tiempo. No obstante, todos ellos están en el dojo una o dos veces a la semana; aparte de una información básica, no sé nada de ellos. A veces pasan diez años y ni siquiera sé dónde viven, qué hacen exactamente, cuáles son los nombres de sus hijos. Muchas veces, cometo el mismo error, pienso que ellos querían y necesitaban lo mismo que yo. Una relación intensa con el profesor. Más y más. Esto casi siempre terminaba de la misma forma. Cuando la luz brilló sobre ellos, cuando me enfoqué en lo que hacían y comencé a interesarme en sus vidas, ellos

comenzaban a retroceder como si estuvieran siendo torturados. Y luego huían. La mayoría de las veces era sólo por un tiempo, hasta que la situación muriera y me focalizara en una relación con alguien más; entonces retornaban. Pero muchos no volvieron. Aparentemente, todos necesitan una dosis diferente de coraje.

Por lo tanto, toda esta teoría acerca de la relación cercana entre un alumno y un profesor, siendo una condición para progresar, también es una tontería. Los transparentes también pueden ser buenos. Ellos no necesitaban atención, incluso la evadían. En el lado opuesto del espectro están aquellos que obsesivamente necesitaban de esta atención. Los llamo “vampiros”, pero tienen muchos nombres. Ellos son que se hace notar, siempre en el centro de atención. Comienzan cada oración con “yo” o “me”. Definen el mundo como algo que sucede a su alrededor, el resto de nosotros somos sólo extras en esta obra. He conocido a mucha gente así; la relación con ellos es muy difícil y, tarde o temprano, termina en un conflicto. Adictos a la atención, entrenan más y mejor que otros, porque en muchos niveles necesitan validación, el impulso constante que viene de la retroalimentación.

Para mí, el dojo es un hogar. Llevo toda mi vida ahí y estoy inmensamente desilusionado con la falta de compromiso de la mayoría de los estudiantes. Para ellos, es sólo un lugar de relajación de dos días a la semana; para mí, es todo lo que tengo. Luego aquellos “otros” aparecen; después de un tiempo, el dojo se convierte en algo más importante de lo que es para mí, y yo soy el que se pierde. Estas personas se alimentan con las relaciones dentro del dojo. Ellos participan de los conflictos, y frecuentemente, ellos son quienes los provocan; un callado lugar de refugio, súbitamente para mí, se convierte en una manada de lobos, un incendio forestal que hago lo posible por apagar. Voy de ser, para los vampiros, un dios imparcial a sólo una persona, uno de ellos. Esto comienza, típicamente, con un criticismo hacia el

profesor, hablando a espaldas de uno. El pequeño microcosmos del dojo en el cual se han estado escondiendo llega a ser muy estrecho para ellos. Principalmente, soy quien los pellizca, y siempre hay conflicto. Ellos domesticaron ese lugar, apropiándose de él al obtener grados cada vez más altos, al llegar más y más al centro de atención.

El problema es, sin embargo, que el personaje principal, el protagonista en el dojo soy yo, y el dojo es siempre un monumento de mi locura y mi mitomanía. Este vívido lugar crea una estructura alrededor de una persona. Y si bien acepto personas similares a mí, con el tiempo es mi posición lo que les aproblemata, y un conflicto sucede. Suena terrible, pero es tan natural y primitivo como puede ser. Al comienzo, un hijo que crece en una casa está fascinado con su padre y quiere ser como él; a medida que el tiempo pasa, llega a ser progresivamente más independiente y comienza a vivir su propia vida. Comienza a hacer suya la casa, no en el nivel de fantasías infantiles e inclinaciones, sino que a través del mundo del padre. Los “haz” y “no hagas” comienzan a molestarle y, por sobre todo, la ilusión de su padre omnipotente desaparece. Cada vez más claramente, él ve las imperfecciones de su padre, y su envidia por el poder y el posicionamiento continúa creciendo. Este actuar es repetido cada día, en un dojo grande, siempre hay alguien actuando esta obra. Un vampiro es fácilmente reconocible y puede ser removido al inicio. Por los primeros años, no obstante, él es increíblemente valioso para el dojo. Él lleva vida, despierta el compromiso también en los otros; y aunque la pobre criatura está condenada a una muerte en el Aikido, en el intertanto puede ser bastante útil.

Todavía sigo viviendo bajo la ilusión de que pueden ser llevados por otro camino. De que ellos no se quemarán como una polilla volando a la llama. Me parece que yo también era así, pero de alguna forma, encontré un lugar constructivo para mí en este

mundo. Me estoy volviendo viejo y lo repetitivo de este proceso llega a ser cada vez más cansador. Las únicas cosas que cambian son los nombres y las caras. Las inclinaciones y las proporciones de los rasgos humanos son básicamente los mismos. Por ahora, la avanzada edad juega a mi favor. Hay una mayor diferencia de edad entre yo y mis estudiantes. La mayoría de las veces les recuerdo más a sus padres, eso significa que, como profesor, no tengo que tomar parte en la primitiva pelea por dominación entre la gente de mi edad. Ahora aparezco en esta relación como un sustituto de un padre. Principalmente, al comienzo, soy un sustituto más “relajado y genial”, pero después de un tiempo inevitablemente alcanzo la fase de conflicto generacional. En algún punto, entraré en la posición de un abuelo. Todavía no sé lo que eso signifique, pero estoy pasando de ser un vívido compañero a convertirme en un símbolo, más y más, algo que ellos imaginan como un profesor, pero que de hecho, no existe.



No Eres Nadie Especial

“ Y nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otra manera, el vino nuevo rompe los odres, y el vino se derrama, y los odres se pierden; pero el vino nuevo en odres nuevos se ha de echar.
- Marcos, 2:21-22.

F. era un tipo alto, de hombros anchos. Lucía delgado, pero años de entrenamiento le dieron la agilidad de un gato y dotaron de forma a su cuerpo con músculos. Cuando lo conocí, tenía alrededor de cuarenta años de edad. Para mí, él parecía un hombre “del otro mundo”. Alguien que completó una travesía mientras yo estaba a mitad de camino como un estudiante personal. Tenía dos hijos adoptivos, y había huido de su hogar en el campo por una semana para una vez más respirar el aire de ser un uchideshi. Él no quería dormir en nuestro cuarto; cada noche tomaba su saco de dormir hasta el kamiza y dormía en el tatami, inhalando su juventud. Para mí, era uno de aquellas personas que aparecían en las historias que contábamos cada tarde. Daba la impresión de ser una cálida y amable persona. Sabía, sin embargo, que únicamente alguien realmente loco podría vivir en un dojo por siete años. Pasamos

algunas noches, sólo los dos, bebiendo lo que sea que tuviéramos para beber en el dojo.

Sensei Chiba tuvo muchos invitados, y el alcohol parecía ser el regalo más seguro. Cada pocos meses Sensei nos ordenaba llevar todas esas botellas al cuarto de uchideshi. La mayoría de las veces eran brebajes locales, caros y sofisticados. Para nosotros, gente que sólo quería tomar una cerveza después de un entrenamiento, era una tortura. No teníamos el tiempo o la energía para dar un sorbo de pisco chileno o grapas extranjeras. Durante esas pocas noches, acabamos con todo lo que había allí. Hugo se nos unió, ya que finalmente encontró dos personas que le gustaban, algo que era extremadamente inusual. F. y Hugo contaron muchas historias, pero hubo una que se metió dentro de mí tan profundamente que todavía estoy tratando de encontrar su significado. Es la historia de cómo F. finalmente dejó de ser un uchideshi.

Había vivido en el dojo por siete años. No puedo recordar si estuvo ahí durante todo el tiempo; probablemente algo de este periodo estuvo viviendo fuera de este; no obstante, como un uchideshi o kenshisei eres todavía un esclavo, voluntariamente. Te conviertes en parte del dojo, como un profesor o como el kamiza. Para los principiantes y los estudiantes avanzados, eres un elemento constante. Creas parte de la atmósfera del lugar. Sabes todo acerca de todos y todo.

F. amaba el entrenamiento y este lugar. A pesar de la presión y el agotamiento físico, era su mundo, y no tenía el sentimiento de que estaba desperdiciando su tiempo allí. Era feliz porque hacía lo que amaba. Estaba en el aquí y el ahora, como estar enamorado, recibiendo placer en cada día. A pesar de sus lesiones, algunas veces, a pesar de la pobreza, fatiga y estrés, no calculó, no se inmiscuyó, no pensó acerca del futuro.

Sensei tenía un radar interno, y podía oler a la gente que quería manipularlo de alguna manera o usarlo para sus propios asuntos.

Guardaba distancia con aquellos. Con personas que estuvieran basando sus relaciones con honestidad el construiría, después de un tiempo, un vínculo fuerte y personal. No significó que únicamente hubiera emociones positivas. Era como un tipo de apego parental basado en el cuidado y la responsabilidad. Sin embargo, en el mundo de las artes marciales esto involucra mucha presión física y emocional, un tormento constante. Por esta semana en el dojo vi su especial relación, y el cálido y paternal cuidado que Sensei Chiba sintió por su antiguo estudiante, su vida, su familia, sus elecciones. Sentí esta calidez, la cual él probablemente negaría, y me sentí celoso. Ni siquiera recuerdo si fueron siete años, quizás fue más tiempo, o quizás menos. Él vino al dojo siendo un adolescente y maduró en el tatami. Sensei se convirtió en su padre; el tatami se convirtió en su hogar. F. nunca consideró abandonar esta vida. Pero a pesar de que tomó años, como les toma a todos, el momento llegó para él. La esponja absorbió tanto que no podía tomar siquiera una sola gota más. Se despertó y por primera vez en siete años pensó: he tenido suficiente, quizás es tiempo de cambiar algo. Unos pocos días después, posterior a las clases, Sensei Chiba lo llamó a su oficina. F. se sentó y Sensei dijo:

“Estaba observándote por los últimos días y veo que algo serio ha ocurrido. Pienso que tu tiempo ha pasado. En un mes, te debes mudar del dojo. No puedes mezclar el vino viejo con el nuevo”.

Esa noche nos sentamos en un cuarto oscuro, bebiendo de un fragante elixir, y nos preguntamos cómo lo había tomado. La técnica es siempre la manifestación de la personalidad y el estado de ánimo. Un buen maestro, mediante un ikkyo, puede ver qué está sucediendo en la cabeza de una persona. Esto no puede ser oculto si tú sabes cómo observar. Una ausencia, distracción, agresión, enfoque, falta de focalización; es siempre una manifestación de lo que traemos con nosotros al tatami. Sensei lo olía. Él le dio a F. un mes para arreglar sus asuntos y le ordenó liderar su última clase.

Fue una sesión especial, todos vinieron. Un entrenamiento de despedida para tan importante persona, alguien que fue casi tan importante como Sensei; alguien a quien ellos no podrían imaginar este lugar sin él.

Sensei observó la clase, sentado frente al kamiza. Todos estaban extasiados. Después de siete años de esfuerzo, F. era verdaderamente brillante. Brillante en recibir las técnicas y realizar caídas, brillante en armas, brillante en Aikido. Debía ser brillante, porque había sobrevivido. Al final de la clase, todos estaban alineados, esperando por la parte oficial. Hubo reverencias y un discurso. Sólo puedo imaginar lo que fue dicho. Probablemente él estaba agradecido, trató de hacer bromas, probablemente trató de ser serio, pero lo más probable es que llorara. Aquellos a quienes estaba hablando probablemente también estaban llorando. Aquí es cuando Sensei se levantó. La atmósfera estaba elevada y todos estaban conmovidos.

“Buena clase”, él dijo, mirando a F. “pero recuerda, itú no eres nadie especial!”.

Y se retiró caminando. Los dejó a todos atrás. No sé lo que el pobre uchideshi esperaba o lo que esperaba la gente. Este hombre, diez años después, todavía se emociona con lágrimas cuando cuenta esta historia.

Doce años han pasado, tengo un dojo en el cual doscientas personas practican. En mi grupo, La mayoría de los antiguos son personas de más de treinta o cuarenta años de edad, casi todos tienen cinturón negro. En los últimos años, he tenido cinco conversaciones en las que he dicho: “Tienes que irte, porque no puedes mezclar vino viejo con nuevo”. Ninguno de ellos lo entendió. Yo también necesité diez años y más que nada necesité liderar mi propio dojo y observar un grupo desde el exterior para entender esto. Estudiar es un particular proceso con etapas repetitivas. Al comienzo, la gente está perdida y confía. Repiten las

formas y aprenden sus corazas físicas, copiando a los viejos y al profesor. Luego se encuentran a ellos mismos en esto y comienzan a sentirse más confiados. Fuerza, rapidez y certeza aparecen en sus movimientos. Este es un periodo de euforia, ingenuidad, y una inmensa actividad. Aquellas personas a menudo se comprometen con el entrenamiento más que con cualquier otra cosa en su vida. Ahorran sólo para escuelas y seminarios. Se vuelven adictos a los viajes, la atmósfera, y la simple palabra de dojo. Aquí todo es simple y preciso. Desde los roles sociales a la simple responsabilidad de tu propio movimiento y progreso. Pero después de un tiempo, la vida los alcanza a todos, con cuentas que pagar, hijos, una esposa que se queja. Las chicas quieren tener un esposo e hijos; los chicos han tenido suficiente de las lesiones, el agotamiento constante, ellos quieren finalmente comprar un nuevo auto en vez de su viejo cacharro. El tiempo y dinero son necesitados en otro lugar.

Necesitas reevaluar todo. Este es un punto difícil en el cual muchos resignan porque no ven un lugar para ellos mismos. La técnica y la fuerza se mantienen, así también su lugar en la jerarquía interna del dojo. No obstante, la amargura y la falta de motivación aparece. Al mismo tiempo, una nueva generación se encuentra emergiendo. Gente que está recién entrando en el periodo de entusiasmo y abandono. Es increíble cuánto el cinismo de los antiguos puede destruir a los jóvenes. Una gota de amargura estropea un barril de miel. Lo he experimentado tantas veces, cada vez diciéndome a mí mismo: “¡Ahora entiendo por qué hizo esto!” Por qué lo hizo de esta forma, en la presencia de toda esta gente, después de todos estos años. ¿Por qué dijo: “no eres nadie especial?”.

Quiero creer que sólo lo hizo por el bien de F., ya que tal solución destruye el ego. Después de algunos años, una persona todavía recuerda aquellas palabras y algo le ordena reflexionar sobre eso. Porque es cierto. Nadie de nosotros es especial, hay cientos de

personas como él, y habrá miles más. Somos especiales para nosotros mismos porque vivimos con nosotros y nos desarrollamos. El maestro es responsable por el dojo. Un río en constante cambio de destinos humanos: estoy en eso hoy; mañana habrá otros que también tienen el derecho a sus equivocaciones y sueños ingenuos. El dojo es como un bosque en el cual, por momentos, árboles que son altos y fuertes se encuentran creciendo. No obstante, a medida que pasan los años, sus ramas proyectan sombras por todos lados, entonces nada puede crecer alrededor de ellos. El proceso de crear un lugar para los otros es un tópico para una historia diferente.



En conflicto

“ Aquellos que sólo son obedientes en su voluntad, pero tienen una mente que se opone, sólo entrarán en el monasterio a mitad de camino.

– Ignacio de Loyola¹²⁸

Andriey era un mafioso de San Petersburgo. Tal vez eso suene emocionante, pero lo imagino de pie en alguna puerta descuidada, usando zapatillas en mal estado y un chándal sucio, recogiendo semillas de girasol. En ese mundo, nada es totalmente legal y las autoridades y la mafia están tan arraigadas que, al final, nadie está de ninguno de los dos lados. Conocí a Andriey en Polonia; había venido a nuestros seminarios, acompañado por un tipo mayor al que le faltaban unos dedos en su mano derecha. Tenían un SUV elegante, y cuando alguien les preguntaba qué hacían en la vida siempre decían, riendo, que eran hombres de negocios.

¹²⁸ Ignacio de Loyola, escritos seleccionados, Cracovia; Editorial del apostolado de oración, 1969 (traducción del autor).

Andriej llegó a San Diego por mi culpa. Había terminado mi primera estancia allí y estaba de vuelta en Polonia cuando me pidió mi intercesión. En la carta que escribí a Sensei Chiba compartí lo que sabía de él: recalqué que era muy dedicado, pero también escribí que no lo conocía tan bien. Sensei dijo que sí, Andriej obtuvo una visa, y después de unos meses nos encontramos en el dojo en Adams Avenue en San Diego.

Ya estaba allí cuando llegué, vivía con Sergiej de Kazajistán. Los dos se mantuvieron unidos, juntos como los ladrones, sobre todo porque ninguno de ellos hablaba inglés. Algunos miembros del dojo de habla rusa les ayudaron a sobrevivir, organizando clases gratuitas de inglés para ellos, ayudándoles a obtener la extensión de sus visas. El inglés no era su fuerte, y como estaba en todas las clases, me presionaron para ser intérprete del inglés al ruso. Sergiej era descendiente de aristócratas rusos que habían sido deportados a Kazajistán después de la revolución.

Para mí, el Aikido es parte de una terapia para enfermedades del alma. Nuestra debilidad polaca, un miedo constante a las autoridades, un respeto por la fuerza y la certeza, una ansiedad por el futuro escondida profundamente en algún lugar y una sensación de estar bajo una amenaza sin fin. Un enfoque emocional y personal de todo lo que encuentro en la vida. El alma rusa es una destilación de eso. Si somos café con leche con cafeína, ellos son un expreso doble. En su caso, todo está en la superficie. Son honestos e insensatos al mismo tiempo, tontos de la manera más cálida y cautivadora. Es un poco como si estuvieran gobernados por emociones con las que luchamos en nuestra propia vida. Esta ingenuidad infantil y la honestidad, la apertura, el canto y la hospitalidad, todo su niño interior, ocultan a un bárbaro. Existe una armonía, pero en los tiempos en que se desentraña, puedes

sentir Katyn¹²⁹ y GULAG¹³⁰ en el aire. Cuanto más grande es el ingenuo, más grande es el monstruo enterrado en su interior. Un dragón puede ser despertado, a veces por vodka, a veces por miedo. Me hice amigo de ellos muy rápidamente, aunque no fue fácil para mí. Ambos crearon un refugio de su cualidad y yo, conociendo los procedimientos en San Diego, ya no teníamos que escondernos. Durante el resto del tiempo, estuve del lado del verdugo, y como un Volksdeutscher¹³¹ les grité en ruso, traduciendo los insultos de Chiba. Ellos entendían que nos agradábamos mutuamente, pero para mí eso fue muy difícil. Constantemente me recordaban quién era y de qué huía.

Andreij no lo estaba haciendo tan bien. Al principio, no sabía lo que estaba pasando, porque el tipo era joven y físicamente habilidoso. Había una fuerza en él, pero al mismo tiempo, algo básico dentro de él estaba roto. Aikido con Sensei Chiba no es un juego de palabras. Sucede en el nivel de conexión emocional. No tienes que entender las palabras ni hablar con él. No tienes que entender inglés para estar aquí y ahora. Tienes que estar presente. Y Andriej estaba ausente de la electricidad. No estaba allí. Sensei podía sentir su potencial e hizo lo que pudo. Eso significaba que golpeó y gritó, posteriormente sólo gritó. El golpe sólo tenía

¹²⁹ Katyn es una referencia a la masacre de 22.000 oficiales militares polacos y agentes de inteligencia por el NKVD ruso que tuvo lugar en 1940. Las fosas comunes fueron descubiertas por primera vez en el bosque de Katyn.

¹³⁰ GULAG; Dirección General de Campos y Colonias de Trabajo Correccional, era la rama del NKVD que dirigía el sistema penal de campos de trabajos forzados.

¹³¹ Volksdeutscher: Persona cuya lengua y cultura son germanas pero que no es un ciudadano de Alemania. En la segunda guerra mundial el régimen nazi obligó a los polacos de origen alemán a registrarse como Volksdeutsche y les dio ciertos privilegios. Algunos cometieron atrocidades en nombre de los nazis y hoy ser llamado un "Volksdeutscher" es un insulto en Polonia, como llamar traidor a alguien.

sentido si hacía el trabajo de despertar, y Andriey rápidamente asumió el papel de un perro golpeado. Sensei inmediatamente dejó de empujarlo cuando se dio cuenta de que esta herramienta dejó de funcionar.

Recordé a un Andriey diferente, el de Polonia, sonriendo y centrado en el entrenamiento. Resultó que su problema era una esposa joven y hermosa a la que había dejado en casa. Tal vez tenía un fuego dentro de él y una pasión por Aikido, pero su corazón se quedó con esta mujer. La llamaba todos los días y luego lloraba. Ella lo presionó para que dejara esta tontería y fuera a trabajar o se convirtiera en un hombre de negocios como cualquier otro tipo ruso, para traerla de las fangosas afueras de San Petersburgo a la soleada California. Un día, durante la cena, Andriey se desapareció. Lo buscamos, y finalmente lo encontramos acurrucado en un sofá, con las luces apagadas dentro del dojo. Sergiej se acercó a él y le preguntó: '¿Están bien tus padres?'

"Padres, lo que sea. Es la esposa", lo corregí.

"Al diablo con ella... Esposa... Gruñó el monstruo ruso en Sergiej.

"Puedes cambiar a tu esposa, pero no a tus padres o hijos."

Me quedé allí mucho tiempo, pensando en la simplicidad y la fuerza que estos hombres tenían dentro. Estaba buscando eso en mí mismo; a veces incluso puedo verlo. Está en algún lugar, reprimido y gruñendo, pero incluso ahora, después de treinta años de entrenamiento, no puedo decir si es un lobo o un perro labrador. Para estos hombres, Sensei Chiba era como Putin o Genghis Khan. Era una manifestación de poder y autoridad inaccesibles. Una vez, durante una escuela de verano en Inglaterra, un grupo de kazajos hizo un retrato bordado de Sensei Chiba como regalo para él. Algún tipo de necesidad profunda y bizantina de describir a Dios y una aceptación de su omnipotencia estaba, y sigue estando, presente dentro de ellos.

La situación de Andreij empeoró. Un corazón en Rusia, un trasero golpeado en los Estados Unidos. La mujer hizo un trabajo mucho mejor que Sensei. Tenía una idea fugaz de que los dos se agradarían y el pobre Andreij quedaría destruido, o se levantaría de sus rodillas como un monstruo. Hay un poder aterrador en la simplicidad porque es seguro. Sin peinar, con miles de pequeños hilos de mierda de evasión y vergüenza. Sensei, gracias a sus raíces mongolas, pudo sentir este poder dentro de ellos. Sabía que del polvo, la suciedad y las cenizas del desierto se levantan poderosas bandadas de guerreros, como Néstor Makhno¹³² de las estepas ucranianas. Los que hemos vivido durante siglos al pie de este volcán somos conscientes de ello, y todavía estamos esperando las nuevas erupciones.

Andriej estaba roto, y no estaba trabajando. Dividido entre dos mundos, no estaba presente en ninguno de ellos. Tuvimos docenas de conversaciones, pero no había solución. No podía quedarse aquí porque nunca había llegado. Después de seis meses más o menos encontró algunos contactos, muy probablemente en las "brigadas" locales, y con la aprobación de Sensei Chiba, se mudó a California. Nunca lo volví a encontrar. Había visto este tipo de cosas unas cuantas veces antes. En mayor o menor medida, la falta de una presencia completa destruyó todo el proceso. A veces la gente lo hace a propósito como una especie de mecanismo de defensa.

Había un tipo talentoso en el dojo. Un judío observante que vivía en un barrio local. A primera vista no se parecía a alguien que entrena. Ni su ropa ni su comportamiento se parecían a nada ni siquiera cercano a nuestros estereotipos barbudos. Los viernes volvía a su casa en su bicicleta, y no comía carne de cerdo. En el dojo comíamos principalmente arroz y pescado, así que ni siquiera

¹³² Nestor Makhno fue un anarquista ucraniano, el líder del ejército insurreccional revolucionario de Ucrania (Movimiento Makhno).

nos dábamos cuenta de eso. Él no vivía en el dojo, pero cuando llegué allí era casi un uchideshi - entrenaba todos los días y ayudaba en el dojo. Dobló la hakama de Sensei y limpió su oficina. A menudo era utilizado como un uke, y realmente tenía su parte de sufrimiento. Al mismo tiempo, vivía cerca de su comunidad religiosa. Sensei, como era su hábito cuando sentía el compromiso de alguien, quería ver hasta dónde podía traspasar sus límites.

En algún momento este joven dejó de inclinarse ante el kamiza. En un dojo tradicional, las clases comienzan y terminan con una ceremonia. Nos inclinamos ante el kamiza, donde normalmente se muestra una caligrafía del kanji "Aikido" y un retrato del fundador de este arte marcial, Ueshiba. En algunos círculos del judeocristianismo esto genera un problema comprensible. Una reverencia desde la posición arrodillada, que es común en la cultura japonesa, se confunde con un signo de adoración. Esto provoca muchos desaciertos. "La conciencia es más importante que la religión", esa fue una frase que Sensei repitió sin fin, la mayoría de las veces sin ser entendida por quienes escuchaban. Finalmente, Sensei Chiba utilizó sus contactos e invitó a un rabino local al dojo. Se sentaron en seiza frente al kamiza, Sensei Chiba en un zafu, entrecerrando los ojos. El rabino, con voz baja, murmuró bendiciones en hebreo, puntuado de vez en cuando con un profundo "Amén". El polaco dentro de mí temblaba y palpitaba. En ese momento, las palabras místicas de muchas culturas se mezclaron, inquietamente, dentro de mí. Al final, el rabino clavó un mezuzah¹³³ en uno de los pilares del kamiza. Durante la cena, Sensei dijo que también necesitaba invitar a un Imam¹³⁴ a eliminar

¹³³ Mezuzah: Pergamino en el que se escriben versos de la Torá, colocados en un estuche decorativo; en la tradición judía, está clavado en las puertas de una casa.

¹³⁴ Imam: jefe religioso encargado de la dirección espiritual de una comunidad de la religión islámica.

el hechizo de Aikido del Islam también. No sé si eso ocurrió alguna vez. Lo importante, en cualquier caso, es lo que sucedió después de eso. El joven judío dijo que para él no cambió nada, de todas maneras, él no haría la reverencia.

Fue entonces cuando lo entendí, y desde entonces, he conocido a muchas personas así. Construyen refugios en los que se esconden como un animal perseguido. Cuando el rabino empujó, el tipo se escondió en Aikido; cuando Sensei Chiba lo arrinconó, se cubrió con su religión. De esta manera siempre encontró la manera de escapar. Eso sucede, obviamente, inconscientemente. Sin embargo, puedo imaginar lo incómodo que era para él la unión de esos dos mundos. Mundos que entrelazó, en los cuales uno era el escape del otro.

Encontré a Aikido cuando era niño; para mí, era un escape de los problemas de mi casa. La comunidad era un sustituto de las relaciones familiares y me sentía bien. Después de algún tiempo, mi hermana también comenzó a practicar. Los mundos se mezclaron y eso no me gustó. Más tarde, Aikido se convirtió en toda mi vida. Primero por mí mismo; luego, con mi esposa, trasladamos todo al dojo: tiempo, relaciones, emociones, trabajo y estrés. Cuanto más estemos allí, menos estamos afuera. El dojo se convirtió en el segundo, a veces el primer, hogar. Aquí es donde nuestro perro camina, donde nuestro hijo prácticamente vive. El dojo, en un proceso natural, se come nuestra privacidad. La gente camina por todo lo nuestro, mientras trata de proteger a los suyos, durante muchos años. Es un mundo raro.



Tiempo y lugar

“ Si el enemigo deja una puerta abierta, debes apresurarte.
– Sun Tsu, Sun Pin¹³⁵

Era la escuela de verano anual en el sur de Francia. Unos meses antes había regresado de San Diego después de estar allí medio año. Se suponía que este sería mi primer encuentro con Sensei Chiba desde mi estada en su dojo. Mi grupo de Polonia había estado yendo allí durante dos años y esperaba tener, al menos, una conversación con él.

Una escuela de verano es una semana de entrenamiento, alrededor de seis horas al día con un maestro principal e instructores asistentes nombrados por él. Nuestra organización no es grande, pero funciona en diez países de Europa. La escuela de verano en particular que recuerdo fue, creo, en 2004. En ese entonces todavía éramos fuertes, y el grupo se estaba desarrollando principalmente debido al carisma y la actitud activa de Sensei Chiba.

¹³⁵ Sun Tzu, El arte de la guerra, P. 115.

La clase ya había comenzado y nos unimos silenciosamente a una fila, con el permiso del maestro. Me colé hasta el frente, quizás esperando que me notara. Después de medio año de pasar muchas horas con él todos los días, estúpidamente se me ocurrió que en esta multitud de ciento cincuenta personas yo sería alguien especial. Recuerdo cuando apareció en la habitación. Caminó junto a filas de personas, mirándolos con una mezcla de una indiferencia entrenada y helada y una presencia plena. Su mirada pasó sobre mí sin bajar la velocidad. Y eso fue todo.

El primer día de la escuela había pasado. Me sentí incómodo porque hace unos meses había sido responsable de cada paso en el dojo; me había estado ocupando de todo. Ahora apareció en la habitación, rodeado de un cordón de gente a la que no conocía, mayor que yo y con un grado más alto. No hablo francés, y básicamente al final del primer día sentí que estaba de vacaciones. Fue un poco triste, porque toda la consecuencia de ser uchideshi aquí no funcionó. No podía entenderlo, pero al final sentí la conveniencia de esta situación. Nadie necesitaba mi ayuda.

Al final del primer día Sensei G. vino a mí. Hace dos años, había sido su uchideshi en Estrasburgo durante un mes. Me dijo:

"Fuiste un uchideshi, tienes que cuidar de Sensei. Antes y después del entrenamiento, te haces cargo. No tienen idea de qué hacer. Ninguno de ellos ha sido nunca uchideshi."

Lo miré como si estuviera loco.

"Pero yo no hablo nada de francés, no los conozco. Tienen un mayor grado, y tienen todo resuelto. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Ir hacia ellos y alejarlos? Después de todo, él no querría esto."

Sin embargo, Sensei G. no había hecho una sugerencia. Me había dicho que lo hiciera.

Ve allí y haz tu trabajo. Abre puertas delante de él, tráele agua, mantente a su lado en todo momento.

En el siguiente descanso entre clases, Sensei G. me miró con reproche en sus ojos, así que, vacilando, salté al frente para abrir las puertas a Sensei. Se dio cuenta de eso y empezó a caminar aún más rápido, sin darme oportunidad. Se fue y me quedé allí como un tonto. Exactamente como esperaba. Luego, metí la cola y me retiré ante la multitud anónima. Al día siguiente, Sensei G. me reprendió de nuevo. Me regañaron por no intentarlo.

“Ve allí y toma lo que es tuyo. No hagas preguntas, tómallo. Verás lo que pasa.”

Sabía exactamente lo que pasaría: volvería a parecer un tonto. Me sentí incómodo. Ni siquiera por mi propia cuenta: como pensaba, me vi obligado a entrar en un grupo de shihans; uno me decía que hiciera cosas que otro no quería que se hicieran. Sensei, entre clases, se sentó en una mesa bajo un toldo. Las personas que estaban organizando la escuela, siendo típicos sureños, tenían un enfoque bastante relajado hacia la ceremonia, y no sabían si Sensei tenía algo de beber o no. Ardiendo bajo el resplandor de Sensei G., decidí intentarlo aquí. Durante un descanso tenso caminé hacia Sensei con un vaso de agua y lo puse sobre la mesa. Me dio las gracias y me paré a sus espaldas, sin decir nada, manteniéndome fuera del alcance de sus manos y piernas. La gente vino a hablar con él y yo me quedé allí. Sintió mi presencia y me miró por la esquina de su ojo. Durante el siguiente descanso hice lo mismo. Y el siguiente. El segundo día dejó de mirarme.

Entonces ocurrió una situación bastante divertida. Estábamos a punto de empezar un entrenamiento de Iaido, y me paré detrás de Sensei con una espada bajo el cinturón. De hecho, me quedé allí sin sentido. De un grupo que estaba frente a nosotros, un tipo alto se movió en nuestra dirección, en una caminata decisiva mirando a Sensei Chiba. Dio dos pasos y comenzó a sacar su espada. No sé por qué lo hice; la posibilidad de que él realmente atacara era cercana a cero, pero instantáneamente salté entre ellos,

sosteniendo la empuñadura. Fue estúpido y de mal gusto, como una mala película japonesa, pero funcionó porque el tipo aterrorizado retrocedió unos pasos con miedo en los ojos y miró a Chiba, quien se rió a carcajadas y dijo: “no te preocupes por él”, me señaló, “cree que es mi guardaespaldas”.

Entonces pensé en lo que pasaría si me encontrara con un oponente más fuerte que no diera un paso atrás. Resultó que habían sido nombrados para una presentación de espadas y yo había hecho el ridículo. Sin embargo, fue entonces cuando sucedió algo interesante: desde ese momento hasta el final de la escuela, sobre cada pequeña cosa, llamando a los maestros, organizando conversaciones, me preguntó. O mejor dicho, me ordenó. Aún más interesante fue que los profesores locales se me quitaron del camino.

Durante años he estado pensando en lo que pasó allí y cuáles habían sido las consecuencias de esto fuera del tatami. Ir y tomar. Una maldita indecisión y un laberinto de pensamientos. Cientos de hilos delgados y sucios envueltos alrededor de mis piernas. No puedo, no soy capaz de hacerlo, no soy lo suficientemente bueno. Toda mi vida estuve celoso de aquellos que simplemente salen y hacen - con la certeza de una persona que ya estaba allí y que ya lo ha hecho. Siempre me he detenido. Cada movimiento, cada decisión fue presagiada por docenas de pensamientos y dudas. Todo necesitaba ser filtrado a través de complejos y miedos. Siempre volviendo en el tiempo a los años setenta, al distrito de Zlotniki en Breslavia. Recuerdo cuando vivía ilegalmente en Londres, regresando sucio y hambriento todos los días después del trabajo, llegando a un pequeño estudio que alquilé a una familia gitana, y pasé por delante de una obra en construcción donde se estaba construyendo una pequeña casa. Todo lo que tenía que hacer era entrar y pedir un trabajo. No pude hacerlo durante todos esos meses; siempre se me ocurría una excusa. Con el paso del

tiempo, ya ni siquiera podía convencerme a mí mismo, y me quedé solo con esta carga sucia de debilidad y limitaciones. No traté de combatirlo, sólo lo miré. Este sitio de construcción, esta pequeña casa, se convirtió en un símbolo de mi debilidad e indecisión. Momentos cortos en los que tienes que hacer algo porque un tiempo y un espacio específicos generan una abertura. Han abierto brechas en las puertas, y el que está despierto y atento entrará por ellas. Un holgazán pensativo y encorvado no lo hará. Quizás, en general, una vaca en un prado no ve nada; tal vez vea las cosas, pero sin embargo nunca moverá su trasero.

Tenemos esta forma en Aikido, un corte con una espada que cae directamente al centro de tu cabeza, y lo único que tienes que hacer para evitarlo es dar un paso hacia un lado. Se necesitan años para liberarse de entrar en pánico, temblar, esconderse y escapar. El movimiento físico y la posición siempre manifiestan la fuerza de carácter de una persona y sus problemas. Como si estuviera en la palma de tu mano, puedes ver complejos, incertidumbre, miedo. También se puede ver agresión u oscuridad en una persona, que se puede ocultar al principio. Es más fácil en el entrenamiento. Cuando está ejecutando las técnicas espera que se abran las puertas. Cada forma es sobre eso.

Atacando y recibiendo. Una ejecución, una proyección o una inmovilización siempre se realiza cuando hay una apertura, por lo que aprendes a actuar exactamente cuando la puerta se deja entreabierta.

¿Cómo puedes mantener esta atención fuera del tatami, físicamente, y en un sentido general de lo que está sucediendo? Sensei Chiba estaba sentado junto a fogata durante una de las escuelas de verano polacas. Estaba a su lado. A nuestro lado alguien estaba asando una salchicha. En un momento, algo chisporroteó; la salchicha se rompió por la mitad y cayó al fuego. El tipo suspiró de resignación como si su perro hubiera muerto. Miré

la salchicha en el fuego y comprendí: ahora tengo que alcanzarla con la mano. El pensamiento era tan fuerte que la sangre se precipitó a mi cabeza. En ese mismo momento, Sensei se inclinó hacia adelante y puso su mano en el fuego. Tomó la salchicha y se la devolvió. La grasa goteaba de su palma, y en sus ojos estaba su disgusto por la debilidad del tipo y mi indecisión.

¿Por qué esos momentos aparecen en circunstancias tan absurdas? No cuando estamos en ancestral kimono con una espada de quinientos años de antigüedad. Ellos no hablan de lotos y un ki cósmico. Un pequeño momento de iluminación aparece cuando lo veo con un cigarrillo entre sus labios y una salchicha en la mano. Una vida folclórica, una iluminación folclórica.



Murashige

“ O Sensei me llamó para shomenuchi ikkyo y me clavó al tatami con un dedo. Él dijo “levántate”, pero no pude. Traté y traté. Pero no pude. Un total desastre. Ese es mi primer recuerdo de O Sensei. Luego lo hizo de nuevo. Me retuvo con un dedo en mi cuello. Y no pude volver a moverme. Y desde el tatami, probablemente riéndose, Kazuo Chiba sentado y observando.
- M. Murashige shihan, hablando de conocer a O Sensei¹³⁶

Es muy difícil separar a Mark (Morihiko) Murashige Sensei de su leyenda. Yo lo tuve fácil porque no conocía su leyenda; a través de los ojos de un infante, vi sólo un cálido, pequeño hombre japonés que estaba siempre sonriendo. Él nunca estaba feliz con lo que estaba haciendo; nunca pude hacer lo que me decía que repitiera correctamente. Una vez, cuando me lanzó sobre su calva cabeza, mi nariz se abrió como la pelota de Winnie the Poo. Dos veces, después de ser lanzado por él, tuve una contusión. Aparte de todo esto, cuando oigo su nombre soy inundado con una ola de

¹³⁶ Traducción del autor.

calidez y aflicción. Él estaba, a pesar de lo que estaba haciendo en el tatami, lleno de un bien absoluto, cuidado y benevolencia. Él era un samurái silencioso. Un hombre cuyo fenomenal Aikido estuvo oculto del mundo de grandes nombres y seminarios. Así es como lo recuerdo. Simple en sus relaciones con los otros, las cuales estaban llenas de honestidad. Sin política, sin entrometerse. Había una honestidad en él, porque no podías obtener nada de él que no fuese conocimiento. No firmaba certificados, él no era alguien reconocible. Una fotografía con él no te daba nada. Era un hombre viejo que les mostró a los maestros ensalzados que no sabían nada. Luego les daría una palmada en el hombro y continuaría caminando. Siempre tuve la impresión de que estaba más cerca de un deshi, personas como nosotros, que de los profesores.

Antes de las clases siempre barríamos el estacionamiento, la calle y la vereda afuera del dojo. Los árboles plantados en la calle estaban siempre soltando frutos rojos que necesitaban ser barridos. Cada día, Sensei Murashige venía quince minutos más temprano y nos ayudaba a barrer. Tenía una camioneta roja y trabajaba como chef en una barra de sushi. Soy muy viejo para apreciar la ilusión de que hay gente sin ego, pero no podía verlo. En su caso, la forma estaba basada en relajación total y el juicioso uso de la sincronización y el peso corporal. Él dejaría caer sus manos relajadas y tú caerías al suelo. Él era un hombre delgado que llegó a la altura de mi mentón. Sus hombros estaban sueltos, y sus muñecas eran delgadas y delicadas. Le gustaba particularmente una forma en la cual él sólo tenía que hacer un pequeño movimiento con su muñeca y la persona que estaba sosteniéndola volaría dos metros atrás. Se veía como magia, pero en la realidad era simplemente una palanca horriblemente dolorosa, ejecutada por la dinámica del ataque.

Sensei Murashige nos dio comida. No era tan estricto como Sensei Chiba y, probablemente, no estaría tan molesto si nos sorprendiera comiendo dulces. Recuerdo un domingo cuando Edmund, el hijo

de diecinueve años de un shihan de Inglaterra, y yo teníamos una caja de rosquillas. Ese día un hombre de negocios mejicano nos llevó de viaje por la bahía. Tomamos turnos para conducir el yate y el tiempo pasó. Vimos morsas comiendo enormes camarones. En la tarde-noche, en la oscuridad del dojo, empezamos a llenar nuestras bocas con las rosquillas. Alguien golpeó la puerta, y entramos en pánico, peleando para esconder las rosquillas. Sensei Murashige entró, llevando las sobras de una fiesta en su restaurante. Esparció ante nosotros sashimi de atún y muchas piezas de sushi. Estábamos rellenos con comida chatarra, pero él estaba sentado ahí, así que también comimos cada uno un kilo de pescado crudo. Al día siguiente, ambos tuvimos diarrea.

Siempre hay un momento en las fiestas japonesas donde todo se va al infierno. Es agradable, entretenido, hay buena comida, cerveza, conversaciones. No obstante, en la naturaleza existe la necesidad del balance, así que en cada placentera fiesta viene un momento para la humillación.

“¡Cantemos!”, alguien dice.

Y la atmosfera placentera se va por el desagüe.

En el restaurante de Sensei Murashige todos cantan. Él comenzaba, luego los meseros que entregan la comida, los chefs que estaban preparando la comida. Luego, nadie sabe por qué, también los clientes comenzaban a hacerlo. Esta necesidad japonesa de fraternizar a través de la pérdida de la compostura es un misterio para mí. Nadie podía cantar realmente, pero no les importaba, porque el bochorno era parte de lo que sucedía aquí. Para mí, sin embargo, eso era demasiado, y te dabas cuenta porque yo nunca canté. Luego de este momento, lo que me fascina en el carácter de Murashige es el abandono de la máscara. Sensei Chiba era un personaje dominante, la cabeza del dojo. No había espacio para nadie más allá, y Murashige tomó su rol con humildad y una

sonrisa. Nació en 1945, en una familia de famosos estudiantes de Jigoro Kano (el fundador del Judo).

Su padre, Aritoshi Murashige, había sido un verdugo en un ejército en China durante la guerra. Toda persona que conoce de historia, entiende lo que esto significa: mucha sangre en las manos de alguien. Sensei Kano lo envió, así como también envió a otros estudiantes avanzados, con O'Sensei, para estudiar Aikido. El Mayor de los Murashige se mantuvo ahí, y finalmente llegó a ser profesor. Si recuerdo las historias correctamente, Aritoshi Murashige también era profesor de Kendo, y tenía un pequeño dojo en su jardín. Él viajó mucho, y cuando de tanto en tanto volvía a casa, la administraba con puño de hierro.

Años más tarde, recuerdo estar en un pequeño restaurante de comida india cerca de la estación de trenes Shinjuku en Tokio. Estaba en una larga cena con la hermana de Sensei Murashige, su hijo y mi amigo M. de Méjico. Logramos que la hermana de Sensei Murashige nos contara historias de su niñez. Todos nosotros hemos sido tratados rudamente por nuestros padres, recuerdo haber sido golpeado con el cable de una plancha eléctrica; M. fue golpeado con una piedra mientras huía después de decirle a su padre lo que pensaba de él, nuestros traseros estaban magullados, pero esa tarde aprendí que nuestros padres habían sido una versión más delgada de Santa Claus. Aritoshi Murashige era un Lord Vader¹³⁷. Esta es la única forma en la que puedes describirlo. Las flores alrededor suyo se marchitaban cuando caminaba, los pájaros se caían de los árboles y los gatos se enfermaban. Sensei Chiba nos contó que en la postguerra de Japón, el nombre Murashige era usado para asustar a los infantes, de la misma

¹³⁷ Referencia a Darth Vader, personaje de la saga Star Wars.

manera que nuestros padres usaban la historia del Volga Negro¹³⁸. Así que esta era la casa en donde creció Sensei Murashige. Él conoció a Ueshiba cuando era pequeño. Tenía alrededor de once años cuando comenzó a practicar con su padre, yendo a entrenar con el fundador del Aikido. En los años sesenta terminó en Nueva York, ayudando a Sensei Yamada¹³⁹. Oímos historias de sus peleas en Central Park. Sabía que esto era parte de su leyenda, y nunca las tomé seriamente. Como un uchideshi, quería ver a la gente como realmente eran, no una colección de mitos. Por esta razón, ambos, Chiba y Murashige, para mí era suficiente cómo los conocía.

Después de Nueva York, Murashige volvió a Japón y creo que trabajó como vendedor para una compañía que hacía ampolletas para flash de cámaras fotográficas. En 1981, nuevamente se fue a los Estados Unidos, esta vez a San Diego, donde trabajó para el restaurante de sushi de su hermano. Un día dejó la cocina y notó a tres hombres japoneses en una mesa en la esquina. En la otra esquina del mundo, sus sempai lo habían encontrado: Kanai¹⁴⁰, Yamada y Chiba estaban sentados allí como soldados yakuza.

“¿Quizás es tiempo de hacer Aikido nuevamente, Murashige?”, ellos preguntaron.

“Me estoy instalando en San Diego y necesito tu ayuda”, agregó Sensei Chiba

Kanai había estado por mucho tiempo en Boston, y Yamada en Nueva York por incluso más. Ahora Chiba se les unía, y juntos con

¹³⁸ Volga Negro, leyenda urbana sobre un automóvil conducido por diferentes personajes malignos según la versión y que secuestraba gente, especialmente niños.

¹³⁹ Yoshimistu Yamada (nacido en 1938); 8° dan shihan, actualmente la cabeza de la United States Aikido Federation y el instructor principal de New York Aikikai.

¹⁴⁰ Mitsunari Kanai (1938–2004) – 8° dan shihan. Fue uno de los fundadores de la United States Aikido Federation y fue el instructor principal del Boston Aikikai.

Akira Tohei¹⁴¹ en Chicago, entre ellos dividieron a los dojos afiliados al Aikikai por región por unas pocas décadas. Y luego, así como así, Sensei Murashige se unió al San Diego Aikikai, y con una sonrisa en su rostro tomó la posición de instructor asistente. Su hijo, Teru, creció dentro del dojo, primero como un niño, luego como adulto y finalmente, como kenshusei. Algunos alumnos antiguos llamaban a Sensei Murashige por su primer nombre adoptado, Mark. Yo no pude hacer eso. Lo que este hombre hizo en el tatami, muchos llamaban magia. Luchando con la enfermedad de Kawasaki contraída en su infancia, él pudo, según reportes, superar los records en los Estados Unidos por expectativa de vida con esta enfermedad, la cual dañaba al corazón, viviendo casi setenta años. Se sometió a varias cirugías, pero después de cada una de ellas volvió al tatami. Progresivamente más débil, delgado, y más transparente, recuerdo sus palmas, sus delgadas muñecas, y su relajación completa. Este estilo era probablemente el resultado de su condición, no podía sobre sobrevivir a su corazón, entonces trabajó con la técnica.

“Muy rígido. Relájate, suelta tus manos, eres demasiado fuerte”, él siempre decía.

Cada vez, cuando volvía después de meses de receso, lo vería, y repetía las mismas palabras. Él me llevaba a un lado y me regañaba: “por mi físico, por mis hábitos alimenticios, mi falta de atención. Juntos con su hijo, quien tenía amigos en Bulgaria, planearon un tour por Europa. Querían visitar Polonia, pero eso nunca sucedió debido a su salud. La última vez que lo vi fue en 2011. Él y Sensei Chiba habían separado caminos. Nadie sabía la razón de su pleito y nuestro pequeño mundo está lleno de chismes. Ambos lo mantuvieron en secreto. Murashige nunca le diría a

¹⁴¹ Akira Tohei (1929–1999) – 8° dan shihan. Uno de los fundadores de la United States Aikido Federation, y fue la cabeza de Midwest Aikido Federation.

nadie, y nadie le preguntaría a Chiba. Eventualmente, Sensei Murashige se mudó a un gran dojo en la costa donde impartía una clase a la semana. Después de su discusión nunca más pudimos entrenar con Sensei Murashige. Así fue siempre que Sensei Chiba cortaba relaciones con algún profesor. Oficialmente, los clanes estaban en conflicto, y no establecimos contacto entre nosotros.

De hecho, silenciosamente, estábamos todavía en contacto, y Sensei Chiba sabía de esto. Él no perdía la compostura mientras lo mantuviéramos para nosotros mismos.

Posteriormente, en 2011, fui al dojo de Sensei Chiba para una conferencia de profesores y me quedé por un par de días. Sensei Murashige estaba en la casa de uno de los profesores locales. Yo le llevé un rungu de Kenia, un mazo tradicional de la tribu Masái que lucía un poco como un fémur. Estaba feliz con esto, y algunos fueron golpeados con ello. Algún tiempo después, sin que supiera Sensei Chiba, fui a una clase impartida por Murashige en su dojo. El espacio era enorme, el estilo era diferente, pero la gente trataba de repetir lo que hacíamos. Muchas veces me llamó a tomar ukemi y en varias oportunidades me corregía, como si reconociera el que haya ido.

Después del entrenamiento esperaba llevarlo a tomar una cerveza o algo, pero él estaba apurado y se fue en su camioneta. Nunca volví a verlo.

“Cuidado con Murashige”, alguna vez alguien me dijo en San Diego. “Ten más cuidado con él que con Sensei Chiba”. Cuando Chiba se enoja tú lo sabes. Él gritará, habrá vapor saliendo por sus orejas. Con Murashige no notarás la diferencia”. Aparentemente, algo en sus ojos cambiaría, pero era difícil de ver. Él se vería como un amable hombre sonriente, pero sería un verdugo acercándose a ti, listo para sacarte la cabeza. Su padre habrá despertado en él.

Cada vez que estaba en San Diego, Sensei Murashige decía que justo había perdido la oportunidad de ver a su hijo, Teru. Como

resultado, no nos encontramos por un largo tiempo, aunque había oído mucho de él, y Sensei aseguraba que en el tatami nos agradeceríamos mucho o nos quebraríamos mutuamente. En una de aquellas ocasiones fui al dojo nuevamente y fui al tatami, tarde. Me senté en una esquina observando a los estudiantes haciendo calentamiento. Sensei Chiba se sentó frente al kamiza mientras ellos se movían de arriba abajo en shikko, caminando de rodillas. Conocía a la mayoría de ellos, y noté solo a algunas personas nuevas. En un punto, la cortina que separaba el dojo del pasillo se abrió y un niño, de alrededor de un año y medio de edad, corrió al tatami. Se paró en el centro de la sala y miró a su alrededor. Se acercó a una mujer japonesa y puso su mano en su hombro. Nadie reaccionó, Chiba y los otros parecían no ver al infante. Se tambaleaba alrededor de la gente con los largos pasos de un pequeño que está recién aprendiendo a caminar. Abrió sus manos como si le ayudaran a balancearse. Después de un rato, se aproximó al kamiza y, tratando de mantenerse sobre sus piernas, se apoyó en el hombro de Sensei Chiba quien se sentaba inmóvil como un monumento. Se mantuvieron así por un tiempo, el pequeño y el grande, y lamento no haber tenido una cámara conmigo. Después de un rato, Sensei puso su gran mano abierta sobre la cara del pequeño y lo empujó fuertemente hacia atrás sobre el tatami. El pequeño fue arrojado un metro o algo así. Dio uno, dos pasos hacia atrás y, amortiguando la caída con sus manos, hizo ushiro ukemi, rodando hacia atrás. Rebotó y volvió arriba como una pelota y miró alrededor como si nada hubiera pasado. Estuvo así por un minuto, y luego se alejó. Todo sucedió sin palabras.

Le he enseñado a miles de niños, pero nunca he visto a alguien rodar así.

“¿Dónde aprendió él a hacer eso?”

“Ese es el hijo de Teru, uno de los nietos de Murashige”, dijo Sensei, como si eso fuera una respuesta.

“Si, pero este tipo de talento...” comencé de nuevo.

“Esto es normal, él tiene la sangre de un shihan”, Sensei dijo con firmeza.

Hugo

“ En vez de preguntar al Khan, pregúntale al portero¹⁴².
-Proverbio Mongol

Hugo era un viejo japonés al que le faltaba un dedo. Era tan desagradable como un gnomo. Expelía veneno con cada palabra y gesto. Era como una versión asiática de Dobby, el elfo de la casa. Se sentaba en la oficina del dojo, de espaldas hacia las puertas, y jugaba solitario todo el día. Tenía unos 60 años, era bajito y corpulento, con jeans sueltos atados firmemente con un cinturón alrededor de su gran trasero. Llevaba camisetas verdosas y grises; y se movía en el dojo con zapatillas. Su cabeza redonda estaba afeitada y de su barbilla colgaba una barba larga, gris y débil como la de un sabio chino. También tenía gafas pequeñas y redondas que cumplían con la falsa imagen de conocimiento oculto y alfabetización. Los principiantes se estrellaban contra él como

¹⁴²Artículo A. Bielak, Koniec siwata mongolskich koczownikow [[https:// weekend.gazeta.pl/weekend/1,177333,21693596,koniec-swiata-mongolskich-koczownikow-ci-ktorzy-odchodzi.html](https://weekend.gazeta.pl/weekend/1,177333,21693596,koniec-swiata-mongolskich-koczownikow-ci-ktorzy-odchodzi.html) (accessed 13.03.2021); author's translation]

una nave contra una roca. Lo admiraban con una admiración tonta porque encajaba perfectamente con la idea del dojo que habían construido en sus cabezas. El problema era, sin embargo, que era como el chillido de las uñas en una pizarra.

"¿Qué quieres? Nadie te quiere aquí", gruñía. "No me gustan los niños", decía lentamente, mirando directamente a los ojos de los padres aterrorizados.

¿Por qué lo aceptó Chiba? Hugo era su contradicción. De manera teatral ignoró el papel de un dios, gruñendo y quejándose de todo y de todos, incluido el propio Chiba. Sólo tenía respeto ilimitado por la esposa de Sensei. Odiaba los uchideshi y su admiración era predecible, repetitiva y superficial, por el lugar y por Chiba.

Hugo era parte del dojo. Se movía como un cangrejo y vivía en rincones oscuros. Cambiaba las bombillas y ponía el papel higiénico. Destapaba los baños y mataba plagas. Era una parte orgánica de ese lugar, como moho en la pared, como una rata grande y gorda en vasos. Se había empapado del dojo, fue envenenado y creció en él. Aparentemente, solía entrenar y tenía segundo dan. Aparentemente, le habían diagnosticado una enfermedad cardíaca y había dejado de entrenar, pero Sensei lo acogió. Aparentemente, vivía en un remolque. Aparentemente, tenía un gato. Aparentemente, tenía familia. Aparentemente, una o dos veces al mes iba a Las Vegas a perder 100 o 200 dólares. Aparentemente. Antes de mudarme a San Diego, me advirtieron de él. Ellos dijeron: 'Si tienes que pedirle ayuda... no preguntes'. Me recibió con reticencias y un puñado de chistes polacos, el estándar de Chicago. Tuve problemas más grandes, así que lo ignoré. Durante largos meses viví allí solo, así que aprendí a evitarlo. Me gusta la soledad, y había suficiente espacio para perderse el uno del otro en los pasillos. Al principio incluso traté de saludarlo cuando llegaba al dojo alrededor de las 11 de la mañana. Nunca respondía, así que después de algún tiempo dejé de intentarlo, con gran alivio.

Y así es cómo aceptamos nuestra vida egoísta juntos. Dividimos el espacio y ambos vivíamos solos en el dojo, uno al lado del otro.

Fue después de pocos de esos meses que de repente me aceptó. Todas las noches venía a mí y se sentaba en un sillón en los cuartos de uchideshi, quejándose durante largas horas de todo el mundo. Con aparente satisfacción, hablaba de personas a las que asustó. Sobre los niños que lloraban por él. Me gusta escuchar, y esta cuasi-amistad patológica se mantuvo. Regresé allí después de dos años y fue su reacción la que esperaba tanto como la de Chiba Sensei. No me decepcionó.

"¿Por qué diablos viniste aquí, a nadie le gustas aquí?", gruñó.

Vivíamos bien juntos, como dos cónyuges viejos y aburridos. Nunca comió ni bebió con nosotros. Venía por un tiempo y luego se escabullía de nuevo.

La gente reaccionó de manera diferente a él. Me encantó su veneno, porque creía que era sólo un intento de ocultar un calor interior que estaba en él, pero que lo disgustaba y lo avergonzaba. Y de esta manera este hombrecito dio forma a un mecanismo de defensa para que el mundo no lo percibiera como un tonto. Algunas personas simplemente odiaban su máscara de borrachera y no soportaban su presencia en el dojo. Despreciaba a los advenedizos políticos, y lo despreciaban. Sin embargo, no tengo nada en contra de ellos; si yo fuera estadounidense, probablemente tendría la misma ambición. También entiendo la disonancia que se crea cuando, mientras adoras a Chiba como un Dios omnipotente, tienes que justificar la presencia de Hugo. Para mí era como un alma del dojo, un recordatorio de los defectos y la fuerza que hay en ellos. Era como un portarius¹⁴³ medieval en un monasterio. El que abre levemente la puerta y a la altura de tu rostro gruñe: '¿Qué quieres? ¡Vete! Él era un recordatorio de que esto no es un punto

¹⁴³Portarius: en latín medieval, portero.

de servicio, no es un lugar para todos. Y que tu motivación necesita soportar mucho más que comentarios malintencionados de un viejo asiático.

Esa noche, me iba a Polonia otra vez y poca gente vino para despedirme. Antes de volver a casa, apareció en la habitación trasera, supuestamente comprobando si ese polaco ensangrentado finalmente se había ido a casa. Fingí que quería abrazarlo, y el viejo gruñón salió corriendo al pasillo, saltando, mientras todos los demás se reían. Fui tras él, y a pesar de que se estaba alejando lo abracé y le di las gracias. Eso no me quedaba bien, ni le convenía a él. Probablemente fue el resultado de algunas cervezas. Gruñó torpemente y se alejó. Se subió a su auto y se fue a casa. En el camino, perdió el control de la rueda y se topó con algo. Aparentemente, murió en el acto.



¿Qué Edad Tienes?

“ Muchos jóvenes maestros que abren un dojo y comenzaron a enseñar sin la capacidad de pasar a ser un maestro – y no sólo un estudiante más – se enfrentarán a retrocesos, a menudo sin siquiera saber lo que está sucediendo¹⁴⁴.
- Chiba Sensei

Con su pequeña casa Chiba tenía un jardín de tal vez 30 x 60 metros. Un pedazo de pasto y unos cuantos árboles en la parte delantera.

En el lado derecho de la casa un pasaje estrecho corría hacia atrás, cubierto de malezas. Tenía puerta adicional y un camino estrecho. En el jardín había unas camas, un lugar para compost, unos cuantos árboles. Trabajé allí un par de veces, excavando raíces y desmalezando el jardín. Siempre cuando no estaba allí. No usó uchideshis para sus propios propósitos; la mayoría de las veces fue su esposa quien nos pidió ayuda cuando él no estaba allí. Sólo una vez ayudé a M. a reparar el techo. Vino a vernos entonces,

¹⁴⁴Artículo “Young Lions Face Challenge of Self-examination”, Musubi, enero 2013.

acompañado de su nieto menor, y vio nuestro trabajo. Al día siguiente lo visité para despedirme. Estaba sentado en un sillón en el jardín, fumando un cigarrillo. Me senté frente a él y durante cinco minutos ceremonialmente di gracias superficiales. Tuvo cientos de conversaciones como esa en su vida, y sabía que lo que estaba diciendo también era un piloto automático ceremonial. Se quedó en silencio en un momento, y después de un tiempo comprendí que este era el final. Nos dimos la mano y empecé a caminar hacia la puerta. Luché por un segundo con el pestillo, y de repente me superó una ola de arrepentimiento. Había volado desde el otro lado del mundo por sólo un par de días. Esta relación era mi vida y ni siquiera había entendido la naturaleza de la misma; tenía tantas dudas y, al final, toda nuestra conexión eran sólo palabras vacías. Me di la vuelta y le pregunté si podíamos hablar, honestamente. Ahora, desde la perspectiva de la época, no tengo idea de dónde encontré el valor para hacer eso. En ese entonces tenía que estar realmente en una posición sin salida, colmado por la presión de las tensiones políticas, muy perdido, para hacer tal cosa. Me senté allí durante media hora preguntándole cosas que normalmente nunca me atrevería a preguntar. En el dojo probablemente me habría echado, pero aquí estábamos solos, y él no perdería la cara. En un momento le dije:

"Cuando estoy contigo vuelvo a ser un niño. Me siento como si tuviera 15 años otra vez, y me comporto de esa manera. Pierdo mi madurez. Tal vez sea esta relación la que me quita la responsabilidad y me hace infantil. Odio eso. Me parece que tienes ese efecto en muchas personas."

Recuerdo el asombro en su cara. En ese entonces ya había sido golpeado en el tatami durante docenas de años, cinco o más horas, todos los días. Definirme a mí como un estudiante había perdido completamente sentido, y no funcionó. Por mi salud mental y por darle sentido a lo que estaba haciendo tuve que sentir que era

maestro y adulto. Estar en un papel menor comenzó a moler contra mí, y él sabía que era un momento en el que debía dejarme en paz y dejarme enseñar. Miro a esas almas solitarias que estaban agotadas por la relación con él y esparcidas por todo el mundo. Una vez, antes de ir a dormir, recordé la historia de Ged, el héroe del libro *Un mago de la Tierra*. Su primer maestro, Ogion, se instala lejos en el desierto para encontrarse en soledad. Cuando una esponja está empapada, no puede absorber nada más. Cuando una serpiente devora algo masivo necesita esconderse, cubrirse con hojas y esperar a ver si lo que acaba de comer la envenenará o la energizará, ese es el momento de la verdad. ¿Es ese el destino de todo ese proceso? Para finalmente parar, a pesar de que todos los demás todavía están corriendo. ¡Espera un segundo, detente! gritas como si recién despertara. En realidad, ¿quién soy yo? Como Forrest Gump que, después de semanas de correr, de repente se detiene y dice: "Basta". Nos desprendemos la piel como serpientes, paso a paso. Hubo un tiempo en que en mi ingenua confianza hacia mi maestro me sentía como un adolescente; luego vino un período de perderme en mi propia capacidad y una fascinación por el movimiento mismo - me sentí como si tuviera 22 años. Alrededor de los 40 años era como alguien que tiene 29 años. Ahora estoy poco a poco poniéndome al día con mi cuerpo.

Durante todo el día, estás rodeado de jóvenes. Los tiras, los aplastas, los tocas, los hueles y los sientes. Te infectas por su juventud, y a veces es difícil sentir quién eres realmente. ¿Tal vez la muerte es cuando tus sensaciones alcanzan tu edad? Todos los que dejaron Chiba Sensei porque habían tenido suficiente, ¿finalmente entendieron qué edad tenían?

A unos cientos de kilómetros al norte de San Diego, en una ciudad universitaria muy famosa, donde trabajaban Barańczak¹⁴⁵ y Miłosz¹⁴⁶, un cierto japonés enseñaba aikido. Nunca lo conocí, pero al parecer era tan pesado como Chiba Sensei. Tenía un estudiante que se había mudado allí desde Europa especialmente para entrenar con él. Este estudiante se estableció en los Estados Unidos, y durante largos años absorbió su enseñanza de maestría. Era lo más cercano que uno puede ser con su maestro. Durante muchos años, estaba en cada clase, a petición del maestro. Fue considerado como un ejemplo de un buen estudiante y un gran talento. Absorbió y absorbió. Hasta que, finalmente, llegó el día. En medio de la clase, rompiendo todas las reglas de etiqueta, se levantó y se dirigió a la puerta.

"¿A dónde vas?", le preguntó su maestro. El tipo lo miró con calma, y le dijo: 'Es suficiente. He terminado.'

Se fue y nunca volvió.

¹⁴⁵Stanisław Barańczak (1946–2014) fue un poeta polaco, crítico literario, académico, editor y traductor.

¹⁴⁶Czesław Miłosz (1911-2004) fue un poeta polaco, escritor de prosa, traductor y diplomático.



¿Cuál es tu nombre?

“ "No puedo entrar", dijo a regañadientes, "a menos que me ayudes". El portero respondió.

"Di tu nombre."

Ged, de nuevo, se quedó inmóvil por un tiempo; porque un hombre nunca dice su propio nombre en voz alta, a menos que su propia vida esté en juego.

"Yo soy Ged", dijo, en voz alta. Luego, dando un paso adelante, caminó a través de las puertas abiertas.

- U. Le Guin, Un mago de terramar

Estoy tratando de recordar el nombre de la mujer que me enseñó polaco en la universidad técnica. Puedo recordar claramente una lección en particular. Dijo unas frases que quedaron atrapadas en mi memoria.

"La gente se divide en dos tipos. La primera pensará en eso como una pared blanca', señaló a un espacio junto al tablero. "El otro tipo se acercará y notará un mosaico interminable de texturas, grietas y enteros. Las imperfecciones y detalles. Usted es uno u otro, y no se puede cambiar. Esa es tu naturaleza. La naturaleza de un mecánico o un poeta. Un dentista o un artista.

Entonces me di cuenta de que el mundo mezcla esas dos habilidades y está lleno de mecánica poética y poetas mecánicos. Un arte marcial es una forma de ver el mundo desde esas dos perspectivas simultáneamente. Teniendo en cuenta el caos loco e ilógico que te rodea, tienes que actuar de una manera simple y lógica. Consistente. Un verdadero guerrero toma una decisión en el espacio de siete respiraciones y luego se adhiere a ella¹⁴⁷. El mundo en su naturaleza caótica nos ofrece un sinnúmero de preguntas para las que no hay respuestas fáciles. Por esa razón, muchos de nosotros nos quedamos atrapados entre una solución imperfecta y otra. Desde el principio supe que era el segundo tipo de persona. Que veo todas las dudas e imperfecciones; que ninguna pared será recta para mí. Que el polvo gris en mí rompe todas las paredes que me rodean. Los cambios blancos en respuestas grises y simples nunca aparecen en mi cabeza. Mi camino es un proceso de aprendizaje de determinación y de mirar la pared desde la distancia. Si 30 años de formación me han enseñado algo, sería sólo esto.

Otro profesor y yo estábamos de camino a la casa de Sensei. Chiba caminaba entre nosotros. En medio del viaje, se dio la vuelta y dijo: - Ha llegado el momento de darte nombres.

Caminó un poco más y luego lanzó una palabra japonesa en la dirección de mi amigo.

- ¿Qué significa?", preguntó mi amigo.

Era algo sobre un dragón con ojos hermosos. No recuerdo exactamente, pero sonaba orgulloso, elevado y ejemplar. Perfecto para una biografía en un sitio web o como una línea para recoger niñas. Chiba Sensei giró en mi dirección:

- Y tú serás Awate mono- dijo.

¹⁴⁷Tsunetomo Yamamoto, Hagakure: *El Camino de los Samuráis*. Este texto fue una inspiración para el director Jim Jarmusch cuando hizo la película de 1999 *Ghost Dog*.

- ¿Y qué significa eso? - Le pregunté.

- Tienes que averiguarlo por ti mismo, respondió.

Me concentré para que las palabras no escaparan de mi memoria. Sería un poco vergonzoso olvidar tu propio nombre. Ese mismo día envié un correo electrónico a Misa, su secretaria japonesa en San Diego. Por la noche me preguntaba qué tipo de águila, tigre o tal vez incluso demonio iba a ser. Misa escribió que debía haber un error, que Sensei no podía llamarme con ese nombre. Revisé dos veces y le escribí de nuevo, pidiendo la traducción porque estaba seguro de que no había ningún error.

- Oh Dios – respondió Misa; no esperaba eso de él. Awate mono no es ofensivo, pero es una palabra bastante cruel para alguien que tiene un gran desorden en la cabeza.

Al diablo con tigres y águilas. Un hombre con una mente desordenada. En realidad, ni siquiera me sorprendió eso. Pero me molestó. Nunca hablé con él al respecto, y, posiblemente, trató todo el evento como una prueba de indignidad porque nunca ha usado públicamente ese nombre. Unas cuantas veces, mientras le escribía cartas muy honestas, firmé de esa manera.

Aún más interesante fue la historia del nombre de mi dojo. Empecé a dirigir el dojo muy temprano, cuando todavía estaba estudiando y en compañía de otros uchideshi era especial en ese sentido. En un momento dado, había unos pocos cientos de personas en el dojo; esto equivalía a la mitad de la rama americana de Birankai. D. Sensei, mi primer maestro de Suiza, que me había enviado a San Diego, me dijo que le pidiera a Chiba Sensei el nombre del dojo. Un dojo puede tener dos nombres: uno oficial que cumple con todos los requisitos legales y organizativos, y uno segundo, japonés, dado por el maestro. La mayoría tiene sólo el primero, formal. En nuestro sistema, esa es una combinación de 'Aikikai' con el nombre de la ciudad. Para mí, entonces, 'Wroclaw Aikikai' era una referencia lógica a San Diego Aikikai, Manhattan Aikikai o

Strasbourg Aikikai, lugares donde había servido como uchideshi. El nombre japonés es dado por el maestro, y más comúnmente es una combinación de sílabas japonesas, una metáfora poética. 'Un lugar donde se forma el personaje', 'La casa del fuego', etc. Hay gente que se preocupa por esas etiquetas, pero nunca lo hice, y también teniendo en cuenta mi relación a corto plazo con Chiba Sensei, no esperaba ese honor. Cuando D. Sensei me propuso que le pidiera a Sensei que nombrara el dojo, dudé.

Para ser honesto, no me importaba lo suficiente como para arriesgar el problema que el tema podría traer. Para un uchideshi, una conversación con él era como bailar en un campo minado, y realmente tenías que saber lo que querías. Eso fue en junio de 2003. Acababa de completar una residencia de medio año en el dojo, y fui con Sensei a un café para hablar. Pronto nos quedamos sin temas que discutir, y nuestras tazas todavía estaban llenas. Ahí apareció lo que defino como un silencio incómodo; pero que de hecho podría ser, como descubrí años después, una cómoda coexistiendo en silencio. En pánico, buscando tópicos, desenterré el tema del nombre. "Qué diablos", pensé, y le pregunté, educadamente. Me miró y no dijo nada durante mucho tiempo. Tomó un sorbo de café y me preguntó lentamente, mirándome a los ojos: ¿Quién es tu maestro?

En mi cabeza corrían cien hámsteres en una rueda. ¿Quién es mi maestro? Con mi corazón ya estaba allí, ya que nunca había vivido algo tan intenso, tan honesto, como lleno de respeto de ambos lados y aterrador al mismo tiempo. Sabía que D. Sensei había sido padre y madre para mí desde que tenía 14 años. Yo era uno de los pocos de sus estudiantes que llegaron muy lejos en ese viaje, y en sus ojos vi gratitud y orgullo. Me había enviado allí. Recuerdo exactamente lo que estaba pensando en ese entonces. Me preguntaba si Chiba me estaba probando. Tratando de ver si, después de unos meses pasados aquí, este advenedizo se aferraba a

él, olvidándose del hombre que lo había enviado allí y lo había criado.

- Sensei - dije, con confianza- mi corazón está aquí, y nunca he experimentado nada más real. Sin embargo, D. es mi primer maestro. No quiero hacerle daño ni negar esa relación.

Me miró y nunca volvió al tema del nombre del dojo. Ni yo ni D. Sensei entendimos eso. Un año más tarde, D. Sensei me ordenó preguntar de nuevo, y esta vez Sensei claramente ignoró mi pregunta. Estaba harto de hacer el ridículo, especialmente porque realmente no necesitaba nada de esto. Mientras tanto, me convertí en 'Awate mono' y, lógicamente, temía que un nombre presuntivo fuera similar en su significado poético. El problema se abate y pasaron pocos años. Estábamos en el barrio de Biskupin en Breslavia en un apartamento donde Sensei Chiba se alojaba con unos shihan durante uno de los seminarios polacos. D. Sensei me llamó a una habitación, y en mi presencia, sacó un rollo de papel con caligrafía japonesa.

- Mi amigo es un maestro de la caligrafía - dijo ceremonialmente. - Esto es lo que preparó a petición mía como el nombre del dojo de Piotr: "Un lugar donde se forjan espadas", o "Un lugar donde practicas mucho". Le dio el pergamino a Sensei Chiba.

Me quedé ahí como un idiota, sin saber qué hacer. No me importaba este nombre y sabía que estaba allí como un estorbo - ambos estaban husmeando alrededor, comprobando quién estaba controlando mi dojo. Los amaba a los dos, pero sabía en ese entonces que lo único que tenía que hacer era mantener una distancia segura y no hablar. Por supuesto, el nombre sería como la mano de Saruman impresa en mi frente. Probablemente más para ellos que para mí. En general, estaba cansado de ese tema porque todo había sucedido sin mi participación y no tenía influencia sobre él. Sensei miró la caligrafía, la enrolló de nuevo: "Se ejecuta

bien, buena técnica", dijo, "pero el nombre es inepto. No estoy de acuerdo."

Y nos dejó a los dos con la boca abierta. Una vez más, demostró que prefería jugar el juego que cerrar el tema. El proceso de dar nombres era una herramienta más productiva que el acto de nombrarse a sí mismo, ya que eso habría cerrado el tema.

Han pasado quince años, y estoy a punto de comenzar una clase en mi propio dojo. La gente se sienta en una fila, de manera desigual; Voy a la alfombra y todos nos inclinamos ante el kamiza. Junto a un retrato de Ueshiba cuelga esa desafortunada caligrafía, rechazada por Sensei Chiba. Ha estado allí por seis años. Se adapta perfectamente a la imaginación de la gente que viene a entrenar aquí. Representa arbustos en tinta negra, muy japoneses, con chuletas estampadas en rojo. Unas cinco mil personas han pasado por esas puertas. En promedio, 40 clases cada semana, durante seis años, desde que este lugar abrió por primera vez. Son diez mil clases. Dos arcos en cada clase, que llegan hasta 20 mil arcos. Nadie ha preguntado nunca el significado de la inscripción masiva a la que todos se inclinan. De las cinco mil personas, ni una sola persona estaba interesada en lo que estaba escrito allí, excepto yo. También podría decir "rollos de primavera" o "baño de damas". Tuve la tentación de colgar también una inscripción en japonés diciendo: 'Ni siquiera sabes a lo que te inclinas, tonto'. Esa idea todavía me hace reír, tal vez en algún momento tendré suficiente coraje y estupidez para hacer eso. Guardé la inscripción, aunque no estoy usando el nombre. Este pergamino es una desfiguración de mi relación con Chiba y con D. Lo veo un poco como si un niño mirara el cinturón de su padre en el pasillo. Hay más sentido y profundidad en eso que en algunas palabras trascendentales de la película *Karate Kid*.

Recuerdo otra noche en San Diego, hace muchos años. Alguien había venido de Singapur o Hong Kong y, como regalo, trajo una

botella de un sake caro y famoso. Estaba sentado muy peligrosamente cerca de Chiba Sensei. Nos dijo que este sake era especial debido a la forma única de la botella. Un dispositivo en la parte inferior de la botella permitió que se estableciera en un ángulo de 45 grados, pero esto sólo era posible cuando todavía había sake en la botella. Lo bebimos todo rápidamente, y las conversaciones políticas suaves siguieron adelante. Un Uchideshi nunca debe ser inteligente ni charlar, así que me senté en silencio, bebiendo y comiendo. La gente todavía estaba debatiendo, y mi vista fue a la botella vacía de sake. Había una docena de personas allí y yo, durante media hora más o menos, intentamos sin pensar poner la botella de su lado. Finalmente, me las arreglé, y se quedó quieta. Me sonreí a mí mismo, y fue entonces cuando noté a Sensei mirándome con una frente fruncida. Acababa de desmentir su teoría.

- Creo que acabo de entender la naturaleza de un polaco- dijo en serio.

- Sensei, para mí esta botella es la única cosa recta en esta habitación.



Pesca

“ Porque por la pesca que habían hecho, el temor se había apoderado de él, y de todos los que estaban con él, y asimismo de Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Pero Jesús dijo a Simón: No temas; desde ahora serás pescador de hombres.

Y cuando trajeron a tierra las barcas, dejándolo todo, le siguieron.

- Lucas 5:9-11

Sensei Chiba acostumbraba a pescar. Su hijo no llegó a ser un aikidoka, algo que quizás molestó a su padre, no obstante, él fue, según se menciona, un gran pescador. Sensei habló sobre él con orgullo, y yo estaba con la impresión de que para él pescar y Aikido eran la misma cosa. ¿Cómo está esto conectado con las artes marciales? Descubrí mi propia forma, y no tengo idea de qué encontró exactamente Sensei Chiba en esto. Oí mucho sobre el equipamiento que tenía y acerca de los peces que atrapó. En ocasiones llevaba su presa al dojo. A menudo era atún, el cual comíamos crudo como sashimi.

Me recuerda aquella cita de la *Biblia*: “No tengas miedo; desde ahora estarás pescando para la gente”. Miré la inmensidad del océano. El agua está calma y el flotador de la caña gentilmente se balancea en una larga e invisible ola. Estoy sentado solo, en silencio. Todo está hecho. La carnada está puesta, un anzuelo con un gusano está colgando en algún lugar en las profundidades, atrayendo peces que pueden o no estar allí. Te das cuenta de que, a pesar de la aparente calma, en algún lugar bajo la superficie, la vida está rebotando. Estás sentado ahí mirando calmadamente al flotador de la caña (float). Por un minuto, o quizás tres horas. En cualquier momento puede remecerse delicadamente o desaparecer bajo el agua completamente. En esta quietud, también hay una disposición a actuar. En el film *The Warrior*¹⁴⁸, el legendario MarekPiotrowski¹⁴⁹, destruido por una enfermedad común para los boxeadores, dice con dificultad: “me preguntan ¿Cómo es posible que en la vida cotidiana soy tan lento y en el ring me muevo tan rápidamente? Les digo, mira a un gato, duerme todo el día y se mueve lentamente, pero cuando necesita atacar...”

Mientras estábamos sentados haciendo zazen, Sensei Chiba nos ordenó poner una espada a de madera frente a nosotros. Estaba ahí al alcance de la mano. Como el arma de un pistolero. ¿O, quizás, como un flotador de pesca que observábamos, listo a tirar en cualquier momento?

En su propia forma, pescar era para él también una manera de estar en el borde de la vida y la muerte. Al menos, el pez lo pensaría así.

Mi dojo siempre fue grande, cada día atraveso docenas de conversaciones, paso docenas de caras en el pasillo. Estoy en búsqueda de paz y quietud en esta multitud, pero no es fácil. Cada

148 *The Warrior*; dirigida por Jacek Bławut, 2007.

149 M. Piotrowski (nacido en 1964); el peleador polaco de kickboxing con más títulos, campeón mundial en múltiples ocasiones.

cara, cada conversación me drena la vida, y el día a día me disminuye cada vez un poco más.

Algunos años atrás descubrí la pesca. Incluso en los días en que usualmente tengo clases matutinas a las 6:30. Me levanto antes de las 4 para sentir la calma, incluso por una hora. Cuando todo lo demás está hecho, puedo solo esperar.

No existe el pasado o el futuro; solo el ahora. Todo: el señuelo, el flotador de pesca, el carrete, la cuerda extendida, una buena posición. Estoy listo. Cada respiración se vuelve más y más larga, y no quiero o no necesito pensar nada más. Llego a ser parte de todo lo que me rodea.

En primavera u otoño, el frío todavía pica tu trasero en las mañanas y el sol, minuto a minuto, destruye la frescura interna y externa. Un día, contemplando al río, debo de haber estado quieto por mucho tiempo porque comencé a escuchar el crujido de las hojas detrás de mí. Las cañas de pescar se mantuvieron muertas en los soportes, cubiertas en una delicada escarcha. Estaba tan helado que no podía sentarme, así que me quedé a horcajadas. De las hojas apareció algún tipo de comadreja o hurón, no sé lo que era. Era completamente blanco, hermoso. Se me acercó por detrás y lentamente llegó a estar entre mis piernas. Olfateó alrededor de las cañas de pescar y, dignamente, se retiró.

Sensei nos contó acerca de cierto maestro zen que fue a pescar sin una cuerda. Él sólo se sentó cerca del agua con un palo. Un día invitó a Sensei Chiba a intentarlo.

“Esto es demasiado, incluso para mí”, nos dijo riendo.

Durante la segunda escuela de verano que realizamos en Polonia, lo llevé a pescar bacalao en Gdansk¹⁵⁰. Navegamos en un barco pesquero por más de una hora. Había quizás diez de nosotros.

¹⁵⁰Gdańsk (Danzig en Alemán); ciudad portuaria en la costa polaca del Mar Báltico.

Pescamos durante todo el día, y al final trajimos alrededor de 45 kg de pescado de vuelta a Breslavia. Él lucía satisfecho con el número, aunque decepcionado con tomar la presa (thetaking of theprize). La pesca con caña es un poco como golpear un cerdo (pig-beating). Gracias a scanners de profundidad, puedes fácilmente encontrar bancos de peces y navegar hacia ellos con la barcaza. Entonces, diez o doce personas lanzaron la línea con un señuelo resplandeciente en su extremo. Sientes un bacalao y tiras la presa hasta la superficie. El cambio en la presión hace el trabajo, y el pez está casi muerto cuando llega arriba. No hay nada de las masculinas largas horas de lucha contra los elementos.

Sensei lucía contento. En ese tiempo tenía quizás 71 años de edad. A mitad del día fue bajo la cubierta para tomar una siesta; no pescó mucho, pero por muchos días les contó a todos de esta expedición. Desconozco dónde pescaba en California, pero en la costa, probablemente atrapó muchos atunes gigantes, salmones, quizá incluso tiburones. El diminuto bacalao del Báltico, de medio kilo cada uno, quizá no le causó mucha impresión.

La pesca en las ciudades polacas es más parecida a un juego entre chicos con palos que a una real aventura. Excepto para los pescadores del pez gato. En algún lugar de un bloque de apartamentos postcomunistas cerca de mi hogar vive un cierto joven. Vive entremedio de blocks grises. Él me recuerda un poco a esos anónimos raros que conoces frente a una tienda de comestibles. Él habla fuerte y rápidamente. Fuma un cigarro tras otro, y no inspira confianza. Podría ser un criminal o un alcohólico. Tiene quizás 25 o 30 años de edad, o quizás 35, quien sabe. Probablemente trabaja en algún lugar, vive en algún lugar, come algo. No lo sé. Lo único que sé es que lo único que realmente hace es la pesca del pez gato. Aquí es dónde está su corazón.

Lo conocí cuando estaba buscando por el pedazo de zazen en la pesca de río desde la orilla. No quiero gente y su cháchara de

pescadores. Ese momento cuando algún Janusz con bigote salta desde los arbustos y hace comentarios sobre cómo he atado todos los nudos de mi caña de pescar. Un día, él apareció con un cigarro en su boca y un carrito giratorio en su axila. Habló por cuarenta y cinco minutos como si el mundo estuviera por acabar y tuviera que deshacerse de todos esos pensamientos. Su vida estaba cazando a esos gigantes peces gato, de algunas decenas de kilos cada uno y de dos metros de largo. En el mundo de ancianos retirados en bicicletas quienes están felices de atrapar un besugo o una locha, él era realmente un Capitán Ahab¹⁵¹. No estoy bromeando contigo.

Él esperaba impacientemente por la temporada, incluso en el invierno él iría y contemplaría este gris río urbano; entre árboles sin hojas él espantaría a los cuervos, borrachos y amantes. Bajo la superficie de un río lodoso hay algo más grande que yo. En Breslavia, hay peces gato que alcanzan los dos metros y medio. Esa gris agua sucia que he observado toda mi vida contiene monstruos. Los dragones existen. Se alimentan de la grisura, y se vuelven cada vez más grandes.

Chiba explicó una vez la forma en que deberías sostener tu espada: gentil y tiernamente. ¿Cuántas veces nos paramos uno frente a otro, siendo nuestro único contacto la punta de la espada? Un quieto y entrenado cuerpo y un arma controlada que se convierte parte de mi mano. Puedo sentir el temblor de la espada de mi oponente; sé lo que quiere y lo que hará. Siento su pulso. Es como sostener una caña de pescar, él decía.

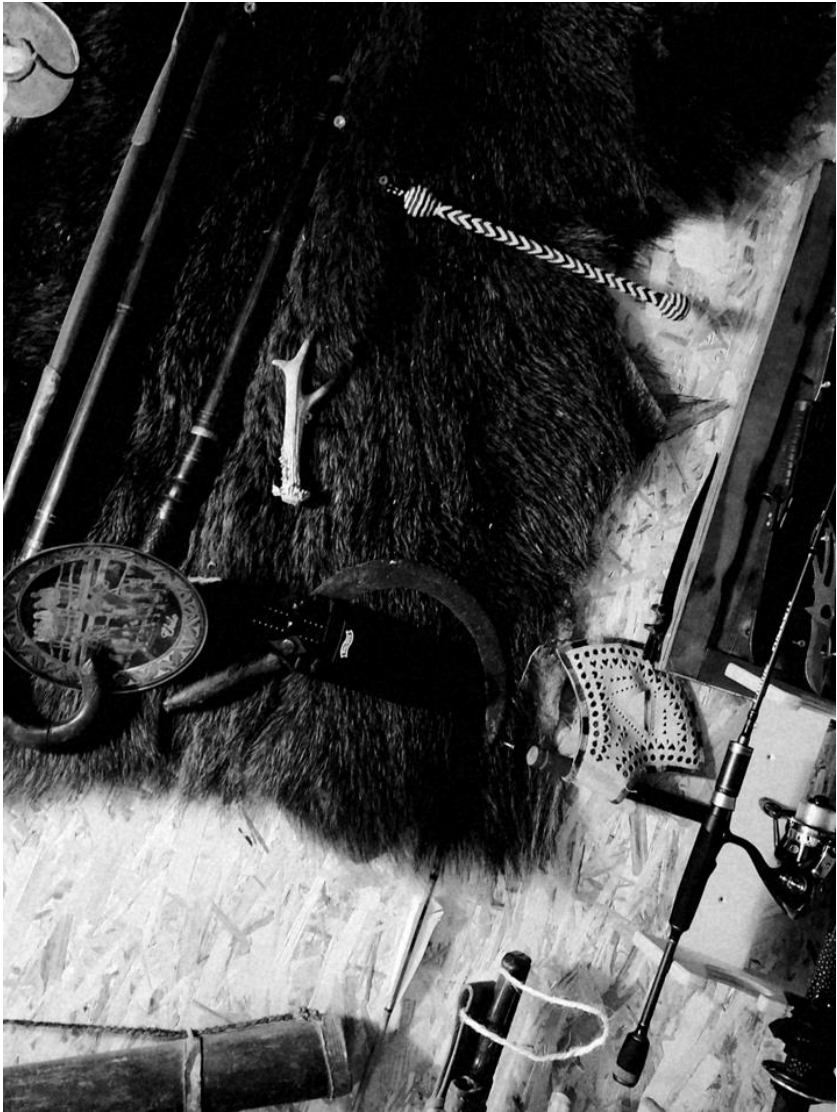
Hay un estanque en Breslavia en el cual ya no puedes pescar. Fui allí, como un tonto, porque estaba quieto, verde, y vacío, a pesar de que nunca había pescado nada ahí. Ni siquiera un pescado. Nunca, ese es el tipo de flojo que soy. Ese día ya me había estado sentando

¹⁵¹ Capitán Ahab; personaje ficticio y uno de los principales protagonistas de *Moby Dick* de Herman Melville.

por un largo rato, y estaba pensando en regresar a casa. Súbitamente, de forma milagrosa, algo picó. Ese fue el momento cuando sentí al pez más grande de mi vida bajo mi control. Todo su movimiento, miedo, ira, corazón palpitante, podía sentirlo todo en mis manos. Por un momento sentí su vida. Luego me equivoqué en algo y una gran tenca saltó sobre el agua, hermosamente arqueada. Ella se liberó y nadó alejándose y no pude dormir por una semana, furioso de mí mismo.

Escuché que una vez Sensei Chiba llevó todo su equipamiento de pesca a la playa y le prendió fuego. Todas esas cañas de pescar valían cientos de dólares, los señuelos y Dios sabe qué. Todo se incendió. Desconozco cuánto de eso es verdad, porque las leyendas sobre él tenían su propia vida. No obstante, esa me haría sentido. Porque, quizás, ¿toda esta escritura mía sobre simples alegorías está levantando a un ya muerto monumento a alguien tan vivo y cambiante como él?

Una vez le propuse la caza de un jabalí salvaje. Estaba bastante atraído por la idea de llevar a la leyenda a los matorrales y esperar por un cerdo polaco salvaje. Todo enlodado y atemorizado. Matemos juntos al jabalí polaco interior, pensé. Él se rio de mí y dijo que solo soñaba con enfrentar a un jabalí salvaje con una lanza o un cuchillo en su mano. ¿Quizás fue un caso similar con aquellos peces? Finalmente, bajo la superficie, algo más grande y fuerte estaba posado esperando por él, algo que podría posiblemente vencerlo un día. Esa es la pelea del anciano en el libro de Hemingway.



Volviéndose Viejo

“Una pepita de sandía, quiero ser joven por siempre”.
- Dijeron los tres al mismo tiempo. Y eso fue todo. Pippi encendió la luz. “¡Maravilloso!”, ella dijo. “Ahora nunca seremos viejos, y nunca tendremos callos ni otras desgracias.”¹⁵²
- A. Lindgren, *Pippi on the South Seas*

La juventud se nos filtra como la resina. La gentil y apenas visible corteza de un árbol nuevo se expande y se agrieta cada vez más profundo, como la piel seca en el pie de una persona anciana. El poder vital que hierve en nosotros cuando somos jóvenes ahora se esconde adentro. El cabello se cae como hojas secas en otoño y los dedos se tuercen por la edad como ramitas quebradizas. Día tras días nos volvemos más frágiles, y nos parecemos a nuestro padre o madre cuya vejez nos aterrizzaba. A mi padre nunca le importó la ropa, volvía furiosa a nuestra madre cuando limpiaba los restos de sopa de su cara con el mantel de

¹⁵²A. Lindgren, *Pippi on the South Seas*, traducción al polaco T. Chlapkowska, Warszawa: Nasza Księgarnia 1960; traducción del autor al inglés.

mesa. Siempre estaba golpeando, jadeando y tirándose gases. Llegó a la calvicie alrededor de los cuarenta años de edad, y mientras menos pelos tenía en su cabeza, más tenía en su nariz y sus orejas. Todavía está ardiendo con el fuego de la pasión, y a medida que los años pasan, cada vez le importan menos las cosas. Como si esa pasión fuera la verdad y todo lo demás solo pretensiones; él no tiene poder, ni lo volverá a fingir.

Miro mis inflamadas articulaciones y dedos, los cuales están lentamente torciéndose con la edad. Miro mis pies, agrietados por las décadas pasadas en el tatami. Me descompongo, me desmorono, me vuelvo quebradizo. Cada vez aparecen más indeseados pliegues de piel muerta. Entro en mí mismo con cada día que pasa. Hasta la saciedad, repito las transformaciones que mi propio padre presagió.

Mi abuelo murió en un hospital y a mí, como [a] un jovencito de quince años de edad, me dieron unas tijeras usadas para cortar las uñas del perro y cincelar sus diabólicas garras, las cuales eran amarillas y estaban enterradas en sus dedos. Eso fue en otra época. Mi piel estaba palpitando de vida, podía sentirlo en todas partes, podía sentirla en todas partes, mientras que él era un tronco con corteza gruesa y agrietada. Se desvaneció.

Sensei Chiba envejeció frente a nuestros ojos. Un hombre que había aterrorizado a generaciones se volvió débil y lentamente desapareció. Supongo que esa es la razón de que estaba tan enojado. Escribió textos hermosos sobre el envejecimiento como una inevitable e importante etapa de nuestra existencia. Eran ricos en metáforas del invierno de la vida y la muerte digna. No obstante, de un día para otro debió haberse sentido cada vez más atrapado en su débil cuerpo. Cada día por sesenta años había sudado y jadeado, sacudido y empujado, caído y lanzado, y entendió el mundo a través del tacto y la fisicalidad. Mediante el movimiento y el contacto cuerpo a cuerpo. Toda su vida afiló el

arma de su cuerpo. Se trabajó a sí mismo y se quebró muchas veces. Se presionó a través de lesiones y enfermedades, y ahora ese cuerpo se estaba acabando. Lentamente, rodillas, hombros, muñecas dijeron: es suficiente, nada más. La jaula estaba cerrándose y él estaba sofocándose en ella.

“Estoy viejo”, nos dijo una vez en alguna cocina en algún país. “Ustedes todavía pueden empujar hacia adelante, pero para mí, este es el final”.

Era como si un músico perdiera su audición, o un pianista perdiera sus dedos.

“mientras puedan, peleen con el envejecimiento”, él dijo. “no el de tipo físico, sino con el convertirse en un fósil y rendirse”.

Recuerdo una escuela de verano en Polonia cuando él fue corriendo tras unos profesores antiguos, sosteniendo un palo y gritando. Ellos tenían alrededor de sesenta años de edad; él tenía casi setenta.

“¡No se rindan ante el envejecimiento!” , gritó.

De un momento a otro, tu cara y dedos se deterioran. Como esto, tu gris barba se seca y tus pectorales comienzan a colgar. Justo así, la vida en tu interior también puede marchitarse. Hubo seminarios donde uno de esos maestros antiguos se sentó en seiza y lo soportó mejor que cualquiera de nosotros. Rompimos en un sudor frío por el dolor, y él nos miró, con satisfacción, para después levantarse y alejarse caminando sin problemas.

Aceptar el envejecimiento no significa que no puedes pelear con él. Somos como piezas de vieja y seca arcilla que necesita ser trabajada entre palmas tibias.

Cuando se deja inmóvil, se endurece y comienza a desmoronarse. Es fría y áspera. Mientras más podamos introducir vida en la corteza que nos cubre al envejecer, más tiempo puede vivir ese árbol.

Recuerdo el entrenamiento matutino con el Doshu en el Aikikai Hombu Dojo en Tokio. Todos los abuelos de ochenta años estaban allí, y sin misericordia cayeron al suelo sobre sus traseros por una hora. No había nada de sentarse frente a la TV, rellenar la cara de uno con papas fritas o quejarse del sistema político. Un envejecimiento digno. Sin cirugías plásticas, sin falsas pretensiones.

Mi abuela, quien tenía ochenta y cinco años de edad, arrastraría cubetas de carbón por las escaleras, porque sabía que en la medida que hiciera eso, la vida continuaría circulando por sus venas. Volverse viejo es el proceso de cambiar tu rol desde un estudiante a un profesor, si es que quieres ser un maestro. Si no, pero todavía decides entrenar, es el proceso de aceptar el cambio. El reducido rango de movimiento, dolor diario. Aceptando la pérdida de la juventud. Aceptando el poder de la nueva generación.



Serpientes

“ La fe se debilita. El lobo está enfurecido y prende fuego al infierno.
- Lao Che¹⁵³, “Stare Miasto”

Tengo una enredada masa de serpientes viviendo en mis entrañas. Normalmente están durmiendo, y no puedo siquiera sentirlas. Algunas veces, no obstante, una simple palabra, un simple gesto es suficiente para despertarlas. Se retuercen y muerden. Estoy lleno de amargura y furia. Pierdo control de mí mismo. Esta es una enfermedad de mi profesión. Todos la tenemos, y cada uno de nosotros la ha sufrido por años. Un maestro se acostumbra muy rápidamente a su rol y se convierte en un adicto a la admiración de sus alumnos. El silencio ceremonioso durante el entrenamiento es inconscientemente percibido como reconocimiento, que profundiza los sentimientos de excepcionalidad. Para los profesionales, es un veneno que se cuela en nosotros por largos años. En el tatami, nadie cuestiona nuestras

¹⁵³ Lao Che, “StareMiasto”; banda de rock polaca, del álbum Powstanie-Warszwskie, ArsMundi (2005).

palabras, nadie nos socava. Todo es teñido con dominación mental y, más aún, dominación física. Eso es una horrible mezcla especialmente para personas que son débiles. El veneno se introduce, sin embargo, también en gente fuerte. A través de los años, se filtrará a través del bastión de humildad cercana a la santidad. Gota a gota.

Desconozco si soy fuerte o débil. Sé que tengo esta enfermedad, y es mi cruz más fuerte. El entrenamiento me ha jalado fuera de mis complejos, me ha hecho físicamente y mentalmente fuerte, y ha fortalecido mi consciencia y atención, pero no he podido hacer frente al veneno.

Durante una conversación con un estudiante, Sensei Chiba hizo referencia a la suposición de que el Aikido cambia nuestra personalidad. Recuerdo su inconfundible respuesta.

“No. He entrenado por cincuenta años y soy exactamente como era. Mi personalidad no ha cambiado, solo que ahora soy consciente de ella”.

Por treinta años en el tatami he conocido mucha gente, y te aseguro que ni el Aikido o el entrenamiento han cambiado algo. Los malvados siguen siendo malvados, los celosos siguen siendo celosos, y los tímidos siguen escondiéndose en las esquinas.

Mientras es adicto a los beneficios de su posición, el maestro necesita mantener relaciones funcionales con quienes son como él. Comúnmente, esto trae conflicto. Las riñas y los desaires que se desarrollan durante décadas crean un odio profundamente arraigado. A menudo, las relaciones en este marco de varias federaciones terminaron con disputas teatrales y la ruptura del contacto. Sensei Chiba fue un hombre de pasión y visión, un loco que sin duda tuvo dificultades con el compromiso y con la aceptación de las opiniones de los otros. Sumado a esto, tuvo una posición que aseguraba su rol como una autoridad. Su reputación legendaria, así también su rol como líder, lo pusieron en un

pedestal. En los rangos de otros profesores japoneses, unos pocos de ellos fueron sempai (más antiguos) para él. Con estos hombres nunca tuvo una enemistad abierta.

He hecho el esfuerzo de estudiar aquellos conflictos y entenderlos. Sensei Chiba no fue una persona ideal. Tuvo la misma enfermedad que todos los maestros tienen. Él también tuvo un nido de serpientes dentro suyo. No obstante, su caso fue mucho más severo.

Un joven tipo, quien ya tenía cinturón negro en judo y karate, se convierte en discípulo personal del legendario Ueshiba. Pasa siete años con él. Habla su lenguaje; entiende perfectamente la cultura local y la historia de las artes marciales. Él conscientemente escoge la vida de un maestro. Su matrimonio es arreglado por O Sensei. Como soldado de Ueshiba, viaja a los confines del mundo, abandonando su madre patria. Por décadas se convierte en un apóstol del Aikido, viviendo en pobreza, sin saber el lenguaje o las culturas de los países en los cuales vive. Ya entonces, hay personas alrededor suyo que enseñan pobremente y sin entendimiento. Por décadas, pelea en vano con las interpretaciones que son vacías y alejadas de la realidad. Mientras más pelea, más mediocridad se alza alrededor de él. Algo a lo cual él amaba y sacrificó su vida; en sus ojos, ha comenzado a mutar en un monstruoso travesti. En ese entonces las serpientes ya deben haber crecido dentro de él. Creo que esto es por qué comenzó a hacer zazen, porque zazen es la música que hace dormir a las serpientes.

Mi abuela murió cuando tenía ochenta y seis años de edad. Al final de su vida, se reconcilió con mi madre, junto con la sorpresa de todos. Después de cincuenta años de pelear, puso a dormir a las serpientes o, quizás, vivió más que ellas y ya estaban muertas. Unos pocos meses después, mi abuela estaba muerta. Como si ese odio, pasión y rabia le alimentaran, dándole el poder de la vida.

Observo mayores en sus últimos años que todavía hablan acerca de pequeños desaires que recibieron cuarenta años atrás, y veo el veneno goteando de sus bocas. Todos están enfermos de la misma enfermedad. En un mundo donde, en teoría, no hay competencia, una necesidad atávica de establecer una jerarquía se establece en los cimientos. Ahí burbujea y hierve, descontrolada e impredecible. Bajo la tierra del amor y la armonía del Aikido, un volcán activo se está filtrando. A veces una erupción destruye una gran parte del paraíso, y los unicornios corren un rato por el prado con el trasero quemado.

He conocido a cientos de maestros; todos y cada uno estaba enfermo con él. Sin embargo, pocos de ellos pudieron admitirlo. Las personas se dividen en aquellos que miran en el pañuelo después de sonarse la nariz y aquellos que nunca admiten que podrían producir mocos. ¿Cuántas noches no pude dormir porque las serpientes se enrollaron y tomaron el control? Lo único que cambió fueron las personas que me estaban poniendo furioso. Una vez, en la universidad, trabajé con un legendario profesor de karate que había sido un pionero de su estilo en esta parte de Polonia. Entonces, inevitablemente, pasó la época de los pioneros y entró la generación más joven: más ingeniosa, mejor para comprender la forma en que funcionaba el mercado, quizás más codiciosa, quizás simplemente más inteligente. Durante un año compartí oficina con ese hombre, y durante todo ese año, pasó una hora cada día contándome sobre su enemigo, el estudiante que había tomado su lugar. Este hombre ha entregado su vida a su odio. Estoy convencido de que habla consigo mismo mientras conduce. Lo miré y supe que estaba enfermo con la misma enfermedad que ya tenía dentro de mí. Mi práctica de entrenamiento de purificación de misogia en Japón me ha hecho consciente de eso. No sé si inconscientemente me sumergí en el nido, o si estar allí me hizo consciente de estar encerrado en esta jaula, y que a menos que

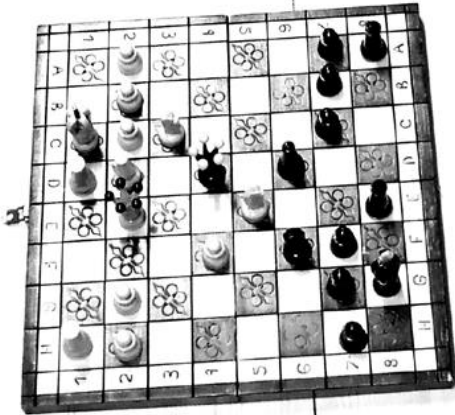
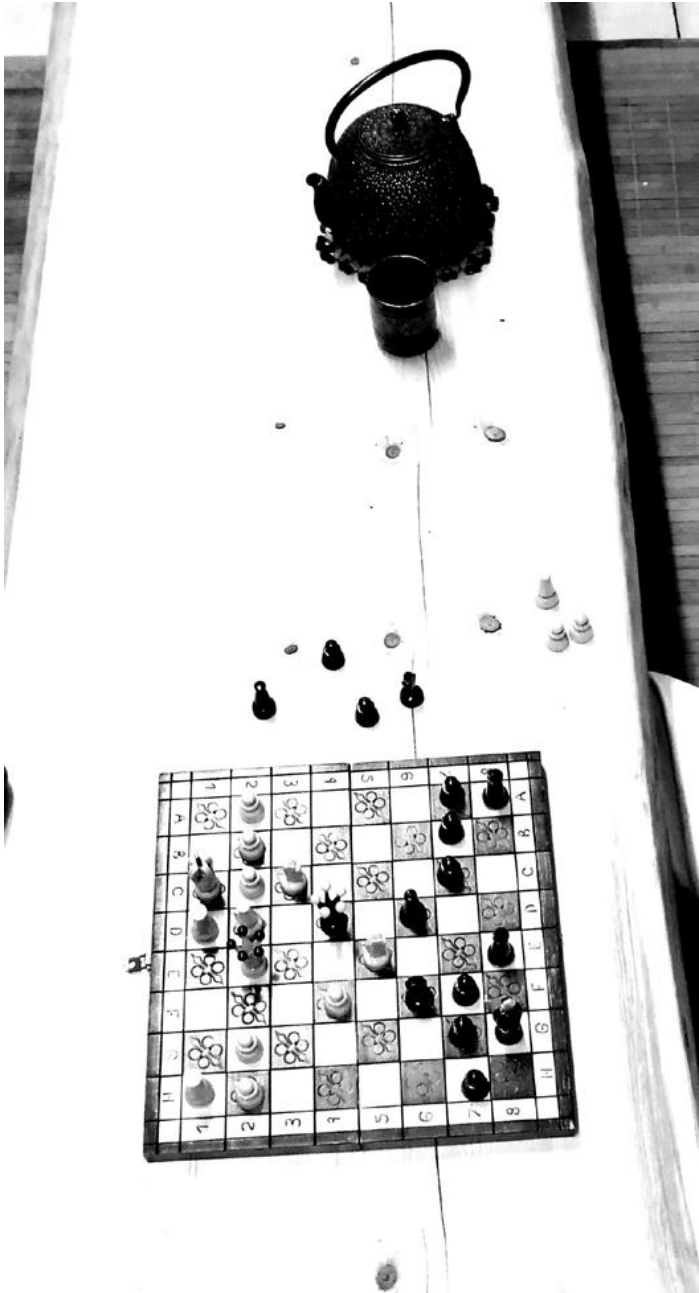
estallara no podría ir más lejos. Que después de casi 30 años sigo siendo esclavo de lo que otros dicen de mí.

La atadura existe solo cuando crees que existe. Cuando un elefante es pequeño, se lo ata a una pequeña estaca en el suelo. Intenta liberarse, pero es demasiado débil. Luego crece y la apuesta sigue siendo la misma. El elefante ya no intenta escapar, porque no comprende que fácilmente podría tirar de la estaca. Un perro al que se le suelta la correa regresa cuando se le llama. No se escapa porque no sabe que no tiene que volver. ¿Tengo esa libertad? ¿Puedo liberarme del veneno? ¿O solo puedo observarlo y aceptarlo? No quiero ser una víctima de mí mismo. El veneno me devora y toma el control. Y cuando pasas tu 40 cumpleaños con los neumáticos chirriando, es aún peor. Empieza a resumir lo que ya ha hecho. Y si tienes, como yo, una pasión y un objetivo, sabes lo poco que has logrado en realidad. Me gusta el entrenamiento duro. No me importa si alguien más es mejor que yo; no me molesta la fatiga, el dolor, el hambre o el frío. Lo peor es ese veneno que yo mismo produzco. A lo largo de las décadas lo ha conservado todo: mis músculos, huesos, piel. A veces me pregunto si sobreviviría sin él. A veces desaparece durante mucho tiempo y creo que tal vez mis serpientes hayan muerto. Sin embargo, como un alcohólico, soy un esclavo de ellos. Será así hasta que me muera. Me mantendrán con vida o me matarán, no lo sé todavía.

Hace unos años, sentí que había tenido suficiente; había creado una prisión propia. Como el héroe de una película de terror, estaba sentado a la mesa en una habitación polvorienta, las ventanas estaban cubiertas con cortinas gruesas. En los sillones a mi alrededor había cadáveres secos con los que discutía constantemente. El aire estaba húmedo y en calma. Había estado respirando ese polvo durante muchos años. Ya no podía salir de esa habitación, a pesar de que las puertas no estaban cerradas.

Comencé a romper los lazos, títulos y relaciones que se alimentaban de este estancamiento.

Las serpientes todavía están allí, pero las alimento con menos frecuencia.



¿Dónde orinan los monjes?

“ Mano de demonio, corazón de Buda.
-Proverbio Japonés

La segunda vez que Sensei vino a Polonia fue como si estuviera volviendo a casa. No había rastro de aquel amable anciano de hace un año. Ahora, un señor oscuro había venido; pude sentirlo incluso desde el aeropuerto. Hice lo mejor que pude durante esos pocos días para no entrar en su lista negra y no cometer ningún error. Nosotros lo estábamos gestionando todo bien, pero Sensei parecía estar buscando cualquier tipo de problema, así que sabía que era sólo una cuestión de tiempo. Al final, fui yo el que metió la pata.

Aquel día, incluso a pesar de ser verano, llovió durante todo el día. Recuerdo el golpeteo de la lluvia en el tejado, y en aquel momento no fui consciente de lo que significaba. Durante unos pocos días hasta ahora había enviado a un estudiante para ayudarlo a llegar al dojo. Enfurecido, él había insistido en que conocía el camino. Finalmente me había dado por vencido. Pero ese día estaba lloviendo, y resultó que el paraguas de su piso estaba roto. Chiba

Sensei había esperado durante algún tiempo, y entonces vino por su cuenta – empapado, vistiendo su chaqueta de cuero. El cuero había calado y él tenía enormes manchas de tinta en los hombros de su keikogi. Cuando vi esto lo comprendí: no habría mejor ocasión. Tenía la impresión de que él estaba incluso ligeramente satisfecho por ello. Fui regañado severamente, y entonces dejé de existir para él. No me habló durante unos pocos días, no me corrigió durante las clases. Eligió personas diferentes para presentar las técnicas. Representó su propio espectáculo. Todo aquel que haya pasado por esto al menos una vez sabe que no puedes escapar en ese punto; tan sólo es el comienzo de la prueba. Desde la perspectiva de la víctima, no hay mucho que puedas hacer. Permanecer a su lado y esperar que pase. En lo referente a atender sus necesidades fui directamente remplazado por otra persona, pero permanecí en la cercanía, consciente de mi papel como chivo expiatorio. Sabía que si me alejaba comenzaría a buscarme. Esa era la tensión en la espera que él perseguía. Pocos días después hubo una boda, y luego una fiesta de recepción organizada para Michal, uno de los instructores. Todos los profesores estaban invitados. Aquel día por la mañana, permanecí de pie desamparado enfrente de mi armario. Minutos antes había averiguado que me sentaría al lado de Chiba Sensei y no había forma de cambiarlo. Mi mujer me miró con compasión en sus ojos. “Por qué estás tan preocupado? Es una boda, todo el mundo será amable”.

“Tú no lo conoces. Todo importa”.

“¿De qué estás hablando?”

“Él no tiene traje, así que irá vestido tan sólo con camisa. Si yo voy vestido igual, el me regañará por no ser lo suficientemente elegante. Si me pongo un traje, me echará la bronca por ir vestido así cuando él no lo hace”.

‘Tienes 40 años’, dijo Kasia, golpeando su dedo contra su frente como si yo estuviera mal de la cabeza. ‘Él es un amable anciano – deja de decirte todas esas cosas’.

Yo sabía que no tenía sentido explicarlo. Al final, me puse una camisa y una chaqueta, pero no la corbata. Conduje a la iglesia; todo el mundo estaba ya ahí. Sensei con los otros shihans al frente, todo el resto en las filas posteriores. Era una iglesia rural, pequeña y de madera. El sacerdote, consciente del carácter de nuestro grupo, habló de forma agradable sobre el Aikido y la vida. La misa había pasado de forma tranquila y yo miraba con satisfacción cómo el legendario shihan se arrodillaba y permanecía junto a la multitud en una iglesia rural polaca. La señora Chiba observaba todo con un gran interés. La misa finalizó, y todo el mundo salió de la iglesia salvo Sensei, quien, atraído por el altar, se acercó. Yo me moví con dificultad entre la multitud que salía y, después de un momento, nos dejaron a solas en la iglesia. Él me miró, así que dije, ‘Estudí la historia de la iglesia, Sensei, así que si tiene alguna pregunta ...’

“¿Dónde está el aseo?”

“Er . . . no hay ninguno. No hay aseos en una iglesia”, respondí, clavado al suelo por esta pregunta.

“Entonces, ¿dónde orinan los monjes?” me contestó bruscamente.

Yo pasé mi juventud en iglesias. Hice cinco veces la peregrinación a Czestochowa, escribí mi tesis de fin de carrera sobre la historia de los monasterios, y eso nunca se me había pasado por la cabeza. Las heces, siendo un profano, deben de estar fuera del lugar de santidad, pensé. Más tarde, en internet, encontré docenas de discusiones acerca de este tema – aparentemente el dualismo entre sacro y profano ya no es tan prominente nunca más. La gente está indignada por la falta de aseos. El mundo está cambiando.

Salimos de la iglesia, y Sensei parecía en completo estado de shock por la falta de inodoros en un lugar de culto. Otra diferencia

cultural más. El budismo y el shintoísmo no luchan con el cuerpo y no delimitan el bien y el mal. En ese preciso momento, él estaba teatralmente ofendido por mí y por el dualismo de la Cristiandad. Caminamos dentro del salón de bodas, que se encontraba al lado de la iglesia. Me di cuenta con horror de que todos los profesores estaban sentados en una mesa, mientras que yo, Kasia y Chiba y su mujer estábamos sentados en otra. El resto de lugares estaban ocupados por los amigos veinteañeros de los recién casados. Con pánico, encontré a Michal y le pedí que cambiara la disposición de los asientos. A Sensei no le gusta estar rodeado de extraños y no me habla. Esto es la receta para un drama. Michal, sin embargo, estaba en un mundo distinto. Justo se acababa de casar en una habitación llena de shihan, y pronto comprendí que mis esfuerzos eran inútiles.

Volví a la mesa, dónde Kasia estaba hablando con la señora Chiba. Sensei estaba sentado como una estatua. Ocupé mi lugar a su lado, esperando que se produjera una explosión. Kasia me sonrió, intentando relajar los ánimos. Al cabo de un rato Chiba Sensei me echó un vistazo y se estremeció. Tocó mi chaqueta y refunfuñó:

“Qué estás vistiendo? ¡¿Cómo me veo yo ahora a tu lado?!”

Escuché un profundo gimoteo de mi mujer, que finalmente había comprendido las reglas de este juego.

‘Jesús, esto es tan estúpido’, me suspiró más tarde.

Yo me retorcí como una anguila. Sensei hacía como que yo no estaba ahí, pero yo no podía abandonarlo porque alguien debía mantener llena su copa de vino. Aparte de mi pequeño drama, la fiesta estaba en su apogeo. Y pronto resultó que cada drama puede complicarse incluso aún más. Alguien encendió un micrófono y ahora, uno a uno, teníamos que presentarnos. Le traduje todo a Sensei, y no sentí que le entusiasmara. La tortura comenzó; todo el mundo se levantó lentamente y dijo unas pocas palabras acerca de sí mismo. Yo estaba sentado pensando qué podría hacer para que

él no lo hiciera. Viendo lo que iba a suceder, Sensei fue por un cigarrillo. Llevó algo de tiempo, pero volvió antes de su turno. Me incliné hacia él y la señora Chiba para decir:

‘Tal vez yo pueda presentarnos a todos . . .’

No sé de dónde saqué esa idea. Él me miró.

‘No! Me presentaré a mí mismo. No confío en ti. ¡No sé qué llegarías a decir!’

Cuando llegó su turno, se levantó, carraspeó, y la habitación se sumió en silencio. El aikidoka había estado esperando esto, y la gente de fuera de nuestro mundo ya parecía saber que él no era otro que el señor de la oscuridad.

‘Yo soy BB. Gran Hermano (Big brother), Vejiga Floja (BadBladder), o Gran Bestia (Big Beast), y esto es, apuntando a su mujer, desafortunadamente mi mujer’.

Hubo un momento de silencio en el que tan sólo la señora Chiba soltó una risita, tranquila y genuinamente. Más tarde, él dijo unas cuantas cosas graciosas y la habitación estalló en carcajadas. Entonces sirvieron algún tipo de sopa cremosa de vegetales, creo que broccoli. Tenía pequeñas esferas de garbanzo flotando encima de ella. Sensei les dio un golpecito con su cuchara y me miró.

- Esto qué es?

Intercambié una mirada desesperanzada con Kasia. En Polonia, las llamamos guisantes de hojalón¹⁵⁴, pero no son guisantes, ni hojaldre realmente . . .

- No lo sé, reconocí.

- ¿Te comes esto, y no sabes lo que es? Se regodeó Sensei.

Fue por él que me convertí en profesor – con el ánimo de controlar mi vida, a mí mismo como uke, teniendo cuidado de lo que digo y lo que como. Y al mismo tiempo, rellenaba mi boca con algún tipo

¹⁵⁴ Comida típica que se adhiere a sopas como decoración, hecho de harina de garbanzos.

de bolas de espuma, sin ni siquiera saber con exactitud de qué estaban hechas. Perdí esa batalla.

Esa misma tarde, le llevé en coche a su casa a través de los pueblos de DolnyŚląsk¹⁵⁵. Él estaba silenciosamente sentado en el asiento de atrás, junto con su mujer. Esperaba que esta tarde con él terminara y que yo pudiera volver a la fiesta y descansar un poco. Un coche que se aproximaba en sentido contrario nos dio las largas al acercarse, y yo reduje la velocidad instantáneamente.

“Algo está mal en tu coche, tienes las luces encendidas”, gruñó Chiba Sensei desde atrás.

“Hay un coche de policía en el siguiente pueblo, intentando coger a conductores con exceso de velocidad. Este hombre me acaba de avisar. Ya he aminorado la marcha”, dije con resignación.

“Qué sinsentido es éste? ¿Cómo puedes avisar a la gente acerca de la policía? La policía está para ayudar a la gente”.

Yo no sabía cómo explicárselo. Estamos en un país donde no se confía en la policía, los funcionarios, o cualquier agencia reguladora. No confiamos en ello; más allá de eso, desconfiamos unos de los otros incluso aún más. Entramos en el pueblo con el coche.

“Mire, Sensei”, señalé hacia el coche de policía, escondido detrás de una pequeña tienda, con el agente sujetando la pistola del radar. Él miró con incredulidad primero a mí y luego al coche de policía.

“Me rindo, no te entiendo”. En esta ocasión fue él quien habló con resignación.

¹⁵⁵DolnyŚląsk (Baja Silesia) es la parte noroeste de la histórica y geográfica región de Silesia en Polonia.

Un Monumento a la Locura

“ Un nido (nidus) se construye por los animales mayoritariamente para proteger a sus jóvenes, pero también para defenderse de un enemigo o como un escudo permanente¹⁵⁶.
-La Gran Enciclopedia Universal, Ilustrada, entrada para “Nido”.

Un verdadero dojo siempre se crea alrededor de una persona. No importa si es buena o mala. No importa lo bien entrenada que esté. Es una manifestación del ego de un individuo. Un sueño, un plan, una idea, una ambición, un complejo, una fascinación, una necesidad, una compulsión, un sentimiento de deber – cualesquiera que sean los motivos – en el centro siempre hay una persona. Lo he visto muchas veces. La muerte del profesor mata el dojo.

La muerte física de un profesor conocido siempre rompe organizaciones enteras. La muerte motivacional de un profesor

¹⁵⁶*WielkaEncyklopediaPowszechnallustrowana*, Warszawa: Drukarnia A.T. Jezierskiego 1900, t. XXV, p. 248. Traducción del Autor.

mata un dojo. En ocasiones un lugar se transforma bajo la mirada de otro líder, pero en la mayoría de las ocasiones se marchita y se desmorona. Cada vez que Chiba Sensei se marchaba un par de semanas, el dojo se vaciaba. En la primera semana, mucha gente aparecería por costumbre, pero a partir de entonces cada vez menos. Después de que él se retiró, sólo unos pocos de ellos continuaron yendo. Aquellos que habían estado ahí por él se embarcaron en sus propias vidas. Yo miro a mis alumnos y me pregunto qué pasaría si yo desapareciera, muriera, me rompiera la columna vertebral. Justo ahora mi dojo es una amalgama. Algo así como un centenar de adultos, un centenar de niños, talleres, clases para alumnos, padres con hijos pequeños; seminarios sobre caídas; clases gratuitas para jardines de infancia y colegios, clases para universidades y teatros. Sin embargo, hacer todo esto es como tratar de ponerse unos pantalones que son demasiado pequeños. Sin mí, todos mis alumnos entrenarían dos veces por semana y el dojo volvería a ser un club de recreo 'natural' en un salón alquilado de algún colegio. Sólo si alguien se hace cargo de cada forma de responsabilidad – facturas, conexiones con otros dojos y organizaciones – hay una posibilidad de que algo más serio sobreviva. Pero ¿tiene sentido, y es natural? No hay nada de malo en ello. Para mí, esto es un trabajo y una pasión; para ellos, es tan sólo una pasión. Me gusta leer libros, pero no tengo la obligación de abrir una librería.

Todavía tengo en la mente una escena de un sueño que tuve una vez. Chiba Sensei, como el jefe de una tribu, se encuentra erguido en una colina con una espada en sus manos. Dentro de un momento habrá una batalla final a vida o muerte. Es algo para lo que se ha preparado durante toda su vida, y para lo que ha preparado a su gente. Él corre colina abajo y, alarmado, se da la vuelta para mirar detrás suyo. En lugar de un ejército, él ve un

grupo de chicos obesos con espadas de cartón. Vistiendo sombreros de papel.

“¡Es hora de morir!” grita él, temblando. No hay entusiasmo en el grupo. Se puede oír:

“¿Qué quieres decir exactamente?”

“Hoy no puedo, tengo que marcharme pronto.”

“Soy alérgico al polen; preferiría quedarme aquí”

“¿Esto lo cubre el seguro?”

“No es en serio, en cualquier caso, ¿no?”

“¿Por qué las mujeres están en la segunda fila?”

“Nosotros hablamos sobre esto, y acordamos que tal vez lo haríamos mañana”.

Sensei está temblando, devastado. Está solo, nadie le comprende y nadie quiere morir con honor. Él se abre camino a través del mar de mediocridad y corre colina abajo, a solas. Y aquí espera la mayor tragedia: no hay enemigos. No hay nadie que pudiera estar esperándole con una espada. ¿Tal vez huyó? ¿Tal vez nunca estuvo ahí? ¿Cuál es el sentido de este tipo de vida? En un mar infinito de mundanidad, buscar una razón para morir con honor.

“Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca”¹⁵⁷.

Esta cita vuelve a mí, mostrándome constantemente el horrible poder de la incertidumbre, mediocridad e indecisión. Una mente falsa e indiferente. Porque las artes marciales no tienen sentido. No puedes explicarlas, y la tibia mediocridad no lleva a ningún sitio. Incluso cuando, siendo uchideshi, estábamos con él como peces piloto sólo por un tiempo. Nadábamos a su lado, comiendo las sobras y limpiando su dojo como si fuera la piel de una ballena. Él

¹⁵⁷ *Biblia*, Revelaciones 3:15–16.

era un maratoniano – nosotros simplemente lo acompañábamos en su carrera durante un momento. Al cabo de un tiempo, o nos sobrepasaba o nosotros cambiábamos nuestra dirección. Muchos se paraban. Su misión no era susurrar sino gritar - gritar con vida. No aceptar errores; no perdonar titubeos. Arrojar a la gente fuera del dojo, suspenderles en sus exámenes. Aborrecer el estancamiento, generar conflictos y regañar a la gente por pelearse. Arrancar sus sombreros de papel y golpearles en la cabeza con ellos. Chiba sabía que un dojo podía ser una falsa, confortable ilusión o un orgánico, terrorífico lugar. En el último caso, necesita devorar a la gente y vomitar a algunos de vuelta. Y él sabía que le devoraría a él primero. Que se convertiría, por voluntad propia, en una máscara, en un símbolo; él se deshumanizaría y se marcharía como un rey medieval. “Por este motivo, muchos consideran que un príncipe sabio, cuando tiene oportunidad, debe crearse enemigos para que, habiéndoles derrotado, su reputación alcance mayor altura¹⁵⁸”.

El drama de amplio espectro y los chismes que estaban surgiendo acerca de él construyeron el dojo que él quería; aseguraron su reputación mucho más que cualquier otra cosa. El beneficio podía no ser la prioridad. Aparte de ser un lugar de estudio, el dojo también era un campo para experimentos y un teatro sociológico donde él representaba sus actuaciones, como requerían las necesidades de su organización. Me recuerda a un chiste icónico: Una cadena de televisión estatal soviética hace una película sobre la bondad de Stalin. En una de las escenas, un niño pequeño se acerca a Stalin y dice:

“Tío, dame un caramelo”

“Fuera de aquí!”

¹⁵⁸N. Maquiavelo, *El Príncipe*, capítulo 20. (Traducción de <https://effectiviology.com/strategy-lessons-from-machiavelli-the-prince/>)

En ese momento la cámara enfoca un cartel en el que se puede leer: 'Y él podría matarlo!'

Un estudiante expulsado teatralmente era más útil para la estructura del dojo que aceptar la manifestación de la mediocridad entre los avanzados. Como aquel soldado de las fuerzas especiales que fue echado del programa de kenshusei (entrenamiento para profesor) por perderse una clase. Resultó que había ido a una reunión con sus amigos de combate. Chiba no mostró piedad y nunca lo cogió de vuelta. Esa historia, en cualquier caso, vivió durante décadas como un aviso. De un modo u otro, tomar una decisión y adherirse a ella. Una lucha contra la mediocridad. Así es como lo recuerdo.

El mundo actual intenta calzarnos en el papel de una batería de pollos en una granja. Nos dicen qué comer, qué vestir, qué hacer, qué comprar. Qué es apropiado y qué no; qué nos tiene que gustar; qué tiene valor y que no. Qué es una pérdida de tiempo y qué está bien. Es fácil desconectarse, flotar en un río tibio en un letargo mediocre, dejarse llevar por una corriente somnolienta hacia la tumba. En el letargo de quedarse embobado ante la televisión; en el letargo de la inconsciencia esclava, cosechando pipas de girasol; en el letargo de una mujer de algún pequeño pueblo, sentada en la ventana sobre una almohada. Sensei nos arrastró del pelo fuera de esta agua y no nos dejó volver. Tras su muerte, muchos comenzaron a ir colina abajo desde el acantilado hacia un río tibio. Comenzamos a poner en frases ordenadas, razonables, lo que nos había hecho, intentando reducir su intensidad y comprenderlo. De todas maneras, no hay nada que comprender – tienes que sentirlo. Eso era golpear la cara de alguien que está dormido. No era rellenar nuestras bocas con pulpa tibia sino coger una patata caliente en nuestras manos. ¿Quién se mantendría en la orilla y quién sería arrastrado dentro de la zona gris? ¿Realmente necesitamos un papá todo el tiempo? ¿Se convertirían sus

enseñanzas en veneno sin él? O tenemos que matar el mensaje porque su creador ha muerto, y ahora, de forma natural, ¿lo cambiaremos todo en un símbolo de plástico fácil de tragar? Veremos.

